Moisés Maimónides

Guía de los Perplejos o Descarriados

MOREH NEVUKHIM

An Ivory Falls Book

MOISÉS MAIMÓNIDES

GUÍA DE LOS PERPLEJOS O DESCARRIADOS

MOREH NEBUKHIM

CONTENIDOS

PREFACIO
INTRODUCCIÓN
LA VIDA DE MOISÉS MAIMÓNIDES
LIBRO PRIMERO
CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVI
CAPÍTULO XVII
CAPÍTULO XVIII
CAPÍTULO XIX
CAPÍTULO XX
CAPÍTULO XXI
CAPÍTULO XXII
CAPÍTULO XXIII

CAPÍTULO XXIV
CAPÍTULO XXV
CAPÍTULO XXVI
CAPÍTULO XXVII
CAPÍTULO XXVIII
CAPÍTULO XXIX
CAPÍTULO XXX
CAPÍTULO XXXI
CAPÍTULO XXXII
CAPÍTULO XXXIII
CAPÍTULO XXXIV
CAPÍTULO XXXV
CAPITULO XXXVI
CAPÍTULO XXXVII
CAPÍTULO XXXVIII
CAPÍTULO XXXIX
CAPÍTULO XL
CAPÍTULO XLI
CAPÍTULO XLII
CAPÍTULO XLIII
CAPÍTULO XLIV
CAPÍTULO XLV
CAPÍTULO XLVI
CAPÍTULO XLVII
CAPÍTULO XLVIII
CAPÍTULO XLIX
CAPÍTULO L
CAPÍTULO LI
CAPÍTULO LII
CAPÍTULO LIII

CAPÍTULO LIV
CAPÍTULO LV
CAPÍTULO LVI
CAPÍTULO LVII
CAPÍTULO LVIII
CAPÍTULO LIX
CAPÍTULO LX
CAPÍTULO LXI
CAPÍTULO LXII
CAPÍTULO LXIII
CAPÍTULO LXIV
CAPÍTULO LXV
CAPÍTULO LXVI
CAPÍTULO LXVII
CAPÍTULO LXVIII
CAPÍTULO LXIX
CAPÍTULO LXX
CAPÍTULO LXXI
CAPÍTULO LXXII
CAPÍTULO LXXIII
CAPÍTULO LXXIV
CAPÍTULO LXXV
CAPÍTULO LXXVI
LIBRO SEGUNDO
INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVI
CAPÍTULO XVII
CAPÍTULO XVIII
CAPÍTULO XIX
CAPÍTULO XX
CAPÍTULO XXI
CAPÍTULO XXII
CAPÍTULO XXIII
CAPÍTULO XXIV
CAPÍTULO XXV
CAPÍTULO XXVI
CAPÍTULO XXVII
CAPÍTULO XXVIII
CAPÍTULO XXIX
CAPÍTULO XXX
CAPÍTULO XXXI
CAPÍTULO XXXII
CAPÍTULO XXXIII
CAPÍTULO XXXIV
CAPÍTULO XXXV

CAPÍTULO XXXVI
CAPÍTULO XXXVII
CAPÍTULO XXXVIII
CAPÍTULO XXXIX
CAPÍTULO XL
CAPÍTULO XLI
CAPÍTULO XLII
CAPÍTULO XLIII
CAPÍTULO XLIV
CAPÍTULO XLV
CAPÍTULO XLVI
CAPÍTULO XLVII
CAPÍTULO XLVIII
LIBRO TERCERO
INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI
CAPÍTULO XVII
CAPÍTULO XVIII
CAPÍTULO XIX
CAPÍTULO XX
CAPÍTULO XXI
CAPÍTULO XXII
CAPÍTULO XXIII
CAPÍTULO XXIV
CAPÍTULO XXV
CAPÍTULO XXVI
CAPÍTULO XXVII
CAPÍTULO XXVIII
CAPÍTULO XXIX
CAPÍTULO XXX
CAPÍTULO XXXI
CAPÍTULO XXXII
CAPÍTULO XXXIII
CAPÍTULO XXXIV
CAPÍTULO XXXV
CAPITULO XXXVI
CAPÍTULO XXXVII
CAPÍTULO XXXVIII
CAPÍTULO XXXIX
CAPÍTULO XL
CAPÍTULO XLI
CAPÍTULO XLII
CAPÍTULO XLIII
CAPÍTULO XLIV
CAPÍTULO XLV

CAPÍTULO XLVI
CAPÍTULO XLVII
CAPÍTULO XLVIII
CAPÍTULO XLIX
CAPÍTULO L
CAPÍTULO LIII
CAPÍTULO LII
CAPÍTULO LIII
CAPÍTULO LIV

PREFACIO

La primera edición de la traducción al inglés de Maimónides Dainlat al-Hairin está agotado, sin haber suministrado plenamente la demanda, preparé una segunda edición revisada de la traducción. En la nueva edición de los tres volúmenes de la primera edición han sido reducidos a un sólo volumen por la eliminación de las notas; además palabras y frases hebreas han sido eliminadas o transcritas. Por estos cambios el traductor trató de producir una edición barata con el fin de llevar la obra de Maimónides al alcance de todos los estudiantes de Teología y Literatura judía.

M. FRIEDLANDER .
Jews College,
Julio 1904 .

INTRODUCCIÓN

FRAGMENTOS DE UNA CARTA DE MAIMÓNIDES A SU DISCÍPULO R. JOSEPH IBN AKNIN

En el nombre de Dios, Señor del universo. A R. Joseph, protéjale Dios, hijo de R. Jehudá, así repose en el Paraíso:

"Desde el instante mismo en que resolviste, mi querido discípulo, venir a mi lado desde lejano país a estudiar dirigido por mí, tuve el más alto concepto de tu sed de conocimiento, de tu amor por las indagaciones de carácter especulativo de las cuales dan testimonio tus poemas. En la época en que recibí tus escritos en verso y prosa, que me enviaste desde Alejandría, no podía yo comprobar tus facultades de aprehensión, y temía que acaso la capacidad fuera inferior a tus anhelos; pero luego que recorriste conmigo un curso de Astronomía, una vez terminados otros estudios elementales que son indispensables para entender aquella ciencia, quedé muy satisfecho de la agudeza y prontitud con que comprendías todas las cosas.

Más tarde, me di cuenta de que habías adquirido de otros, algunos conocimientos relativos a los problemas metafísicos y al sistema de los Motacálimes, y de que estabas confuso y descarriado, aunque empeñado todavía en resolver tus dudas y dificultades. Te insté a que desistieras de esta búsqueda, y te aconsejé que continuaras de manera sistemática tus estudios; perseguía con ello que la verdad se te fuera presentando de manera ordenada y metódica, de suerte que no tropezaras al azar con ella. Mientras estudiaste a mi lado, me avine siempre a declararte los versículos difíciles de la Biblia o los pasajes de la literatura rabínica a medida que se presentaban. Cuando quiso Dios que te marcharas lejos de mí, el recuerdo de nuestras discusiones avivó en mí un propósito de largo tiempo acariciado: tu ausencia me ha inspirado e inducido a componer para tí, y para los semejantes a tí, siquiera no sean muchos, el presente Tratado. Lo he dividido en capítulos, cada uno de los cuales te irán siendo enviados a medida que los acabe. Adiós".

* * *

El objeto de este Tratado es dar luz al hombre piadoso que fue educado para creer en la verdad de nuestra Santa Ley, el cual conscientemente cumple sus deberes morales y religiosos, y, al mismo tiempo, ha seguido con acierto y aprovechamiento el estudio de la filosofía.

Tiene también esta obra una segunda aspiración: Procura aclarar ciertas metáforas oscuras que se rallan en los Profetas, y que **algunos lectores ignorantes y superficiales, toman al pie de la letra. Aun las personas enteradas se descarriarían y confundirían si entendieran estos pasajes en su sentido literal**; empero, se sentirán por completo aliviados de su contusión y descarriamiento cuando les expliquemos las figuras o simplemente les indiquemos que las palabras se emplean en sentido alegórico. Tal es la razón de que haya llamado a este libro "**GUÍA DE LOS PERPLEJOS**".

No me atrevo a pensar que este tratado disipe todas las dudas en las almas de quienes lo comprendan, mas sí pretendo que les libere de buena parte de sus tribulaciones y trabajos. Ningún hombre inteligente puede esperar ni exigir que yo agote el tema, o que al comenzar a exponer una figura, la declare del todo y en todas sus partes.

Establecieron nuestros sabios la regla de que el MA’ASE BERECHIT —o doctrina esotérica— no debe ser expuesto en presencia de dos. Por esta razón los Profetas tratan de ella en figuras, y nuestros Sabios, imitando el método de la Escritura, hablan en metáforas y alegorías. **No imagines que hay alguno de nosotros que entienda totalmente estos arduos problemas**; antes bien, sólo de vez en cuando brilla la verdad tan clara como la luz del día, y entonces, nuestra naturaleza y hábito corren un velo sobre lo que percibimos, y volvemos a la oscuridad, casi tan densa como al principio. Pertenecernos al linaje de los que todavía se hallan en las profundas oscuridades de la noche, siquiera de vez en cuando contemplen el resplandor de un relámpago. Para algunos, los resplandores y relampagueos se suceden rápidamente, como si fuera una luz continua, y su noche es clara como el día. Este grado alcanzó el Profeta Moisés, el más grande de todos, a quien Dios dijo: "En cuanto a tí, estate aquí conmigo" (DEUT. V, 31); y de quien se ha escrito que "la piel de su rostro

resplandecía", (EX. XXXIV, 29). Hay quienes perciben el resplandor profético a largos intervalos, y a esta categoría pertenecen los más de los Profetas. Hay, en fin, quienes sólo de vez en cuando y raramente contemplan el relámpago; otros, ven iluminada su tiniebla, no por resplandor alguno, sino por una especie de transparencia como de cristal o de ciertas substancias que brillan durante la noche; y para ellos, ahora fulgura la luz, ahora se desvanece, corno si fuera "la llama de una espada giratoria".

Los grados de perfección de los hombres varían conforme a estas diferencias. De los que jamás vieron la luz, ni un solo día, y caminan en perpetua oscuridad, ha sido escrito, "ellos no conocen, ni comprenderán; andan en tinieblas" (PS. LXXXII, 5), y en otro lugar, "y ahora los hombres no ven la luz que brilla en el cielo" (JOB, XXXVZI, 21). Son éstos la muchedumbre de los hombres corrientes, de los cuales no ha menester ocuparse el presente Tratado. Has de saber que cuando una persona ha logrado cierto nivel de perfección y desea comunicarlo a otros, de palabra o por escrito, no acierta a ser tan explícito y sistemático como lo sería si se tratase de una ciencia cuyo método es bien conocido. Tropieza en su afán de instruir a los demás con las mismas dificultades que hubo de vencer para indagar en el asunto; tan pronto la explicación parece luminosa, tan pronto oscura; y esta propiedad del tema parece que priva lo mismo cuando se trata del principiante que del sabio adelantado. Tal es la razón de que los grandes teólogos sólo den instrucción relativa a estos asuntos por medio de metáforas y alegorías. Si hubiéramos de enseñar estas disciplinas sin valernos de parábolas y figuras, nos veríamos obligados a recurrir a expresiones que, siendo a un tiempo profundas y transcendentales, no serían en cambio más claras e inteligibles que los símiles y las metáforas. La clave para comprender y percatarse plenamente de todo lo que los Profetas han dicho, se halla en el conocimiento de las figuras, de sus ideas generales y del sentido de cada una de las palabras que contienen. No ignoras el versículo: "Yo he hablado también en semblanzas por los Profetas" (OSE. XII, 10); y también: "Plantea un enigma y pronuncia una parábola" (EZEQ. XVII, 2). Y como los Profetas continuamente se valen de figuras, dice Ezequiel: "¿No habla Dios parábolas?" (XXI, 5).

Las parábolas no valen por sí mismas gran cosa, sino sólo en cuanto contribuyen a hacer inteligibles las palabras de la Santa Ley. Esto dicen también nuestros Sabios, según los cuales, el sentido más profundo es como perlas, y la interpretación literal de una figura, como piedra sin valor. Comparan ellos el sentido oculto, que está envuelto en el literal de un símil, a la perla perdida en una cámara oscura y llena de muebles. Ciertamente la perla está en la cámara, pero el hombre no acierta a distinguirla ni sabe dónde hallarla. Es como si no poseyera la perla, pues que de poco le vale, hasta que se haga luz. Y así, Salomón enseña, "como manzanas de oro en filigrana de plata, con pequeños resquicios, así es la palabra propiamente dicha".

Advierte cuán bellamente se describen en esta imagen las condiciones que adornan a una buena semblanza. Muestra que en toda palabra hay un doble sentido, el literal y el figurado, siendo el uno tan valioso como la plata, pero más precioso todavía el sentido oculto; de suerte que la significación figurada está respecto de la literal en la misma relación que el oro a la plata. Así también, tomadas las figuras de los Profetas al pie de la letra, encierran cierta sabiduría útil para muchos menesteres, entre otros el mejoramiento de la sociedad humana, como los Proverbios de Salomón, por ejemplo. Empero, su sentido oculto es profundísima sabiduría que lleva a descubrir la verdadera verdad.

Si deseas comprender todo cuanto este libro contiene, de manera que nada escape a tu noticia, considera los capítulos con orden y método. Cuando estudies cada uno de ellos, no te contentes con entender el principal asunto que trata, mas presta atención a cada término de los que en el capítulo se mencionen, aunque te pareciere no guardar relación con el tema. Porque lo que he escrito en este libro, es fruto de profundo estudio y gran diligencia, no mero capricho nacido de alguna sugestión momentánea. Especial cuidado he tenido de que no quede por esclarecer nada de lo que pueda parecer dudoso. Todo cuanto se menciona tiene su finalidad, de suerte que cada observación se verá que contribuye a ilustrar la doctrina esencial del respectivo capítulo.

No lo leas superficialmente, que con ello me ofenderías a mí, y no sacarías provecho alguno. Has de estudiarlo totalmente, y leerlo de manera continuada, y entonces hallarás la solución a tantos problemas substantivos de religión que son fuente de ansiedad para todos los hombres inteligentes.

Que el lector estudie cuidadosamente mi obra; y si le disipare alguna duda en algún punto, ensalce al Creador, y alégrese del conocimiento que haya adquirido; pero si no sacare de la lectura beneficio alguno, bien puede considerar que el libro es como si no hubiera sido escrito. Repare en cada una de las opiniones de las cuales discrepe, afánese por hallar una explicación conveniente, aunque parezca traída por los cabellos, y entonces me juzgará caritativamente, que esta piedad nos debemos los unos a otros.

Yo debo especial gratitud a nuestros eruditos y teólogos que se esfuerzan por enseñarnos lo que entienden que es la verdad, según lo mejor y más que pueden. Tengo la certeza de que aquéllos de mis lectores que no estudiaron filosofía podrán sacar algún provecho de muchos capítulos de mi obra; pero será singularmente beneficiosa para el pensador cuyos estudios le hayan llevado a entrar en colisión con sus ideas religiosas. ¡Cuánto se regocijará! ¡Cuán agradablemente sonarán mis palabras en sus oídos! Empero, los que tienen el pensamiento confundido por virtud de falsas nociones y perversos métodos, los cuales llaman estudios y ciencias a sus descarríos y se imaginan ser filósofos, aunque ninguno de sus conocimientos merezca el nombre de ciencia, refutarán a muchos de mis capítulos, y hallarán en ellos insuperables dificultades; o porque no acierten a comprender su significado, o porque se pone en ellos de relieve lo absurdo de las perversas opiniones que constituyen las particulares riquezas "que atesoraron para su propia ruina". Dios sabe cuánto he dudado antes de escribir lo que este libro contiene, que son profundos misterios. En dos precedentes he confiado: Primero, que a casos similares aplicaron nuestros Sabios el versículo "hora es de hacer algo en honra del Señor, porque han hecho vana su Ley" (PS. CXIX, 126); segundo, que ellos dijeron sean guiados tus actos todos por intenciones puras". En estos dos principios puse mi confianza al componer algunas partes de mi obra. Finalmente, cuando me hallé de manos atadas con algún difícil tema, cuando ví que el camino era angosto, y que no había otra manera de enseñar una sólida verdad, que complaciendo a un hombre inteligente y disgustando a diez mil necios, preferí dirigirme al inteligente solitario, despreciando el anatema de la multitud; me ha parecido mejor sacar a ese hombre inteligente de su turbación y esclarecerle la causa de

su perplejidad, de modo que pueda alcanzar la perfección y la paz de su alma.

LA VIDA DE MOISÉS MAIMÓNIDES

"Antes de que el sol de Elí se había puesto el hijo de Samuel había resucitado."Antes de que la voz de los profetas había dejado de guiar a la gente, los intérpretes de la ley, los doctores del Talmud, habían iniciado sus labores, y antes de las Academias de Sura y de Pumbadita fuesen cerradas, centros de pensamiento y aprendizaje judío ya estaban floreciendo en el lejano Oeste. Las circunstancias que llevaron a la transferencia de los cuarteles de aprendizaje judío de Oriente a Occidente en el siglo X por lo tanto son narrados en el Sefer ha-kabbalah del rabino Abraham ben David:

"Después de la muerte de Ezequías, el jefe de la Academia y el príncipe del exilio, las academias estaban cerradas y ningún nuevo Geonim era fijado. Pero mucho antes de ese momento el cielo hubiera querido que no hubiese una cesación de los dones pecuniarios que solían ser enviados desde Palestina, África del Norte y Europa. El cielo también tenía decretado que un barco que navegaba desde Bari debía ser capturado por Ibn Romahis, comandante de las fuerzas navales de Abd-er-Rahman al-Nasr. Cuatro ilustres rabinos fueron tomados prisioneros, tanto - Rabino Ḥushiel, padre del rabino Jananel, el rabino Moisés, padre de Rabino Hanok, el rabino Shemarjahu, hijo del rabino Ellisanan y un cuarto cuyo nombre no ha sido registrado. Ellos estaban comprometidos en un misión para recoger subsidios para la Academia de Sura. El captor los vendió como esclavos; Rabino Tiushiel fue llevado a Kairuán, R. Shemarjahu quedó en Alejandría, y R. Moisés fue llevado a Córdoba. Estos esclavos fueron rescatados por sus hermanos y pronto se colocaron en posiciones importantes. Cuando el rabino Moisés fue traído a Córdoba, se suponía que era inculto. En esa ciudad había una sinagoga conocida en ese momento con el nombre de Keneseet ha-midrash, y el rabino Nathan, conocido por su gran piedad, era el jefe de la congregación. Los miembros de la comunidad realizaban reuniones en las que el Talmud era leído y discutido. Un día, cuando el rabino Nathan estaba exponiendo el Talmud y no pudo dar una explicación satisfactoria del pasaje en discusión, el rabino Moisés le quitó rápidamente la dificultad y al mismo tiempo respondió a varias preguntas que le fueron sometidas. Entonces R. Nathan se dirigió así a la asamblea: "Ya no soy su

líder; ese extraño en cilicio será a partir de ahora mi maestro, y le podrán apuntar como jefe.” El almirante, al enterarse de los altos logros de su prisionero, deseó revocar la venta, pero el rey no permitiría esta retracción, pues se complacía en saber que sus súbditos judíos ya no dependían para su instrucción religiosa de las escuelas en el este.

A partir de entonces las escuelas de Occidente afirmaron su independencia, e incluso superando las instituciones matrices. Los Califas, en su mayoría opulentos, dieron todo su impulso a la filosofía y la poesía; y, siendo generalmente liberales en el sentimiento, amablemente retenían sentimientos hacia sus súbditos judíos. Estos fueron permitidos competir por la adquisición de la riqueza y el honor en igualdad de condiciones con sus conciudadanos mahometanos. Filosofía y poesía, en consecuencia, fueron cultivadas por los Judíos con el mismo entusiasmo como por los árabes. Ibn Gabirol, Ibn Hasday, Judah ha-Levi, Jananel, Alfasi, el Ibn Ezra, y otros que florecieron en ese período fueron el ornamento de su tiempo, y el orgullo de los Judíos de todos los tiempos. La misma condición favorable se mantuvo durante el reinado de Omeyades; pero cuando los Moravides y los Almohades llegaron al poder, el horizonte se oscureció, una vez más, y las desgracias amenazaron con destruir el fruto de varios siglos. En medio de esta oscuridad apareció un astro brillante que emitía rayos de luz y consuelo: este fue Moisés Maimónides.

Moisés, el hijo de Maimón, nació en Córdoba, España, el 14 de Nisan, 4895 (30 de marzo 1135). Aunque la fecha de su nacimiento ha sido grabada con la máxima precisión, no existe registro confiable de lo relativo a la primera época de su vida. Pero toda su carrera es una prueba de que no pasó su juventud en la ociosidad; su educación debe haber estado en armonía con la esperanza de sus padres, de que un día, como su padre y antepasados, ocuparía la oficina honorable de Dayyan o rabino, y se distinguiría en el aprendizaje teológico. Es probable que la Biblia y el Talmud formaran las principales materias de su estudio; pero él sin duda, hizo el mejor uso de las oportunidades que la España Mahometana, y especialmente Córdoba, le proporcionaron para la adquisición de conocimientos generales. No se menciona en ninguno de sus escritos quienes fueron sus maestros; su padre, como parece, era su principal guía e instructor en muchas ramas del conocimiento. David Conforte, en su obra

histórica, Kore-ha Dorot, establece que Maimónides fue el alumno de dos hombres eminentes, a saber, el rabino Joseph Ibn Migash e Ibn Rushd (Averroes); que por el anterior fue instruido en el Talmud, y por éste último en la filosofía. Esta afirmación parece ser errónea, pues Maimónides sólo era niño cuando el rabino Joseph murió, y ya muy avanzado en años cuando entró en contacto con los escritos de Ibn Rushd. El origen de este error, en lo que respecta al Rabino Joseph, puede ser fácilmente rastreado. Maimónides en su Mishné Tora, emplea, en referencia a R. Isaac Alfasi y R. Joseph, la expresión "mis maestros" (rabbotai), y esta expresión, la utilizó para describir su deuda con sus escritos, pero la misma se utilizó en su significado literal.

Cualesquieras que hayan sido sus profesores, es evidente que él estaba bien preparado por ellos para su futura misión. A la edad de veintitrés años entró en su carrera literaria con un tratado sobre el Calendario Judío. No se sabe dónde compuso este trabajo, ya sea en España o en África. El autor se limita a afirmar que lo escribió por solicitud de un amigo, a quien, sin embargo, deja sin nombre. El tema fue considerado en general de difícil entendimiento, e involucraba un conocimiento profundo de las matemáticas. Maimónides debe, por lo tanto, incluso en este primer período, haber sido considerado como un profundo estudioso por aquellos que lo conocieron. El tratado es de carácter elemental. Probablemente fue casi al mismo tiempo que él escribió, en árabe, una explicación de los términos Lógicos, Millot higgayon, que Moisés Ibn Tibbon tradujo al hebreo.

El primer período de su vida, no parece haber sido marcada por ningún incidente digno de notar. Puede, sin embargo, ser fácil concebido que el último período de su vida, estuvo repleto de incidentes interesantes, dignos de la atención exclusiva de sus biógrafos. Tanto es cierto, que su juventud estuvo plagada de problemas y de ansiedad; pues el desarrollo pacífico de la ciencia y la filosofía fue perturbado por las guerras furiosas entre los mahometanos y los cristianos, y también entre las varias sectas mahometanas.

Moravides, que había sucedido a Omeyades, se opusieron a la liberalidad y la tolerancia; pero fueron superados en crueldad y fanatismo por sus sucesores. Córdoba fue tomada por Almohades en el año 1148,

cuando Maimónides tenía unos trece años. Las victorias de los almohades, primero bajo el liderazgo de Mahadi Ibn Tamurt, y luego bajo Abd-almumen, fueron, según todos los testimonios, los que utilizaron actos de intolerancia excesiva. Abd-al-mumen no consentía en su dominios cualquier otra fe, mas que la que él mismo confesaba. Los Judíos y los cristianos tenían la posibilidad de elegir entre el Islam y la emigración o la muerte de un mártir. La cábala Sefer contiene la siguiente descripción de una de las persecuciones que luego ocurrieron:

"Después de la muerte de R. Joseph ha-levi el estudio de la Torá fue interrumpida, no obstante había dejado un hijo y un sobrino, los cuales tuvo bajo su enseñanza, convirtiéndose en profundos estudiosos. ‘El hombre (R. Joseph) fue asesinado con la venida de estos malos. Tras la muerte de R. Joseph llegó para los Judíos un tiempo de opresión y angustia. Ellos abandonaron sus hogares, ‘fuese por la muerte, a la muerte, y los que fueron por la espada, a la espada ; y por el hambre, al hambre, y como fueron para la cautividad, a la cautividad "; y - que podría añadirse a las palabras de Jeremías (xv 2.) - "como eran por apostasía, a la apostasía.” Todo esto pasó por la espada de Ibn Tamurt, quien, en 4902 (1142), decidido a borrar el nombre de Israel, y de hecho no dejó ningún rastro de los Judíos en ninguna parte de su imperio ".

Ibn Verga en su obra sobre el martirio Judío, en Shebet Jehudah, da el siguiente recuento de los acontecimientos que sucedieron a continuación: "En el año 4902 los ejércitos de Ibn Tamurt hicieron su aparición. Se emitió una proclamación de que cualquiera que se negara a adoptar el Islam sería puesto a muerte, y sus propiedades serían confiscadas. Entonces los Judíos se reunieron en la puerta del palacio real e imploraron al rey por misericordia. Él contestó: "Es porque tengo compasión de ustedes, que les mando que se conviertan en Musulmanes; pues deseo que se salven del castigo eterno." Los Judíos respondieron: "Nuestra salvación depende de nuestra observancia de la ley divina; usted es el dueño de nuestro cuerpo y de nuestra propiedad, pero nuestras almas serán juzgadas por el Rey que nos la dio a nosotros, y al que regresara; cualquiera que sea nuestro destino, usted, oh rey, no será responsable de él.” “Yo no deseo discutir con ustedes” dijo el rey; “porque yo sé que ustedes van a discutir de acuerdo a su propia religión. Es mi voluntad absoluta de que ustedes adopten mi religión o sean

condenados a muerte.” Los Judíos entonces propusieron emigrar, pero el rey no permitiría que sus súbditos sirvieran a otro rey. En vano los Judíos imploraron a los nobles a interceder en su favor; pues el rey se mantuvo inexorable. Así, muchas congregaciones abandonaron su religión; pero al cabo de unos meses el rey murió súbitamente; el hijo, creyendo que su padre había llegado a un final prematuro como castigo por su crueldad hacia los Judíos, aseguró a los conversos involuntarios ser indiferente a la religión que profesasen. De ahí que muchos Judíos regresaron a la religión de sus padres, mientras que otros vacilaron durante algún tiempo, por temor a que el rey pretendiera atrapar a los conversos aparentes ".

A partir de dichos registros parece que durante estas calamidades algunos de los Judíos huyeron a países extranjeros, algunos murieron como mártires, y muchos otros presentaron durante un tiempo una conversión externa. Cual curso siguió la familia de Maimón? ¿Sacrificaron su comodidad personal y la seguridad por su convicción religiosa, o por el contrario, en aras de meras consideraciones mundanas disimularon su fe y pretendieron que estaban completamente sometidos a los dictados del tirano? Una respuesta a esta pregunta se presenta en la siguiente nota que Maimónides ha añadido a su comentario de la Mishná: "He terminado ahora este trabajo de acuerdo con mi promesa, y yo ruego fervientemente al Todopoderoso para salvarnos de error. Si hay alguien que descubra una inexactitud en este Comentario o tenga una mejor explicación para ofrecer, que mi atención se dirija a ella; y déjeme ser exonerado por el hecho de que he trabajado con mucha mayor aplicación que cualquiera que escribe por remuneración y beneficios, y que he trabajado bajo las circunstancias más difíciles. Pues el Cielo había ordenado el exilio, y éramos por lo tanto, conducidos de un lugar a otro; yo estaba por lo tanto obligado a trabajar en el Comentario viajando por tierra, o cruzando el mar. Ello podría haber bastado para mencionar que durante ese tiempo, además, estaba ocupado en otros estudios, pero preferí dar la anterior explicación con el fin de animar a aquellos que desean criticar o anotar el Comentario, y al mismo tiempo para dar cuenta del lento progreso de este trabajo. Yo, Moisés, hijo de Maimón, comencé cuando tenía veintitrés años de edad, y lo terminé en Egipto, a la edad de treinta (-tres) años, en el año 1479 Sel. (1168). "

El Sefer haredim de R. Eleazar Askari de Safed contiene la siguiente declaración de Maimónides: "En la tarde del Sabbath, el 4 de Iyar, 4925 (1165), subí a bordo; en el siguiente Sabbath las olas amenazaban con destruir nuestras vidas…En la tercera de Sivan, llegué con seguridad a Acco, y por lo tanto fui rescatado de apostasía…El martes, el 4 de Marheshvan, 4926, dejé Acco, llegué a Jerusalén después de un viaje plagado de dificultades y de peligros, y oré en el lugar de la gran y santa morada en la cuarta, quinta, sexta y de Marbeshvan. El domingo, el noveno de ese mes, salí de Jerusalén y visité la cueva de Macpela, en Hebrón ".

A partir de estas dos declaraciones se puede inferir que en tiempos de persecución Maimónides y su familia no buscaron proteger sus vidas y propiedades por disimulo. Se enfrentaron a los problemas del exilio con el fin de que pudieran seguir siendo fieles a su religión. Carmoly, Geiger, Munk, y otros son de la opinión de que el tratado de Maimónides en la apostasía involuntaria, así como los recuentos de algunos autores mahometanos, contienen una fuerte evidencia para demostrar que hubo un momento en que la familia de Maimón públicamente profesaron su fe en Mahoma. Un examen crítico de estos documentos nos obliga a rechazar su evidencia como inadmisible. Después de un largo período de angustia y ansiedad, la familia de Maimón llegó a Fostat, en Egipto, y se establecieron allí. David, el hermano de Moisés Maimónides, realizaba el comercio de piedras preciosas, mientras Moisés se dedicó a sus estudios y se interesó en los asuntos comunales de los Judíos.

Parece que por algún tiempo Moisés recibió el apoyo de su hermano, y cuando este hermano murió, él se ganaba la vida mediante la práctica como médico; pero él nunca buscó o devengó ningún beneficio por servicios a su comunidad o de las obras que escribió para la instrucción de sus hermanos; la satisfacción de estar al servicio de sus semejantes era para él una suficiente recompensa.

El primer acto público en el que aparece Maimónides tomando un papel principal fue en un decreto promulgado por las autoridades Rabínicas de El Cairo en el año 1167. El decreto comienza de la siguiente manera: "En tiempos pasados, cuando las tormentas y tempestades nos amenazaban, vagabamos de lugar a otro, pero por la misericordia del Todopoderoso ahora hemos encontrado aquí un lugar de descanso. A nuestra llegada, nos dimos

cuenta, con gran consternación, que los educados estaban desunidos; que ninguno de ellos se preocupaba de las necesidades de la congregación. Por lo tanto, sentimos que es nuestro deber llevar a cabo la tarea de guiar el santo rebaño, de indagar sobre el estado de la comunidad, de "reconciliar los corazones de los padres con sus hijos", y de corregir sus maneras corruptas. Las lesiones son grandes, pero podemos tener éxito en encontrar una cura, y de conformidad con las palabras del profeta: "Yo buscaré la perdida, y la que ha sido expulsada la haré volver, y la rota la voy a curar " (Miqueas iv. 6). Cuando, por lo tanto, decidimos tomar la gestión de los asuntos comunales en nuestras manos, descubrimos la existencia de un mal grave en el medio de la comunidad ", etc.

Era probablemente alrededor de ese tiempo que Maimón murió. Cartas de condolencia fueron enviados a su hijo Moisés de ambos lados, tanto de Mahometanos y de países cristianos; en algunos casos las cartas duraban varios meses en su camino antes de llegar a su destino.

El interés que Maimónides tomó en los asuntos comunales no le impidió completar el gran y arduo trabajo, el Comentario a la Mishná, que había comenzado en España y que continuó durante sus andanzas en África. En este Comentario él propone para dar la quintaesencia de la Guemará, exponer el Significado de cada dictado en la Mishná, y para indicar cuál de las varias opiniones habían recibido la sanción de las autoridades Talmúdicas. Su objetivo al escribir este trabajo fue permitir a los que no estaban dispuestos a estudiar la Guemará, a entender la Mishná, y para facilitar el estudio de la Guemará para aquellos que estaban dispuestos a estudiar de ella. El comentarista generalmente se adhiere a las explicaciones dadas en la Guemará, y sólo en los casos en que la halakah o ley práctica, no se ve afectada, se aventura a disentir. Él reconoce el beneficio que deriva de tales obras de sus predecesores como el Halakot de Alfasi y los escritos del Geonim, pero luego afirmó que los errores que eran descubiertos en sus obras surgían de su confianza implícita en estas autoridades. Su originalidad es visible en la introducción y en el tratamiento de los principios generales, que en algunos casos precede a la exposición de toda una sección o capítulo, en otros la de una sola regla. El comentarista es generalmente conciso, excepto cuando la ocasión lo amerita para tratar de ética y principios teológicos, o de un tema científico, tales como pesos y medidas,

o problemas matemáticos y astronómicos. Pese a exhortaciones a la virtud y advertencias contra el vicio encontradas en todas partes de su obra, son especialmente abundantes en los Comentarios en Abot, que está precedida por un tratado psicológico independiente, llamado los Ocho Capítulos. El dicho "El que habla mucho comete un pecado," suscita una lección sobre la economía de la palabra; la explicación de 'olam ha-ba en el tratado Sanedrín (xi. 1) lo llevaron a discutir los principios de la fe, y establecer los trece artículos del credo judío. El comentario fue escrito en Árabe, y fue traducido posteriormente al hebreo y a otros idiomas. La estimación en la que el comentario fue hecho puede inferirse del hecho siguiente: Cuando los Judíos en Italia conocieron su método y espíritu, a través de una traducción al hebreo de una de sus partes, enviaron a buscar en España una versión hebrea completa del Comentario. R. Simbah, al que se le había confiado esta misión, no encontró copia existente, pero tuvo éxito, a través de la influencia de Rabí Shlomó Ben Aderet, en generar una traducción al hebreo de este importante trabajo. En la introducción, el autor declara que ha escrito un comentario sobre el tratado Hullin Talmud de Babilonia y de casi tres secciones enteras, a saber., Moed, Nashim, y Nezikin. De todos estos comentarios sólo el Rosh ha-shanah se conoce.

En el año 1.572 Maimónides escribió el Iggeret Temán, o Petab-tikvab ("Carta a los Judíos en el Yemen", o "Apertura de esperanza ") en respuesta a una carta que le dirigió el rabino Jacob al-Fayumi sobre el estado crítico de los Judíos en el Yemen. Algunos de estos Judíos habían sido forzados a apostatar, otros fueron inducidos a creer que ciertos pasajes de la Biblia aludían a la misión de Mahoma; otros más habían sido engañados por un impostor que pretendía ser el Mesías. El carácter y el estilo de la respuesta de Maimónides parecen haberse adaptado a la condición intelectual de los Judíos en el Yemen, para quien fue escrito. Estos probablemente leían la Biblia con comentarios del Midrash, y preferían la Agadah, fácil y atractiva que el estudio más serio del Halakah. Por ello no es de extrañar que la carta contenga observaciones e interpretaciones que no pueden conciliarse con el método filosófico y lógico por el cual todas las otras obras de Maimónides se distinguen. Después de unas palabras de cortesía, en el que el autor discute con modestia la justicia de las alabanzas prodigadas sobre él, trata de demostrar

que los sufrimientos presentes de los Judíos, junto con los numerosos casos de apostasía, fueron anunciados por los profetas, especialmente por Daniel, y no debían espantar a los fieles. Hay que tener en cuenta, continúa, que los intentos realizados en el pasado para acabar con la religión judía, han fracasado invariablemente; lo mismo será el destino de los intentos actuales; pues "las persecuciones religiosas son de corta duración ". Los argumentos que profesan demostrar que en ciertos pasajes bíblicos se hace alusión a Mahoma, son basados en interpretaciones que son totalmente opuestas al sentido común. Se insta a que los Judíos, fielmente adheridos a su religión, que deben transmitir a sus hijos la grandeza de la Revelación en el Monte Sinaí, y de los milagros obrados por medio de Moisés; ellos también deben permanecer firmes en la creencia de que Dios enviará al Mesías para liberar a su nación, pero deben abandonar los cálculos inútiles de cuándo es la época mesiánica, y deben tener cuidado con los impostores. Aunque hayan signos que indican la prometida liberación, y los tiempos parecen ser los últimos y más crueles de persecución mencionados en las visiones de Daniel (xi. y xii.), y que la persona en Yemen que pretende ser el Mesías es un impostor, y si no se tiene cuidado, él hará maldades.

Impostores similares en Córdoba, Francia y África, habían engañado a la multitud y traído grandes problemas a los Judíos. Sin embargo, incompatible con este buen consejo, el autor da una fecha posible de la época mesiánica, sobre la base de una antigua tradición; la inconsistencia es tan obvia que es imposible atribuir este pasaje a Maimónides. Probablemente es espuria, y ha sido, tal vez, añadida por el traductor. Con la excepción de la introducción rimada, la carta fue escrita en árabe, "con el fin de que todos pudiesen leer y entender"; para tal fin el autor deseaba que se hicieran copias de la misma, y fuesen distribuidas entre los Judíos. El rabino Nahum, del Magreb, tradujo la carta al hebreo.

El éxito en la primera gran empresa de explicar la Mishná, animó a Maimónides a proponerse a sí mismo otra tarea de un carácter aún más ambicioso. En el Comentario a la Mishná, su objetivo era de que aquellos que no pudieron leer la Guemará se familiarizacen con los resultados obtenidos con el Amoraim en el curso de sus deliberaciones sobre la Mishná. Pero la Mishná, con el Comentario, no era un código de leyes que podía ser fácilmente consultado en casos de emergencia; sólo el iniciado

sería capaz de encontrar la sección, el capítulo y el párrafo en el que la información deseada se podía encontrar. La halakab, además, se había desarrollado más desde el momento en que el Talmud fue compilado. El estado de cambio de las cosas sugería nuevas preguntas; éstas fueron discutidas y resueltas por el Geonim, cuyas decisiones, estaban contenidas en cartas especiales o tratados, y no eran de acceso general. Maimónides, por tanto, se comprometió a elaborar un código completo, que contuviera, el lenguaje y el estilo de la Mishná, y sin discusión, el conjunto de la Ley Oral y Escrita, todos los preceptos registrados en el Talmud, Sifra, Sifre y Tosefta, y las decisiones de los Geonim. Según el plan del autor, este trabajo pretendía presentar una solución a todas las preguntas tocantes a la religión, moral, o de los derechos sociales de los Judíos. No fue de ninguna manera su objetivo desalentar el estudio del Talmud y el Midrash; él sólo trató de difundir un conocimiento de la Ley entre aquellos que, por incapacidad o por otras circunstancias, fueron impedidos de ese estudio. Con el fin de garantizar la integridad del código, el autor elaboró una lista de seiscientos trece preceptos del Pentateuco, los dividió en catorce grupos, éstos a su vez los subdividió, y así mostró cuántos preceptos positivos y negativos estaban contenidos en cada sección de la Mishné Torá. Los principios por los que fue guiado en esta disposición se establecieron en un tratado separado, llamado Sefer ha-mizvot. Las obras de clase similar, escritas por sus predecesores, como el Guedolot Halakot de R. Shimon Kahira, y varios Azbarot estaban, de acuerdo con Maimónides, llenos de errores, porque sus autores no habían adoptado un método adecuado. Sin embargo, un exámen de las normas establecidas por Maimónides y de su aplicación conduce a la conclusión de que sus resultados no fueron menos arbitrarios; al igual que, de hecho, se ha demostrado por las críticas de Najmánides. El Sefer ha-mizvot fue escrito en Árabe, y tres veces traducido al hebreo, es decir, por el Rabino Abraham ben Jisdai, Rabino Shlomó Ben Joseph ben Job, y Rabino Moisés Ibn Tibbon. El mismo Maimónides deseó traducir el libro a hebreo, pero para su decepción no encontró ningún momento para hacerlo.

Este Sefer ha-mizvot fue elaborado como una preparación para su obra principal, el Mishné Torá, o Yad ha-hazakah, que consta de una introducción y catorce libros. En la Introducción el autor describe la

primera cadena de la tradición de Moisés al cierre del Talmud, y luego explica su método para la compilación de la obra. Distingue entre los dictados que se encuentran en el Talmud, Sifre, Sifra, o Tosefta, por una parte, y los dictados de los Geonim en el otro; los primeros vinculan a todos los Judíos, los últimos, sólo en cuanto a la necesidad y utilidad o la autoridad reconocida de sus proponentes. Establecidas las fuentes de las que compiló su trabajo, no consideró necesario nombrar en cada caso la autoridad para su opinión o el pasaje particular del cual derivaba su dictamen. Cualquier adición de referencias a cada párrafo probablemente lo consideró inútil para los desinformados y superfluo para los sabios. En un momento más tarde, descubrió su error, al ser incapaz él mismo de encontrar de nuevo las fuentes de algunas de sus decisiones. El rabino Joseph Caro, en su comentario de la Mishné Torá, denominado Keseph Mishneb, subsanó esta deficiencia. La introducción es seguida por la enumeración de los seiscientos trece preceptos y una descripción del plan de la obra, su división en los catorce libros, y la división de éste en secciones, capítulos, y párrafos.

Según el autor, el Mishné Torá es un mero compendio del Talmud; pero encontró suficientes oportunidades para mostrar su verdadero genio, su mente filosófica, y sus doctrinas éticas. Pues para afirmar lo que ordenaba la ley tradicional tenía que ejercer su propio juicio, y decidir si un determinado dictámen estaba destinado a ser tomado literalmente o figurativamente, si era la decisión final de la mayoría o la opinión rechazada de una minoría; si era parte de la Ley Oral o un precepto fundado en las opiniones científicas de un autor en particular; y si era de universal aplicación o solamente destinada a un período especial o una localidad especial. El primer libro, Sefer ha-madda, es el compendio de sus propias teorías éticas y teológicas, aunque con frecuencia se refiere a los dichos de nuestros sabios, y emplea la fraseología del Talmud. Del mismo modo, el apartado del Calendario Judío, Hilkot ha-'ibur, puede ser considerado como obra original. En cada grupo de la halakot, su fuente, un cierto pasaje del Pentateuco, es su primera cita, con su interpretación tradicional, y entonces siguen las normas en orden sistemático. La Mishné Torá fue escrita por el autor en hebreo puro; cuando posteriormente, un amigo le pidió que la tradujera al árabe, dijo que él prefería tener sus escritos árabes traducidos al

hebreo en lugar de a la inversa. El estilo es una imitación de la Mishná que no elegió, dice el autor, el estilo filosófico, porque eso era ininteligible para el lector común; ni tampoco seleccionó el estilo profético, porque no armonizaba con el tema.

Diez años de duro trabajo de día y de noche fueron empleados en la compilación de este código, que originalmente se había llevado a cabo para "su propio beneficio, para ayudarlo en su edad avanzada del problema y la necesidad de consultar el Talmud en cada ocasión". Maimónides sabía muy bien que su trabajo encontraría la oposición de aquellos a cuya ignorancia se expondría, también de los que eran incapaces de comprender, y de los que estaban inclinados a condenar toda desviación de sus propias preconcebidas nociones. Pero tuvo la satisfacción de saber que era bien recibida en la mayoría de las congregaciones de Israel, y que había un deseo general de poseerla y estudiarla. Este éxito le confirmaba en su esperanza de que en un momento posterior, cuando todas las causas de celos desapareciesen, el Mishné Torá sería recibido por todos los Judíos como un código de autoridad. Esta esperanza no se ha realizado. El genio, seriedad y celo de Maimónides son generalmente reconocidos; pero no hay una aceptación absoluta de su dictámen. En cuanto más insistía en su infalibilidad, más las autoridades Rabínicas examinaban sus palabras y señalan errores dondequiera que creían que podían descubrir alguno. No siempre fueron motivos de base, como sostienen Maimónides y sus seguidores, que sus opiniones fuesen criticadas y rechazadas. El lenguaje utilizado por el rabino Abraham ben David en sus notas (hasagot) en el Mishné Torá parece duro e irrespetuoso, si se lee junto con el texto de el pasaje criticado, pero parece manso y suave si se compara con expresiones utilizadas de vez en cuando por Maimónides sobre los hombres que tienen opiniones diferentes a la suya.

Maimónides recibió muchas cartas de cortesía, felicitándolo por su éxito; pero asímismo cartas con críticas y preguntas respecto al balakot individual. En la mayoría de los casos no tenía dificultad en la defensa de su posición. De las respuestas se debe, sin embargo, inferir que Maimónides hizo algunas correcciones y adiciones, que se incorporaron posteriormente en su obra. Las cartas dirigidas a él sobre el Mishné Torá y en otras materias eran tan numerosas que con frecuencia se quejaba del tiempo que tenía que

pasar en su lectura, y de la molestia que le causaba; pero "soportó todo esto con paciencia, como había aprendido en su juventud a llevar el yugo." No le sorprendió que muchos malinterpretaran sus palabras, incluso las simples palabras del Pentateuco, "el Señor es uno", habían tenido el mismo destino. Algunos infirieron del hecho de que él trató totalmente el Olam ha-ba, "el futuro estado del alma ", y descuidara en extenderse sobre la resurrección de los muertos, que él rechazara por completo este principio de la fe. Por lo tanto, pidieron al rabino Samuel ha-Leví de Bagdad a expresar su opinión; en consecuencia, el rabino discute el tema; pero, de acuerdo a Maimónides, trató de resolver el problema de una manera insatisfactoria. Este último, acto seguido, igualmente escribió un tratado "Sobre la Resurrección de los Muertos", en la que protestó su adhesión a este artículo de fe. Repitió la opinión que había declarado en el Comentario a la Mishná y en el Mishné Torá, sino "en varias palabras, la misma idea se reitera en diversas formas, como el tratado sólo estaba destinado para las mujeres y para la multitud común ".

Estos estudios teológicos absorbieron su atención en gran medida, pero no lo ocuparon exclusivamente. En una carta dirigida a R. Jonathan, de Lunel, dice: "Pese a que desde mi nacimiento la Torá fue encomendada a mí, y que sigue siendo amada por mí como la esposa de mi juventud, en cuyo amor encuentro una delicia constante, extraña la mujer a quien en un primer momento traje a mi casa mientras sus sirvientas se convierten en sus rivales y absorben una parte de mi tiempo." Dedicó su tiempo, especialmente para el estudio de la medicina, en la que se distinguió a tal grado, que de acuerdo con Alkifti, "el rey de los francos en Ascalón quería nombrarlo como su médico. " Maimónides declinó el honor. Alfadhel, el Visir de Saladino, rey de Egipto, admiraba el genio de Maimónides, y le otorgaba muchas distinciones. El nombre de Maimónides fue inscrito en el censo de médicos, recibió una pensión, y fue presentado a la corte de Saladino. El método adoptado en su práctica profesional, lo describe en una carta a su discípulo Ibn Aknin, de la siguiente manera: "¿Sabes lo difícil que es ésta profesión para una persona consciente y exacta, que sólo puede establecer lo que puede apoyar por el argumento o la autoridad. " Este método es más descrito en un tratado sobre la higiene, compuesta para Alfadhel, hijo de Saladino, que sufría de una enfermedad grave y había

utilizado a Maimónides para consejo. En una carta al rabino Samuel Ibn Tibbon alude a la cantidad de tiempo invertido en su práctica médica, y dice que yo resido en Egipto (o Fostat); el rey reside en El Cairo, que se encuentra cerca de dos Sabbaths de viaje del primer lugar mencionado. Mis deberes para con el rey son muy pesados. Me veo obligado a visitarlo todos los días, temprano en la mañana; y cuando él o alguno de sus hijos o los internos de su harén están indispuestos; no me atrevo a renunciar a El Cairo, pero debo mantenerme durante la mayor parte del día en el palacio. Sucede con frecuencia que uno o dos de los oficiales reales caen enfermos, y luego tengo que asistirles. Como regla general, me voy a El Cairo muy temprano en el día, y aunque nada inusual sucede no regreso antes de la tarde cuando estoy a punto de morir de hambre; pero encuentro las antecámaras llenas de Judíos y gentiles, con nobles y gente común, a la espera de mi regreso ", etc.

A pesar de estos deberes profesionales pesados de médico de la corte, Maimónides continuó sus estudios teológicos. Después de haber compilado una guía religiosa Mishné Torá, basada en la Revelación y la Tradición, se vio en la necesidad de demostrar que los principios allí establecidos fueron confirmados por la filosofía. Esta tarea que logró en su Dalalat al-Hairin, "**La Guía para el Perplejo**", de la que se dará a continuación un análisis. Fue compuesta en árabe, y escrita con caracteres hebreos. Posteriormente fue traducida al hebreo por el rabino Samuel Ibn Tibbon, estando vivo Maimónides, quien fue consultado por el traductor en todos los pasajes difíciles. La congregación en Lunel, ignorantes de la empresa de Ibn Tibbon, o deseosos de poseer la traducción más correcta de la Guía, dirigió una halagadora carta a Maimónides, pidiéndole traducir la obra a Hebreo. Maimónides respondió que no podía hacerlo, ya que no tenía tiempo suficiente para este arduo trabajo, y que una traducción estaba siendo preparada por el hombre más capaz y más apto, el rabino Samuel Ibn Tibbon. Una segunda traducción fue hecha más tarde por Jehudah Alharizi. La Guía deleitó a muchos, pero también se encontró con mucha crítica adversa en cuenta las opiniones peculiares en poder de Maimónides relativas a los ángeles, la profecía y milagros, sobre todo a causa de su afirmación de que si la prueba aristotélica para la Eternidad del Universo le había satisfecho, no habría encontrado dificultad para conciliar el relato

bíblico de la Creación con esa doctrina. La controversia sobre la Guía continuó mucho después de la muerte de Maimónides dividiendo a la comunidad, y es difícil decir hasta qué punto la esperanza del autor para efectuar una reconciliación entre la razón y la revelación se realizó. Su discípulo, Joseph Ibn Aknin, a quien la obra fue dedicada, y que esperaba obtener de ella el máximo beneficio, parecía decepcionado. Su incapacidad para reconciliar los dos elementos antagonistas de la fe y la ciencia, que él describe alegóricamente en la forma de una carta dirigida a Maimónides, en la cual el siguiente pasaje se produce: "Habla, porque yo quiero que usted sea justificado; si puede, respóndeme. Hace algún tiempo que su amada hija, la hermosa y encantadora Kimah, obtuvo gracia y favor a mi vista, y me comprometí en fidelidad, y me casé con ella de conformidad con la Ley, en la presencia de dos confiables testigos, a saber., nuestro maestro, Abd-Allah e Ibn Rushd. Pero pronto se convirtió en infiel a mí; ella no podía haber encontrado fallas en mí, sin embargo, me dejó y se fue de mi tienda. Ella ya no me deja ver su agradable rostro o escuchar su voz melodiosa. Usted no la ha reprendido o castigado, y tal vez usted es la causa de esta mala conducta. Ahora, envía a la mujer a su hombre, pues él lo es o podría llegar a ser, un profeta; orará por ti para que puedas vivir, y también para que ella pueda ser firme y constante. Si, sin embargo, no la envías de vuelta, el Señor te castigará. Por lo tanto, busca la paz y síguela; escucha lo que dijeron nuestros sabios: "Bendito el que restaura al propietario su propiedad perdida; pues esta bendición se aplica en un grado superior al que restaura a un hombre su esposa virtuosa, la corona de su marido ". Maimónides respondió en la misma línea, y reprochó a su "hijo-en-ley" que falsamente acusó a su esposa de infidelidad después de que él la había olvidado; pero él le devolvió a su esposa con el consejo de ser más cuidadoso en el futuro. En otra carta Maimónides exhorta a Ibn Aknin a estudiar sus obras, y agrega: "aplícate al estudio de la ley de Moisés; no la descuides, pero, por el contrario, dedícale la mejor y la mayor parte de tu tiempo, y si me dices que lo haces, estoy satisfecho de que estás en el camino correcto para la felicidad eterna ".

De las cartas escritas después de la finalización de la "Guía", la dirigida a los sabios de Marsella (1194) es especialmente notable. Se le pidió a Maimónides dar su opinión sobre astrología. Lamentó en su

respuesta que aún no tenían posesión de su Mishné Torá; pues habrían encontrado en él la respuesta a su pregunta. Según su opinión, el hombre debe creer solamente en lo que él puede comprender con sus facultades intelectuales, o percibir por sus sentidos, o lo que él pueda aceptar de autoridad confiable. Más allá de esto nada debe ser creído. Declaraciones astrológicas, que no se basan en ninguna de estas tres fuentes de conocimiento, debe ser rechazada. Él mismo había estudiado astrología, y estaba convencido de que no era una ciencia. Si alguna sentencia se encontraba en el Talmud que pareciera representar a la astrología como una verdadera fuente de conocimiento, ésta podía ser referida como la opinión rechazada de una pequeña minoría, o podría tener un significado alegórico, pero de ninguna manera forzaba a establecer principios basados en pruebas lógicas.

La debilidad de la cual Maimónides se quejó con tanta frecuencia en su correspondencia, aumentó gradualmente, y murió, en su septuagésimo año, el 20 de Tebet, 4965 (1204). Su muerte fue causa de gran duelo para todos los Judíos. En Fostat un luto de tres días fue mantenido; en Jerusalén fue nombrado un ayuno; una porción de la tochahah (Lev. Xxvi. O Deut. XXIX.) fue leída, y también la historia de la captura del Arca por los Filisteos (i Sam iv..). Sus restos fueron traídos a Tiberias. El sentido general en el que Maimónides era celebrado, tanto por sus contemporáneos y por las generaciones venideras, se ha expresado en el dicho popular: "De Moisés a Moisés ninguno fue como Moisés ".

LIBRO PRIMERO

DE LA ESPIRITUALIDAD DE DIOS

"Abrid las puertas para que entre el pueblo justo que guarda la verdad". (Is. XVI, 2).

El Lenguaje Alegórico de las Escrituras. —La Doctrina Esotérica. —De la Esencia y Atributos de Dios. —La Teología Racional de los Motacálimes.

CAPÍTULO I

EN QUÉ SENTIDO SE DICE QUE EL HOMBRE FUE HECHO A IMAGEN (SELEM) Y SEMEJANZA (DEMUT) DE DIOS

Algunos opinan que el término hebreo **selem** *(tzelem)* debe interpretarse como forma y figura de una cosa, y esto les lleva a creer en la corporeidad del Ser Divino, pues piensan que las palabras "hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (GEN. I, 26), dan a entender que Dios tenga forma de ser humano y que sea, por consiguiente, corpóreo. Los que se aferran a esta opinión, piensan en Dios imaginándoselo como si tuviera cuerpo, con cara y miembros, parecido a ellos, sin admitir otra diferencia, sino que Él les excede en grandeza y esplendor, y que su substancia no es carne y sangre.

En el curso del presente Tratado, (parte segunda, cap. I), probaremos cumplidamente la incorporeidad del Ser Divino, y Su unidad, en el recto sentido de la palabra, pues que no hay verdadera unidad sin incorporeidad. En este Capítulo intentamos solamente aclarar el significado de las palabras SELEM, imagen, y DEMUT, semejanza.

Yo sostengo que el término que en hebreo equivale a la palabra "forma", en su acepción ordinaria de figura o apariencia de una cosa, es TOAR. Así, hallamos que José "era de hermosa figura y apariencia" (GEN. XXXIX, 6). Aplicase también a las figuras que produce el esfuerzo humano, tal como "y él trazó su forma (TOAR) con el compás" (ISA. XLIV, 13). La palabra no es aplicable a Dios.

En cambio el término SELEM, significa la forma específica o Idea, la esencia de una cosa, aquello por lo que la cosa es lo que es. En el hombre, la forma o Idea es aquel elemento que le otorga percepción humana, y, en razón de su percepción intelectual, se emplea la palabra SELEM en el versículo: "Lo creó a semejanza (SELEM) de Dios" (GEN. 1, 27).

Empero, pues que tenemos que admitir que este vocablo se halla para hablar de los "ídolos", refiriéndose a su figura externa, SELEM ha de ser, o un homónimo, o un término híbrido que denote a un tiempo la

forma específica o Idea, y la figura exterior atañente a las dimensiones y configuración de los cuerpos materiales. Pero, en la frase "hagamos al hombre a nuestra "semejanza", significa la "forma específica del hombre", esto es, **su percepción intelectiva**, y no su forma externa o figura. Con esto hemos declarado la diferencia que hay entre SELEM y TOAR, y elucidado el sentido que se da a la palabra SELEM.

DEMUT deriva del verbo DAMAH, "ser semejante a". Expresa también conformidad a alguna relación abstracta, como cuando se dice: "Yo soy como pelícano en el desierto" (PS. CII, 7), donde el autor no se compara al pelícano por las alas y por las plumas, sino por la tristeza. Y también "ningún árbol de los que había en el jardín del Señor podía asemejarse a él en belleza" (EZEQ. XXXI, 8), donde la comparación se refiere a la idea de lo bello. De igual manera se usa la palabra, cuando se dice "a manera de un trono" (EZE. I, 26), donde la comparación se refiere a la grandeza y a la gloria, y no a la forma, anchura y longitud del trono.

Como lo que distingue al hombre es la propiedad de la percepción intelectiva, que no posee ninguna otra criatura de cuantas hay sobre la tierra, y como al ejercitarla no se vale de sus sentidos, ni mueve sus pies o sus manos, esta percepción ha sido comparada a la percepción divina, que no necesita de órgano corporal alguno.

Y es en este sentido, y a causa de la Inteligencia Divina con que ha sido dotado el hombre, por lo que se dice que ha sido hecho a imagen y semejanza del Todopoderoso; pero alejemos de nosotros la opinión de que el Ser Supremo sea corpóreo o tenga forma material.

CAPÍTULO II

POR QUÉ AL COMER EL FRUTO PROHIBIDO, ADAM APRENDIÓ A DISTINGUIR EL BIEN Y EL MAL

Un hombre ilustrado, me formuló hace algunos años una pregunta de grandísima importancia, cuya respuesta, tal como yo la resuelvo, merece ser meditada con el mayor detenimiento. "A primera vista, parece deducirse de la Escritura, que el hombre no fuera originalmente ni más, ni menos perfecto que el resto de los animales de la creación, los cuales no están dotados de entendimiento, razón o facultad que distinga lo bueno de lo malo; pero que la desobediencia de Adam al mandamiento de Dios, le proporcionó aquella perfección que es la propia del hombre, la más noble de todas las facultades de nuestra naturaleza, la característica esencial del género humano. Y así, parece extraña cosa que el castigo de la rebeldía viniera a ser el medio para elevar al hombre al pináculo de una perfección que anteriormente no había alcanzado".

Reparad ahora en nuestra respuesta, que es como sigue: Se me antoja que has estudiado superficialmente el asunto, y, no obstante, imaginas ser capaz de comprender un libro que ha sido guía de pasadas y presentes generaciones, sin más que alejarte un momento de tus apetitos y deseos, para echar una mirada al contenido de ese libro, como si fueras a leer una historia o alguna composición poética. Recoge tus pensamientos y medita cuidadosamente, porque no es cosa que se comprende de buenas a primeras, sino después de adecuada meditación. Has de saber que la Inteligencia, que le fue otorgada al hombre como el más alto de sus dones, le había sido concedida antes de su desobediencia.

Con respecto a lo cual, la Biblia declara que "el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios". Merced a este don de la Inteligencia, Dios se dirigió a él, y **le dio sus mandamientos**, según se dice: "Y el Señor Dios **mandó** a Adam" (GEN. II, 16); porque no se dieron mandamientos a la creación de las animales o a los seres que carecen de entendimiento. Merced a la Inteligencia distingue el hombre lo verdadero de la falso. Esta facultad la poseía Adam cabal y perfecta.

Lo justo y lo injusto son términos que se emplean en la ciencia de las verdades morales o probables, no en la de las verdades necesarias, por lo que no sería correcto decir, con referencia a la proposición "los cielos son esféricos", que es "buena", ni declarar que la afirmación "la tierra es plana", es mala; sino que decimos que la una es verdadera y la otra falsa. La lengua hebrea expresa las ideas de verdadero y falso con los términos EMET y CHEKER, y lo moralmente justo e injusto, por TOB y RA. Así pues, la función de la Inteligencia es distinguirlo verdadero de lo falso, distingo que es aplicable a todos los objetos perceptibles intelectualmente.

Cuando Adam vivía aún en estado de inocencia, guiado solamente por la reflexión y la razón, no era capaz de comprender los principios de las verdades probables o de carácter moral. Empero, luego de su desobediencia, cuando empezó a ceder ante los deseos que nacían de su imaginación, y a satisfacer sus apetitos corporales, según aquello que se dice: "y su esposa vio que el árbol era bueno para comer y agradable a los ojos" (GEN. III, 6), fue castigado con la pérdida de una parte de la facultad intelectiva que anteriormente había gozado. Y de aquí que leamos: "Y seréis como los ELOHIM, conocedores del bien y del mal". Y no dice "conocedores o discernidores de lo verdadero y lo falso". Porque cuando se trata de verdades de carácter necesario, sólo son aplicables las palabras de verdadero y falso, y no las de bueno y malo.

Reparad, además, en aquel pasaje: "Y los ojos de ambos fueron abiertos, y **conocieron** que estaban desnudos" (GEN. III, 7). Y no se dice: "Y los ojos de ambos fueron abiertos, y **vieron**"**;** porque lo que el hombre había visto antes, y lo que veía después de esta circunstancia, era exactamente lo mismo. No es que le quitaran la ceguera, sino que recibió una nueva facultad merced a la cual descubrió que podían ser injustos o malas, cosas que antes no había considerado como tales.

De acuerdo con esto interpretación, nuestro texto indica que Adam, fue desterrado del Paraíso, cuando hubo maleado su intención y encaminado sus pensamientos a la adquisición de lo que le estaba vedado; Tal fue su castigo. Antes, gozaba el privilegio de gustar el placer y la felicidad, y disfrutaba de seguridad y reposo; pero cuando crecieron sus apetitos y se fue tras sus deseos e impulsos, y participó de lo que le estaba prohibido gustar, le privaron de todas las cosos, fue condenado a vivir de

toda clase de alimentos viles, que no había probado primero, y aun éstos adquiridos por el esfuerzo, la fatiga y el trabajo, conforme se dice: "Espinas y zarzas crecerán para ti" (GEN. III, 18), "Comerás el pan con el sudor de tu frente", etc.

Alabado sea el Todopoderoso, cuyos designios y sabiduría son inescrutables.

CAPÍTULO III

CÓMO SE DICE QUE DIOS TIENE FORMA Y FIGURA

Pudiera pensarse que las palabras hebreas TEMUNA y TABNIT, significan uno y lo mismo, y no es así. TABNIT, significa la figura de una cosa que ha sido construida, si es cuadrada, redonda, triangular, o de alguna otra manera, Dícese: "La forma (TABNIT) del Tabernáculo, y de las ánforas" (EXOD. XXV, 9); "la forma de cualquier pájaro" (DEUT. IV, 7); "la forma de una mano" (EZEQ. VIII, 3); "la forma del pórtico" (I CRON. XXVIII, 11). De modo que la lengua hebrea nunca emplea la palabra TABNIT cuando habla de las cualidades del Dios Omnipotente.

El término TEMUNA, en cambio, se usa con tres sentidos diferentes en la Biblia. Significa, primeramente, el perfil de las cosas que percibimos por los sentidos. En segundo lugar, las formas de nuestra imaginación, las impresiones que retiene cuando los objetos han cesado de afectar a los sentidos, y en tercer lugar, la **idea** de un objeto, cuando únicamente lo percibe la Inteligencia: Y es en este tercer sentido como se aplica a Dios la palabra. Por lo tanto, la sentencia: "Y contemplará la imagen del Señor" (NUM, XII, 8) quiere decir: "Y comprenderá la verdadera esencia de Dios".

CAPÍTULO IV

LO QUE SIGNIFICA VER, MIRAR Y CONTEMPLAR A DIOS

Los tres verbos RAA, HIBBIT y HASA, ver, mirar y contemplar, que se entienden "percibir con los ojos", se usan también con sentido figurado, para significar la percepción intelectiva. En cuanto al primero, es claro que aquello de: "y miró, y vio un pozo en el campo" (GEN. XXIX, 2), se dice en sentido de la percepción ocular, pero lo de: "Sí, mi corazón ha visto (RAA) muchedumbre de sabiduría y conocimiento" (ECCLES. I, 16), se refiere a la percepción de la Inteligencia. En este sentido ha de entenderse el verbo ver, cuando se aplica a Dios: "Y vieron (RAITI) al Señor" (1 REYES, XXII, 19), y en modo alguno con el sentido literal de ver con los ojos; pues, por una parte, la vista sólo puede percibir los objetos corporales, en relación con ciertos accidentes tales domo el color, la figura, etc.; y, por otra parte, Dios no percibe mediante órgano corporal alguno, según se explicará luego.

De igual manera, el hebreo HIBBIT, significa "El miró", con los ojos. Las palabras "y miraban en pos de Moisés" (EXOD. XXXIII, 8), eran entendidas por nuestros Sabios en sentido figurado, según los cuales quieren decir que los israelitas examinaron y criticaron los actos y dichos de Moisés. Cuando este verbo se aplica a Dios, se empleo con este sentido figurado, como cuando se dice que Moisés "tuvo miedo de mirar a Dios" (EXOD. III, 6).

La misma explicación es aplicable a HASA, que denota "contemplar con los ojos"' como: "Y que nuestros ojos contemplen a Sión" (MIK. IV, l I). Y también, en sentido figurado, significa percibir mentalmente. Con esta última acepción se emplea HASA en la frase; "también ellos contemplaron a Dios" (EXOD. XXIV, 11). Repárese bien en esto.

CAPÍTULO V

DE QUE LOS OJOS NO PUEDEN CONTEMPLAR A DIOS

Cuando el hombre empieza a reflexionar, no debe lanzarse de buenas a primeros a entender un asunto tan vasto o importante. Previamente debiera adaptarse al estudio de las diversas ramas de la ciencia y del conocimiento, acrisolar su carácter moral y someter sus pasiones y deseos, progenie de su imaginación. Cuando, además, haya adquirido cierto conocimiento de las verdaderas proposiciones fundamentales, acertado a comprender los diversos métodos deductivos y de prueba, y aprendido a preservarse de sofismas y falacias, entonces, podrá emprender la investigación de este asunto. No será bien, sin embargo, que resuelva cuestión alguna a la primera opinión que le acuda al pensamiento, ni que de pronto violente su inteligencia, para alcanzar conocimiento del Creador; deberá, más bien, esperar modesta y pacientemente, y adelantar paso a paso.

Así debemos interpretar las palabras "y Moisés ocultó su rostro, porque temía mirar a Dios" (EXOD. III, 6), y al parar mientes en el sentido literal de este pasaje, de que Moisés temía contemplar la luz que se le aparecía a los ojos, no debemos en manera alguna afirmar que pueda percibirse con la mirada aquél Ser que se levanta muy por encima de toda imperfección. "Los más excelentes entre los hijos de Israel" eran impetuosos, y dejaron que sus pensamientos se descarriaran sin freno, y lo que percibieron era imperfecto; por eso se dice de ellos: "Y ellos vieron al Dios de Israel, y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, como el cielo cuando está sereno." (EXOD. XXIV, 10). Se propone todo el pasaje criticar su visión, no describirla. Censúraseles porque su percepción era hasta cierto punto corporal, obligado fruto de la precipitación de quienes se aventuraron a tan larga jornada, con tan escaso bagaje. Pues si esto les acaecía a ellos, ¿cuánto más a nosotros, que somos inferiores, y a los que están por debajo de nosotros? Los cuales deben perseverar, perfeccionando el conocimiento que tengan de los elementos, y tratando de comprender rectamente los preliminares que purifiquen el

pensamiento de toda mácula de error; luego, podrán entrar al campamento santo y divino, y contemplarlo, según la Biblia dice: "Y que también los sacerdotes, que se acerquen al Señor, se santifiquen" (EXOD. XIX, 22). Y también Salomón recomienda: "Atiende a tu pie, cuando vayas a la casa de Dios" (ECCLES. IV, 17).

Y ahora quiero volver al principio, para completar lo que comencé. Únicamente nos proponemos decir que, cuando quiera que en alguna parte se haga mención de alguno de los tres verbos antes citados, se entiende referirse a la percepción intelectiva, y no a la sensación de la vista; porque Dios no es un ser que pueda ser percibido por los ojos corporales.

CAPÍTULO VI

*DE LOS NOMBRES **ICH**, "HOMBRE"; E **ICHA**, "MUJER"*

Los dos nombres hebreos ICH e ICHA se empleaban en un principio para designar el macho y la hembra de los seres humanos, pero luego se aplicaron a las otras especies animales de la creación, El término SAKAR U-NEKEBA se aplicó luego a cualquier cosa destinada y dispuesta para unirse con otra. Fácil es además advertir que las palabras que en hebreo significan "hermano" y "hermana", se emplean también como homónimos y se usan en sentido figurado como ICH e ICHA.

CAPÍTULO VII

*DEL VERBO **YALAD,** "ENGENDRAR"*

Bien sabido es que el verbo **YALAD** significa engendrar: "Y ellas le hubieren parido hijos" (DEUT. XXI, 15). Luego, la palabra se usó figuradamente para referirse a diversos objetos naturales, con la significación de "crear": "Antes de que las montañas hubieren sido creadas (YULLADU)," (PS. XC, 2). Y también en sentido de "producir", para hablar de todo cuanto la tierra produce, como si lo hiciera nacer: "Y la hace germinar y producir" (ISA. LV, 10).

Usase también la palabra en sentido figurado para referirse a la formación de pensamientos e ideas, o de las opiniones que de ellos derivan: "Y produjo, VE-YALAD, falsedad" (PS. VII, 14).

Y cuando un hombre ha instruido a otro en algo, y le ha acrecentado su conocimiento, puede de manera semejante considerársele como padre de la persona a quien enseña, pues que es el autor de aquel conocimiento; y así, a los alumnos de los profetas se les llama "hijos" de ellos, como lo explicaré cuando tratemos de la homonimia de BEN, hijo.

CAPÍTULO VIII

*DE LA PALABRA **MAKOM**, "LUGAR", APLICADA A DIOS*

Originalmente se usaba el término MAKOM, tanto para referirse a un sitio determinado como al espacio en general; luego, se le dio más amplio sentido, y vino a significar el grado o jerarquía, la mayor o menor perfección de un hombre o una cosa. Decimos: Este hombre ocupa tal sitio en tal cosa. Cuando quiera que se habla de lugar o sitio, refiriéndose a Dios, expresa la misma idea, es decir, la altísima condición de Su existencia, que no tiene igual ni semejante, como se demostrará luego. (Cap. LVI).

CAPÍTULO IX

*POR QUÉ SE DICE QUE EL MUNDO ES EL **KISSE,** "TRONO", DE DIOS*

La palabra KISSE, trono, no es de las que piden ser comentadas; pues que los hombres grandes y esclarecidos, tales como los reyes, se sientan en el trono, esta palabra sirve para manifestar el rango, dignidad y posición de la persona para quien fue hecho. Tal es la razón de que los cielos se llamen "trono", porque revelan al pensamiento de quien inteligentemente los contempla, la omnipotencia del Ser que los evocó a la existencia, ordena sus movimientos y gobierna con su influjo benéfico el mundo que hay debajo de la luna; según se lee, "Dijo así el Señor; los cielos son mi trono, y la tierra, el estrado de mis pies". (ISA, LXVI, 1); como si dijera: "Ellos dan testimonio de mi Existencia, Esencia y Omnipotencia, lo mismo que el trono manifiesta la grandeza de quien es digno de ocuparlo".

Esta idea deben acariciar los verdaderos creyentes; empero, no en el sentido de que el Dios Omnipotente y Supremo repose sobre ningún objeto material, pues Dios es incorpóreo. ¿Cómo puede decirse, pues, que ocupa espacio o reside en algún cuerpo? No es menester considerar que la Esencia y Majestad de Dios sean algo separado y distinto de El mismo, o parte de la Creación, de modo que pareciera que Dios habría existido de dos maneras, con trono y sin trono. Semejante creencia sería ciertamente herética. Con claridad ha sido establecido: "Tú, oh Señor, permaneces por siempre jamás, y Tú trono, de generación en generación" (LAM. V, 19). Pero por "Tú Trono" hemos de entender algo inseparable de Dios, siendo esta la razón de que, en este y en otros pasajes parecidos, la palabra trono denote la Majestad y Esencia de Dios, que son inseparables de Su Ser, como se esclarecerá a lo largo del presente Tratado.

CAPÍTULO X

DEL ***ALA,*** *"SUBIR", Y* ***YARAD*** *"BAJAR ", DE DIOS*

Ya se habrá echado de ver que cuando tratamos de los homónimos; en este libro, no nos proponemos agotar los significados posibles de las palabras, pues esto no es un tratado de filología. No mencionaremos otras acepciones que las que guarden relación con el asunto. Así procederemos al estudiar los términos ALA y YARAD, ascender y descender.

Ambas palabras se usan en sentido de movimiento. Cuando un cuerpo se mueve de un lugar más alto a otro inferior, se emplea el verbo YARAD, y cuando a la inversa, ALA. Más tarde, ambos verbos se aplicaron para referirse a la grandeza y poderío. Cuando un hombre decae de su elevada situación, decimos que desciende, y cuando mejora de posición, decimos que se eleva. Aplícanse también ambas palabras al proceso intelectual: Cuando reflexionamos acerca de algo que está por debajo de nosotros, decimos que descendemos a considerar, y cuando nuestra atención se fija en algún asunto superior, decimos que nos elevamos a él.

Ahora bien, los hombres ocupamos en comparación con la esfera celeste una posición harto inferior, tanto en el espacio como en el rango, y el Todopoderoso es también el Altísimo, no en cuanto lugar, pues que no lo tiene, sino en cuanto existencia, grandeza y poder absolutos. Por eso, cuando al Omnipotente le place otorgar al hombre cierto grado de sabiduría o de inspiración profética, se dice que la divina comunicación que le ha sido hecha de tal suerte, así como la Presencia Divina en algún lugar, es un "descenso", mientras que el término de la comunicación profética y el alejamiento de la gloria divina, se llaman ALIYA, "ascenso".

En tal sentido deben entenderse las expresiones "subir" y "bajar", aplicados a Dios. Cuando, en armonía con los decretos de la voluntad divina, descienden sobre una nación o región de la tierra calamidades y castigos, el autor profético emplea también la palabra "descender": "Ea, pues, descendemos y confundamos allí sus lenguas" (GEN. XI,7).

Empero, son más abundantes los ejemplos en que estos verbos se usan en el primer sentido, para referirse a la revelación de la palabra y gloria de Dios: "Y yo descenderé y hablaré allí contigo" (NUM. XI, 17); "y el Señor descendió sobre el Monte Sinaí" (EXOD. XIX, 20).

Cuando, por otra parte, se dice "y Moisés subió a Dios" (EX. XIX, 3), debe tomarse en un tercer sentido, además del literal de que Moisés subió a la cumbre de la montaña, sobre la cual se hizo visible cierta luz material, manifestación de la gloria de Dios; pero no debemos imaginar que el Ser Supremo ocupe un lugar al que ascendamos o del que descendamos. Está El lugar más allá de cuanto el ignorante imagina.

CAPÍTULO XI

POR QUÉ SE DICE QUE DIOS ESTA ***YACHAB****, "SENTADO"*

El primer significado del hebreo YACHAB es "él estaba sentado", como cuando se dice: "Y mientras el sacerdote Eli estaba sentado en una silla" (1 SAM. I, 9); pero, en cuanto una persona puede permanecer más fácilmente inmóvil y reposar cuando está sentado, la palabra se aplica a toda cosa permanente e inmutable. Así, en la promesa de que Jerusalem habría de permanecer de manera constante y duradera en elevadísima prosperidad, se declara: "Y ella se enhestará y asentará en su lugar (ZECH. XIV, 10). Y más adelante: "El hizo que la mujer estéril asentara en la casa como dichosa madre" (PS. CXIII, 9); como si dijera: "El hizo durable y permanente su felicidad".

La palabra se torna en más amplio sentido cuando aplicada a Dios: "Tú, oh Señor, permaneces (TECHEB) para siempre" (LAM. V, 19); "Oh Tú, que asientas (HA-YOCHEBI) en los cielos" (PS. CXXIII, 1); "el que asienta en los cielos" (II, 4); como si dijera: "Aquél que es eterno, constante y en modo alguno sujeto a mundanza; inmutable en Su Esencia, y, pues que consiste únicamente en Su Esencia, inmutable de todas maneras; que no cambia en relación con las cosas, pues que no hay género alguno de relación entre Él y cualquier otro ser, corno se explicará luego, y por ende, no puede tener lugar en Él cambio alguno a causa de tales relaciones. De donde se saca que El es inmutable, desde todos los puntos de vista, según expresamente lo declara: "Yo, el Señor, no cambio" (MAL. III, 6). Esta idea se expresa con la palabra YACHAB, refiriéndose a Dios.

CAPÍTULO XII

CÓMO SE DICE QUE DIOS ***KAM,*** *"SE LEVANTÓ"*

El término KAM es homónimo, y en uno de sus sentidos, quiere decir lo contrario de asentar; como, "y Él no se levantaba ni se movía" (EST. V, 9). Denota, además, la confirmación y realización de una cosa, como cuando se dice: "El Señor cumplirá (pondrá en pie, YAKEM) su promesa" (I SAM. 1, 23). "La casa que estuviere en la ciudad murada, será para siempre levantada (establecida VE-KAM)" (LEV. XXV, 30). Siempre se emplea, el verbo en tal sentido, cuando se habla del Omnipotente: "Y tú te levantarás (TAKUM) y te compadecerás de Sión" (PS. CII, 13), que significa: Tú confirmarás lo que habías prometido, esto es, que tendrías misericordia de Sión.

Es costumbre que cuando una persona se resuelve a hacer algo, acompañe su resolución levantándose de su asiento, de aquí que el verbo se aplique para expresar la idea de resolverse a emprender alguna cosa. Usase el verbo en sentido figurado para significar la ejecución de algún decreto divino contra un pueblo sentenciado al exterminio, como en: "Y yo me levantaré contra la cosa de Jeroboam" (AMOS, VII, 9).

Muchos son los pasajes que deban ser interpretados de esta manera, siquiera no se haya de entender en manera alguna que Él se levanta o se sienta. Nuestros Sabios han expresado esto con el aforismo de que "en el mundo de arriba no hay ni sentarse ni ponerse en pie (AMIDA)", pues lo que se dice del verbo AMAD es también aplicable a KAM.

CAPÍTULO XIII

POR QUÉ SE DICE DE DIOS ***AMAD,*** *"ESTAR EN PIE"*

El verbo AMAD, estar en pie, significa en primer término, permanecer erguido, como cuando se dice: "Y era José de treinta años cuando fue presentado (estuvo en pie) delante de Faraón" (GEN. XLI, 46). Luego, significa cesación e interrupción, y más tarde, soportar y continuar en algo, como cuando se dice: "Entonces serás capaz de persistir" (EX. XVIII, 23); "y su gusto permaneció en él" (JER XLVIII, 11), esto es, "y él ha continuado y permanecido existiendo, sin mudanza". "Su justicia está en pie para siempre" (PS. CXI, 3), o sea, es permanente y eterna. Cuando el verbo se aplica a Dios debe entenderse en este último sentido. Así, en Zacarías, XIV, 4: "Y en aquel día sus pies se afirmarán (VE-AMEDU) sobre el Monte de las Olivas". Como si dijera: "Sus causas, esto es, los acontecimientos de que El es causa, seguirán siendo eficientes, etc." Lo cual se esclarecerá cuando hablemos del significado de la palabra REGEL, pie (Véase Cap. XXVIII).

CAPÍTULO XIV

DEL SIGNIFICADO DE LA PALABRA ***ADAM,*** *"HOMBRE"*

El término homónimo ADAM es la palabra que se usa para aludir al primer hombre, y procede, según enseria la Escritura, de ADAMA, que quiere decir tierra. Luego, vino a significar "el género humano", como cuando se dice: "No contenderá mi espíritu con ADAM (el hombre)" (GEN. VI, 3).

ADAM significa también la multitud, la plebe, las clases inferiores, en oposición a las gentes distinguidas, como en el Salmo XLIX, 2: "Oíd esto, pueblos todos, habitadores todos del mundo, así los plebeyos como los nobles (BENE ADAM, BENE ICH)".

CAPÍTULO XV

EN QUÉ SENTIDO SE APLICAN A DIOS LAS PALABRA ***NASAB*** *Y* ***YASAB,****"PONERSE" O "PARARSE"*

Aunque las dos raíces NASAB y YASAB sean diferentes, empero significan lo mismo, en todas sus diversas formas. Unas veces significan "ponerse" o "pararse", como "y parose una hermana suya a lo lejos" (EX. II, 4). Otras, indica continuidad o permanencia, como."Tu palabra está puesta en los cielos", esto es, permanece para siempre. Debe entenderse en este sentido cuando se aplica a Dios; "Y he aquí que el Señor estaba puesto (NISSAB) encima de la escala" (GEN. XXVIII, 13); quiere decir, se manifestaba eterno y perdurable sobre aquella escalera cuyo término llegaba a los cielos, mientras que su pie tocaba a la tierra. Pueden ascender por ella todos los que lo deseen, y todos alcanzarán, en la cima, el conocimiento de Aquél que allí está de manera permanente.

¡Y cuán reveladora es la expresión de "ascender y descender por la escala"! Se habla primero del ascenso, porque precisa llegar a cierta altura, para descender luego y aplicar el conocimiento adquirido, guiando e instruyendo al género humano.

Volviendo a nuestro asunto, diremos que la frase "estar puesto" indica la permanencia y constancia de Dios, y no implica idea alguna de colocación física. También debe entenderse así aquello de: "Y Tú estarás puesto sobre la roca" (EX. XXXIII, 21).

CAPÍTULO XVI

*DEL NOMBRE **SUR**, "ROCA"*

SUR es un homónimo que significa, primeramente; "roca", como "y Tú golpearás la roca" (EX. XVII, 6). Luego, pedernal, v-g. "cuchillos de SURIM (pedernal)" (JOSU. V, 2). Empléase a continuación para hablar de la cantera de donde fueron arrancadas las piedras, como cuando se dice "Mirad a la roca, de donde fuisteis cortados" (ISA. LI, 1), ¡De este último sentido de la palabra, se ha deducido después otra acepción figurada, para indicar la raíz u origen de todas las cosas. Las palabras "Abraham vuestro padre" sirven para explicar "la roca de donde fuisteis cortados"'. Y con ello el Profeta quiere decir: Caminad por sus senderos, tened fe en su enseñanza, conducíos conforme a la regla de su vida, porque las propiedades de la cantera han de aparecer también en las cosas que fueron esculpidas sobre su roca.

Es en el último sentido, como se llama "roca" al Todopoderoso, en cuanto es el origen la causa eficiente de todas las cosas que no son El. Y así leemos: "Él es la roca, su obra es perfecta" (DEUT. XXXII, 4); "no hay roca como nuestro Dios" (1 SAM. II, 2"); "la roca de la eternidad" (ISA. XXVI, 4). Y también: "Y Tú estarás afincado sobre la roca" (EX. XXXIII, 21), esto es, ten la firme e inconmovible convicción de que Dios es el origen de todas las cosas, porque ello te llevará al conocimiento del Ser Divino.

CAPÍTULO XVII

DE QUE LA VERDAD HA SIDO ENVUELTA EN METAFORAS

No pienses que sólo la doctrina secreta ha de ser con avaricia enseñada al vulgo y a los no iniciados. Reiteradamente hemos aludido al dicho de los Sabios: "No interpretes el capítulo relativo a la Creación, en presencia de dos personas". Este principio no era privativo de nuestros Sabios, pues los antiguos filósofos y eruditos de otras naciones procuraban tratar también con oscuridad los "principia rerum", o principios de las cosas, y se valían del lenguaje figurado para discurrir acerca de tales cuestiones. Así, Platón y sus predecesores llamaron a la substancia la hembra, y a la Forma el macho.

Pues si aquellos filósofos que nada podían temer de la clara explicación de tales cuestiones metafísicas acostumbraron a discutirlas mediante figuras y metáforas, ¿cuánto más no habremos de hacerlo nosotros, que llevamos en nuestro corazón el cuidado de lo religioso, absteniéndonos de comunicar claramente al vulgo lo que está más allá de su comprensión o puede ser tomado en sentido contrario al que nos proponemos?

CAPÍTULO XVIII

*DE LAS PALABRAS **KARAB**, **NAGA** Y **NAGACH,** "ACERCARSE", "TOCAR"*

Estas tres palabras significan acercarse en el espacio o ponerse en contacto; otras veces indican el contacto del conocimiento humano con un objeto, en cuanto ello se asemeja al acercamiento físico de los cuerpos.

Cuando quiera que en los escritos proféticos se emplea una palabra que indique acercamiento o toque, para describir alguna relación entre el Todopoderoso y cualesquiera de las criaturas, debe entenderse en el último sentido, de contacto mental. Pues, como se demostrará en este tratado (Libro II, Cap. IV), el Supremo es incorpóreo, y, consecuentemente, no puede aplicársele ninguna idea de acercamiento, comunicación, distancia, conjunción, separación, contacto o proximidad.

No deben inspirar ninguna duda al respecto los versículos "el Señor está cerca" (PS. CXLV, 18); "y ellos se gozaron en la proximidad de Dios" (ISA. LVIII, 2); pues tales expresiones encierran la idea de un acercamiento espiritual, esto es, del logro de algún conocimiento, y no de aproximación en el espacio.

La persona que estuviere en el centro de la tierra y la que se remontara hasta lo más alto de la novena esfera, si ello fuere posible, no estarían más cerca ni más lejos de Dios en un caso que, en el otro. Sólo se acercan a Dios los que llegan a conocerle, y los que le ignoran permanecen apartados de Él. Hay muchos grados en este acercamiento hacia arriba y hacia abajo, como explicaré más tarde en otro capítulo de este Tratado, (Libro 1, Cap. LX y Libro II, Cap. XXXVI), que constituyen diferentes modos de percibir a Dios.

CAPÍTULO XIX

*CÓMO SE APLICA LA PALABRA **MALE,** "LLENAR", A DIOS*

El término MALE denota que una substancia penetra en otra, y la llena, como "y ella llenó su cántaro" (GEN. XXIV, 16). Luego, significa el cumplimiento de un plazo, según se dice: "y como se cumplieron sus días para parir, he aquí mellizos en su vientre" (GEN. XXV, 24). Indica además el logro del más alto grado de excelencia, como en: "lleno de las bendiciones del Señor" (DEUT. XXXIII, 23).

En este último sentido se dice que "la tierra está llena de Su gloria" (ISA. VI, 4), y que "toda la tierra da testimonio de Su perfección, esto es, que lleva al conocimiento de Dios.

CAPÍTULO XX

*DE LAS PALABRAS **RAM,** "ALTO" Y **NASA**, "LEVANTAR"*

La palabra RAM, "alto", es un homónimo que denota elevación en el espacio, y también en dignidad, grandeza, honor y poderío. Tiene el primer sentido en: "y el arca se elevó sobre la tierra" (GEN. VII, 17); y el segundo en: "'pues que yo te levanté del polvo" (1 Reyes, XVI, 2). Siempre debe tomarse en esta última acepción cuando la palabra RAM se refiere a Dios: "Exaltado seas, oh Dios, por encima de los cielos" (PS. LVIII, 12).

De igual manera, la raíz NASA, levantar, denota elevación en el espacio y en el rango y dignidad, aplicándose a Dios en el segundo sentido: "Así dijo el Alto (RAM) y Sublime" (ISA. I -VII, 15), para declarar Su elevación en rango, cualidad y poder, no en el espacio.

Quizás os sorprenda esta manera de hablar y digáis que cómo pueden afirmarse expresiones distintas para declarar una misma cosa. Ya se explicará más adelante que los que poseen un verdadero conocimiento de Dios no estiman que El posea muchos atributos, sino que estos diversos atributos que declaran Su poder, Majestad, Fuerza, Perfección, Bondad, etc., son idénticos y sólo declaran Su Esencia y no cosa alguna distinta de ella. Pienso consagrar capítulos especiales a los nombres y atributos de Dios; empero, ahora, mi sola intención es probar que Alto" y "Sublime" quieren decir en el pasaje citado elevación de rango y no en el espacio.

CAPÍTULO XXI

*DE LA PALABRA **ABAR,** "PASAR", APLICADA A DIOS*

En su primitiva acepción, ABAR o pasar se refiere al movimiento de un cuerpo, singularmente cuando se habla de criaturas vivientes que se transportan a alguna distancia, directamente. Aplicose después el verbo al paso del sonido por el aire, como en: "Y mandaron pregonar por el campamento" (EX. XXXVI, 6).

En sentido figurado quiere decir la manifestación de la Luz y la Presencia Divina (CHECHINA) que los profetas percibieron en sus visiones.

Ese último significado tiene la palabra en el Éxodo, XII, 12: "Y yo pasaré (VE-ABARTI) por la tierra de Egipto", significando: "Yo me revelaré".

Usase también en sentido figurado para expresar el abandono de un propósito o el cambio de fin y objeto. Paréceme que este es el sentido del verbo en "Y el Señor, pasando por delante Su rostro, proclamó: Eterno, Eterno, Omnipotente, sin tasa en la misericordia y en la gracia" (EX. XXXIV, 6). Yo tomo "Su rostro", refiriéndolo al rostro del Señor; nuestros Maestros también lo interpretan así, aunque hay otras interpretaciones Agádicas que no son propias de esta obra. A mi juicio, todo este pasaje podía ser explicado como sigue: Moisés trataba de alcanzar cierta percepción que se llama "percepción del Rostro Divino'"; pero Dios le otorgó una percepción de grado inferior. Al afirmar que Dios retiró de Moisés el conocimiento más alto, lo que quiero decir es que este conocimiento era inalcanzable e inaccesible, por naturaleza propia, a Moisés; pues, si bien el hombre puede obtener perfección aplicando sus facultades de raciocinio a lo que está dentro del alcance de la inteligencia, debilitase su razón y se pierde tan pronto se lanza en busca de un más alto grado de conocimiento —como se esclarecerá en otro capítulo de esta obra—, a menos que le sea concedida una especial ayuda de los cielos, según se declara en las palabras: "Y yo te cubriré con mi mano" (EX. XXXIII, 23).

Al traducir este verso, Onkelos adopta el mismo método que cuando trata de explicar pasajes semejantes, es decir, expresiones que impliquen corporeidad o propiedades corporales atribuidas a Dios, y supone una elipsis de un **nomen regens** antes de la palabra Dios, relacionando así la expresión de corporeidad con un término elidido y que rige el genitivo Dios, v.g.: "Y he aquí el Señor estaba en lo alto de la escala" (GEN. XXVIII, 13), que él explica: "Y la gloria del Señor estaba guarnecida encima de la escala".

Si considerásemos necesario suponer aquí una elipsis, conforme al método de Onkelos, podríamos colocar la palabra "voz" y explicar el pasaje que nos ocupa diciendo: "Y una voz del Señor, pasó delante de él y proclamó". Según este parecer, el significado del pasaje que discutimos sería: "Y una voz del Señor pasó delante de él y proclamó: Eterno, Eterno, Omnipotente, sin tasa en la misericordia y en la gracia". Lo cual también sería una declaración adecuada del texto.

Cabe adoptar ambas explicaciones. Se puede considerar que el conjunto de la escena es una visión profética, y que todo acaece a manera de operación mental, y considerar que lo que Moisés procuraba, lo que le fue negado, y lo que logró, fueron cosas percibidas por el entendimiento, sin hacer uso de los sentidos; o se puede suponer que hubo además cierta percepción ocular de un objeto visible, cuya contemplación ayudó a la percepción intelectiva. Esta última es la opinión de Onkelos.

También cabe admitir que hubo además una percepción sonora, y que, una voz, que indudablemente era algo material, pasó por delante de él. Os es lícito elegir cualquiera de estas opiniones, pues nuestra sola intención y propósito es preservaros contra la creencia de que la frase "y el Señor pasó", es análoga a la de "Pasa delante del pueblo" (EX. XVII. 5), pues siendo Dios incorpóreo, no cabe decir que se mueva, y consiguientemente, no se le puede aplicar con propiedad el término pasar, en su significación original.

CAPÍTULO XXII

EN QUÉ SENTIDO SE DICE QUE DIOS VIENE O LLEGA

El verbo BO significa en hebreo venir, como "tu hermano vino (BA) sutilmente (GEN. XXVII, 35). Luego significa, refiriéndose a un ser viviente, que entra en algún lugar; "Cuando vosotros viniereis a la tierra" (EX. XII, 25). La palabra se emplea también metafóricamente respecto de algún acontecimiento, que es algo incorpóreo, como "Cuando viniere lo que dices" (JUE. XIII, 17).

Ahora bien, puesto que la expresión de llegar o venir se aplica a cosas incorpóreas, también puede usarse refiriéndose a Dios, para indicar el cumplimiento de Su palabra o la manifestación de Su presencia (el CHECHINA). En este sentido figurado se dice: "He aquí que yo vengo (BA) a ti en una espesa nube" (EX. XIX, 9). En cuyo lugar, y en los pasajes semejantes de la Escritura, se alude al advenimiento del CHECHINA con estas palabras: "Y el Señor, mi Dios, vendrá (U-BA) " (ZAC. XIV, 5), lo cual es idéntico a "llegará o se cumplirá Su palabra", esto es, las promesas que hizo por los Profetas.

CAPÍTULO XXIII

EN QUÉ SENTIDO SE DICE QUE DIOS ***YASA****, "SALIO"*

YASA, salió o se fue, es lo contrario de BA, venir o entrar. Aplícase la palabra al movimiento de un cuerpo que se desplaza del lugar donde había estado antes, ya se trate o no de un organismo viviente, como cuando se dice "y como ellos hubieron salido (YASEU) de la ciudad" (GEN. XLIV, 4).

Luego se empleó en sentido figurado para indicar la aparición de alguna cusa incorpórea, como, "la palabra salió (YASA) de la boca del rey" (EST. VII, 8). Y también: "Pues de Sión saldrá (TESE) la Ley" (ISA. II, 3); y más adelante, "el sol salió (YASA) sobre la tierra" (GEN. XIX, 23), esto es, se hizo visible su luz. En este sentido figurado deben entenderse las expresiones de salir cuando se aplican al Todopoderoso, como por ejemplo: "He aquí que el Señor sale de su lugar" (ISA. XXVI, 21). Como si dijera: "La palabra de Dios, que hasta ahora había estado en secreto, brota y se hace manifiesta", pues toda cosa que emana nuevamente de Dios, se le atribuye a Su palabra. La semejanza está tomada de la manera de conducirse los reyes, que se valen de la palabra para llevar a efecto su voluntad. Empero, Dios no ha menester instrumento alguno para ejecutar alguna cosa, pues le basta Su sola voluntad. No emplea ninguna suerte de discursos, según se explicará más adelante (Cap. LV).

De parecida manera, el término CHUB, regresar, se ha empleado figuradamente para indicar la discontinuidad de cierto acto, conforme a la voluntad de Dios, como en "Yo iré y regresaré a mi sitio" (OSE. V, 15). Como si dijera: "La Divina presencia que había estado entro nosotros, nos abandonó, y la protección de Dios se ausentó de entre nosotros". Y cuando el hombre se ve privado de la protección divina, amenázanle toda suerte de peligros y queda a merced de todas las fortuitas circunstancias. Su fortuna y su desgracia dependen entonces de la casualidad. He ahí la terrible amenaza que va envuelta en las palabras "Yo iré y regresaré a mi sitio".

CAPÍTULO XXIV

*DEL VERBO **HALAK**, "ANDAR" O "CAMINAR"*

El término HALAK es así mismo una de las palabras que denotan movimientos de seres vivos, como en "y Jacob se fue su camino, y saliéronle al encuentro ángeles de Dios" (GEN. XXXII, 1), y en otros muchos lugares. Luego, e] verbo ir se empleó para describir movimientos de objetos menos densos que los cuerpos de los seres vivos, y se dijo: "Y las aguas se fueron y descendieron" (GEN. VIII, 5); "y el luego caminó sobre la tierra" (EX. IX, 23). Después se empleó pura expresar la expansión y manifestación de alguna cosa incorpórea, como "su voz se irá desde allí como una serpiente" (JER XLVI, 22); "La voz del Señor anduvo por el jardín" (GEN. III, 8).

Cuando quiera que la palabra "andar" se use para referirse a Dios, ha de tomarse en sentido figurado, como cuando se aplica a cosas incorpóreas, y significa, ora la manifestación de algo espiritual, ora la ausencia do la protección divina, que se aleja a la manera do un ser vivo que se ausenta "andando". La expresión "andar"' fue más tarde aplicada a la conducta, que concierne solo a la vida interior y no ha menester movimiento corporal, como en los siguientes lugares de la Escritura: "Y tú andarás en sus caminos" (DEUT. XXVIII, 9); "venid y caminemos a la luz del Señor" (ISA. II, S).

CAPÍTULO XXV

*CÓMO SE APLICA EL VERBO **CHACAN**, "MORAR", A DIOS*

Sabido es que la palabra CHACAN significa residir o morar, como en "y él estuvo morando en las llanuras de Mamre" (GEN. XIV, 13). Pero residir en un lugar vale tanto como permanecer continuamente en él, Cuando un ser vivo mora largamente en un sitio, decirnos que él radica allí, aun siendo evidente que se mueve.

La palabra se empleó metafóricamente para objetos inanimados, y así se dice: "Que una nube more sobre el día" (JOB. III, 5). En este sentido se usa para referirse a Dios, indicando la continuidad de Su Divina Presencia (CHECHINA) o de Su Providencia: "Y yo moraré entre los hijos de Israel" (EX. XXIX, 45).

CAPÍTULO XXVI

EN QUÉ SENTIDO SE ATRIBUYE MOVIMIENTO A DIOS

Dice el Talmud que "EL TORA habla según el lenguaje del hombre, valiéndose de expresiones que todos puedan fácilmente comprender, para referirse a Dios. De aquí que se le describa por medio de atributos que implican corporeidad, porque la mayoría de la gente no concibe la existencia a menos de relacionarla con algún cuerpo. De igual manera atribuimos a Dios todo lo que se nos aparece con cierto estado de perfección, para indicar que El es perfecto desde cualquier punto de vista que se le considere. Y no se le atribuye nada que la multitud pueda considerar defectuoso o incompleto, y así, la Escritura no lo representa nunca comiendo, bebiendo, durmiendo, enfermo, o de otra parecida manera.

Bien sabes que el movimiento es una de las características de los seres vivos, indispensable para su progreso hacia la perfección. Necesitan moverse para acercarse a lo que conviene a su naturaleza, y para escapar de lo que la ofende y contraría. Ciertamente no hay mayor diferencia en atribuir a Dios el movimiento o la necesidad de comer y beber; pero las expresiones e ideas corrientes estimarían lo segundo como una imperfección, y no el movimiento, a pesar de que éste es consecuencia de aquella necesidad. Además, es evidente que todo cuanto se mueve ha de ser corpóreo y divisible; se demostrará más adelante que Dios es incorpóreo y que en El no hay movimiento, y que no puede atribuírsele reposo, pues que el reposo sólo puede darse en lo que también se mueve.

Fuera superfluo extenderse tan largamente en el esclarecimiento de esta materia, si el vulgo no estuviera acostumbrado a semejantes ideas; parécenos necesario hacerlo atendiendo al beneficio de los que anhelan adquirir la perfección, y con el propósito de liberarlos de ciertas nociones que crecieron con ellos desde los días de su infancia.

CAPÍTULO XXVII

DE LAS PARÁFRASIS DE ONKELOS PARA ELUDIR HABLAR DE LA CORPOREIDAD DE DIOS

Onkelos, el prosélito, que conocía cabalmente las lenguas hebrea y aramea, se impuso a tarea de contradecir la creencia en la corporeidad de Dios. Por eso, cuando en el Pentateuco se emplea alguna expresión para hablar de Dios, que implique corporeidad, Onkelos la interpreta conforme a su verdadero sentido: Todas las expresiones que indican alguna manera de movimiento, las explica como significando la aparición o manifestación de una cierta luz que ha sido creada, esto es, el CHECHINA o Presencia Divina, o la Providencia. Y así, emplea paráfrasis como la siguiente: "El señor se manifestará", por "el Señor descenderá" (EX. XIX,11) Tal es la manera como él vierte el verbo YARAD, "descendió", cuando se usa refiriéndose a Dios, en toda su traducción caldea del Pentateuco, exceptuando el pasaje, "yo iré contigo a Egipto" (GEN. XLVI, 4), pues entonces lo traduce literalmente. Prueba notable de los grandes talentos de este hombre, cuya excelente versión de este versículo es modelo de corrección interpretativa, la cual, además, nos revela un importante principio referente a la profecía. El relato comienza: "Y Dios habló a Israel en visiones nocturnas, y dijo, Jacob, Jacob, etc., Y El dijo, yo soy Dios, etc., y descenderé contigo a Egipto" (GEN: XLVI, 2-3). Porque este párrafo declara lo que le fue dicho a Jacob, no lo que acaeció; como en el caso de las palabras, "y el Señor descendió sobre el Monte de Sinaí" (EX. XIX, 20). En este último caso, traduce el verbo YARAD por manifestarse, eludiendo toda idea de movimiento; pero en el primero, como relata lo que ocurre en la imaginación de un hombre, quiero decir, lo que le fue dicho, no altera el sentido literal, y traduce por "descender".

CAPÍTULO XXVIII

*DE LA PALABRA **REGEL**, "PIE", Y "CAUSA"*

El término REGEL significa en primer término el pie o la pata do un ser viviente: "Pie por pie" (EX. XXI, 2.4). Luego denota un objeto que sigue o sucede a otro, de donde vino a significar "causa", como en "y el Señor te ha bendecido, por mi pié (LERAGLI)" (GEN. XXX, 30), esto es, a consecuencia de mí.

Jonatán hijo de Uziel se inclina a traducir por la palabra "poder" los términos que expresen partes, del cuerpo que efectúan el contacto y el movimiento, cuando se habla de Dios, pues que tales expresiones revelan actos de Su voluntad.

En el pasaje del Éxodo XXIV, 10, dice a la letra: "y había bajo sus pies como una obra (enlosado) de blancura de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno. Onkelos estima que la palabra "sus pies", es una expresión que simboliza el "trono", y por eso traduce, "y bajo el trono de su gloria", esforzándose, como sabes, por eludir toda idea de corporeidad en Dios.

A nuestro juicio, la expresión "bajo sus pies", quiere decir bajo "aquello de que El es causa", lo que existe por él Por tanto, los elegidos de Israel, comprendieron la verdadera naturaleza de la **materia prima,** emanada de Dios que es la sola causa de la misma. La expresión "la blancura del zafiro", se refiero a la transparencia, y no al color blanco. Las cosas transparentes no tienen color propio, conforme se demuestra en la Física, y los objetos transparentes y absolutamente incoloros son capaces de recibir sucesivamente todos los colores. Por eso "la blancura del zafiro" es como si dijera "la materia prima", que como tal es completamente informe y apto para recibir una tras otra todas las formas. Por consiguiente, los elegidos de Israel concibieron la idea de "la materia prima", a cuya relación con Dios claramente aluden: porque ella es la fuente de donde brotan aquellas Sus criaturas que están sujetas a generación y destrucción, y han sido creadas por Él. Más adelante lo trataremos por extenso.

Yo no habría pensado en esta insólita interpretación, si no hubiera sido por una declaración de R. Eliezer ben Hyrcanus que será discutida en la parte segunda, capítulo XXVI del presente tratado. Baste por ahora decir que la primera preocupación de toda persona inteligente debe ser negar que Dios tenga corporeidad, y creer que todas las percepciones a que alude el susodicho pasaje, eran de carácter espiritual. Repara en esto y considéralo con detenimiento.

CAPÍTULO XXIX

CÓMO SE DICE DE DIOS ***ASAB****, "AFLIGIRSE" e "IRRITARSE"*

El término ASAB significa originalmente dolor y estremecimiento: "Parirás tus hijos con dolor" (GEN. III, 16). Luego, significó ira o enojo: "Pues estaba enojado (afligido) a causa de David", (I SAM. XX, 34.) Esta palabra significa también provocación, ofensa o rebeldía: "Cada día se levantan (duelen) ellos contra mis palabras" (PS. LVI, 6).

En cuanto a la expresión: "Y El dijo en su corazón", cuando se usa refiriéndose a un acto divino, quiere decir que Dios lo decretó sin advertir a ningún profeta el momento en que habían de acontecer, conforme a Su voluntad.

CAPÍTULO XXX

*DE LA PALABRA, **ACAL**, "COMER", EN LA ESCRITURA*

El significado original de comer no necesita esclarecimiento, y quiere decir el acto de tomar alimento los animales. Observóse luego que el comer consta de dos procesos, el uno que acaece primero, la trituración y destrucción del alimento, y el otro, que viene después, el crecimiento de los animales la conservación de su vigor y existencia y de todas las fuerzas del cuerpo, por efecto de haber ingerido la comida. Del primer proceso se dedujo el uso del verbo comer en sentido figurado, para significar "consumir ó devorar", o todas las maneras de arruinar la forma de un ser o cosa: "Seréis consumidos a espada' (ISA. I, 6). "Dios es un fuego devorador" (DEUT. IV, 24). El segundo proceso del acto de comer, dio lugar a que en sentido figurado se usase para indicar "adquisición de sabiduría o conocimiento", y cualquier percepción intelectiva, pues que el conocimiento preserva y mantiene la inteligencia humana, de la más perfecta manera, como el alimento sustenta al cuerpo.

Con frecuencia encontramos usado el verbo comer, en el Talmud, para indicar "adquisición de sabiduría", v.g.: "Venid y comed carne gruesa en la casa de Raba (BABA BALTHRA,, 2.2, a); siempre que se habla de comer y beber en este libro (de los Proverbios), se quiere significar la sabiduría", o según otros textos, "la Ley", (KOH. RABBA, sobre el Eclesiastés, III, 13.) También se llama frecuentemente la sabiduría "agua", v. g., "he aquí que todo el que tiene sed acuda a las aguas" (ISA. LV, I).

Tan generalizado y común ha sido el sentido figurado de estas expresiones, que llegó a considerarse como si fuera el primitivo, dando lugar a que se empleasen las palabras "hambre y sed", en el sentido de "carencia de sabiduría", como cuando se dice: "Yo enviaré un hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír las palabras del Señor"; "mi alma tiene sed de Dios, el Dios viviente" (PS. XLII, 3).

CAPÍTULO XXXI

DE LA FACULTAD Y ALCANCES DEL ENTENDIMIENTO HUMANO

Los filósofos saben bien cuán considerablemente exceden las facultades intelectivas de unos hombres a las de otros. Hay quien acierta a descubrir por sí mismo una cosa, mientras que otro se muestra incapaz de entenderlo, aun cuando le sea enseñada agotando todas las metáforas y maneras de expresión posibles. Mas esta superioridad no es tampoco ilimitada. La mente humana tiene indudablemente sus fronteras que no puede transponer. Se sabe que al otro lado de la linde, hay cosas inaccesibles a la comprensión humana, y que el hombre no muestra deseos de alcanzar, ora convencido de que le es imposible tal conocimiento, ora percatado de que no posee los instrumentos con que vencer la dificultad. No sabemos, por ejemplo, el número de las estrellas del cielo, ni si es par o non, ni conocemos el número de los animales, minerales y plantas, y otras cosas por el estilo.

Hay, empero, otros conocimientos que el hombre apetece mucho conocer, y los pensadores de todas las creencias y edades hicieron ahincados esfuerzos pura examinarlos e investigarlos. Discrepan entre sí, reina el desacuerdo y suscítanse constantemente nuevas dudas respecto de tales cosas, porque sus entendimientos tratan tendenciosamente de comprenderlas, quiero decir, que se dejan arrastrar por el deseo; y cada cual cree haber dado con el camino que lleva al verdadero conocimiento de tal o cual cosa, aun cuando la razón humana no acierte a demostrarlo, con pruebas convincentes.

Priva, sobre todo, esta confusión en los temas de metafísica; es menos común en los que atañen a la física, y desaparece por completo cuando se trata de ciencias exactas. Alejandro Afrodisio dijo que tres eran las causas que impiden a los hombres descubrir una verdad cierta: Primero, la arrogancia y vanagloria; segundo, la delicadeza, profundidad v dificultades de cualquier asunto que se examine, y tercero, la ignorancia y la falto de capacidad para comprender qué es lo que está al alcance del

entendimiento. Ahora hay uno cuarta causa, es a saber, la costumbre y la educación. Naturalmente nos inclinamos a gustar de aquello a que estamos acostumbrados, que nos atrae y cautivo. El hombre ama y defiende las opiniones a que lo habituaron desde su infancia, y repugna los pareceres contrarios. Esta es también una de las causas que impiden a los hombres encontrar la verdad, haciéndolos esclavos, de la creencia común. Así acaece con las nociones que el vulgo tiene acerca de la corporeidad de Dios, y con otras muchas cuestiones que luego explicaré. A fuerza de leer ciertos pasajes bíblicos, se habitúan a respetar y recibir nociones falsas como verdaderas, tomando en sentido literal palabras que implican que Dios es un ser corporal, cuando fueron empleadas como figuras y metáforas, por razones que explicaré más adelante.

Y no se piense que lo que hemos dicho acerca de la insuficiencia del entendimiento humano, se funde únicamente en la Biblia, pues los filósofos sostienen también lo mismo, y lo entienden cabalmente, sin que les mueva consideración alguna de religión o creencia. Se trata de un hecho que solo pueden poner en tela de juicio los que ignoran las cosas que han sido perfectamente demostradas.

Este capítulo es a manera de una introducción a lo que ahora sigue.

CAPÍTULO XXXII

DE LOS LÍMITES DE LA PERCEPCIÓN INTELECTUAL

Percibiréis todo cuanto hay al alcance de tu vista, con solo que vuelvas los ojos a tu alrededor. Empero, si fuerzas excesivamente el ojo, afanándote por ver algún objeto demasiado lejano, o examinando escritos y dibujos diminutos, se debilitará tu capacidad visual no sólo respecto de aquél determinado objeto, sino también respecto de todas las cosas que normalmente sueles percibir. Lo mismo acaece con las facultades especulativas de quien se consagra al estudio de una ciencia. Cuando una persona estudia demasiado y agota su capacidad de reflexión, viene a confundirse y a perder incluso la aptitud de percibir lo que antes claramente aprehendía.

Si eres capaz de dudar y no tratas de convencerte de que existen pruebas con que sostener lo que no puede ser demostrado, ni intentas percibir cosas que están más allá de tus alcances, entonces habrás logrado el más alto nivel, de perfección humana, y serás como R. Akibha, que "en paz entraba y en paz salía" del estudio de los problemas teológicos. En cambio, si te violentas para sobrepasar los límites de tu facultad intelectiva, o si de buenas a primeras rechazas por imposibles las cosas que nunca se demostró que lo eran, entonces serás como Elisha Aher, y las ideas nacidas de la imaginación prevalecerán sobre ti, y te inclinarás hacia los vicios, y te degradarás en bajas costumbres, a causa de la confusión que nublará tu mente y enturbiará tus luces. Respecto de lo cual se ha dicho: "¿Has hallado miel?, pues toma de ella lo que baste para tu alimento, no sea que te hartes y la devuelvas" (PROV. XXV 16). Nuestros Sabios han aplicado este verso a Elisha Aher. También han aconsejado al hombre que no se aventure temerariamente a especular sobre falsos conceptos, y que cuando dude acerca de alguna cosa, o no logre encontrar prueba de ella, no por eso debe abandonarla de buenas a primeras, rechazarla y negarla; antes bien, debe suspender su juicio, y, por respeto a la gloria de su Creador, abstenerse de emitir una opinión precipitada. No pretendían los Profetas y Sabios, con tales declaraciones, cerrar la puerta a

la especulación y estorbar que la mente comprendiera lo que está a su alcance, como imaginan los *i*gnorantes y perezosos, a los cuales place presentar su ignorancia e incapacidad como sabiduría y perfección, y la prudencia de otros, como irreligiosidad y defecto, tomando así las tinieblas por luz y la luz por tinieblas. Lo que los Profetas y Sabios se proponían era solamente declarar que hay un límite establecido para la razón humana, donde ésta debe detenerse.

CAPÍTULO XXXIII

DE QUE CONVIENE INICIARSE GRADUALMENTE EN LA DOCTRINA SECRETA

Necesario es iniciar a los jóvenes e instruir a los menos inteligentes teniendo en cuenta su capacidad de comprensión, antes de explicarles el sentido de los símiles y de las metáforas en que abundan los escritos de los Profetas. A los que muestren mayor agudeza y talento y se vea que tienen capacidad para más altos estudios, esto es, para el sistema basado en pruebas y argumentos lógicos, se les adelantará gradualmente hacia la perfección, ora enseñándoles, ora incitándoles a que se instruyan por sí mismos. Empero el que comenzase por la Metafísica, no solo llevaría grave confusión y oscuridad a los asuntos religioso, sino que correría riesgo de incurrir en la infidelidad. Le compararemos al niño a quien alimentaran con pan de trigo, carne y vino, el cual sin duda perecería, no porque tales alimentos sean inadecuados para el cuerpo humano, sino por ser él todavía débil e incapaz de digerirlos. Lo mismo acaece con los principios de la ciencia. Presentarlos en enigmas, envuélvenlos en misterio, y los hombres sabios los enseñan con los más secretos artificios que puedan ser imaginados, no porque contengan algún mal oculto, o porque sean contrarios a los principios fundamentales de la Religión, como piensan los filósofos envanecidos, sino porque el hombre es incapaz de comprenderlos al comienzo de sus estudios. Tal es la razón de que estas ciencias se llamaran Misterios (SODOTH) y Secretos de la Ley (SITRE TORA), según explicaremos.

Tendremos que empezar estas enseñanzas acomodándonos a la capacidad del alumno, y siempre que éste reúna dos condiciones: Primera, que sea prudente, que haya pasado con aprovechamiento por los estudios preliminares, y segunda, que sea inteligente, agudo, de claro entendimiento y rápida percepción, esto es "que tenga pensamiento propio" (MEBIN MIDDA’ ATO), conforme al dicho de nuestros Sabios.

Y ahora procederemos a explicar las razones por las que no se debe instruir a la multitud en la metafísica pura, ni comenzar por comunicar a

todos la verdadera esencia de las cosas.

CAPÍTULO XXXIV

DE LAS CINCO RAZONES QUE ACONSEJAN, NO COMENZAR LA INSTRUCIÓN POR LAS VERDADES METAFÍSICAS

Cinco razones hay para que la instrucción no comience con la metafísica, sino que, al principio, se atenga a declarar lo que convenga notificar y revelar a la muchedumbre.

Primera razón. — Que el tema es de por sí difícil sutil y profundo. En la Biblia se compara la sabiduría al agua, y, entre otras interpretaciones que abundan en los escritos de nuestros Sabios, encontramos la siguiente: El que sabe nadar puede sacar perlas de las profundidades del mar; el que no, se ahogaría. Por eso únicamente deben correr el riesgo las personas que poseen la instrucción adecuada.

Segunda razón. — Que, al principio, la inteligencia del hombre es insuficiente; porque no está dotada de perfección, sino que la posee en potencia, y no en el acto. Tener una facultad en potencia no significa que necesariamente haya de llegar a ser realidad. Hay muchos obstáculos en el sendero de la perfección, y no pocos motivos de descarriamiento. ¿Dónde encontrará, el hombre aquella preparación suficiente, y aquél solaz necesario para aprender todo cuanto es menester, a fin de desarrollar la perfección que en potencia posee?

Tercera razón. — Los estudios preliminares son lar-gos, y el hombre, en su natural deseo por llegar al fin, suele con frecuencia fatigarse y abandonarlos. Imagina que despiertas a una persona sencilla, le turbas el sueño, y le dices ¿No te gustaría conocer lo que son los cielos, cómo tuvo lugar la creación del mundo todo, cuál es su designio, cuál la naturaleza del alma, y otras muchas cuestiones? Indudablemente contestaría que sí, y manifestaría natural deseo de adquirir el verdadero conocimiento de tales cosas, pero querría satisfacerlo y alcanzarlo, sin más que escuchar unas cuantas palabras tuyas. Mas si le dijeres que ha de abandonar por una semana sus naturales ocupaciones, hasta aprender esto o lo otro, no lo

haría, y se contentaría con las nociones imaginarias y falsas de que vive; y aún se negaría a creer que haya menester estudios preparatorios e investigaciones perseverantes.

El que quiera alcanzar la perfección humana, tendrá que estudiar primero Lógica, luego las diversas ramas de las matemáticas, por el orden adecuado, después la física, y por último la metafísica. Y vemos fatigarse y detenerse a muchos que adelantaron hasta cierto punto en el estudio de estas disciplinas; otros, suficientemente capacitados, interrumpieron sus estudios porque la muerte les sorprendió cuando se afanaban en los preliminares de su carrera. Ahora bien, si no nos hubiera sido transmitido ningún conocimiento por la tradición, si no nos hubieran enseñado a creer por medio de símiles, si hubiéramos tenido que atenernos únicamente a la noción perfecta de las cosas, con sus características esenciales, y a creer únicamente lo que pudo ser demostrado, meta que sólo tras larga preparación se alcanza, entonces, la mayoría de la gente moriría sin saber si hay o no Dios, sin conocer cuánto de Él se afirma y se niega. Apenas "uno de cada ciudad o dos de cada familia" (JER. III, 14) escaparían a semejante destino.

Y en cuanto a los pocos privilegiados, "los supervivientes a quienes llama el Señor", sólo alcanzarán la perfección a que aspiran, luego de afanosos y arduos estudios preparatorios. Muchos dudas se les presentarán, y no pocas dificultades, que no podrán vencer sin recurrir a ciertas proposiciones tornadas de esos estudios. Y el que se llega a los problemas metafísicos sin la preparación adecuada es como la persona que, viajando hacia cierto lugar, cae durante el camino a un pozo del que no sabe salir, y donde ha de perecer. Más le habría valido permanecer en casa, y no emprender el camino.

La cuarta razón se saca de la constitución natural del hombre. Es cosa probada que la conducta moral representa una como preparación para el progreso de la inteligencia y que sólo el hombre de carácter puro, sereno y firme puede lograr la perfección intelectual, esto es, alcanzar conceptos correctos de las cosas. Y muchos hombres están de tal manera constituidos por naturaleza, que para ellos toda perfección es imposible. Pues has de saber que esta ciencia se distingue de la medicina o de la geometría en que no todo el mundo es capaz de llegarse a ella. Ningún hombre puede estudiarla con aprovechamiento, si carece de preparación

moral; antes bien, deberá adquirir en más alto la integridad y rectitud, porque el perverso es abominación de Jehová, mas Su secreto es con los justos" (PROV. III, 32).

Por eso no aconsejamos que se dé este manjar a los, jóvenes; mas aun son incapaces de asimilarlo, a causa del hervor de su sangre y de la llama de la juventud que turba sus entendimientos. Antes, habrá de desaparecer ese calor que provoca todo el desorden, y los jóvenes habrán de hacerse sesudos y morigerados varones, humildes de corazón, y dueños de su temperamento, porque sólo entonces podrán llegar al altísimo grado de percepción de Dios, esto es, al estudio de la metafísica que se llama MA' ASE MERCABA.

En los escritos de los Rabbis, en algún lugar, leemos el siguiente pasaje: R. Jochanan dijo a R. Elasar, "Ven, yo te enseñaré el MA' ASE MERCABA". Replicole, "Todavía no soy viejo"; o en otras palabras, "como todavía soy joven, percibo en mí el ardor de la sangre y el ímpetu de la juventud". Lo que te enseñará que, además de las cualidades de talento y moral, antes mencionadas, se requiere también una cierta edad. ¿Cómo, pues, hablaría alguien de estos temas altísimos y secretos, en presencia de la gente vulgar, de los niños y de las mujeres?

Quinta razón. — La necesidad de preocuparse de las exigencias materiales del cuerpo perturba la actividad intelectual del hombre, especialmente si ha de atender a la mujer y a los hijos, y aún más si se crea necesidades superfluas, por costumbre o por malos hábitos. Hasta el perfecto varón ha de afanarse no poco en pos de cosas materiales, flaqueando y aun renunciando del todo a sus afanes de saber y a sus estudios, a los que habrá de consagrarse con interrupción, a veces cansado, y sin la atención debida, con lo que no conseguirá el conocimiento que prometían sus habilidades, y habrá de conformarse con una ciencia imperfecta, amasijo confuso de ideas falsas y verdaderas.

Por todas estas razones, sería conveniente que el estudio de la metafísica fuera exclusivamente cultivado por personas privilegiadas, y que no se confiara al común del pueblo. No es cosa para principiantes, y deben abstenerse de este manjar, como el niño de tomar alimento sólido o de acarrear desmesurado peso.

CAPÍTULO XXXV

DE QUE TODOS DEBEN SABER QUE DIOS ES INCORPOREO E IMPASIBLE

No pienses que lo dicho en los capítulos precedentes, ataña también a la doctrina de la incorporeidad de Dios, y a su impasibilidad. Que Dios es incorpóreo, que no puede ser comparado a Sus criaturas, que no está sujeto a influencia externa, verdades son que pueden explicarse a todo el mundo, según su capacidad, y que por vía de tradición deben enseñarse a los niños y mujeres, y aun a los hombres ignorantes y de escasas luces, lo mismo que se les enseña que Dios es Uno, Eterno, y que a Él sólo se le debe adoración.

Cuando no acierten a reconciliar tales verdades con los escritos de los Profetas, habrá que explicados y esclarecerles el significado de los últimos, señalando la homonimia y el sentido figurado de ciertas palabras que analizamos en esta parte de nuestra obra. Entonces, será perfecta y verdadera su creencia en la unidad de Dios y en los dichos de los Profetas.

CAPITULO XXXVI

CÓMO HAN DE ENTENDERSE LAS EXPRESIONES "AGRADAR" Y "ENOJAR" A DIOS

Has de saber que, al examinar la Ley y los libros de los Profetas, tropezarás con las expresiones "ardiente ira", "provocación" y "cólera" aplicadas a Dios, pero únicamente cuando se alude a la idolatría; que sólo al idólatra se lo llama "enemigo", "adversario" y "aborrecedor" de Dios. Los ejemplos son innumerables, y si examinas las Sagradas Escrituras, hallarás que confirman nuestro parecer.

Los Profetas hacen especial hincapié en esto, porque atañe a errores acerca de Dios, esto es, a la idolatría; y cuando la ignorancia o el error concierne a lo grande a lo que tiene altísimo lugar en el universo, son de mayor monta que cuando se refieren a cosas insignificantes. Entiendo por error la creencia de que una cosa es diferente de lo que es, y por ignorancia, la carencia de conocimiento respecto de cosas que pueden ser conocidas. Si una persona ignora la medida del cono, o la esfericidad del sol, ello no es tan importante como si no sabe que Dios existe, o si el mundo existe sin Dios; y si un hombre afirma que el cono es la mitad del cilindro, o que el sol es un disco, su error no es tan dañino como el del que cree que hay más de un Dios.

Has de saber que cuando los idólatras rinden culto a sus ídolos, no es que crean que son los únicos dioses; y no hay idólatra que haya afirmado jamás que una imagen de metal, piedra o madera haya creado cielos y tierra, y los gobierne todavía. La idolatría se funda en la idea de que una forma particular actúa como agente entre Dios y sus criaturas.

Empero los infieles, si bien creen que existe el Creador, minan y atacan la exclusiva prerrogativa de Dios, es a saber, Su servicio y adoración, que fue ordenado, a fin de que se estableciera firmemente la fe del pueblo en Su existencia: "Y serviréis a Dios" (EX. XY,III, 25). Al transferir esta prerrogativa a otros seres, dan lugar a que el pueblo, que sólo sabe lo que enseñan los ritos, sin comprender su sentido o la verdadera condición del Ser a Quien adoran, renuncie a creer en la existencia de Dios. Llámaseles "enemigos", "adversarios" y "aborrecedores" de Dios,

y se dice que al adorar a los ídolos, provocan la cólera e ira divinas. Cuán grande no será, pues, el delito del que tiene falsa opinión de Dios mismo, y cree que es diferente de lo que verdaderamente es, ya porque afirme que no existe, o que consiste en dos elementos, o que es un ser corporal y sujeto a externas alecciones, o porque le atribuye cualquier clase de imperfección o defecto. El tal, es indudablemente peor qué el idólatra, cuya creencia confía en que sus ídolos pueden, en cuanto meros agentes, hacer bien o mal.

CAPÍTULO XXXVII

*DE LA PALABRA **PANIM**, "CARA" o "FAZ"*

La palabra PANIM significa primeramente el rostro de un ser vivo: "¿Por qué están tan tristes vuestros rostros?" (GEN. XL, 7). Encuéntrase muy frecuentemente empleada en este sentido.

Significa después "ira": "La ira (Faz) de Dios está contra los que hacen el mal" (PS. XXXIV, 16). Otra acepción de la palabra es la presencia o existencia de una persona, como cuando se dice: "Y murió a la faz (esto es, en presencia, en vida) de todos sus hermanos" (GEN, XXV, 18). En este mismo sentido se usa la palabra en el pasaje, " y el Señor habló a Moisés cara a cara", estando ambos presentes, sin que interviniera mediador alguno entre ellos. Por la expresión "cara a cara", se quiere decir la percepción de la palabra divina, sin mediación de ángel. Con el misma significado debe entenderse la palabra PANIM en aquello de "y no se verá mi rostro" (EX. XXXIII, 23); o sea, "Mi verdadera existencia, no puede ser comprendida tal como ella es".

Empléase PANIM como adverbio de lugar, para significar "ante" o "entre" las manos. Onkelos traduce la última referencia del Éxodo, diciendo " y los que están a mi rostro (delante de mí) no serán vistos". Y en ello entiende haber una alusión a la existencia de que hay seres creados tan superiores y excelentes que el hombre no puedo percibir su verdadera naturaleza: Las ideas, las Inteligencias separadas, las cuales se nos describen, en su relación con Dios, diciendo que constantemente están en presencia de Él, o entre sus manos, gozando ininterrumpidamente la más íntima atención de la Providencia divina.

Empléase también la palabra como adverbio de tiempo, para significar "antes (LE-PHAN IM), habías echado los fundamentos de la tierra" (1'S. CII, 25). Y otra acepción de la palabra es "miramiento" o "atención" a una cosa, así en la bendición, "el Señor vuelva hacía ti tu rostro (esto es, así la Providencia te acompañe), y te otorgue la paz".

CAPÍTULO XXXVIII

DE LA PALABRA ***AHOR,*** *"ESPALDA" o "ZAGA", APLICADA A DIOS*

AHOR es la parte de atrás de cualquier cosa; "Detrás del Tabernáculo" (EX. XXVI, 12). Usase luego, refiriéndola a una idea de tiempo, para significar "después": "Y a la espalda de todas estas cosas (esto es, después de todas estas cosas)" (GEN. XV, l). Es muy frecuente el uso de AHOR con tal sentido.

Comprende también la idea de seguir, andar sobre las huellas de una persona, atenerse a sus principios morales: "Ellos caminarán a la zaga del Señor" (HOS. XI, 10), como si dijera, seguirán sus mandamientos, imitarán sus virtudes. Con tal sentido aparece la palabra en el Éxodo XXXIII, 20, "y tú verás mi espalda", esto es, "advertirás que lo que Me sigue es semejante a Mi y fruto de Mi voluntad", con lo que se quiere mencionar el conjunto de las cosas creadas, según se explicará en este tratado.

CAPÍTULO XXXIX

*DE LA PALABRA **LEB**, "CORAZON", REFERIDA A DIOS*

LEB quiere decir corazón, y como el corazón está en medio del cuerpo, úsase la palabra figuradamente para significar "la parte media de alguna cosa", como en "hasta el corazón de los cielos" (DEUT. IV, 2). Significa después "pensamiento", como cuando se dice, -¿no estaba contigo mi corazón?" (2 REG. V, 26), o sea, yo te acompañaba en mi pensamiento, cuando acaeció tal o cual cosa.

La palabra significa también "consejo" o "parecer"; "todos los demás de Israel eran de un corazón (tenían un propósito) de hacer Rey a David" (1 CHR. XII, 38).

Significa LEB o corazón, la voluntad: "Yo os daré pastores, conforme a vuestro corazón" (JER. 111, 15). Empléase también en el sentido de comprensión o manera de entender una cosa: "El corazón del hombre sabio está a su derecha" (ECLES. X, 2), como si dijera, su entendimiento y comprensión están ocupados en perfectos pensamientos, en altas cuestiones, Así suele emplearse figuradamente, hablando de Dios, siquiera de manera excepcional indique de vez en cuando, también Su voluntad. En cuanto al párrafo, "y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón" (DEU`1'o VI, 5), yo lo entiendo en el sentido de: "Haz que el Conocimiento de Dios sea el móvil de todos tus actos" según establecí en mi comentario al MISHNA (Aboth, OCHO CAPITULOS, V) y en el MISHNE TORA (YESODE HATORA cap. II, 2).

CAPÍTULO XL

DEL SENTIDO OCULTO DE LA PALABRA ***RUA****, "VIENTO" o "HÁLITO"*

RUA es un homónimo con que se designa el "aire", en cuanto uno de los cuatro elementos: "Y el aire de Dios se movía sobre el haz de las aguas" (GEN. I, 2). Quiere decir también viento, y luego hálito: "En donde está el aire (hálito) de la vida" (GEN. VII, 15).

Vino luego a significar lo que del hombre queda después de la muerte y no está sujeto a destrucción, como cuando se dice "Y el aire (ánima o espíritu) volverá a Dios que lo dio" (ECL.E S. XII, 7).

Otra acepción de esa palabra es "1a inspiración divina merced a la cual profetizan los Profetas", según explicaremos cuando sea el momento oportuno de tratar el tema en este libro.

También contiene la palabra RUA el sentido de intención o voluntad: "¿Quién ha entendido el aire (espíritu) del Señor, o conoce su designio para que nos lo diga." (ISA. XL, "13). Como si dijera: "¿Quién contempla el sistema de Su Providencia en el mundo existente, para que pueda revelárnoslo?"; pero de esto hablaremos en los capítulos que tratan de la Providencia.

En suma, la palabra "aire" o "espíritu", cuando se usa hablando de Dios, suele tener el sentido de inspiración, siquiera algunas veces indique la voluntad divina. En cada caso, el texto dirá cuál sea la acepción que mejor convenga.

CAPÍTULO XLI

*DE LA PALABRA **NEFECH**, "ALMA" o "ESPIRITU VITAL"*

La palabra NEFECH, alma, es un homónimo con que se expresa la cualidad común a todos los seres vivientes y sencientes. Denota también la sangre, como cuando se dice, "no comerás la vitalidad (la sangre) con la carne" (DEUT. XII, 23). Significa, así mismo, la razón, en cuanto característica propia del hombre; lo que del hombre queda después de la muerte, y, en fin, la voluntad.

Cuando NEFECH se usa refiriéndose a Dios, tiene el significado de voluntad, como en el pasaje ya mencionado del 1 Samuel, II, 35, "Y yo me suscitaré un, sacerdote fiel que haga conforme a mi corazón y a mi alma". En igual sentido entendemos la frase, "y Su voluntad de angustiar a Israel cesó" (JUE. X, 16). Jonatán, hijo de Uzziel, en el TARGUM de los Profetas, no tradujo este párrafo, porque entendió que la palabra NAFCHI tenía la primera acepción de "alma", y como viera que atribuía a Dios una idea de sensación, se abstuvo de traducirlo.

CAPÍTULO XLII

*DE LA PALABRA **HAI**, "VIVIENTE" Y SUS ACEPCIONES*

HAI significa un organismo que se desarrolla y está dotado de sensibilidad: "Todo lo que se mueve y vive" (GEN. IX, 3). Indica también la convalecencia de una grave enfermedad: "Y se vivificó (es decir, se curó) de su enfermedad" (ISA. XXXVIII, 9).

El término HAI se ha empleado hablando de la adquisición de sabiduría, como cuando se dice, "y así ellos serán vida para tu alma" (PROV. III, 22). Conforme a esta metáfora, se llama vida a los principios verdaderos, y muerte a los falsos y corrompidos. De tal suerte, el Todopoderoso dice: "He aquí yo he puesto delante de ti en este día la vida y el bien, y la muerte y el mal" (DEUT. XXX, 15), significando que el bien y la vida son idénticos así como la muerte y el mal. A causa del uso frecuente de esta figura en el lenguaje, dicen los Sabios "al justo, se le llama viviente, aun después de muerto, y a los perversos se le llama muertos aun en vida" (TALM. B. BERAKHOTH, p. 78). Reparad bien en esto.

CAPÍTULO XLIII

DEL SENTIDO OCULTO DE LA PALABRA
***CANAF**, "ALA"*

El sentido original de CANAF es "el ala de una criatura viviente", como en aquello de "toda ave alada que vuela en el aire" (DEUT. IV, 17). Luego se aplicó figuradamente a las puntas de los vestidos, y se usó también para indicar los confines habitados de la tierra, y los lugares más apartados de donde residimos: "Hemos oído canciones, de los últimos, confines (alas) de 1a tierra" (ISA. XXIV, 16).

En su libro sobre las raíces de la lengua hebrea, Ibn Ganá dice que KENAF se usa en el sentido de esconder u ocultar, analógicamente a la palabra árabe. KANAFTU ALCHAIAN, "yo he escondido algo". Con tal sentido, pienso que se aplica figuradamente a Dios y a los ángeles, que no son corpóreos, como explicaré. Sin duda habrás reparado en las palabras de Isaías VI, 2; "Y encima de Él estaban serafines: Cada uno tenía seis alas, con dos cubrían sus rostros, y con dos sus pies, y con dos volaban". Cuyo sentido es: Oculta y secreta es la causa de la existencia del ángel, según se indica por el cubrimiento del rostro; las cosas que el ángel produce, significadas en sus pies (ya esclarecí antes el sentido figurado de REGEL, pie o causa), son igualmente ocultas, porque las acciones de las Inteligencias permanecen invisibles, y sus caminos son inescrutables, como no sea tras largo estudio, y ello a causa de dos razones la una dimanante de nuestras facultades, porque la percepción es imperfecta, y la otra aneja a la condición del ángel, pues, que los ideales, son difíciles de comprender cabalmente. Y en cuanto a la última frase, "y con otras dos alas volaba", ya explicaré en un Capítulo especial (XLIX) la razón de que se haya atribuido este movimiento a los ángeles.

CAPÍTULO XLIV

DE LA PALABRA ***AIN****, "OJO"*

Es la palabra AIN un homónimo que significa manantial o fuente; como cuando se dice: "Y hallola el ángel junto a un ojo de agua en el desierto" (GEN. XVI, 7). Denota luego el órgano de percepción visual, y también significa "Providencia". En este último sentido debe entenderse cuando se aplica a Dios: "Los ojos del Señor tu Dios (es decir, la Providencia) están siempre sobre ti" (DEUT. XI, 12); "sus ojos contemplan" (PS. XI, 4), significándose la percepción del pensamiento, no la de los sentidos, porque toda sensación es un estado pasible, y Dios es activo, según explicaremos más adelante.

CAPÍTULO XLV

DEL VERBO ***CHAMA****, "OIR"*

CHAMA u oír, quiere decir percibir el sonido, y también atender u obedecer órdenes. Significa, así mismo, saber o entender, como cuando se dice "una nación cuya lengua no oirás" (DEUT, XXVIII, 49), es decir, cuyo idioma no comprenderás.

Cuando se emplea el verbo oír refiriéndose a Dios, y se ve que conforme a la interpretación literal del lugar, la palabra tiene su primera acepción, debe tomarse en el sentido de "percibir": "Y el Señor lo oyó" (NUM. XI, 1). Empero, cuando la interpretación literal de atender, escuchar, significará que Dios responde a la plegaria del hombre y del cumple sus deseos, o que no responde y no los cumple: "Y yo seguramente oiré su clamor" (EX. XXII, 23).

Luego te declararé estas metáforas y símiles de modo que sacien tu sed, y te explicaré todas sus acepciones sin que te quede lugar a duda.

CAPÍTULO XLVI

DE CÓMO SE ATRIBUYEN A DIOS, FIGURADAMENTE, ÓRGANOS DE PERCEPCIÓN HUMANA, PARA INDICAR LAS PERFECIONES DIVINAS

Ya hemos dicho en otro capítulo de este Tratado, la gran diferencia que hay entre proponer a uno la existencia de una cosa, y demostrar su verdadera esencia. Podemos dar a otros la simple noticia de la existencia de un objeto, señalando sus accidentes, sus acciones e incluso sus remotísimas relaciones con otras cosas. Si, por ejemplo, intentas describir a un rey de cierto país, ante uno de sus súbditos que no lo conoce, puedes valerte de muchas maneras para dárselo a conocer. Dirás, ora que es una persona que habito en cierto palacio de una comarca del país, ora que es el que mandó construir aquella muralla o aquel puente, o atribuyéndole otros muchos actos por el estilo que puedan referirse al rey. Todavía cabe demostrar más directamente su existencia; Si te preguntaran si hay rey en tal o cual país, y te pidieran la prueba de su existencia, podrías replicar: "He aquí un banquero, hombre flaco y pequeño, que está ante sus montones de monedas de oro; y he aquí también un mendigo fuerte y alto que en vano le pide una limosna, por el valor del peso de un grano de algarroba; y el avaro rechaza al mendigo a empujones y con palabras. Si el mendigo no temiera al rey, sin duda habría matado al banquero, lo quitara de en medio y arramblara con cuánto dinero pudiese. "He aquí una prueba de que hay algún príncipe que gobierna en el país, cuya existencia se demuestra por el buen orden de los negocios, a causa de que todos respetan al rey y temen sus castigos.

Así acaece con la información que las gentes vulgares obtienen acerca del Creador en los libros proféticos y en la Ley, los cuales se valen de símiles y parecidos de los cuerpos materiales, para declarar que Dios existe; y emplean imágenes y figuras de movimientos, para indicar que; Dios vive, porque el vulgo de los hombres estima que sólo las cosas corporales son plena, verdadera e, indudablemente existentes. Así también, el hombre común identifica el movimiento con la vida; no es

viviente el ser que no se puede mover a voluntad, aunque en realidad el movimiento no sirva para definir la vida y sea sólo un accidente que con ella se relaciona. Mejor conocemos las percepciones sensitivas, singularmente el oído y la vista; no sabemos que haya otro modo de comunicación entre alma y alma de las personas que el lenguaje, el sonido que producen los labios y la lengua v los demás órganos del discurso. Por eso, cuando los Profetas quieren informarnos de que Dios tiene una manera de conocimiento de las cosas, o que se han puesto en comunicación con Él, nos hablan de que ven y oyen a Dios, y de que Él les ve y les oye. Y se pinta a Dios como artífice que trabaja, porque nosotros no conocemos otro modo de producir que mediante el contacto directo con las cosas. Y se dice que Dios tiene alma, en el sentido de que es viviente, porque nosotros tenemos por cierto que todos los seres vivientes son animados; aunque, como hemos visto, el término alma es homónimo.

De igual manera, puesto que nosotros nos valemos de los órganos corporales para llevar a cabo toda esa serie de actos, atribuimos en metáfora a Dios órganos de locomoción como los pies, y de audición, visión y olfación, como el oído y el ojo y la nariz, y órganos de elocución, como la lengua, la boca y el sonido, y órganos de ejecución, como la mano y los dedos. En suma, atribúyense todos esos órganos corporales a Dios, que está más allá de todo lo imperfecto, para indicar que El lleva a cabo ciertos actos, los cuales le suponemos, y a fin de expresar que posee ciertas perfecciones diferentes de los actos mismos. Alúdese a órganos de locomoción en los escritos proféticos para manifestar la vida de Dios; órganos de sensación, para revelar que percibe; órganos de tacto y ejecución para indicar que obra; órganos de discurso, paro declarar la inspiración divina de los Profetas, según se explicará luego.

Y todas estas indicaciones buscan solamente despertar en nuestro pensamiento la idea de que existe un ser viviente, que hizo todas las cosas y posee el conocimiento de todo lo que hizo. Cuando hablemos de la inadmisibilidad de los atributos divinos, explicaremos que toda esta serie de atributos diversos, transmiten únicamente una idea, es a saber, la de la esencia de Dios. En este capítulo nos proponemos sólo esclarecer la razón de que se supongan en Dios, Ser perfectísimo, órganos físicos de

sensación, en cuanto que los órganos son referencias de las acciones que suelen ejecutarse por medio de ellos. Y puesto que estas acciones, son perfecciones respecto a nosotros, las hacemos predicados de Dios para expresar que El es perfectísimo, según indicamos al explicar el sentido de la frase rabínica: "El lenguaje del TORA es como el de los hombres".

También en el TALMUD y en el MIDRACHIM aparecen frases por el estilo a las contenidas en las profecías, mas los Sabios no ignoraban su carácter metafórico, ni tenían el menor temor de que pudieran ser mal interpretadas. Todas estas expresiones habían de ser entendidas como metáforas de que se valían para comunicar al entendimiento humano la noción de la existencia de Dios. Nuestros Sabios han declarado de manera clara y precisa que, si bien hablaban de órganos y actos de Dios, estaban lejos de creer en Su corporeidad. Los Profetas cuando se valían de formas y figuras que percibían en la visión profética, formas y figuras propias de seres creados, "comparaban la criatura al Creador" por decirlo con las palabras de nuestros doctores. Empero, si a pesar de estas aclaraciones, alguien, por pura malicia, se diera a pensar mal de ellos y sacarles faltas, sin entender ni comprender sus métodos, no por ello resultaría daño ni ofensa para nuestros Sabios, que están por encima de la vulgar maledicencia.

CAPÍTULO XLVII

DE POR QUÉ SE ATRIBUYE A DIOS EL OIDO, LA VISTA Y EL OLFATO Y NO EL GUSTO Y EL TACTO; EL PENSAMIENTO, Y NO LA IMAGINACION.

Ya hemos dicho en diversos lugares que los libros proféticos nunca aplican a Dios lo que los hombres consideran corrientemente como defecto, o lo que en su imaginación no pueda aliarse con la idea del Todopoderoso, siquiera no haya diferencia entre unos y otros de los términos que como metáforas se usan para referirse a Dios.

Ahora vamos a ver la razón de que se le atribuyan los sentidos del oído, la vista y el olfato, y no los del gusto y tacto, aun cuando en realidad Dios esté mucho más allá del uso de todos los cinco sentidos. En las Escrituras Sagradas, leemos, "y Dios vio" (GEN. VI, 5); "y Dios oyó" (NUM. XI, 1); "y Dios olió" (GEN. VIII, 21); pero en ningún lugar se lee que Dios gustara o tocara. A nuestro parecer, la razón de ello ha de ser hallada en la idea a que los hombres se aferran de que Dios no se pone en contacto con algún cuerpo de la misma manera que un cuerpo con otro, pues que El no es siquiera visible. Y mientras que el tacto y el gusto solo actúan cuando se ponen en contacto íntimo con el objeto de sensación, la vista, el oído y el olfato perciben objetos distantes. Y así, nuestros Sabios, entre otras advertencias nos exhortan diciendo: "Sabe lo que hay más allá de ti, un ojo que ve y un oído que oye" (MICHNA ABOT, II, 1).

Estrictamente hablando, todas las sensaciones son de igual categoría, y el mismo argumento que se emplea para negar que exista en Dios el tacto y el gusto, pudiera aplicarse a la vista, el oído y el olfato, pues que todas ellas son percepciones materiales e impresiones sujetas a mudanza. No hay más diferencia, sino que vulgarmente creemos que las primeras son deficientes, y las últimas perfectas.

Por las mismas razones, no se emplea nunca la imaginación en las figuras y metáforas con que se habla de Dios, y en cambio, se le atribuye pensamiento y razón, como cuando se dice: "Los pensamientos que el Señor concibió" (JER. XLIX, 20).

Todo lo cual es conforme al lenguaje del hombre, el cual atribuye a Dios lo que considera ser una perfección, y no lo que parece n defecto. Empero en verdad, no se le puede aplicar ningún atributo que implique aumento de Su esencia, según se, probará luego.

CAPÍTULO XLVIII

DE CÓMO VIERTE ONKELOS LAS PALABRAS "VER" Y "OIR" APLICADAS A DIOS

Cuando quiera que se atribuye en el PENTATEUCO la acción de "oír" a Dios, Onkelos, el Prosélito, la traduce, no ya literalmente, sino por uno paráfrasis que exprese cierto discurso relacionado con Dios, y dice, ora que El lo -percibió, ora que lo aceptó o no lo aceptó, tratándose de súplicas y plegarias. Onkelos sigue este sistema sin excepción alguna, en su traducción del PENTATEUCO. Empero, vierte el verbo "ver" RAA de manera por demás notable, sin que yo acierte a discernir el principio o método en que se inspira. Unas veces, traduce literalmente, "y Dios vio"; en otros lugares, se vale del circunloquio "y se reveló delante de Dios". El uso que Onkelos hace de la frase VA-HAZA ADONAI es prueba suficiente de que HAZA es homónimo en lengua caldea, y que a un tiempo significa percepción mental y sensación visual.

Mas, cuando examino las diversas interpretaciones del texto de Onkelos, ya las que vi por mis propios ojos, ya las que escuché cuando estudiaba, hallo que siempre que el término "ver" hace referencia a algún desafuero, injuria o violencia, se emplea la paráfrasis "y se manifestó delante del Señor". Hay sin embargo tres pasajes en los que aparece literalmente traducido al verbo 'ver", en las diversas copias del TARGUM, cuando yo esperaba hallar la paráfrasis "y se manifestó delante del Señor". Son estos tres pasajes los siguientes: "Y Dios vio que era grande la maldad de los hombres sobre la tierra- (GEN. VI, 6); "Y Dios vio la tierra, y he aquí que estaba corrompida" (GEN. VI, 12); "y Dios vio que Lea era aborrecida" (Ib. XXIX, 31). Paréceme que debe haber error en estos pasajes, que se habrá deslizado en las copias del TARGUM, pues que no poseemos el manuscrito original de Onkelos. Pero si se examinaran cuidadosamente los diversos ejemplares y se hallara que los pasajes coinciden, declaro que no acierto a explicarme lo que Onkelos quiso decir.

CAPÍTULO XLIX

DEL LENGUAJE FIGURADO APLICADO A LOS ÁNGELES

Los ángeles son también incorpóreos, inteligencias sin materia y, no obstante, criaturas de Dios, según se explicará luego. En el BERECHIT RABBA, sobre el GÉNESIS III, 24, se lee la siguiente observación de nuestros doctores: "Llámase al ángel la llama de la espada que se revuelve en todos sentidos". El atributo "que se revuelve en todos sentidos" se añade a causa de que la forma de los ángeles cambia, pues unas veces se aparecen como varones, y otras como hembras; ya como espíritus, ya como Ángeles. Estas palabras claramente indican que los ángeles son incorpóreos y que no tienen forma permanente fuera del pensamiento de quienes los perciben, que es en la visión profética en donde existen totalmente según la acción del poder imaginativo, como se explicará cuando hablemos del verdadero significado de la profecía.

Bien sabes cuán difícil es para el hombre formarse una idea de lo inmaterial y enteramente desprovisto de cuerpo, cómo no sea tras arduo y considerable aprendizaje. La dificultad es mayor cuando se trata de quienes no distinguen entre los objetos del entendimiento y los de la imaginación, y sólo confían en la facultad imaginativa. Las personas de este linaje —al que pertenece la mayoría de los pensadores— no pueden llegar a resolver de verdad cuestión alguna, ni a esclarecer ninguna duda. Es a causa de esta dificultad por lo que en los libros proféticos abundan expresiones que, tomadas a la letra, significarían que los ángeles tienen cuerpo, que circulan, están dotados de forma humana, reciben órdenes de Dios, se ajus-tan a Su palabra y llevan a cabo cuanto El desea, conforme a Sus mandamientos. Todo ello sirve solamente para llevarnos a la creencia de que existe el ángel y que es un ser viviente y perfecto, conforme a lo que hemos explicado refiriéndonos a Dios.

Empero, pura transmitir a la mente de los hombres la idea de que la existencia de los ángeles es inferior en grado y jerarquía a la de Dios, introdúcense para describirlos ciertas formas de animales inferiores, con lo cual se muestra que la existencia de Dios es más perfecta, al igual que

el hombre es más excelente que los animales. Sin embargo, son las alas el único órgano de las criaturas animales que se atribuye a los ángeles. Ha sido elegido el vuelo como símbolo para representar la vida angélica, porque es el más perfecto y sublime modo de movimiento de los brutos de la creación.

Hay aún otras razones. El ave, en su vuelo, se hace a veces visible, y se retira a veces de nuestra vista; aproxímese ahora, y aléjase luego, circunstancias que pueden ser exactamente referidas a la idea de los ángeles, como se explicará más adelante. Esta perfección imaginaria del vuelo no ha sido nunca atribuida a Dios por ser exclusiva propiedad de los brutos.

Pero el vuelo, a que tan frecuentemente se alude en la Biblia, necesita, según lo que enseña nuestra imaginación, que haya alas. Por eso se pone alas a los ángeles, como símbolo expresivo de su existencia, no como nota de su esencia verdadera. También habrá echado de ver tu pensamiento, que cuando una cosa se mueve muy de prisa, decimos que vuela, para significar la gran velocidad. "Como vuela el águila" (DEUT. XXVIII, 49). Vuela el águila más rauda que ninguna otra ave, y por eso es la imagen del símbolo. En fin, las alas son los órganos (literalmente, las causas) del vuelo; de aquí que el número de alas de los ángeles corresponda en la visión profética al número de causas que determinan el movimiento de una cosa. Pero de esto trataremos en otro lugar.

CAPÍTULO L

DE LA FE

Graba bien en tu pensamiento, mientras lees el presente Tratado, que yo no entiendo por "fe" la mera declaración que pronuncian los labios, sino algo que aprehende el alma, una convicción de que un objeto o creencia es exactamente tal como el alma lo ha aprehendido. Hallarás no pocas gentes ignorantes que profesan artículos de fe, sin que respondan a idea alguna en ellos.

Cuantos creen que Dios es uno, y declaran empero que tiene muchos atributos, pronuncian Su unidad con los labios, y afirman Su pluralidad con el pensamiento. Así la doctrina de los cristianos, que dicen que Dios es Uno y Trino, y que los Tres son Uno. Parecida es la creencia de los que dicen ser Dios uno, pero con muchos atributos; y que Sus atributos son uno con Él, negando empero la corporeidad y afirmando Su absoluto desligamiento de la materia, como si bastara encontrar juegos de palabras, en vez de fundamentos de creencia.

Tú, renuncia a tus deseos y hábitos, sigue a tu razón, estudia cuanto voy a decirte en los capítulos que siguen, acerca de la necesidad de rechazar los atributos de Dios, y, entonces, te convencerás plenamente de lo que he dicho, y serás de los que verdaderamente conciben la unidad de Dios. No como aquellos que la proclaman con los labios y la niegan con el pensamiento, de los cuales se ha dicho: "Cerca estás Tú de su boca, pero lejos de sus entrañas" (JER. XII, 2).

CAPÍTULO LI

DE LOS ATRIBUTOS, Y DE CÓMO NO CONVIENEN A LA ESENCIA DE DIOS

Hay muchas cosas cuya existencia aparece evidente y manifiesta, y que no requerirían ser demostradas, si el hombre las hubiera dejado en su estado primitivo. Tales son el movimiento, la libertad del hombre, las propiedades naturales que perciben los sentidos, el calor del fuego, el frío del agua, y otras del mismo linaje. Empero, unas veces porque se afanan en el error, otras porque persiguen particulares designios, los hombres han difundido falsas ideas y establecido doctrinas contrarias a la naturaleza real de las cosas, negando la existencia de lo que perciben los sentidos, o afirmando que existe lo que no existe, por lo cual los filósofos han sido solicitados para que establecieran con pruebas lo que debiera ser por sí mismo evidente, y para que negaran fundadamente la existencia de cosas que sólo existen en la imaginación de los hombres. Así demostró. Aristóteles la existencia del movimiento, porque había quien lo negaba y refutó la realidad de los átomos, porque algunos la afirmaban.

Al mismo orden de argumentos corresponde la necesidad de rechazar la existencia de atributos esenciales, referentes a Dios. . Porque es verdad por sí misma evidente que el atributo no es inherente al objeto al cual se adscribe, sino sobreañadido a su esencia, de donde se sigue que es accidente. Si el atributo denotara la esencia, **(to ti en einal**) del objeto, sería mera tautología, como si dijéramos que "el hombre es el hombre", o simple explicación de un nombre, como en "el hombre es el animal que habla".

El atributo tiene que ser una de estas dos cosas: O la esencia del objeto que definimos, y en este caso es mera explicación del nombre, o algo diferente del objeto, una propiedad extraña que se le añade, y entonces el atributo es un accidente. No puede haber creencia en la unidad de Dios, como no sea admitiendo que El es una substancia simple, sin composición y sin pluralidad de elementos; uno desde cualquier punto de vista que se le considere; indivisible, de todas suertes y por toda causa;

incapaz de forma alguna de pluralidad, objetiva ni subjetiva, como se demostrará en este Tratado.

Algunos pensadores han llegado e decir que los atributos de Dios no son ni Su esencia ni algo extraño a Su esencia. La cual afirmación es como la que ciertos de doctrinarios hacen hablando de que las Ideas, es decir, los universales, no son, existentes ni inexistentes; o como la de otros, que dicen que los átomos son inextensos, pero mantienen un átomo de espacio ocupado; que el hombre lo tiene libre albedrío, pero es responsable de sus actos. Todas esas cosas no son más que palabras, y no existen más que en el lenguaje, no en el pensamiento, ni mucho menos en la realidad. Viéronse obligados los hombres a sostener semejantes absurdos, por haber dado rienda suelta a su imaginación, y porque todas las cosas materiales que existen no se pueden concebir sino como substancia acompañada de diversos atributos, pues jamás ha sido hallado nada que consista en una substancia simple sin atributo alguno. Y dejándose llevar de tales imaginaciones, los hombres pensaron que Dios estaba también compuesto por varios y diversos elementos, es decir, de Su esencia y de los atributos que se añaden a Su esencia.

Y, llevando hasta el fin esta comparación, creyeron algunos que Dios tenía cuerpo de hombre; otros, abandonando tal teoría, negaron la corporeidad, pero siguieron conservando los atributos. El apego al sentido literal del texto de la Sagrada Escritura ha sido la fuente de donde brotaron todos estos errores, como demostraré en algunos de los capítulos que voy a dedicar a estos asuntos.

CAPÍTULO LII

LAS CINCO ESPECIES DE ATRIBUTOS

Toda definición de un objeto, mediante atributos afirmativos en los que se declare que un objeto es de tal o cual género, tendrá que ser hecha de una de las cinco maneras siguientes.

Primera. — Definiendo a un objeto, como cuando se dice que el hombre es un ser viviente y racional. Semejante definición, que contiene la verdadera esencia del objeto, no pasa de ser una explicación del nombre. Tal definición no es aplicable a Dios, pues que no hay causas anteriores a Su existencia, por las que pueda ser definido. En ello convienen todos los filósofos que saben lo que se dicen,

Segunda. — Cuando se da a conocer un objeto con **una parte de su definición,** por ejemplo, diciendo que el hombre es un ser viviente, o que es un ser racional. Convienen todos en que tampoco es ésta manera apropiada para describir a Dios; porque si hubiéramos de hablar de una parte de Su esencia, consideraríamos que tenía partes, y que por lo tanto era compuesto.

Tercera. — Cuando se describe un objeto mediante algo diferente de su verdadera esencia, algo que no complementa ni declara la esencia del objeto, en cuyo caso la descripción se refiere a una **cualidad**. Pero una cualidad, en su más genérico sentido, es un accidente. Si describiéramos a Dios de tal manera, daríamos a conocer un substratum de accidentes: Razón bastante para rechazar la idea de que El posea cualidad, pues que semejante noción discrepa por completo de la verdadera concepción de Su esencia.

Hay, como sabes, cuatro clases de cualidad, y yo te pondré ejemplos de atributos de cada una de ellas, a fin de mostrarte que esta especie de atributos no es aplicable a Dios. a) Cuando se describe a un hombre por alguna de sus cualidades intelectuales o morales, o por las disposiciones que como ser-animado le pertenecen, y así se dice de una persona que es carpintero, o que está enfermo o que es casto. b) Cuando se le describe

por alguna cualidad física que posee, o por la ausencia de la misma, y así se dice que es sordo, o fuerte. c) Cuando se le describe por sus cualidades pasivas o afectivas, o por sus emociones, y así decimos que es apasionado, irritable, tímido o piadoso, sin entender que tales condiciones sean permanentes. d) Cuando se describe una cosa por sus propiedades cuantitativas, diciendo que la tal cosa es larga, corta, recta o curva, etc.

Medita acerca de todos estos atributos, y hallarás que no pueden ser empleados para referirse a Dios, que no es una magnitud susceptible de cantidad; ni puede ser afectado y no posee cualidades emotivas: no está sujeto a condiciones físicas, ni es un ser animado en el que puedan darse disposiciones del alma. Síguese de aquí que ningún atributo de encintas comprende el epígrafe de "la cualidad", en su más amplio sentido, puede ser predicado de Dios.

En suma, estas tres clases de atributos, los que describen la esencia de una cosa, una parte de la esencia o la cualidad de la esencia, son claramente inadmisibles refiriéndose a Dios, pues implican composición que, como se probara, no cabe en el Creador, que es absolutamente Uno. **Cuarta**. — Cuando se declara lo que es una cosa mediante, su relación a otra, sea al tiempo, al espacio o a un individuo diferente, como cuando decimos, Zaid, padre de Fulano o socio de Zutano, o que vive en tal sitio o que vivió en tal tiempo. Esta clase de atributos no implican necesariamente pluralidad ni cambio en la esencia del objeto descrito; porque el mismo Zaid puede ser a un tiempo el socio de Amru, el padre de Becr, el maestro de Khalid, el amigo de Zaid, y habitar en cierta casa y haber nacido en cierto año. A primera vista parece que estos atributos puedan ser empleados refiriéndose a Dios, pero un más cuidadoso examen nos convencerá de su inadmisibilidad. El tiempo es un accidente del movimiento. El movimiento es una de las condiciones a que sólo los cuerpos materiales están sujetos, y como Dios es inmaterial, no puede haber relación alguna entre el tiempo y Dios. Por parecidas razones demostraríamos que no puede haber relación entre Dios y el espacio, o entre el Creador y sus criaturas pues que Dios tiene existencia absoluta, y todos los demás seres sólo existencia posible.

Por todo lo cual, errarías si aplicases atributos afirmativos a Dios, en sentido literal, aun cuando solo se refiriesen a relaciones, siquiera sean estos atributos los más apropiados, pues que no implican quo exista una

pluralidad de cosas eternas o que tenga lugar algún cambio en la esencia de Dios, cuando sufren mudanza las cosas con las que Dios está en relación.

Quinta. — Cuando se describe una cosa o ser por sus **acciones.** Por acciones no quiero decir la disposición o capacidad inherente para realizar cierta obra, como en las palabras carpintero, pintor o herrero, pues estos términos corresponden a 1a categoría de las cualidades que antes mencionara. Lo que quiero decir es la acción que el ser ha llevado a cabo, como cuando digo que Zaid hizo esta puerta, construyó esta pared o tejió este vestido.

Esta clase de atributos es independiente de las esencias de las cosas descritas, y por lo tanto, apropiados para emplearlos cuando describimos al Creador, sobre todo si nos hemos percatado bien de que las diferentes acciones no implican que haya diversos elementos en la substancia del actor o agente, en virtud de los cuales se produzca la diversidad de actos, según se explicará luego. Al contrario, todas las acciones de Dios emanan de Su esencia, no de algo extraño que se haya agregado a Su esencia.

En suma, lo que hemos explicado en el presente capitulo es esto: Que Dios es uno en todos los sentidos, que no contiene pluralidad ni elemento alguno agregado a Su esencia, y que los muchos atributos que en diferentes sentidos se le aplican en la Escritura, proceden y se explican por la muchedumbre de Sus acciones, no por una pluralidad de Su esencia, y se emplean en cierto modo con el propósito de transmitirnos alguna idea de la perfección divina, conforme a la noción que nosotros tenemos de lo perfecto. En el siguiente capítulo se explicará la posibilidad de que haya una substancia simple que, excluyendo la pluralidad, pueda no obstante llevar a cabo diversas acciones.

CAPÍTULO LIII

ARGUMENTOS DE LOS QUE APLICAN ATRIBUTOS A DIOS

Los hombres han venido a creer en la existencia de atributos divinos, por causas parecidas a las que hicieron que otros creyeran en la corporeidad de Dios, los cuales no llegaron o esto por especulación intelectual, sino siguiendo el sentido literal de ciertos lugares de la Biblia. Hallarás que todos cuantos atributos se afirma que son esenciales al Creador, aun cuando los partidarios de tal doctrina no lo digan con toda precisión, expresan vino cualidad parecida a las que solemos advertir en los cuerpos de las criaturas vivientes. A todos esto; lugares de la Escritura, les aplicamos el principio de que, "EL TORA habla con el lenguaje del hombre." Muchos de los atributos manifiestan diversos actos de Dios, pero esta diferencia no implica necesariamente que exista diversidad en Aquel de quien los actos proceden. Dícese del fuego que blanquea, ennegrece, arde., cuece, coagula y derrite; pero quien conozca la naturaleza de este elemento, descubrirá en todas esas acciones los efectos de una sola virtud que los produce, es a saber, el calor. Pues si esto acaece con lo que vemos en la naturaleza, ¿cuánto más no será cuando se trate de seres que obran con voluntad libre, y más aún, en el caso de Dios, que está más allá de toda descripción? Aunque percibamos en Dios diversos géneros de relaciones —a causa de que para nosotros y en nosotros la sabiduría es distinta del poder, y el poder, de la voluntad— no por ello se sigue que haya en Dios diversidad de elementos, uno de los cuales le sirva para conocer, otro para querer y otro para ejercitar Su poderío, que esto es lo que significan los atributos, según los que profesan tal doctrina. Los atributos que hallamos en la Sagrada Escritura, o son maneras de cualificar Sus acciones, sin referencia alguna a Su esencia, o indican la perfección absoluta, más no que la esencia de Dios esté compuesta de diversos elementos.

Todavía queda por examinar una dificultad más, de las que les llevan a sostener semejante error. Los que afirman que existen atributos, no fundamentan su parecer en la variedad de acciones divinas, pues dicen

con verdad que de una sola substancia pueden emanar diversos efectos. Convienen todos, aún cuando en otros discrepen, en cuatro atributos esenciales de Dios, y piensan que han llegado al conocimiento de ellos por su propia razón, y no interpretando las palabras de los profetas: La vida, el poder, la sabiduría y la voluntad. Y creen que estas cuatro cosas diferentes, estas perfecciones, no pueden en modo alguno faltar al Creador, y que no son cualificaciones de Sus actos, sino atributos de Su esencia.

Empero has de saber que la vida y la sabiduría no son cosa distinta en Dios; porque para todo ser consciente, el vivir y el saber son la misma cosa, si por sabiduría entendernos la conciencia de sí mismo. Por otra parte, el sujeto y el objeto de la conciencia son sin duda idénticos en Dios; porque, a nuestro jui-cio, no consta Él de un elemento que aprehende y de otro que es aprehendido. No es, como el hombre, combinación de alma consciente y de cuerpo inconsciente. Por otra parte, los atributistas no hablan en este sentido de la sabiduría, sino del poder que Dios tiene de aprehender a Sus criaturas. No cabe duda que el poder y la voluntad no existen en Dios, por relación a Su esencia pues que no es posible que Él tenga poder y voluntad respecto de Sí mismo, ni podemos imaginar tal cosa. Interpretan ellos estos atributos, como diferentes relaciones existentes entre Dios y Sus criaturas, y quieren decir que Dios tiene poder al crearlas, voluntad al darles existencia conforme a Su deseo, y sabiduría al conocer lo que ha creado. Consiguientemente, estos atributos no atañen a la esencia de Dios, sino que expresan relaciones entre Él y sus criaturas.

Nosotros, los que verdaderamente creemos en la Unidad de Dios, declaramos que El es una esencia simple, sin elemento adicional alguno. Lo mismo da que esos diversos atributos se refieran a Sus acciones o a las relaciones de Dios con Sus obras; en realidad, tales relaciones sólo existen en el pensamiento de los hombres. Esto es lo que debemos creer respecto a los atributos que se mencionan en los libros de los Profetas: Algunos de los cuales deben entenderse como maneras de expresar la perfección de Dios, por vía de comparación con lo que consideramos perfecciones en nosotros mismos.

CAPÍTULO LIV

ACLARACIÓN DE ALGUNAS ALEGORIAS RELATIVAS A LA ESENCIA Y ATRIBUTOS DE DIOS

El más sabio de los hombres, nuestro Maestro Moisés, pidió a Dios dos cosas, y en ambos casos respondió Dios a su plegaria. Que le permitiera conocer Su esencia, y que le declarara Sus atributos.

Rogó Moisés a Dios que le otorgara el conocimiento de Sus atributos, y que perdonara a Su pueblo.

Cuando lo último le hubo sido otorgado, siguió orando para que se le diera a conocer la esencia de Dios, en las palabras, "muéstrame Tu gloria" (EX. XXXIII, 18), a lo que le fue dada la siguiente favorable respuesta: "Yo haré pasar toda Mi bondad delante de tu rostro" (IB. 19). En lo que atañe a la segunda petición, empero, le fue dicho: "No podrás ver Mi rostro" (IB. 20).

Las palabras "toda mi bondad' indican que Dios prometió mostrarle toda la creación, de la cual había sido declarado: "Y Dios vio todo lo que había hecho, y he aquí que era todo muy bueno" (GEN. 1. 31). Cuando digo que quería manifestarle el conjunto de la creación, quiero decir que Dios le prometió hacerle comprender la naturaleza de todas las cosas, las relaciones de unas con otras, y la manera como Dios las gobierna, tanto respecto del universo en general, como de cada criatura en particular. En suma, el conocimiento de las obras de Dios, lo es el de los atributos por los cuales puede ser Dios conocido. Es, pues, evidente que las maneras como Moisés quería conocer, y que Dios le enseñó, son las acciones que de Dios emanan. Nuestros sabios las llaman MIDDOT, "cualidades", y hablan de trece MIDDOTH de Dios (TLM. B. Rosh ha-shaná, p. 17b).

Ahora bien, cuando quiera que percibimos alguna de sus Acciones, adscribimos a Dios la emoción que suele ser en nosotros fuente de acciones parecidas, y le llamamos entonces con algún epíteto que exprese dicha emoción, Vemos, por ejemplo, cómo atiende a la vida del embrión de los seres vivos, cómo dota de ciertas facultades al embrión y a quienes han de cuidarlo una vez nacido, protegiéndolo de la destrucción y muerte,

amparándolo de todo daño, y cuidando de que se cumpla cuanto es menester para su desarrollo y crecimiento. Cuando nosotros efectuamos actos semejantes, lo hacemos movidos por cierta ternura que llamamos misericordia o piedad. Por eso decimos que Dios es misericordioso, "como un padre es misericordioso con sus hijos, así el Señor es con los que le temen" (PS. CIII, 13). Mas ello no implica que Dios ejecute actos similares a los del padre, a impulsos de la piedad, y que sean el fruto de alguna impresión o mudanza que en Dios acaezca.

Sus acciones para con la humanidad incluyen también grandes calamidades que arruinan a los individuos y determinan su muerte, o afectan a familias enteras, y aún a comarcas, esparciendo la desolación y aniquilando implacablemente generaciones. Acaecen, así, inundaciones, terremotos, tormentas asoladoras, invasiones de unos pueblos contra otros para destruirlos a espada y borrar hasta la memoria de ellos, y otros muchos males del mismo linaje. Nosotros perpetramos acciones parecidas impulsados de una gran cólera, de violento celo o de irrefrenado deseo de venganza. Por eso, cuando acaecen tales males, decimos que Dios está airado, y hablamos de Su cólera y de Su venganza. Pero, aunque los actos divinos se parezcan externamente a los que emanan de nuestras pasiones y disposiciones naturales, en realidad, no proceden de ninguna cosa sobre añadida a la esencia de Dios.

El Gobernador de un país, si es Profeta, hará por conformarse a esos atributos. Cumplirá acciones de castigo moderadamente y conforme a justicia, y no a impulsos de la pasión. De vez en cuando debe ser misericordioso y gracioso con algunas personas, no solo movido por la ternura y compasión, sino premiando con justicia los merecimientos de cada cual. Igualmente impasible deberá ser cuando haya de manifestar ira o venganza, siquiera deban ser más frecuentes los actos de piedad y perdón y gracia, parando mientes en que todos los trece MIDDOTH, salvo uno, son atributos de clemencia.

La suprema aspiración del hombre debiera ser semejarse a Dios cuanto fuera posible: Esto es, obrar parecidamente a como Dios obra, según lo expresaron nuestros Sabios al explicar el versículo, "seréis santos" (LEV. XXI, 2): "Él es clemente, así sed vosotros también

clementes; Él es misericordioso, sed vosotros así también misericordiosos".

El principal objeto de este capítulo ha sido mostrar que todos los atributos aplicados a Dios se refieren a Sus obras y no implican que Dios posea cualidades de ningún género.

CAPÍTULO LV

DE QUÉ NO SE PUEDE ATRIBUIR A DIOS CORPOREIDAD, PASIBILIDAD, INEXISTENCIA O SEMEJANZA CON LAS CRIATURAS

En varios lugares de este Tratado hemos declarado ya que debe excluirse hablando de Dios todo cuanto implique corporeidad o pasibilidad, pues que toda pasión implica mudanza, y el agente que la produce ha de ser diferente del objeto afectado; y si Dios no es en manera alguna afectable, sería menester que obrase algún otro ser sobre , Él y le hiciera mudar.

Igualmente, deben excluirse hablando de Dios todas las formas de inexistencia. No cabe imaginar que puede darse en Él alguna perfección que esté presente en un momento y ausente en otro pues qué, entonces, en un instante dado Dios sería "perfecto solamente en potencia". La potencialidad implica siempre inexistencia, y cuando alguna cosa ha de pasar de potencia a realidad o acto, precisa que haya en acto alguna otra cosa que efectúe la transición. De donde se sigue que todas las perfecciones deben existir de manera actual en Dios, y que no puede ser que alguna exista meramente en potencia.

También debe negarse respecto de Dios toda semejanza con cualquiera de los seres creados. Este principio es universalmente aceptado, y aparece también en los libros de los Profetas, cuando se dice: "¿A quién me compararéis?" (ISA. XL, 25); "Nadie hay como Dios" (JER. X, 6).

En suma, precisa demostrar mediante pruebas que no se puede predicar de Dios nada que implique corporeidad, posibilidad, inexistencia, ni que haya en El algo potencial en un momento y real en otro, ni semejanza con criatura.

CAPÍTULO LVI

DE LOS ATRIBUTOS QUE SUPONEN EN DIOS EXISTENCIA, VIDA, PODER, SABIDURIA Y VOLUNTAD

Los que creen que están presentes en Dios los atributos esenciales de existencia, vida, poder, sabiduría y voluntad, han de saber que tales atributos no tienen el mismo sentido hablando de Dios que de nosotros, y que la diferencia no consiste sólo en magnitud, o en grado de perfección, estabilidad y permanencia.

No hay nada de común, en ningún sentido, entre los atributos que se predican de Dios y los que se refieren a nosotros, ni hay entre ellos otra afinidad que la de las palabras. Y siendo así, no es bien creer, a cuenta del uso que se hace de tales atributos, que en Dios haya algo sobreañadido a Su esencia, a la manera como tales atributos se añaden a nuestra esencia. Esta cuestión es de grandísima importancia para los que la comprenden. No olvides y recuerda siempre esto, si quieres estar en condiciones de entender lo que me propongo aclarar más adelante.

CAPÍTULO LVII

DE LA IDENTIDAD DE LA ESENCIA DE DIOS Y SUS ATRIBUTOS Y DE CUÁN DIFICIL ES EXPRESAR ESTAS COSAS EN PALABRAS

Sabido es que la existencia es un accidente que sobreviene a cuanto existe, y por lo tanto constituye un elemento añadido a su esencia. Así ha de ser evidentemente cuando se trate de todo aquello que debe su existir a una causa. Pero cuando se habla de un ser que no debe a causa alguna su existencia —y Dios es el único ser de esta naturaleza, pues que existe, como hemos dicho, de manera absoluta—, entonces, la existencia y la esencia son perfectamente idénticas. Dios no es una substancia a la que se le junte la existencia de manera accidental como elemento sobreañadido. Su existencia es siempre absoluta, y en Él no se da nunca elemento nuevo ni accidente. Por lo tanto, Dios existe sin poseer el atributo de la existencia.

De igual manera, Dios vive sin atributo de vida; conoce, sin atributo de conocimiento; es omnipotente, sin atributo de omnipotencia, y sabio sin atributo de sabiduría. En Él, todo se reduce a una sola y la misma entidad. No hay pluralidad en Dios, como se demostrará. Por otra parte, debemos tener en cuenta que la unidad y la pluralidad son accidentes que sobrevienen a un objeto, según que conste de uno o más elementos. Esto se explica en la metafísica. El accidente de la unidad es tan inadmisible como el de la pluralidad, tratándose de un Ser tal que posee la existencia absoluta, simple y verdadera, y en Quien es inconcebible que haya nada compuesto; esto es, la unidad de Dios no es un elemento sobreañadido a Su esencia, sino que El es uno sin poseer el atributo de la unidad. Tropezamos con grandísimas dificultades para encontrar en el lenguaje palabras apropiadas a la materia, y apenas podemos hacer otra cosa que hablar inadecuadamente. Cuando nos esforzamos por declarar que Dios no contiene pluralidad, sólo podemos decir que "El es uno", aunque **uno** y **muchos** son igualmente términos de que nos valemos para distinguir maneras de la cantidad. Lo mismo acaece cuando decimos que Dios es el Primero (KADMON), dando a entender que no ha sido creado. El término

Primero es desde luego inadecuado, pues que sólo se puede aplicar a un ser sujeto a relación de tiempo.

Todos los atributos tales como "el Primero", y "el Último" se hallan en las Escrituras como metáforas del mismo género que cuando hablamos del oído o del ojo, refiriéndonos a Dios.

Indican sencillamente que Dios no está sujeto a mudanza o innovación alguna, sin implicar que Dios pueda ser concebido por medio del tiempo. En suma, se han tomado todas estas expresiones del lenguaje común que habla el pueblo. De igual modo, empleamos la palabra "Uno", refiriéndonos a Dios, para enunciar que nada hay semejante a Él, pero sin querer decir que pueda agregar a, Su esencia un atributo tal como el de la unidad.

CAPÍTULO LVIII

DE QUE SÓLO SE PUEDEN APLICAR A DIOS ATRIBUTOS NEGATIVOS

Todavía es más recóndito y profundo este capítulo que el precedente. Has de saber que sólo los negativos son verdaderos atributos de Dios, los cuales no incluyen ninguna noción incorrecta o deficiente, de ninguna clase, con referencia a Él, mientras que los atributos positivos encierran el error de politeísmo y son inadecuados, según ya hemos dicho. Ahora es menester explicar cómo se pueden emplear de cierta manera expresiones negativas de Sus atributos y en qué se distinguen de los positivos.

Un mismo atributo puede servir para cualificar a diferentes cosas u objetos. Por ejemplo, si ves a lo lejos una cosa, y te dicen que es un ser viviente, te habrán dado a conocer un atributo del objeto que ves, y aunque no le pertenezca con carácter exclusivo, te bastará para entender que no se trata de un mineral o de una planta. Así mismo, si al preguntarte lo que hay en una casa, te responden que no es una planta ni un mineral, habrás obtenido un conocimiento especial de cierta cosa, y entendido que se trata de un ser viviente, aunque no sepas todavía el género al que pertenezca. Los atributos negativos tienen de común con los positivos la cualidad de circunscribir la extensión del objeto.

Luego de estas consideraciones, hechas a manera de introducci6n, quiero recordar que la existencia de Dios es absoluta, que no encierra composición alguna, como se demostrará, y que nosotros comprendemos solamente el hecho de Su existencia, pero no Su esencia. Por consiguiente es falsa la afirmación que sostiene que Dios posee atributos positivos.

Los atributos negativos, en cambio, son los que convienen para encaminar el pensamiento hacia las verdades que precisa creer con relación a Dios. Cuando decimos de Dios que existe, declaramos la imposibilidad de Su no existencia. Cuando Le llamamos incorpóreo, queremos decir que no se parece a los cielos, que viven, pero son materiales. Le titulamos: "el primero" para dar a entender que no procede de ninguna causa. Y así sucesivamente, merced a los atributos negativos,

entendemos que no hay ser alguno semejante a Dios y decimos que El es uno, que no hay más dioses que Dios.

Bien saben los lectores de esta obra que no podemos obtener conocimiento alguno de la esencia de los cielos, por mucho que se afane el pensamiento. Aunque sabemos que deben constar de materia y forma, empero, como la materia no es la misma que la del mundo sublunar, sólo podemos hablar de los cielos con palabra; que expresen propiedades negativas, y así, decimos que no son ligeros, ni pesados, ni pasivos e impresionables, y que no son gustables, ni olorosos, y otros atributos negativos por el estilo. Y todo ello, porque no conocemos en qué consiste su substancia. ¿Qué frutos podrían cosechar nuestros afanes cuando intentáramos conocer a un Ser que carece de substancia, que es la simplicidad misma, absoluto en Su existencia, sin causa, a Cuya perfecta esencia nada puede ser sobreañadido, y Cuya perfección consiste en la ausencia de toda clase de defectos? Nuestra capacidad de comprender y conocer se demuestra ser insuficiente en la contemplación de Su esencia; nuestro conocimiento, es ignorancia, al examinar Sus obras y la manera como necesariamente resultan de Su Voluntad; y todos los esfuerzos de nuestro discurso y palabra son flaqueza e insuficiencia cuando intentamos expresar en palabras Su belleza.

CAPÍTULO LIX

DE QUÉ NUESTRO CONOCIMIENTO DE DIOS ESTÁ FORMADO DE NEGACIONES

Alguien podrá preguntar: Puesto que no es posible obtener conocimiento de la verdadera esencia de Dios, y se ha demostrado que el hombre sólo puede aprehender de Él el hecho de que existe, siendo inadmisibles todos los atributos positivos, ¿qué diferencia hay entre los que han logrado algún conocimiento de Dios? ¿Es acaso el conocimiento que de Él tenían Moisés y Salomón, comparable al de algunos menguados filósofos? Has de saber que es asaz distinto el conocimiento de Dios de unos y otros; porque, así como cada nuevo atributo específica más y mejor al objeto conocido y nos lleva a una más cabal aprehensión del mismo, así también cada nuevo atributo negativo te hace adelantar en el conocimiento de Dios. Tú estás más cerca de Él que quien no ha denegado respecto de Dios aquellas cualidades que deben ser excluidas de Su esencia.

Claramente comprenderás ahora que cada vez que de manera probada estableces la necesidad de excluir algo, con referencia a Dios, tu reconocimiento de Él se perfecciona. En cambio, cada vez que afirmas una nueva característica positiva, te lanzas en pos de tu imaginación y te alejas del verdadero conocimiento de Dios.

Para mientes en que, cuando afirmas algo de Dios, te apartas de Él en dos respectos: Primero, porque cualquier casa que afirmes será perfección sólo con relación a nosotros, y segundo, porque El no posee nada sobreañadido a Su esencia, ya que Su esencia encierra todas las perfecciones.

Y como es bien sabido que el conocimiento divino asequible al hombre no puede ser alcanzado sino por negaciones, y que las negaciones no dan cabal idea del ser a quien se refieren, todos en las pasadas y en la presente generación, han proclamado que Dios no puede ser objeto de comprensión humana, que nadie sino El mismo comprende lo que El es, y que nuestro conocimiento se reduce a saber que somos incapaces de

comprenderle. Dicen todos los filósofos: "Nos ha abrumado con Su gracia, y nos ha ofuscado con el resplandor de Su luz", como el sol, que nuestros ojos no pueden verlo porque son demasiado débiles para soportar sus rayos. El libro de los Salmos expresa mejor la misma idea: "Para Ti el silencio es alabanza" (PS. LXV, 2).

Como cierta persona recitara plegarias en presencia de Rabbi Haniná, diciendo: "Dios, el grande, el poderoso, el terrible, el magnífico, el fuerte, el imponente," el Rabbi le replicó: "¿Has terminado todas las plegarias de tu Maestro? ¿Por qué dices tales cosas de Dios? Había una vez, un rey de una tierra, que poseía millones de monedas de oro, y para ensalzarle alguien le dijo que debía millones de monedas de plata." Así habló el piadoso Rabbi.

No podemos alabar a las personas necias que se hacen extravagantes, prolijas y locuaces en las plegarias que componen o en los himnos que escriben, en su deseo de acercarse al Creador. Describen a Dios aplicándole atributos que ofenderían a un ser humano. De tal manera creen influir a Dios y producir efectos en El. Semejante licencia es harto común entre los predicadores, cantores, y otros que se imaginan capaces de componer poemas divinos.

No es preciso que te valgas de atributos positivos de Dios, si quieres magnificarle en tus pensamientos, ni que vayas más allá de los límites que los hombres de la Gran Sinagoga establecieron en las plegarias y bendiciones, que éstos bastan y suplen a todos los propósitos, y aún son tal vez excesivos, según dijo Rabbi Haniná. Cree que la glorificación de Dios no consiste en publicar lo que debe ser callado, sino en meditar lo que debe ser meditado.

Y no quiero concluir mi exposición de esta materia, sin realzar las sabias palabras de Rabbi Haniná. No dice "a un rey, que poseía millones de piezas de oro, lo ensalzaron diciendo que poseía cientos"; la excelencia del símil consiste en las palabras: "Poseía piezas de oro, y el ensalzaban de que debía piezas de plata". Como si dijera al aplicarle atributos comparándolos a perfecciones nuestras, que no lo son referidas a Dios, le sustraemos más que le prodigamos la alabanza debida.

Ya te he dicho que todos estos atributos, por muy perfectos que te parezcan conforme a tus comunes ideas, implican defectos cuando los

referimos a Dios con el mismo sentido que cuando los referimos a nosotros. Salomón ya nos dio suficiente instrucción en la materia diciendo: "porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; sean por lo tanto escasas tus palabras" (ECCLES. V, 2).

CAPÍTULO LX

DE LA DISTINTA PROPIEDAD DE LOS ATRIBUTOS POSITIVOS Y NEGATIVOS

Te voy a poner algunos ejemplos para que mejor comprendas cuán apropiado es formar muchos atributos negativos, tantos como sea posible, para hablar de Dios, y cuan inconveniente adscribirle atributos positivos. Una persona sabe que existe cierto barco; una segunda persona, aprende que el barco no es un accidente, sino una substancia; una tercera, que no es mineral; una cuarta, que no es planta de la tierra; una quinta, que no es un cuerpo organizado, y así sucesivamente. Claro está que cada una de las personas va alcanzando, merced a los diversos atributos negativos, una noción más correcta del barco, que la anterior. Los atributos positivos no le darían un conocimiento más cabal. Cada una de las personas de nuestro ejemplo, a medida que carece del conocimiento de atributos negativos, se va alejando más de la correcta noción del barco, al punto que la primera persona apenas sabe otra cosa que el nombre. De igual manera puedes acercarte al conocimiento y comprensión de Dios por medio de atributos negativos. Mas debes poner el mayor cuidado en que lo que excluyas de Su esencia se funde en pruebas y no en meras palabras, pues cada vez que probadamente afirmes que debe ser excluida del Creador alguna de las cosas que se cree existen en Él, habrás indudablemente subido un escalón más y te habrás acercado al conocimiento de Dios.

Por el contrario es peligrosísimo aplicarle atributos positivos. Ya se ha demostrado que cuantas perfecciones podamos imaginar, aun cuando existieran en Dios, conforme al criterio de los que afirman que posee atributos, no serían del mismo género que las que nosotros imaginamos, y apenas tendrían de común el nombre. Supongamos que dices que Dios tiene conocimiento, y que ese conocimiento, que no admite cambio ni pluralidad alguna, comprende muchas cosas mudables; Su conocimiento permanece inmutable, mientras se forman constantemente nuevas cosas, y Dios tiene siempre el mismo conocimiento, sin mudanza alguna, de cada cosa, antes de que exista, mientras existe, y cuando deja de existir. Todo

ello te obligaría a declarar que Su conocimiento no es como el nuestro, y que parejamente Su existencia no es como la nuestra. De donde, creyendo afirmar, habrías excluido de Dios un atributo.

Cuantas menos cosas pueda una persona excluir en relación con Dios, tanto menos sabe de Él. El hombre que afirma un atributo de Dios, nada sabe, si no ' es el nombre; porque el objeto al cual aplica el nombre en su imaginación, no existe, es una mera invención o fantasía.

Alguien que ha oído hablar del elefante y sabe que es un animal, desea conocer su forma y naturaleza. Una persona, que está engañada o que quiere engañarle, le dice que es un animal con una pata, tres alas, habitante en lo profundo del mar, con un cuerno, transparente, con cara de hombre, dotado de palabra, que a veces vuela en el aire y a veces nada como un pez. Yo no diría que ha descrito incorrectamente al elefante, o que tiene un conocimiento insuficiente de él, sino que ha pintado una invención de su fantasía, y que nada hay semejante en la realidad. Se trata de un ser imaginario a quien se le aplica el nombre de un ser real. Pues lo mismo nos ocurre con Dios —alabado sea su nombre—, cuya existencia es absoluta y perfectamente simple. Cuando decimos que la esencia llamada "Dios" es una substancia con tales o cuales propiedades, que sirven para describirlo, aplicamos el nombre de Dios a un objeto que no existe. Ved cuáles son las consecuencias de afirmar atributos divinos.

Y en cuanto a los atributos de Dios que se hallan en el PENTATEUCO, y en los Libros de los Profetas, afirmamos que exclusivamente se emplean para trasmitirnos cierta noción de las perfecciones del Creador, o para expresar cualidades de acciones que de Él emanan.

CAPÍTULO LXI

DE LOS NOMBRES DE DIOS

Bien sabido es que los nombres de Dios que se hallan en la Escritura son derivados de Sus acciones, salvo el Tetragramaton, que consta de las letras YOD, HE, VAU y HE. Aplícase este nombre con carácter exclusivo a Dios, y por eso le llamamos SHEM HA-MEFORACH, el "nomen proprium", que es la denominación distinta y exclusiva del ser divino. Hasta el nombre ADONAY, "el Señor", que ha venido a sustituir al Tetragramaton, deriva de un apelativo: "El hombre que es señor (ADONE) de la tierra nos habló rudamente" (GEN. XLIII 30).

No se sabe a ciencia cierta de dónde pueda derivar el nombre compuesto de YOD, HE, VAU y HE, pues la palabra no tiene otra significación alguna. No ignoras que no lo pronunciaban nada más que los sacerdotes en el santuario, cuando bendecían, y el Sumo Sacerdote en el Día de la Expiación, lo que indica que este nombre declaraba, sin duda, alguna cosa peculiar a Dios y que no puede ser hallada en otro ser alguno. Posible es que en la lengua hebrea, que tan deficientemente conocemos hoy, el Tetragramaton transmitiera por la manera de pronunciarlo la idea de la existencia absoluta. Todos los demás nombres de Dios se refieren a cualidades, y no significan una substancia simple, sino con atributos que se expresan por vocablos derivados. En el PIRKE RABBI ELIEZER (chap. III) se halla el siguiente pasaje: "Antes de que fuera creado el universo, existía sólo el Todopoderoso y Su nombre". Repara en cuán a las claras el autor afirma que todos los apelativos que se emplean como nombres de Dios vinieron a la existencia después de la Creación. Así es verdaderamente; pues que hacen referencia a ciertos actos manifiestos en el universo. Empero, si te atienes a la esencia de Dios, abstraída y separada de Sus acciones, tendrás que describirla con un nombre propio, no con un apelativo, que indique exclusivamente aquella esencia. Y no se llama CHEM HA-MEFORACH a ningún otro nombre que no sea Tetragramaton, que se escribe, pero que no se pronuncia con arreglo a sus letras.

Y guárdate de compartir el error de los que escriben amuletos (KAMEOT). Todo cuanto oigas o leas en ciertas obras que especialmente tratan de los nombres que se forman por combinación, carece totalmente de sentido. Llaman a estas combinaciones CHEMOT o nombres, y creen que su pronunciación exige santificarse y purificarse y que el que se vale de ellos puede obrar milagros. Las personas razonables no deben prestar oídos a semejantes embaucadores, ni dar crédito a sus habladurías.

CAPÍTULO LXII

DE LOS NOMBRES DIVINOS COMPUESTOS DE CUATRO, DOCE Y CUARENTA Y DOS LETRAS

Se nos ordena que el nombre de Dios se pronuncie en la bendición sacerdotal como está escrito, en la forma del Tetragramaton, el CHEM HA-MEFORACH. No todo el mundo conocía la manera de pronunciarlo. Los sabios se fueron transmitiendo de unos en otros el secreto, lo que acaecía sólo una Vez cada siete años, cuando el Sabio comunicaba la pronunciación a un discípulo elegido. Esta transmisión no hace referencia sólo al sonido, sino también al significado por razón del cual se hizo del Tetragramaton el nombre propio de Dios, que sin duda contiene ciertos principios metafísicos.

Nuestros Sabios conocían además un nombre divino de doce letras, menos sagrado que el Tetragramaton. Creo que no se trataba de un sólo nombre, sino de dos o tres palabras que sumaban en conjunto doce letras, y que los sabios se valían de estas palabras para sustituir al Tetragramaton, cuántas veces lo encontraban durante su lectura y recitación de los Libros Sagrados, de la misma manera que ahora empleamos el ALEPH, DALETH, etc., esto es, el ADONAY (el Señor). Cuando las gentes sin principios vinieron a familiarizarse con el nombre de las doce letras, los Sabios ocultaron también este nombre. Ya no se pronunciaba tampoco el Tetragramaton en el santuario, a causa de la corrupción del pueblo. Hay una tradición según la cual los sacerdotes dejaron de pronunciarlo en la bendición, al morir Simeón el justo, desde cuya fecha emplearon el nombre de las doce letras.

Hay también un nombre de cuarenta y dos letras. Toda persona ilustrada sabe que no es posible que haya una palabra de cuarenta y dos letras. Se trataba de una frase compuesta de varias palabras. Las cuales sin duda transmitían una idea cabal y correcta de la esencia de Dios, en la forma que hemos dicho. La prueba de que estos dos nombres de doce y cuarenta y dos letras encerraban algún profundo significado, se deduce de la siguiente regla que establecieron nuestros Sabios: "El nombre de las cuarenta y dos letras es sacratísimo; sólo puede ser confiado al que sea

modesto, esté en la mitad de la vida, sea poco propenso a encolerizarse, suave, morigerado, y de dulce palabra. El que lo comprende, lo guarda con cautela, lo conserva puro, es amado en lo Alto, y agradable en la tierra. Respétanle sus semejantes; permanece con él su sabiduría, y goza tanto de este mundo como del venidero". ¡Cuán torpemente han errado al interpretar este pasaje muchos que creen que las cuarenta y dos letras se han de pronunciar maquinalmente, y que sólo con saber hacer esto, sin más altas interpretaciones, están aparejados para obrar grandes cosas!

Cuando los necios y los malignos leyeron el citado pasaje del TALMUD, entendieron que venía en apoyo de sus falsas pretensiones de que podían obrar milagros mediante algunas arbitrarias combinaciones de letras, escritas o recitadas de cierta manera. Tales falacias, inventadas al principio por gentes necias, vinieron a caer en manos de personas ignorantes, buenas, pero de flaco entendimiento, incapaces de distinguir entre la verdad y el error, las cuales hicieron de estos CHEMOT materia de secreto. Pero volvamos a nuestro tema. Habiendo demostrado que todos los nombres de Dios son apelativos, salvo el Tetragramaton, vamos a considerar ahora en capítulo aparte el sentido de la frase EHYEH ACHER EHYEH. "Yo soy el que soy", (EX. III, 14) pues que guarda relación con el arduo problema de que aquí nos ocupamos, es a saber, de la inadmisibilidad de los atributos divinos.

CAPÍTULO LXIII

DE LOS NOMBRES DE DIOS EHYEH, YAH, CHADDAY, HASIN, SUR

Antes de entrar al tema de este capítulo, meditaremos acerca de las palabras de Moisés: "Y si ellos me preguntaren, ¿cuál es Su nombre?, ¿qué les responderé?" (EX. III, 13). ¿Hasta qué punto era propio que Moisés anticipara tal pregunta y se preocupara de encontrarle respuesta? Moisés estaba en lo cierto al declarar: "He aquí que ellos no me creerán, porque me dirán: ¿No se te ha aparecido el Señor?" (EX. IV, 1); porque cualquiera que pretenda alcanzar la autoridad profética, debe esperar que se le formule tal objeción, mientras no haya dado prueba de su misión.

Bien sabes cuán difundidas estaban en aquellos días las opiniones de los Sabeos; todos los hombres, salvo muy pocos, eran idólatras y creían en los espíritus (de los astros), y en la facultad que el hombre tenía de dominar los influjos de los cuerpos celestes, y en los efectos de los talismanes. Todos cuantos pretendían cierta autoridad, la basaban entonces, como Abraham, en haberse convencido, mediante razonamientos o pruebas, de la existencia de un Ser que gobierna el universo todo, o en que les había sido otorgado cierto poder espiritual, merced a una estrella, a un ángel o a un intermediario por el estilo; pero nadie fundaba sus pretensiones de autoridad en la profecía, esto es, en que Dios le hubiera hablado para confiarle una misión. Hasta los días de Moisés, nadie había hecho jamás afirmación semejante.

Abraham, Isaac o Jacob, o cualquier otra persona anterior, no decía al pueblo: "Dios me ha dicho", o "Dio me ha enviado". Antes bien, Dios no les hablaba de nada que no les concerniera especialmente. Les comunicaba cosas que atañían a su propia perfección, les conducía con vistas a lo que debían hacer, y les predecía la suerte que había de tener su estirpe.

Cuando Dios se apareció a nuestro Maestro Moisés y le ordenó que dirigiera al pueblo y le llevara un mensaje, Moisés replicó que primero tendría que demostrar la existencia de Dios en el universo, y que sólo entonces les anunciaría que Dios le había enviado. Porque casi todos los

hombres ignoraban que existiera Dios, y no podían emanciparse de lo sensible, sin haber alcanzado perfección alguna intelectiva. Entonces, Dios enseñó a Moisés cómo había de comunicar y afianzar entre ellos la creencia en que Dios existe, diciéndoles, "EHYEH ACHER EHYEH", yo soy el que soy", expresión de la idea de la existencia de Dios, mas no en el sentido vulgar de la palabra, sino significando que El es el Ser que existe con existencia absoluta. La prueba que Moisés había de dar consistía en demostrar que hay un Ser de existencia absoluta, que nunca ha carecido ni carecerá de existencia. Lo cual probaré en el Libro II, Introducción, proposición 20, y en el capítulo I.

De tal suerte Dios manifestó a Moisés las pruebas por medio de los cuales puede establecerse sólidamente Su existencia, entre los sabios de Su pueblo. Con ello, Dios le dio el signo de la profecía. La pregunta "qué es Su nombre", quiere decir "quién es el ser que te ha enviado, según tú crees". La oración "qué es Su nombre", y no "quién es El", se emplea a manera de alabanza u homenaje, pues que había sido dicho, "nadie puede ignorar Tu esencia y Tu existencia real". Moisés consideraba empero inadecuado decir a Dios que había alguna persona ignorante de que existiera, y por eso decía que los israelitas ignoraban el nombre de Dios, no que le desconocían a Él.

El nombre YAH también significa existencia: eterna. CHADDAY, deriva de DAY, bastante: "Y ellos tenían bastante para la obra" (EX. XXXVI, 7), de donde CHADDAY significa "el que se basta", el que no ha menester de otro ser alguno para traer a la existencia lo que ha creado o para conservarlo, que para esto basta con Su propia existencia. Así también el nombre HASIN significa "fortaleza": "Y El tenía la fortaleza de los robles" (AMOS II, 9). Lo mismo acaece con la palabra SUR, roca, que ya hemos explicado en el capítulo XVI.

Queda claramente probado que todos los nombres de Dios son apelativos, o que se aplican a Dios por vía de homonimia, como SUR, "roca"; y otros, con la sola excepción del Tetragramaton, el **nomen proprium** de Dios, que no declara ningún atributo suyo, ni encierra idea otra alguna que la de Su existencia. La absoluta existencia incluye la idea de eternidad; esto es, de la necesidad del existir. Repara bien en las consecuencias a que hemos llegado en el presente capítulo.

CAPÍTULO LXIV

DE LAS PALABRAS ***CHEM*** *"NOMBRE" y* ***CABOD*** "GLORIA DE DIOS"

Has de saber que la expresión "el nombre de Dios" se emplea en algunos lugares de la Escritura para significar solamente el nombre, como cuando se dice: "No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano" (EX. XX, 7). En otros ejemplos quiere decir la esencia y realidad de Dios mismo. A veces, las frases "el nombre de Dios", "la palabra de Dios": y "el mandato de Dios", tienen el mismo significado. De ello hablaré ampliamente al tratar de la homonimia de la palabra ángel (Libro II, caps. VI y XXXIV).

Lo mismo acaece con la gloria del Señor". Unas veces significa la luz material que Dios hace reposar en cierto lugar para distinguirlo; otras, la esencia y realidad de Dios, como en las palabras de Moisés, "muéstrame tu gloria" (EX. XXXIII, 18), a las que le fue respondido, "porque ningún hombre me verá y vivirá" (IB. XXX). A veces el término "gloria" significa que el hombre o algún otro ser ensalza al Señor. La verdadera alabanza del Señor consiste en percatarse de Su grandeza, y el que comprende Su perfección y majestad Le glorifica, conforme a su capacidad, con esta diferencia, que sólo el hombre ensalza a Dios en palabras que expresan lo que llenó su pensamiento o lo que deseó comunicar a otros. Las cosas que no están dotadas de entendimiento, pueden también glorificar al Señor en cuanto que sus propiedades naturales dan testimonio de la omnipotencia y sabiduría del Creador. Por eso se dice: "Todos mis huesos, dirán, Señor, ¿quién hay como Tú?" (PS. XXXV, 10); porque la meditación en las propiedades de los huesos nos lleva al descubrimiento de aquella verdad. En igual sentido se dice, "la tierra está llena de Tu alabanza" (HAB. III, 3).

CAPÍTULO LXV

DE CÓMO DEBE ENTENDERSE LA FRASE "DIOS HABLÓ"

Luego de haber comprendido que Dios existe sin el atributo de existencia, y que es Uno, sin atributo de unidad, no creo que haya menester explicarte la inadmisibilidad del atributo de hablar con referencia a Dios, y más aún cuando sabemos que el pueblo creía que la Ley, la palabra atribuida a Dios, había sido creada.

Como hemos de hablar de ello al tratar de la profecía, sólo diremos aquí que se dice que Dios habla, de la misma manera que se Le atribuyen otras acciones, por semejanza a las nuestras. Este capítulo se propone declarar que las palabras "hablar" y "decir" son términos sinónimos, para significar "lenguaje", "pensamiento", y "voluntad", como cuando se dice: "Y yo dije en mi corazón" (ECLES. II, 15).

Ambas palabras, cuando aplicadas a Dios, sólo pueden tener las dos últimas acepciones, o que El desea, o que piensa, ya sea que el pensamiento divino se manifieste al hombre por medio de una voz efectiva, ya merced a las diversas especies de inspiración que explicaremos en el Libro II, cap. 38. Mas no hemos de suponer que Dios se vale para hablar de voz o sonido, ni que tenga un alma donde residen Sus pensamientos, ni que éstos sean sobreañadidos a Su esencia; sino que nosotros Le atribuirnos pensamientos, por la misma manera como le asignamos toda otra suerte de atributos.

Las palabras "y El dijo", que se hallan en el relato de la Creación, significan "El deseó", o "El quiso". Esto ha sido afirmado por otros autores. La frase "Dios dijo", en el primer capítulo del GENESIS debe ser tomada en sentido figurado, y las expresiones "Su boca" y "el hálito de Su boca" que se hallan en el Salmo XXXIII, 6: "Los cielos fueron hechos por la palabra de Dios, y las cohortes de los cielos por el hálito de Su boca", son sin duda expresiones figuradas, como cuando se dice "Su palabra" o "Su lenguaje", siendo el sentido de este verso que "los cielos y sus cohortes existen por gracia de la voluntad y deseo de Dios".

CAPÍTULO LXVI

DE CÓMO DEBE ENTENDERSE LA PALABRA "ESCRITURA" DE DIOS

"Y las tablas eran obra de Dios" (EX. XXXII, 16), esto es, obra de la naturaleza y no del arte, pues a todas la, cosas naturales se les llama "la obra de Dios", como cuando se dice: "Ellos han visto las obras del Señor y Sus maravillas" (PS. CVII, 2,4).

Todavía se expresa más bellamente la relación entre Dios y Sus criaturas en la frase, "los cedros del Líbano que El ha plantado" (PS. CIV, 16); pues que siendo los cedros productos de la naturaleza, y no del arte, se les describe como habiendo sido plantados por el Señor.

Esto te ha de enseñar que en la Biblia se habla figuradamente de la Creación, empleando las expresiones, "palabra" y "lenguaje". Lo mismo se declara en otro pasaje, donde se dice "escrito por el dedo de Dios", dando a entender qué ha sido escrito por Su voluntad y deseo. Bien sabes lo que dice el MICHNA, "diez cosas fueron creadas en viernes, en el crepúsculo del atardecer, y "la Escritura es una de ellas". Lo cual muestra cuán general era entre nuestros padres la creencia de que la Escritura de las Tablas había sido producida de la misma manera que el resto de la Creación, según hemos demostrado en nuestro comentario del MICHNA (ABOTH, V, 6).

CAPÍTULO LXVII

DE LO QUE DEBE ENTENDERSE POR "DESCANSO" Y "REPOSO" DE DIOS

Así como se ha empleado fíguradamente el verbo "hablar", en el relato de cómo creó las cosas en los "seis días del principio", así también debe entenderse figuradamente la palabra "descansar", cuando se le aplica a Dios en el día del SABBATH, en que no hubo Creación: "Y El descansó en el séptimo día" (GEN. II, 2).

Nuestros Sabios y algunos de los Comentaristas, sin embargo, tomaron la palabra NUA en el sentido de descansar, pero en forma transitiva, explicando la frase de tal manera: "Y El dio reposo al mundo en el séptimo día", como si dijera, "en aquél día no tuvo lugar ningún nuevo acto de creación".

Es posible que la palabra tenga otra etimología, y que quiera decir: "El estableció", o "El gobernó" el universo conforme a las propiedades que éste poseía en el séptimo día; esto es, mientras que en cada uno de los seis días tuvieron lugar acontecimientos fuera de las leyes naturales que ahora actúan en el universo, en el séptimo día, todo se sostuvo y quedó en la condición en que continúa existiendo.

CAPÍTULO LXVIII

POR QUÉ SE DICE QUE EN DIOS "LA INTELIGENCIA", "EL INTELIGENTE" Y "LO INTELIGIBLE" SON UNO Y LO MISMO

Conoces bien el célebre principio de los filósofos según el cual Dios es **la inteligencia**, **el ser inteligente**, y **el ser inteligible.** Los tres son en Dios uno y lo mismo, y no constituyen en manera alguna pluralidad. En nuestra mayor obra, MICHNE TORA, hemos hablado de ello por extenso, declarando que en nuestra religión hay un principio fundamental según el cual "Dios es uno absolutamente", y no hay nada que se mezcle a Él, esto es, no hay nada eterno fuera de Él. Por eso decimos HAZ ADONAY, "vive Dios" (RUTH, III, 13), y no HE ADONAY "la vida del Señor", porque Su vida no es algo distinto de Su esencia, según hemos explicado al tratar de que son inadmisibles los atributos en Dios.

La materia que estudiamos parecerá dificultosa aun a los que se tienen por sabios y creen que el pensamiento humano incapaz de abarcarlo, no obstante haber sido demostrada en la metafísica. Intentaré explicarle cómo.

Antes de aprehender una cosa, se dice qué, el hombre la comprende en potencia (DYNAMEY); empero, cuando la ha aprehendido, abstrayendo la forma de la substancia y reproduciendo la forma abstraída, se dice que la operación de la inteligencia se ha traducido en realidad o en acto (ENERGEIA); y la inteligencia misma que el hombre ha adquirido en acto, es la forma abstracta de la cosa entendida, en el pensamiento del hombre. Y en este caso, la inteligencia no es cosa diferente de la cosa comprendida.

Toda inteligencia es idéntica a su operación; la inteligencia en acto, no se diferencia del acto mismo, pues la verdadera naturaleza y esencia del entendimiento es aprehender, y no has de pensar que la inteligencia en acto sea una cosa que exista por sí misma, desligada de la aprehensión, siendo ésta a su vez algo distinto y relacionado con la inteligencia. Puedes aceptar como cosa probada que la inteligencia consiste en su propio acto u operación, que es también su naturaleza y esencia. Por tanto, la

inteligencia, el que entiende, y lo inteligible o cosa aprehendida son lo mismo, cuando quiera que tiene lugar una aprehensión verdadera.

Pero menester es que distingamos dos cosas, al hablar de la facultad de aprehender: la facultad misma, y la cosa que puede ser aprehendida. Por ejemplo, la inteligencia hílica (o en potencia) de Zaid, es la facultad de aprehender, y el árbol es, a su vez, una cosa capaz de ser aprehendida. Ambos son sin duda dos cosas diferentes. Empero, cuando lo poten-cial se convierte en actual, y cuando la forma del árbol ha sido verdaderamente aprehendida por la inteligencia, la forma es la inteligencia misma, la inteligencia en acto, la cual ha convertido al árbol en idea abstracta y lo ha aprehendido.

Pero la facultad de aprehensión y el objeto capaz de ser aprehendido (en cuanto están en potencia) son dos cosas diferentes. Ahora bien, lo que sólo existe en potencia, no puede ser imaginado sin que exista un sujeto que posea la facultad de aprehender, sea por ejemplo un hombre. Y así tenemos tres cosas: La facultad misma, el objeto que se presenta como aprehensible, y el ser que posee la facultad de aprehender. En el ejemplo anterior serían la inteligencia hílica, la forma abstracta del árbol, y el hombre Zaid. Empero, los tres se convierten en una y la misma cosa cuando la inteligencia es actual, y nunca encontrarás que la inteligencia sea cosa diferente del objeto aprehendido, como no sea cuando se toman una y otro en potencia, no en acto.

Ahora bien, es cosa probada que Dios es una inteligencia siempre en acto, y que en El no hay nada que exista en potencia; que Él no aprehende en un momento dado, y carece de aprehensión en otro, sino que su operación intelectiva es constante. Por consiguiente, Dios y las cosas que pienso son vino y lo mismo, es decir, son Su esencia; y el acto de pensar, por razón del cual se dice que Dios aprehende, es 1a inteligencia misma, es lo mismo que Su esencia. De donde se deduce que Dios es siempre la inteligencia, el inteligente y lo inteligible.

Nos hemos dilatado en la exposición de esta idea, durante el presente capítulo, en gracia a su misma oscuridad y abstrusión. No temo que el lector confunda la aprehensión intelectiva con la facultad representativa que reproduce la imagen material de un objeto en nuestra imaginación, y no lo temo porque esta obra se dirige a los que ya han

estudiado filosofía y conocen lo que se ha escrito acerca del alma y, de sus facultades.

CAPÍTULO LXIX

DE LA CAUSA PRIMERA

Los filósofos, como sabes, llaman a Dios "La Causa Primera", en hebreo ILLA y SIBBA; pero los llamados MOTACALIMES evitan aplicarle semejante nombre, y Le titulan "el Agente".

Y la razón de que los filósofos llamen a Dios la Causa, y no el Agente, no hay que buscarla en la creencia que ellos tienen que el Universo es eterno, sino en otros motivos que brevemente te explicaré. En seña la Física que, salvo la Causa primera, todo procede de las siguientes cuatro maneras de causas: La substancia, la forma, el agente y la causa final o designio. Dios es en Sí mismo agente, forma y fin, y por eso le llaman la Causa, expresando que Dios une en sí mismo estas tres causas del universo.

No es menester que te conturbes ahora preguntándote si el universo ha sido creado por Dios, o si, como pretenden los filósofos, es eterno y coexistente con El. En las páginas de este tratado hallarás asaz información sobre la materia, pero en este lugar sólo pretendo mostrarte que Dios es la "Causa" de cuantos acontecimientos ocurren en el mundo, al igual que es el Creador del universo todo, tal como existe. Veamos de qué manera:

Cada cosa hecha ha de tener un agente, el cual tiene también su agente, y así, de manera sucesiva, hasta remontarse al primero, que es también el verdadero agente universal que mueve a todos los eslabones intermediarios de la cadena. En tal sentido se adscribe al Creador cuanto acaece en el universo, aún cuando haya sido producido directamente por una causa próxima. Dios es el Agente, y por tanto, la causa última de todo.

Vemos también, tras cuidadoso examen, que toda forma física y perecedera tiene que haber ido precedida de otra forma semejante, merced a la cual la substancia se hace apta para recibir la forma inmediata. Pero la forma anterior ha ido precedida de otra, y así sucesivamente, remontándonos de una en otra, llegaremos finalmente a aquella forma necesaria para la existencia de todas las formas intermedias, que son

causas próximas de la forma actual. Dios es aquella Forma a que se remontan y refieren todas las existencias. Todo cuanto hay en el mundo está dotado de una forma, desaparecida la cual, la cosa se disgrega y termina. Pues lo mismo puede decirse de Dios con referencia a todas las causas remotas de todos los seres; todas las cosas existen merced a la existencia de Dios que las mantiene en su ser por el proceso que llamamos **emanación o influjo,** que será declarado en otro capítulo de la presente obra. Si no existiera Dios, suponiendo que esto fuera posible no existiría el universo, y todas las causas remotas dejarían de ser y no habría ni efectos finales, ni causas intermedias. Es por razón de esto por lo que a Dios se le llama en el lenguaje sagrado HE HA-OLAMIN, "la vida del universo".

El mismo argumento es válido respecto de las causas finales o designios Si atribuís cierto propósito a una cosa, habéis de buscar el propósito del propósito, hasta llegar al propósito final, que es ejecutar la voluntad de Dios, el decreto de Su sabiduría. El designio final de todo ha de ser: "Ha sido decretado por la sabiduría de Dios". Dios es la aspiración de todo cuanto llega a ser, lo cual anhela, según sus facultades, asemejarse a Dios, en la perfección. Tal es el sentido de la frase: "Su voluntad es idéntica a Su esencia". Por eso se llama a Dios el "fin de todos los fines".

Te, he explicado en qué sentido se dice que Dios es el Agente, la Forma y el Fin. Tal, es también la razón de que los filósofos no le llamen sólo "el Creador", sino también "la Causa". Algunos de los sabios motacálimes, teólogos musulmanes, llevaron su locura y vanidad hasta el extremo de decir que, si pudiera dejar de existir el Creador, ello no implicaría necesariamente la inexistencia de Sus creaciones, es decir del universo. Porque la obra no desaparece necesariamente cuando desaparece el obrero, luego de haberla producido. Estarían en lo justo si Dios sólo fuera Creador del Universo, y si la existencia de este no dependiera permanentemente de Aquél. El taller no desaparece porque muera el carpintero, porque éste no da permanentemente la existencia a su obra. Empero Dios es en Sí mismo la forma del universo, según hemos declarado, y es Él quien lo hace continuamente existir y permanecer. Ahora te percatarás de cuán grande es el error en que han incurrido los que afirmaron que Dios es sólo Agente, pero no Forma y Designio del Universo.

CAPÍTULO LXX

DEL VERBO RACAB, "CABALGAR", APLICADO A DIOS

El término RACAB se aplica originalmente al hombre que cabalga un animal, como cuando se dice: "Ahora él cabalgaba sobre su asno" (NUM. XXII, 22). Se ha usado en sentido figurado para significar "señorío" sobre una cosa, porque el jinete manda y gobierna al animal sobre el cual cabalga: "Y le hizo cabalgar sobre los altos lugares de la tierra" (DEUT. XXII, 13). En este sentido se dice que Dios "cabalga sobre los cielos, en tu ayuda" (DEUT. XXIII, 26), esto es, que gobierna los cielos; y que "E1 cabalga sobre el ARABOT" (PS. LXVIII, 4), como si dijera: El gobierna el ARABOT, o esfera superior que encierra el universo.

Repara en que dice "cabalga sobre" y no "cabalga o reside en", pues la última expresión indicaría que Dios ocupa lugar o es un poder que reside en la esfera, como creían los Sabeos que sostenían ser Dios del alma de la esfera. Has de saber también que el término "cabalgar sobre los cielos" se aplica figuradamente a Dios, en el sentido de que el jinete es mejor y más excelente que la cabalgadura. Es el jinete quien mueve y dirige al animal, a su gusto; y la cabalgadura es como un instrumento, separado y distinto del jinete. De igual manera, la esfera suprema o ARABOT, que con su rotación mueve el universo, es a su vez movida por Dios, el cual permanece independiente de la esfera y no es una fuerza inherente a ella.

Medita y aprende la manera como los Sabios describen la relación de Dios con la esfera, afirmando que la última es Su instrumento por medio del cual rige al universo. Hallarás la prueba de lo que digo en las siguientes sentencias de nuestros Sabios "el ARABOT en el cual están la justicia, la caridad, la rectitud, los tesoros de la vida y de la paz, de las bendiciones, de las almas de los justos, de las almas y espíritus de los que nacieron, y del rocío por el cual Dios revivirá a los muertos en el día futuro". No hay que decir que las cosas que aquí se enumeran no son materiales ni ocupan lugar, pues la palabra rocío no debe tomarse al pie de

la letra. Repara también en que dice "en el cual", y no "sobre el cual", como si dijera que todas las cosas que existen en el universo sacan su existencia de las fuerzas que emanan del ARABOT, hecho por Dios para que fuera el origen y el asiento de tales fuerzas y poderes.

Repara también en que se habla de las almas de los justos y de los espíritus de los que no han nacido. Sublime idea para quien la comprende; porque el alma que permanece después de muerto el hombre, no es la que vive en el hombre cuando nace. Esta última es una mera facultad o germen, mientras que el alma que vive su existencia separada después de la muerte, es ya una realidad. Se dice también que el alma y el espíritu del hombre son dos cosas diferentes durante la vida, y por eso se menciona a ambos; pero sólo uno existe, cuando se han separado del cuerpo. Ya hemos explicado la homonimia de RUA, el espíritu, lo cual expusimos también al fin del SEFER HA MADDA (MICHNE TORA HIL. TECHUBA, VIII, 3-4)

Considera cuán excelentes y verdaderas son estas ideas que aparecen diseminadas en el MIDRACHIM, las cuales sólo los mayores filósofos las entendieron.

Pero vuelvo a la materia que comencé a explicar para llegar a la conclusión, Nuestros sabios comenzaron a sacar sus pruebas de que las cosas antes enumeradas radican en el ARABOT, porque así lo hallaron en las Escrituras. En el PIRKE RABBI ELIEZER se dice: "Dios creó siete cielos, y de entre ellos eligió el ARABOT para su trono, por eso se dice, ensalza al que cabalga sobre el ARABOT". Estas son palabras de RABBI ELIEZER.

Digo todas estas cosas, con el propósito de mostrar que la frase "el que cabalga sobre los cielos" quiere decir el que pone en movimiento la esfera que todo lo encierra, y lo hace girar con el poder de Su voluntad. Y mediante el movimiento de la esfera suprema, muévense todas las demás esferas, participando en el movimiento del conjunto, siendo aquella la gran fuerza que mueve todas las cosas. Guarda constantemente esto en la memoria cuando estudies lo que voy a decirte, porque el movimiento de la esfera suprema la más grande prueba de la existencia de Dios.

CAPÍTULO LXXI

*DE DÓNDE VINO EL **KALAM**, O "TEOLOGÍA RACIONAL"*

Sabrás que nuestros padres cultivaron antaño las múltiples ramas de la ciencia que se refieren a la correcta solución de estos problemas; pero que, con el andar del tiempo, las descuidaron, sobre todo por efecto de la tiranía que naciones bárbaras ejercieron sobre nosotros. Además, según ya hemos dicho, las altas especulaciones no se ponían al alcance del vulgo, siendo únicamente las Escrituras accesibles a todos. Ni siquiera la ley tradicional, bien lo sabes, se confió en otro tiempo a la escritura, conforme al principio generalmente profesado en nuestra nación de que "las cosas que te he comunicado de palabra no debes comunicarlas a otros por escrito". Era natural que se autorizara a que una porción de los "secretos de la ley" fuesen escritos y divulgados para uso del común de los hombres. Estos secretos se comunicaban antes oralmente, entre los elegidos. La consecuencia natural de esta costumbre había de ser que nuestra nación perdiera la ciencia de tan importantes disciplinas. En el TALMUD y en el MIDRACHIM apenas se encuentran ahora otra cosa que alusiones, y escasas referencias, como menudas almendrillas en dura y grandísima cáscara, de suerte que el lector, atareado con la cáscara, olvida a menudo la almendra que lleva dentro.

Como si esto fuera poco, los Geonimes y los Caraítas, en las no muchas obras que escribieron acerca de la unidad de Dios, siguieron las huellas de los Motacálimes, mahometanos, que escribieron mucho más acerca de ello que nuestros congéneres. Acaeció también que en la época en que 1os musulmanes adoptaron el método del Calam, suscitóse entre ellos una secta llamada de los Mutazilá, esto es, los Separatistas. Nuestros eruditos siguieron en parte la teoría y el método de estos Mutazilá. Aunque apareció entre los musulmanes más tarde la otra secta de los Acha-ariyá, sus opiniones no parece que hayan sido recogidas en las obras de nuestros escritores. En cambio, nuestros Sabios de Andalucía siguieron las enseñanzas de los filósofos, de los que tomaron todo aquello que no se oponía a los principios de la religión. Echarás de ver que los andaluces no

adoptaron ninguno de los métodos de los Motacálimes, y en muchos respectos se acercan a las opiniones expresadas en el presente Tratado, como puede comprobarse en las obras que recientemente escribieron algunos autores de aquella escuela.

Has de saber también que todo cuanto los Mutazilá y los Acha-ariya dicen acerca de estas cosas, se funda en meras teorías que sacaron de las obras de los sabios griegos y sirios, los cuales intentaron contradecir el sistema de los filósofos y refutar sus argumentos. Cuando la Iglesia cristiana recibió en su seno a griegos y sirios y promulgó sus conocidos dogmas, eran corrientes entre los gentiles las doctrinas de los filósofos. La filosofía prosperaba, pero los reyes propugnaron la fe cristiana. Los eruditos griegos y sirios de la cristiandad, viendo que sus dogmas estaban expuestos a recibir severos ataques por parte de los sistemas filosóficos en boga, echaron los fundamentos de esta ciencia teológica o Dogmatica, comenzando por establecer ciertas proposiciones que sirvieran de apoyo a sus doctrinas y permitiesen refutar los principios contrarios a los fundamentales de la religión cristiana. Cuando los musulmanes hicieron traducir al árabe los escritos de los filósofos, venían estas obras acompañadas de aquellas críticas. Seleccionaron los árabes, además, de entre las opiniones de los antiguos filósofos, todo cuanto servía a sus fines, a pesar de que ulteriores indagaciones han demostrado la falsedad de ciertas teorías como la de los átomos y el vacío; pero ellos creían que aquellos autores contenían proposiciones útiles para la defensa de la religión positiva. Desenvolviéronse todavía más aquellas teorías en época posterior, y presentaron aspectos desconocidos para los teólogos de los griegos y de las otras naciones que heredaron inmediatamente las doctrinas de los filósofos. Luego, andando el tiempo, los musulmanes adoptaron ciertas peculiares doctrinas teológicas y tuvieron que defenderlas, y cuando las nuevas teorías fueron objeto de controversia entre ellos, cada partido estableció las proposiciones que se acomodaran a su especial doctrina.

Sin duda sus argumentos encierran ciertos principios que interesan a las tres comunidades de judíos, cristianos y musulmanes, tales como la CREATIO EX NIHILO, que ofrece fundamento en qué apoyar la creencia en los milagros y otras diversas doctrinas. Cristianos y musulmanes

emprendieron también la defensa de sus particulares creencias, tales como la Trinidad de los unos y la Palabra de los otros, y para probar sus dogmas hubieron de recurrir a ciertas hipótesis, No nos proponernos criticar ahora las obras que, se escribieron en interés exclusivo de una u otra comunidad. Sostenemos únicamente que los primeros teólogos, ora cristianos griegos, ora mahometanos, establecieron sus proposiciones sin indagar las propiedades verdaderas de las cosas; antes bien, se preocuparon de que las propiedades de las cosas les suministraran pruebas en pro o en contra de una u otra creencia. Pienso que Temistio tenía razón al decir que no se puede adaptar las propiedades de las cosas a nuestras creencias, sino que son nuestras creencias las que deben adaptarse a la realidad del ser.

Habiendo estudiado las obras de los Motacálimes y los escritos de los filósofos, hallo que el método de los primeros consiste en afirmar que la forma rectamente existente de las cosas nada prueba, porque no es más que una de las diversas fases de los seres, siendo igualmente admisible para nuestro pensamiento la fase contraria. Estos teólogos se dejaban en muchos casos llevar de su imaginación, creyendo que seguían los dictados del entendimiento. Establecieron sus proposiciones, que luego te declararé, y demostraron a su manera, que el universo tuvo principio. Una vez establecida así la creencia en la "creatio ex nihilo", afirmaron como lógica consecuencia que había de haber un Hacedor del universo. Enseguida, explicaron que este Hacedor es Uno, y de Su unidad dedujeron Su incorporeidad. Todos, los Motacálimes musulmanes adoptaron este método, para discutir la materia que nos ocupa, imitándolos aquellos de nuestros correligionarios que siguieron sus huellas.

He examinado el método de los motacálimes, y lo he hallado muy discutible. Creo que debe ser rechazado, porque todas las pruebas de la Creación tienen sus puntos flacos y sólo pueden convencer a los que no saben distinguir entre una prueba, un argumento dialéctico y un sofisma. Todas las pruebas de la Creación son discutibles, porque se basan en proposiciones que nunca fueron demostradas. A mi juicio, lo más que pueden hacer los creyentes en la verdad de la revelación es exponer las fallas que se advierten en las pruebas de los filósofos, los cuales sostienen que el universo es eterno, y no haría poco quien esto hiciera. Porque para todo pensador correcto y claro que no quiera engañarse, es evidente que la

cuestión de si el universo ha sido creado o es eterno no puede ser aclarada matemáticamente. Aquí debe hacer alto el entendimiento humano. Los filósofos, por su parte, hace tres mil años que; andan divididos, según lo que hemos podido averiguar en sus obras y en los recuerdos que de ellos nos quedaron.

Siendo improbada la teoría de la Creación ¿podemos emplearla como si fuera un axioma, y establecer sobre ella la existencia, del Creador? Entonces, la existencia de Dios quedaría en la incertidumbre. Si el universo tiene un principio, Dios existe; pero si el universo es eterno, Dios no existe; de donde la existencia de Dios permanecería en entredicho, so pena de vernos obligados a declarar que está demostrada la creación, forzando a los demás a que acepten esta doctrina, para que nosotros podamos darnos el gusto de proclamar que hemos demostrado la existencia de Dios. Me parece totalmente inadmisible el procedimiento.

Mi método, en términos generales, consiste en lo siguiente: El universo o es eterno o ha tenido principio; si ha tenido principio, debe necesariamente existir un ser que sea la causa del principio; esto es evidente para el sentido común; porque 1o que ha tenido principio no puede ser la causa de su empezar, y hay que buscar otra causa. El universo fue, pues, en esto caso, creado por Dios. Si, por el contrario, el universo fuera eterno, se podría por varios caminos demostrar que, independiente de las cosas que constituyen el universo, hay un ser que no es ni cuerpo, ni energía en un cuerpo, y que es uno, eterno, inmutable, no procediendo de causa alguna. Este ser es Dios. Advierte que las pruebas de la Existencia, la Unidad y la Incorporeidad de Dios deberán ser diferentes, según sean las proposiciones que admitamos. Sólo así podemos obtener una prueba perfecta, ora afirmemos la eternidad, ora la creación del universo. Por eso hallarás en mis obras sobre el TALMUD que cuando tengo que hablar de los principios fundamentales de nuestra religión, o probar la existencia de Dios, me valgo de argumentos que implican la eternidad del universo. Yo no creo en semejante eternidad, pero he querido fundamentar el principio de la existencia de Dios en una prueba indiscutible, y no quisiera ver que este importantísimo principio reposa sobre cimientos que pueden ser sacudidos y arruinados, o que a otros puedan parecer endebles. Tanto más cuanto que advierto que los filósofos apoyan sus pruebas en las propiedades visibles de las cosas, que solo ciertas personas poseídas de

nociones prejuzgadas pueden ignorar, mientras que los teólogos Motacálimes establecen sus argumentos en proposiciones tan contrarias al verdadero modo de ser de las cosas que, de aceptarlas, habríamos de negar la existencia de las leyes de la naturaleza.

No me pidas en esta obra que demuestro las proposiciones de los filósofos, pues forman la parte principal de la Física y de la Metafísica. Ni esperes tampoco que replica los argumentos con que los Motacálimes sostienen sus proposiciones, en lo que malbaratan su tiempo; y aun darían tema para que las generaciones futuras malbarataran el suyo, sobre lo cual se han escrito muchísimos libros.

Ya he dicho que no existe nada más que Dios y el universo, y que no hay otra prueba de Su existencia que el universo en su integridad y en sus diversas partes. Por consiguiente hemos de examinar el universo como es, deriva las proposiciones de las propiedades universales que claramente percibamos y que nos permitan conocer su forma visible y su naturaleza. Solo entonces hallaremos en el universo pruebas evidentes de la existencia de un Ser que no está comprendido en él. En sucesivos capítulos trataré de las proporciones de los Motacálimes, describiendo el método con que explican los cuatro principios fundamentales. En los que vengan después me propongo desarrollar las proposiciones de los filósofos y los métodos de que se valen para comprobar sus principios. Y el último término, te explicaré el método que yo empleo para demostrar aquellos cuatro principios, en la forma que te he dicho. Los cuatro principios son, la creación, la existencia de Dios, su Unicidad y Su incorporeidad.

CAPÍTULO LXXII

DE LA ANALOGÍA DEL UNIVERSO Y EL HOMBRE

Has de saber que este universo, en su integridad, no es sino un ser individual. La suprema esfera celeste, juntamente con cuanto ella encierra es sin disputa un individuo de la misma condición que Zaid u Omar. La variedad de sus substancias es como la variedad de substancias del cuerpo humano. Así como se dice que Zaid es un individuo compuesto de carne, huesos, tendones, humores diversos y elementos espirituales, así también la esfera, en su totalidad está formada de orbes celestiales, los cuatro elementos y sus combinaciones, y no hay vacío en ella, sino que todo espacio está lleno de materia. La tierra ocupa el centro, rodeada de agua, él agua está circundada por el aire, el fuego envuelve al aire y a su vez es envuelto por la quinta esencia. Estas substancias forman numerosas esferas, compenetradas unas en otras, sin que haya espacio intermedio ni vacío. Todas las esferas circulan con uniformidad constante, cada cual según su naturaleza. Empero comparadas unas con otras, unas son más veloces y otras más lentas. La suprema esfera, que todo lo encierra en sí, se mueve con la mayor celeridad y arrastra a las demás en su movimiento, pues las demás cosas están respecto de ella en la misma relación que la de, las partes al todo.

Los cuerpos esféricos tienen su propia vida, poseen un alma por virtud de la cual se mueven espontáneamente, y en sus perpetuos giros no experimentan otro cambio que el de su posición en el espacio. La constante revolución del quinto elemento, con todo cuanto en sí encierra, arrastra a los cuatro elementos y les fuerza a moverse y mudar sus posiciones respectivas, los entremezcla; los combina, y con ellos forma varias clases de vapores, luego varias especies de minerales, luego, las plantas y los seres vivientes, según la proporción relativa de las partes que entran en la composición de los mismos. Todos los seres perecederos tienen su origen en los elementos, en los cuales se disuelven de nuevo cuando llegan al término de su existencia.

Así como el cuerpo humano consta de órganos principales y de miembros que de ellos dependen y que no pueden existir sin la dirección de aquellos órganos, así el universo está formado de la parte principal, la quintaesencia, que encierra los cuatro elementos, y de las demás partes subordinadas, dirigidas y compuestos.

La parte principal del cuerpo humano es el corazón, que está en constante movimiento y es el origen de cuantos advertimos en el cuerpo; gobierna a los demás miembros y les comunica con sus latidos la fuerza que necesitan para funcionar. Así también la suprema esfera mueve a todas las portes del universo y les comunica las propiedades que ellos tienen. Cuanto se mueve en el universo, tiene su origen en el movimiento de aquella esfera, y el alma de todos los seres animados procede del alma de la esfera.

Cuatro clases de fuerzas comunica ARABOT al mundo sublunar: a) La fuerza que mezcla y compone los elementos, la cual basta para formar los minerales; b) La fuerza que hace crecer a las plantas y preside las funciones vegetativas; c) La fuerza que da la vitalidad a los seres vivientes; y d) La fuerza que dota de inteligencia a los seres racionales. Todo lo cual se produce mediante la acción de la luz y las tinieblas reguladas por la posición y movimientos de las esferas que circundan a la tierra.

Cuando cesa por un instante, de latir el corazón, muere el hombre, y todas sus fuerzas y movimientos se acaban. De igual manera perecería el universo y cuanto en él existe, si las esferas se parasen.

Piensa en que el universo entero es como un individuo dotado de vida, movimiento y alma. Esta manera de entenderlo es utilísima para demostrar la unidad de Dios y ayuda a comprender el principio de que Él, que es uno, ha creado también un solo ser.

Advierte, sin embargo, que la analogía del universo con el hombre no nos autorizaría por sí sola para afirmar que el hombre es un microcosmos. No sabemos que ningún autor antiguo, a pesar de la analogía que hay entre el universo y cualquier ser viviente, dijera que el asno o el caballo son un microcosmos. Este atributo sólo designa al hombre, por razón de que posee la facultad de pensar, esto es, el entendimiento hílico que no adorna a ninguna otra criatura viviente. La

causa y explicación de ello es la siguiente. El animal no necesita para sostenerse de pensamiento, plan o proyecto; cada animal se mueve y obra por naturaleza, come las cosas aprovechables que encuentra, descansa donde le place, cohabita con cualquier pareja que tropiece, en los períodos de celo. De tal suerte, cada individuo se conserva durante cierto tiempo y perpetúa la existencia de su especie, sin que para mantenerse necesite quo le ayuden sus semejantes, pues todo cuanto ha menester, lo cumple por sí mismo. Lo contrario acontece al hombre, el cual perecería si hubiera de vivir a solas como el animal, sin guía ni sociedad, y apenas duraría unas horas, como no fuera por pura casualidad y porque acertara a encontrar de qué sustentarse. El hombre necesita alimentarse de manjares que requieren no poca industria y condimento, lo que no puede hacerse sin reflexión y plan, y sin muchedumbre de navíos, y de individuos, cada cual con su peculiar ocupación y destreza. Es, pues, menester que haya una persona que organice el trabajo y dirija a los hombres en tal manera que puedan colaborar adecuadamente y ayudarse los unos a los otros. No se puede sin pensamiento y propósito deliberado protegerles del calor del verano y del frío del invierno, y guarecerlos de la lluvia, nieve y viento. Por eso el hombre ha sido dotado de facultades intelectivas que le permiten pensar, reflexionar y obrar, y procurarse con variadas industrias el alimento, la vivienda y el vestido, dirigir los órganos de su cuerpo y ordenar a los miembros y órganos secundarios que cumplan sus respectivas funciones. Por consiguiente si se privara al hombre de sus, facultades intelectuales y sólo poseyera la vitalidad, perecería en breve. El entendimiento es la más alta de cuantas facultades adornan a las criaturas vivientes y su verdadero carácter resulta arduo de comprender y no tan fácil de explicar corno el de las demás facultades del hombre.

También hay en el universo una fuerza que dirige el conjunto, que mueve las partes principales y las capacita para que gobiernen a los demás. Sin esa fuerza, sería imposible que existiera la esfera, con sus partes principales y secundarias. Es el origen y manantial de la existencia del universo, en todas sus partes. Y esa fuerza es Dios alabado sea Su nombre, por razón de la cual se le llama al hombre microcosmos; porque también él posee un principio que gobierna y dirige a todas las partes del

cuerpo, y por analogía del cual se le llama a Dios "la vida del universo" (DAN. XII, 7).

Son muchas las analogías entre el universo y el hombre, pero también discrepan en tres puntos. Primero que el corazón, parte principal del ser viviente, se beneficio de su comunicación con los demás órgano; pero el que distribuye su vigor en el universo nada recibe en pago de su generosidad. Cuanto concede, lo da gratuitamente, por natural bondad y largueza, solo por imitar las maneras del Altísimo.

Segundo, el corazón de los seres vivientes está encerrado en el interior del cuerpo, mientras que el ARABOT, corazón del mundo, encierra en sí a todas las demás partes del universo.

Tercero, la facultad de pensar es una fuerza inherente al cuerpo y no separada de él, mientras que Dios no es una fuerza inherente al universo, sino independiente de él, que lo gobierna y atiende de una manera misteriosa que el hombre no puede alcanzar. Y después de estas observaciones preliminares, entremos a tratar la materia que te prometí exponer y explicar.

CAPÍTULO LXXIII

LAS DOCE PROPOSICIONES FUNDAMENTALES DE LOS TEÓLOGOS MOTACÁLIMES

Hay doce proposiciones en que todos los Motacálimes convienen, cualesquiera que sean sus particulares opiniones y métodos. Los Motacálimes las necesitan para poder asentar y fundamentar el criterio que tienen acerca de los cuatro principios. Enumeraremos y discutiremos por separado cada una de estas doce proposiciones, con algunas de las deducciones que pueden sacarse de ellas,

Primera Proposición

Todas las cosas están compuestas de átomos. El universo, con cuanto conti.ene, está formado de partículas que son indivisibles, por razón de su pequeñez. El tal átomo no tiene magnitud, pero reuniéndose varios, adquieren magnitud y forman los cuerpos. Todos los átomos son perfectamente iguales, y su número no es constante, como suponían Epicuro y otros atomistas; sino que el Creador los vuelvo a crear cuando le place, siendo por lo tanto aniquilables, **Segunda Proposición**

Existe el vacio. Los primeros Motacálimes creían también que había uno o varios espacios vacíos de toda substancia, proposición que imaginan como secuela indispensable de la primera; porque, si el universo estuviese lleno de átomos, éstos no podrían moverse, combinarse o separarse, lo cual efectúan en un vacío que no contiene cosa ni átomo.

Tercera Proposición

El tiempo está compuesto de átomos-tiempo, es decir, de duraciones tan cortas que no pueden ser divididas. También esta proposición deriva lógicamente de la primera. Sin duda los Motacálimes aprendieron de Aristóteles, que lo demostró, la naturaleza idéntica del tiempo, del espacio y de la locomoción, los cuales pueden ser divididos en partes que guardan la misma proporción relativa: Quiero decir, que si se divide el uno, se dividen en la misma proporción los otros. Aristóteles lo ha demostrado así en su tratado de la ACROASIS. De aquí concluyen los Motacálimes que el espacio no es continuo, sino compuesto de elementos divisibles, y que, así mismo, el tiempo puede ser reducido a tiempos elementales o instantes que son indivisibles.

En realidad, los Motacálimes no comprendieron en manera alguna la naturaleza del tiempo. Así era natural que sucedieran, porque cuando los mayores filósofos se encontraron confundidos al investigar la naturaleza del tiempo, al punto que Galeno lo declaró cosa divina e inescrutable, ¿qué cabía esperar de los que no han parado mientes en la naturaleza de las cosas?

De estas tres proposiciones se derivan conclusiones tan absurdas, que rechazarlas me parece pérdida inútil de tiempo. Procedamos ahora a examinar las tres proposiciones inmediatas.

Cuarta Proposición

No puede existir substancia sin múltiples accidentes. Los accidentes de las cosas tienen existencia real;son elementos sobreañadidos a la substancia misma, y no puede haber cosa material sin ellos. Si los Motacálimes se hubieran parado en esto, su proposición sería correcta, sencilla, clara e indiscutible; pero han ido más allá y han afirmado que cuando una substancia no tiene atributo de vida, necesariamente ha de tener el de muerte, porque siempre tiene que haber una de las dos propiedades contrarias. Según ellos, puede predicarse de todas las substancias el color, el gusto, el movimiento o el reposo, la combinación o la disgregación, etc., y si una substancia posee el atributo de vida, tendrá que poseer al mismo tiempo otras clases de accidentes, tales como la prudencia o la locura, el libre albedrío o su contrario, el poder o la debilidad, la percepción o cualquiera de sus contrarios, y, en suma, la substancia ha de tener uno u otro de cuantos accidentes correlativos pertenecen a un ser vivo.

Quinta Proposición

Todo átomo está plenamente provisto de todos los accidentes, y no puede existir sin ellos. Quiera decir esta proposición que, a juicio de los Motacálimes, cada átomo creado por Dios tiene que tener accidentes, tales como el color, el olor, el movimiento o el reposo, aunque no el accidente de cantidad, pues que opinan que el átomo carece de magnitud, y por otra parte, no consideran que la cantidad es accidente. Cuando advierten la existencia de un accidente en un cuerpo, imaginan que este accidente es común a los átomos o elementos de que está integrado. Por ejemplo, sea un montón de nieve: La blancura no existe en el conjunto de la nieve, sino en cada uno de los átomos, por agregación de los cuales es blanca la nieve. Cuando se mueve un cuerpo, estiman que son los átomos os que se mueven, de cuyo conjunto sale el movimiento del cuerpo. Lo mismo opinan de la vida, la sensación, el entendimiento y la sabiduría, qué para ellos son accidentes, igual que la blancura o la negrura, según se verá en el ulterior examen de esta teoría.

Sus opiniones pueden refutarse reduciéndolas al absurdo, y poniéndoles ante hechos como los siguientes: Los metales y las piedras suelen tener un color peculiar, que desaparece cuando se les reduce a polvo. El vitriolo, que es verde intenso, se hace blanco cuando es pulverizado, lo cual demuestra que el accidente de la blancura solo existe en el agregado y no en cada uno de los átomos. Todavía es más sorprendente este otro caso: Las partes de un ser viviente cesan de vivir cuando lo trituramos, prueba de que el accidente de la vida pertenece al conjunto del ser vivo, y no a cada uno de sus átomos. A fin de hacer frente a esta objeción, dicen los Motacálimes que los accidentes no tienen duración, sino que son constantemente renovados por el Creador, lo que explicaremos más claramente en la siguiente proposición.

Sexta Proposición

Los accidentes no siguen existiendo durante dos átomos-tiempo. Los Motacálimes creen que Dios crea simultáneamente cada substancia y sus accidentes; que el Creador no puede crear substancia sin accidentes; que la característica de un accidente es el no poder durar dos elementos de tiempo; que la creación se destruyo inmediatamente y de manera completa, tan pronto creada, siendo cada uno de sus accidentes sustituido por otro de la misma clase, el cual también se destruye inmediatamente para ser sustituido por un tercero de la misma clase, y así sucesivamente, mientras le place a Dios conservar en aquella substancia el accidente de que se trato. Pero Dios puede, a Su voluntad, crear en la misma substancia un accidente distinto, en cuyo caso dejaría aquélla súbitamente de existir. Esta teoría llamada de la "Creación de los accidentes" es común a la mayor parte de los Motacálimes.

El designio de esta proposición es contradecir que exista una fuerza natural de donde cada cuerpo derive sus propiedades peculiares. Prefieren sostener que Dios mismo crea estas propiedades sin intervención de fuerza natural alguna, lo cual implica que ningún occidente sea durable. Cuando Dios desea privar de existencia a una cosa, interrumpe la creación continua de sus accidentes, y el cuerpo deja con ello de existir.

Según este principio, el conocimiento que hoy tenemos de las cosas, no es el mismo que tuvimos ayer; este conocimiento se ha desvanecido, habiendo sido creado otro semejante. De igual manera acontece al alma, la cual, según los que creen que es un accidente, se renueva a cada instante en todo ser animado, tantos millones de veces como átomos-tiempo componen su duración.

No hay cosa alguna a la que pueda adscribirse una acción. El único agente es Dios. En suma, la mayor parte de los Motacálimes sostienen que no se puede decir nunca de una cosa que es causa de otra, y cuando alguno de ellos afirmó la existencia de, la causalidad se hizo acreedor a gravísimas censuras.

Por consiguiente, durante cada átomo-tiempo, Dios crea el conjunto de accidentes en cada uno y todos los seres individuales existentes, en los úngeles, en las esferas y en las demás cosas; y esta creación tiene lugar de

manera continua e ininterrumpida. De tal suerte enseñan los Motacálimes que debe entenderse la creencia de que Dios es la **causa efficiens** del universo. Empero, todas las personas razonables, y yo entre ellas, aplicamos a semejantes teorías aquello de "¿quieres burlarte de Él como te burlas del hombre?; porque tanta palabrería más parece burla que veras.

Séptima Proposición

Tanto las propiedades positivas como las negativas tienen existencia real, y son accidentes que existen por la "causa efficiens". La carencia es ya en sí misma una propiedad que existe en el cuerpo, algo sobreañadido a su substancia, un accidente real, si bien constantemente renovado, que se reproduce apenas destruido. La razón de que los Motacálimes sostengan este principio es que no comprenden que el reposo sea ausencia de movimiento; la muerte, ausencia de vida; la ceguera, falta de vista, y todas las propiedades negativas en general, carencia de las correspondientes, cualidades positivas. Por eso dicen que cuando un cuerpo reposa, es porque Dios ha creado el reposo en cada uno de los átomos de aquel cuerpo, renovándose continuamente la propiedad, mientras, el cuerpo permanece quieto. Lo mismo creen cuando se trata de la sabiduría y la ignorancia en el hombre. También la muerte y la vida son accidentes, y los Motacálimes declaran paladinamente que durante la existencia toda del ser se destruye y renueva sin cesar su vida; y cuando Dios decreta su muerte, crea en el ser el accidente de la muerte, a continuación del accidente de la vida, el cual cesa de existir tan pronto no se renueva en el intervalo de dos átomos-tiempo.

La consecuencia lógica de esta proposición es que también el accidente de muerte creado por Dios en cada instante cesaría de existir, si Dios no lo creara inmediata y sucesivamente. De tal suerte, la muerte se crea sin cesar, como la vida, y se renueva a cada momento.

Algunos de los Mutazilá sostienen que hay casos en que la carencia de una propiedad física no implica existencia real de la misma, que la fatiga es falta de fortaleza; la ignorancia, ausencia de conocimiento; pero no puede decirse lo mismo de todas las propiedades negativas, algunas de las cuales consideran que tienen existencia real. La finalidad de todo esto es acomodar el universo a sus particulares opiniones y creencias.

Octava Proposición

No existe nada más que substancia y accidente, y la forma física de las cosas corresponde a la clase de sus accidentes. La finalidad de esta proposición es enseñar que todos los cuerpos están compuestos de átomos iguales, según hemos indicado en la primera proposición. Los accidentes, y nada más que ellos, causan las diferencias que hay entre unos cuerpos y otros. El cuerpo del cielo, el de los ángeles, el del Trono Divino, el de las criaturas que reptan sobre la tierra, el de las plantas, todos tienen una y la misma substancia, y únicamente difieren en la naturaleza peculiar de los accidentes. La substancia de todas las cosas está formada de átomos iguales.

Novena Proposición

Ningún accidente puede constituir el substratum de otro accidente. Esto es, todo accidente respecto de una cosa, lo es respecto de la substancia. Todos los accidentes están relacionados directamente con la substancia. Los Motacálimes argumentan de la si-guiente manera: El substratum que sostiene ciertos atributos tiene que continuar existiendo durante cierto lapso; ¿cómo, pues, podría el accidente llegar a ser substratum de alguna otra cosa, siendo así que — según su opinión— no permanece en existencia durante dos instantes seguidos?

Décima Proposición

La posibilidad de existencia de un objeto imaginado no depende de su conformidad a las leyes de la naturaleza. Trátase aquí de la llamada teoría de la **admisibilidad**, principal fundamento de la doctrina de los Motacálimes. Advierten que el intelecto admite como posible todo lo que concibe la imaginación. El intelecto humano no percibe razón alguna por la que un cuerpo haya de estar en cierto lugar y no en otro. La razón admite de igual manera, dicen, que un ser existente pueda ser mayor o menor de lo que es, o que su forma y posición sean diferentes de las que realmente tienen; por ejemplo, un hombre pudiera haber tenido la estatura de la montaña, haber ostentado varios cabezas y volado en el aire; o también un elefante pudiera haber sido diminuto como un insecto, o un insecto grande como un elefante.

Aplican este método de la "admisibilidad" de posibilidades a todo el universo, mas sin preguntarse si la realidad confirma sus presunciones. Dicen que la cosa existe con ciertas formas, dimensiones y propiedades constantes, solamente porque sigue la tendencia del hábito, a la manera como un rey cabalga por las calles de la ciudad, y nunca se le, ve discurrir por ellas de otra manera, aunque no haya razón alguna para que no pudiera andar a pie. Sin duda que podría hacerlo, y el intelecto admite plenamente esta posibilidad.

Declaran, sin embargo, la existencia de ciertas imposibilidades: que la substancia exista sin accidente o el accidente sin substancia, que el accidente llegara a ser substancia, o la substancia accidente, porque la razón las rechaza por imposibles.

Es evidente que los Motacálimes consideran posible todo lo imaginable, corresponda o no a la realidad, y como imposible lo que no puede ser imaginado.

Cuando el Motacálime ha establecido todo cuanto desea deducir de tales proposiciones, llega a la conclusión, por ejemplo, de que los átomos que componen la nata de la leche, son los mismos que forman el hierro. Idéntica relación es la de cada átomo con sus accidentes; no hay alguno de ellos más apto que otro para recibir determinados accidentes, para moverse o reposar, para recibir la vida, la razón o la sensación. Y no se

explican tampoco las diferentes cualidades de los seres atribuyéndolas a la mayor o menor cantidad o combinación de sus átomos, pues que según la quinta proposición, todo accidente existe en cada uno de los átomos del ser que lo manifiesta. Estas proporciones han llevado a la conclusión de que el ser humano no está mejor constituido para alcanzar la sabiduría que pudiera estarlo un murciélago. Se han afanado por demostrar esta proposición décima porque es el mejor medio para probar lo que se les antoje, según se verá.

NOTA.- Repara, oh lector, si conoces la naturaleza del alma y sus propiedades y tienes idea adecuada de cuanto a ella atañe, en que la mayor parte de los animales están dotados de imaginación, desde luego los animales superiores que poseen corazón. El hombre se distingue de ellos por la inteligencia, que sirve para abstraer las ideas, distinguir las cualidades esenciales y otras funciones de que carece la imaginación. Esta sólo percibe lo individual, tal como se ofrece a los sentidos; o combina y junta elementos separados para concebir una ficción o fantasma que no corresponde a nada de la realidad. La imaginación no puede obtener nunca la imagen puramente inmaterial de un objeto, por muy abstracta que sea la forma de la imagen, y por consiguiente, no sirve para dar testimonio de la realidad de una cosa. La imaginación sólo percibe los cuerpos y las propiedades inherentes a ellos.

Existe en el hombre cierta facultad completamente distinta de la imaginación, merced a la cual puede distinguir lo posible y lo imposible. Es utilísimo indagar, y allega grandísimo beneficio a quien desea resguardarse de los errores en que incurren los que se dejan llevar de sus imaginaciones. No pienses que el Motacálime ignora todo esto; hasta cierto punto lo considera, y sabe que lo que se imagina sin que tenga realidad, como por ejemplo la corporeidad de Dios, no pasa de ser capricho o fantasma; y frecuentemente declara la irrealidad de tales fantasmas. Por eso coloca primero las nueve proposiciones para fundar en ellas la prueba de la décima, según la cual todas las cosas imaginables que desee admitir como posibles, son realmente posibles, a causa de la semejanza de todos los átomos de la igualdad de todos los accidentes, en cuanto a sus accidentalidad, según hemos declarado.

Considera, oh lector, y nunca olvides que todo esto requiere profunda investigación. Porque hay ciertas nociones que a unos les parecen fundadas en tu razón, mientras que otros las estiman pura fantasía. Sería menester en tales casos descubrir algo que sirviera para demostrar la diferencia que hay entre lo que conciben el entendimiento y las fantasías imaginarias. Cuando el filósofo, hablando en su lenguaje, litiga diciendo: "La realidad es mi piedra de toque; guiado por ella, examino si las cosas son necesarias, posibles o imposibles" el partidario de la religión replica: "Precisamente en eso nos, diferenciamos, a mi parecer, lo que realmente existe ha sido producido por la voluntad del Creador, y no es hijo de la necesidad; lo mismo que ha sido creado con tal propiedad especial, pudo haber sido creado con otra, a menos que me pruebes con una demostración lógica la imposibilidad que proclamas.

Respecto a esta admisibilidad de las cosas imaginables tengo algo más que decir, y volveré al tema en diversas partes del presente tratado, porque no es asunto que deba ser rechazado a espuelas de la impaciencia.

Undécima Proposición

Desde cualquier punto de vista que se mire es imposible la existencia de lo infinito. La idea de lo infinito es igualmente inadmisible, ora se trata del infinito actual, potencial o accidental, es decir, que los Motacálimes rechazan como igualmente falaz la idea de una infinidad de cosas coexistentes, o la de una serie de cosas, una parte de las cuales viene a la existencia cuando la otra deja de existir, en cuyo caso se llama infinito accidental. Declaran imposible que haya un número infinito de cuerpos finitos, o que exista un solo cuerpo infinito o una serie infinita de causas, y niegan la eternidad del universo y la infinitud del tiempo.

Duodécima Proposición

Los sentidos engañan y en muchos casos son ineficaces; por lo tanto, las percepciones sensoriales no pueden servir de fundamento a ninguna ley ni suministrar datos para ninguna prueba. Por dos razones menosprecian los Motocálimes las percepciones de los sentidos. Primera, no pueden éstos percibir los objetos demasiado pequeños, como los átomos, o los demasiado lejanos, como el movimiento de los cielos. Segunda, los sentidos se equivocan al percibir: Un objeto grande parece pequeño a distancia; sumergido en el agua, parece que sea mayor; el que tiene ictericia ve las cosas amarillas sin serlo; y mencionan otros muchos ejemplos por el estilo. De donde, dicen, no podemos confiar en los sentidos ni establecer pruebas sobre sus percepciones.

No vayas a creer que todos los Motacálimes convienen porque sí en estas proposiciones, antes bien, todas ellas les parecen indispensables, sobre todo la última, para sostener la arquitectura de su doctrina. Dicen que no se debe tomar ninguna noticia que proceda de la percepción sensorial mientras no se apoye en el testimonio de la inteligencia y haya sido establecida por demostración. Muchas de sus teorías están desmentidas por lo que percibe el ojo, y no pocas de las deducciones que se sacan de la existencia del vacío, contradichas por los sentidos. Empero, los Motacálimes salen al encuentro de tales objeciones diciendo: que la contradicción nace del engañoso carácter de los sentidos.

Y habiendo expuesto sus proposiciones, pasemos a explicar la teoría de los Motacálimes respecto de los cuatro problemas antes mencionados.

CAPÍTULO LXXIV

PRUEBAS DE KALAM PARA DEMOSTRAR QUE EL MUNDO HA SIDO CREADO DE LA NADA

Vamos a bosquejar en este capítulo las pruebas y argumentos de que se valen los Motacálimes para intentar demostrar que el universo no es eterno. No esperes que vaya a reproducir **verbatim** sus dilatados argumentos. Si leyeras sus célebres y voluminosos escritos, no por eso hallarías algún argumento de que no te de aquí breve noticia, pero encontrarías gran copia de palabras, acompañadas de gracioso y elegante estilo. Frecuentemente emplean la rima, el ritmo y la dicción poética, y a veces escriben misteriosas frases, tal vez con el intento de asombrar a quienes escuchan sus discursos y de frenar a quienes osaran criticarlos. Hallarás también muchas repeticiones, preguntas y respuestas, y no pocos dicterios contra los que discrepan de sus opiniones.

PRIMER ARGUMENTO. — Algunos de los Motacálimes piensan que basta demostrar que una cosa ha sido creada para sacar por referencia que el universo todo fue hecho de la nada. Zaid, que de una pequeña molécula ha ido creciendo hasta el estado de perfección que hoy tiene, no ha sido el causante directo de este cambio y desarrollo, sino que lo debe a una acción y a un agente exterior. Es pues evidente que precisa un agente de su organización y transformación sucesiva. La palmera puede suministrarnos otro ejemplo análogo. Pues así acaece con el conjunto del universo. Ved como creen los Motocálimes que habiendo descubierto una ley de una cosa, cabe aplicarla a todas las demás.

SEGUNDO ARGUMENTO. — Básase también en la creencia de que la prueba de la creación de una cosa es buena para explicar la **creatio ex nihilo**, refiriéndolo al universo todo. Zaid no existía; más tarde, nació; y si se afirma que Omar, su padre, fue la causa de la existencia de Zaid, se dirá que también Omar pasó de la no existencia a la existencia, y de tal suerte se retrotraerá la causa hasta lo infinito. Siguiendo esta especie de razonamiento, se viene a parar al primer hombre, que no tuvo padre, es decir, a Adán. Por supuesto, cabe preguntarse que ¿de dónde salió el

primer hombre? Si se responde que de la tierra, se preguntará de dónde salió la tierra. Si os dicen que del agua, preguntaréis que de dónde salió el agua. Y así se lleva la indagación o hasta el infinito, lo cual es absurdo, o hasta que, a juicio de los Motacálimes, vengáis a descubrir que todo el universo salió de la absoluta inexistencia a la existencia.

TERCER ARGUMENTO. — No hay razón alguna para que los átomos estén combinados más bien que disgregados, o viceversa. En vista de que algunos átomos están Juntos, otros separados, otros sujetos a mudanza, unas veces juntos y otras separados, se viene a probar que debe haber un agente que los combine o separe. A juicio de los Motacálimes este argumento robustece la teoría de que el universo ha sido creado de la nada. Apóyanse en la primera proposición y en sus corolarios.

CUARTO ARGUMENTO. — El universo todo está compuesto de substancia y accidentes; cada substancia ha de poseer uno o más accidentes, y pues que los accidentes no son eternos, la substancia, en cuanto substratum de los accidentes, tampoco puede serlo; porque lo que se junta y une a las cosas transitorias y no puede existir sin ellas, es también en sí mismo transitorio. Por lo tanto el universo ha tenido un principio.

QUINTO ARGUMENTO. — Fúndase este argumento en la teoría de la determinación, y es muy grato a los Motacálimes. Trátase de la misma teoría de que hablamos en la décima proposición, es a saber, que tanto el universo en general como cualquiera de sus partes, pudo muy bien ser mayor o menor de lo que es, recibir otras propiedades y accidentes, y aparecer en una época anterior o posterior o en lugar distinto. Por consiguiente, el hecho de que una cosa haya tenido una composición, tamaño, lugar, accidente y tiempo determinado, siendo posible que todo ello hubiera sido de otra manera, es prueba de que existe un ser que libremente elige y determina estas diversas relaciones; y la circunstancia de que el universo, o una parte del mismo, necesite que haya un capaz de realizar dicha elección, prueba que el universo ha sido creado **ex nihilo.**

Ofrecen los Motacálimes numerosos ejemplos, ora de carácter general, ora especial. Dicen que no es más natural que la tierra esté bajo el agua que encima de ella, ¿quién determinó su actual emplazamiento? Ni es más natural que el sol sea redondo o cuadrado o triangular. ¿Quién

determinó la forma de su disco? Y lo mismo dicen de cada uno de los seres. Todo ello es lógico consecuencia de la proposición décima. La teoría de la determinación ha sido también adoptada por algunos de los que sostienen la eternidad del universo, como se explicará luego. En suma, considero que éste es el mejor de los argumentos, y en otro lugar te informaré más ampliamente acerca del juicio que me merece.

SEXTO ARGUMENTO. — Uno de los modernos Motacálimes piensa haber hallado un óptimo argumento basado en el triunfo de la existencia sobre la inexistencia. Dice, con arreglo al común parecer de su secta, que la existencia del universo es meramente posible, porque si el universo fuera necesario, sería el mismo Dios. Al decir que una cosa es posible significamos que pudo existir o no existir y que no hay mejores razones para lo uno que para lo otro; pero el hecho de que exista, a pesar de que su existencia es meramente posible demuestra que hay un ser que de la preferencia al existir sobre el no existir. El argumento me parece de fuerza, aunque sólo sea una variación del precedente. Ambos argumentos son idénticos y se basan en el conocido principio de la Determinación.

SÉPTIMO ARGUMENTO. — Dice uno de los modernos Motacálimes que puede probar la creación del universo, mediante la teoría que los filósofos exponen sobre la inmortalidad del alma. Argumenta de tal suerte: Si el mundo fuese eterno, habría un número infinito de muertos y coexistiría un número infinito de almas, siendo así que se ha demostrado la imposibilidad positiva de que existan a un mismo tiempo un número infinito de cosas. Argumento peregrino, que consiste en explicar una dificultad, con otra mayor. Aquí viene bien el dicho de los arameos: "Tu valedor ha menester quien le valga".

Todo el que se afane por probar o negar la eternidad del universo, valiéndose de los argumentos de los Motacálimes, ha de confiar necesariamente en las dos proposiciones siguientes o en una de ellas: O la décima, según la cual la forma real de un ser es meramente una de las muchas formas igualmente posibles, por lo que necesita que haya un ser capaz de hacer la elección, o en la undécima que niega que pueda haber una serie infinita de seres que sucesivamente vengan a la existencia.

Abunazar Alfarabi ha criticado esta proposición y puesto de relieve sus puntos flacos, como podrás evidenciarlo si estudias apasionada y

desinteresadamente su libro sobre las mudanzas y cambios de los seres. Tales son los principales argumentos con que los Motacálimes establecen la **creatio ex nihilo.** Habiendo probado que el universo no es eterno, deducen como cosa necesaria que hay un Agente que lo creó, conforme a Su intención, deseo y voluntad. Proceden luego a demostrar la unidad de ese Agente, en la manera cómo voy a explicarlo en el inmediato capítulo.

CAPÍTULO LXXV

*CÓMO PRUEBA EL **KALAM** LA UNIDAD DE DIOS*

Sostienen los Motacálimes que el Hacedor y Creador del universo, de cuya existencia da testimonio la naturaleza toda, es Uno. De dos proposiciones se valen para demostrar la Unidad de Dios, es a saber, que si hubiera dos divinidades se neutralizarían mutuamente, y que si hubiera varias se distinguirían entre sí por alguna diferencia específica.

PRIMER ARGUMENTO. — Es el que emplean la mayoría de los Motacálimes: Si hubiera dos dioses en el universo, había de ocurrir necesariamente que el átomo —sujeto a ser combinado con una o dos cualidades contrarias—, o permanecería sin ninguna de ellas, lo cual es imposible, o sin dejar de ser un sólo átomo encerraría ambas cualidades a un tiempo, lo que es igualmente imposible. Así acaecería también cuando una de las divinidades deseara mover un cuerpo, mientras la otra quisiera mantenerlo en reposo, pues entonces o el cuerpo estaría desprovisto de movimiento y de reposo, o habría de tener reposo y movimiento a un tiempo mismo, siendo ambas cosas imposibles.

Empero, si se partiera del principio de que la substancia de este mundo, que según los filósofos está sujeta a producción y destrucción sucesivas, es distinta de la del mundo superior, de la substancia delas esferas —hecho demostrado con pruebas— y que, corno afirman los Dualistas, hay dos seres divinos, uno que rige el mundo de aquí abajo sin influencia de las esferas, y otro que gobierna el mundo celestial sin entrometerse en el terrenal, entonces, la existencia de dos divinidades no implicaría necesariamente la recíproca neutralización de ellas. He ahí cómo nosotros los Monoteístas advertimos la flaqueza del argumento. Cuando los Motacálimes se dieron cuenta de lo mismo, hubieron de recurrir a un nuevo argumento.

SEGUNDO ARGUMENTO. — Si hubiera dos dioses, habría necesariamente de existir un elemento común a ambos, y habría de haber también un elemento en cada uno de que careciera el otro, a fin de constituir la diferencia específica entre ellos. El argumento es sólido y

convincente para cuantos lo examinen tras de comprender íntimamente el contenido de sus premisas, que explicaremos al exponer el criterio que tienen los filósofos sobre al particular, pero no pueden aceptarlo los que admiten la existencia de atributos divinos, pues que, según ellas, la Causa primera encierra muchos y diferentes elementos. Sabido es que para ellos son cosas diferentes la sabiduría, la omnipotencia y la voluntad. Por consiguiente, no sería imposible que alguna de las dos divinidades poseyera ciertas propiedades, que algunas fueran comunes a ambos dioses y otras específicas de cada uno de ellos.

TERCER ARGUMENTO. — Algunos de los Motacálimes de la antigua escuela sostienen que cuando el Creador **quiere** una cosa, su voluntad no es un elemento sobreañadido a su esencia: Es una voluntad sin substratum. Dicen que un querer, el cual sea independiente de cualquier substratum, no puede ser atribuido a **dos** seres; porque, dicen, **Uno** no puede ser causa y origen de dos leyes para dos esencias. He aquí lo que he llamado el método de explicar una dificultad por medio de otra mayor. No obstante, los Motacálimes fundamentan en esto una de las pruebas de la unidad de Dios.

CUARTO ARGUMENTO. — La existencia de una acción es necesariamente prueba positiva de que existe un Agente, pero no prueba la existencia de más de uno. Mas este argumento no parece que prueba la existencia de una muchedumbre de dioses; sólo demuestra que nos es desconocido su número. La divinidad podría ser un sólo ser, mas también podría estor formada de varios seres divinos.

QUINTO ARGUMENTO. — Uno de los modernos Motacálimes creía haber hallado una prueba de la Unidad de Dios en la idea de la "indispensabilidad". Suponed que hubiera dos seres divinos; si uno de ellos fuera capaz de crear el universo, estaría de más el otro, y no sería indispensable su existencia. Por otra parte, si el mundo no pudiera ser crecido y gobernado sin el concurso de ambos, cada uno de ellos de por sí sería imperfecto, pues que no podría prescindir de la colaboración del otro, y por consiguiente, gozaría de limitado poder. En realidad, este argumento es una variación del de "la mutua neutralización de las dos divinidades".

No dejan de tener sus quiebras estas razones. Algunos de los Motacálimes, hartos de ellas, declaran que la unidad de Dios es doctrina que debe ser admitida como materia de fe; empero, los más de ellos repugnan esta teoría anatematizan a sus autores. No obstante, me parece que los que así piensan no dejan de discurrir a derechas. Cuando advierten la falta de fuerza lógica de los argumentos de su escuela, y se percatan del carácter aleatorio de sus demostraciones, prefieren afirmar la doctrina como materia de fe antes que abandonarla, por falta de pruebas.

CAPÍTULO LXXVI

*DE CÓMO PRUEBA EL **KALAM** LA INCORPOREIDAD DE DIOS*

Se nos antoja que los argumentos y razones con que demuestran la incorporeidad de Dios son más flacos y débiles que aquellos de que se valen para sostener Su unidad. Tratan la doctrina de la incorporeidad como si fuera lógica consecuencia de la de la unidad, y afirman que el atributo "uno" no puede ser aplicado a objetos corporales. No opinan corno los Motacálimes todos cuantos sustentan la idea de que Dios es incorpóreo, porque todo objeto corporal está compuesto de substancia y forma, composición que no es posible en el Ser divino. Este argumento no se basa en las proposiciones del KALAM; antes bien, es una prueba lógica cuyo fundamento se halla en la teoría de la substancia y la forma, y en una justa concepción de las propiedades de ambas. Posee todos los caracteres de un argumento filosófico, y me propongo esclarecerlo cuando exponga las razones de los filósofos. En este lugar sólo discutiremos los métodos con que los motacálimes quisieran demostrar la incorporeidad de Dios, en armonía con sus proposiciones.

PRIMER ARGUMENTO. — Si Dios fuera corpóreo, su verdadera esencia o habría de existir necesariamente por entero en todas las partes de su cuerpo, esto es, en cada uno de sus átomos, o estaría encerrada en uno solo de ellos. Si lo último, todos los otros átomos serían superfluos, y la existencia de un ser corporal, con la excepción de un átomo, carecería de propósito. Si cada átomo representara plenamente al Ser divino, el conjunto del cuerpo no sería una divinidad, sino un complejo de divinidades, lo cual contradiría la doctrina adoptada por el KALAM de que Dios es uno. El argumento carecería de valor para quien objetara que Dios no está formado de átomos.

SEGUNDO ARGUMENTO. — Lo consideran valiosísimo. Se funda en la creencia de que no hay posibilidad de comparar a Dios con sus criaturas; y que si Dios fuese corpóreo, sería comparable a todos los objetos que tienen cuerpo. Si se afirmase que Dios es corpóreo pero que su substancia en nada se asemeja a la de los demás cuerpos, habría una

íntima contradicción en lo dicho; porque todos los cuerpos son iguales en cuanto a la substancia y solo se distinguen entre sí por los accidentes. Arguyen también que si Dios fuese corpóreo, habría que deducir que había creado otro ser como Él mismo.

El argumento puede ser refutado de dos maneras. Primero, preguntando cómo puede demostrarse que no se pueda comparar a Dios con sus criaturas. Sin duda replicarían que así lo dicen las palabras de los Profetas en cuyo caso resulto que la doctrina se acepta por la autoridad de la tradición, y no por la fuerza de las razones. Segundo, el argumento de que Dios, en el caso de ser comparable a alguna de sus criaturas, habría creado seres como El, se refuta diciendo que las cosas creadas no son como el Creador, desde ningún punto de vista, pues que Dios tiene muchas propiedades peculiares, ya que es sabido que cuantos admiten la corporeidad de Dios no niegan la existencia de propiedades en el Ser divino.

Los corporeístas no omiten que todos los cuerpos estén formados de átomos iguales. Creen más bien que Dios hizo todas las cosas, las cuales difieren entre sí en sus substancias y en sus propiedades constitutivas; y así como la substancia del estiércol difiere de la del sol, así la substancia de las esferas y las estrellas se diferencia de la luz creada, de la Gloria Divina, el CHECHINA, y a su vez la substancia de la Gloria Divina se distingue de la substancia del Altísimo, la cual es sublime, perfecta, simple, constante e inmutable. Su absoluta existencia continúa siempre siendo la misma, y Él crea todas las cosas conforme a su voluntad y deseo. Aún cuando reconozcamos la flaqueza de este argumento, ¿cómo podrá ser refutado con los extraños métodos de los Motacálimes, que te he dado a conocer?

TERCER ARGUMENTO. — Si Dios fuera corpóreo, sería finito, y hasta aquí nos parece correcto el argumento. Si fuera finito, tendría ciertas dimensiones y formas, lo cual también es una correcta conclusión. Pero luego añade: Atribuid a Dios cualquier magnitud o forma y entonces, El podría haber sido mayor o menor, o haber tenido una forma diferente. El hecho de que Dios tenga una especial magnitud y una determinada forma, presupone la existencia de un Agente determinante. Me han dicho que los Motocálimes conceden gran valor a este argumento, aunque a mí

se me antoja el más débil de todos los mencionados. Se apoya en la décima proposición, cuya flaqueza ya hemos puesto de relieve, al indicar que desconoce las propiedades reales de las cosas, lo cual si es inconsistente cuando se trata de cosas vulgares, ¿cuánto más no lo será respecto de Dios?

* * *

Si quieres proseguir la indagación de la verdad, darás de lado a tus pasiones, a tu tradición, a las cosas en que has puesto tu cariño y a las que estás habituado; si quieres precaverte del error, medita en la suerte de estos pensadores, los motacálimes y en el estéril fruto de sus afanes. Repara cómo se lanzaron, como si dijéramos, desde las cenizas a las llamas. Negaron la naturaleza de las cosas existentes, formaron erróneo juicio de las propiedades del cielo y de la tierra, y pensaron que mediante sus proposiciones podrían demostrar la creación del mundo: pero lo cierto es que, lejos de probar que el universo había sido hecho de la nada, debilitaron los argumentos de la existencia, de la unidad y de la incorporeidad de Dios. Las pruebas de estas doctrinas han de apoyarse en la naturaleza bien conocida y contrastada de las cosas existentes, tales como las perciben los sentidos y la inteligencia.

Y habiendo discutido los métodos de los Motacálimes, procedamos ahora a considerar las proposiciones de los filósofos y los argumentos con que demuestran la existencia de Dios, Su unidad y Su incorporeidad, a cuyo efecto vamos a dar por supuesta la eternidad del universo, aun cuando no la aceptemos con carácter definitivo. Después, desarrollaré mi propio método, hijo de profundos estudios, con el cual demuestro dichos tres principios. Y finalmente examinaré la teoría de la eternidad del universo, tal como la sostienen los filósofos.

LIBRO SEGUNDO

DE LA EXISTENCIA DE DIOS

Los Filósofos y los Profetas

Pruebas Filosóficas de la Existencia, Unidad e Incorporeidad de Dios.—De si el Universo es Eterno o ha Sido Creado.—De los Ángeles y del Influjo de Dios en el Universo.—De la Profecía.

INTRODUCCIÓN

LAS VEINTISÉIS PROPOSICIONES DE ARISTÓTELES

Han sido establecidas, con una corrección que escapa a toda duda, veinticinco proposiciones que se emplean para demostrar la existencia de Dios, Su incorporeidad y Su unidad. Aristóteles y los peripatéticos que le siguieron han probado cumplidamente cada una de dichas proposiciones. Hay otra, empero, que yo no acepto, es a saber, la que afirma la Eternidad del Universo, siquiera la admitiré provisionalmente, en cuanto permite demostrar claramente mi propia teoría. Helas aquí:

PROPOSICIÓN I. — Es imposible que exista una magnitud infinita.

PROPOSICIÓN III. — Es imposible la coexistencia de un infinito número de magnitudes finitas.

PROPOSICIÓN III. — Es imposible que exista un número infinito de causas y efectos, aun cuando no se tratase de magnitudes, como por ejemplo una Inteligencia que fuera causa de una segunda Inteligencia, ésta de una tercera, y así sucesivamente, en cuyo caso la serie no podría continuar **ad infinitum.**

PROPOSICIÓN IV. — Hay cuatro categorías sometidas a mudanza: **a) Substancia**, llamándose génesis y destrucción los cambios que le afectan; **b) Cantidad**, cuyos cambios se llaman aumento y disminución; **c) Cualidad** de las cosas, cuyas mudanzas son transformaciones, y **d) Lugar**, siendo el movimiento el cambio de lugar. Aplícase con propiedad la palabra "movimiento" a las mudanzas de lugar, pero también se usa en sentido más amplio para todas las clases de cambios.

PROPOSICIÓN V. — El movimiento implica cambio o transición de potencialidad a actualidad.

PROPOSICIÓN VI. — El movimiento de una cosa es: o esencial o accidental; o se debe a la acción de una fuerza externa, o a la participación de una cosa en el movimiento de otra. Esta última clase de movimiento se asemeja al accidental. Ejemplo de movimiento esencial, nos ofrece el traslado de una cosa de un lugar a otro. Se dice que el accidente de una cosa, como el color negro por ejemplo, se mueve, cuando la cosa misma

cambia de lugar. El movimiento ascendente dé una piedra, por la acción de una fuerza que la impele, es un caso de movimiento debido a fuerza externa. El movimiento de un clavo en un barco puede ayudarnos a comprender la forma de movimiento por participación de una cosa en el movimiento de otra, pues cuando el barco se mueve, el clavo se dice que se mueve también. Lo mismo acaece con todo cuanto está compuesto de diversas partes: El movimiento de todo implica el de cada una de sus partes.

PROPOSICIÓN VII. — Todo cuanto cambia es, al mismo tiempo, divisible. De donde todas las cosas que se mueven son divisibles y, por consiguiente, corpóreas; empero lo que es indivisible no puede experimentar movimiento ni ser corpóreo,

PROPOSICIÓN VIII. — Una cosa que experimenta movimiento accidental tiene que terminar por quedar en reposo, pues que no se mueve por sí misma; de donde el movimiento accidental no puede ser eterno.

PROPOSICIÓN IX. — Una cosa corpórea no puede mover a otra sin ponerse al mismo tiempo en movimiento.

PROPOSICIÓN X. — Una cosa de la que se dice que está contenida en un objeto corporal habrá de satisfacer una de las dos condiciones siguientes: O existe a causa del objeto, como en el caso de los accidentes, o es la causa de que exista el objeto, como cuando se trata de una propiedad esencial de éste. Ambos casos se refieren a una fuerza que existe en un objeto corpóreo.

PROPOSICIÓN XI. — Entre las cosas que existen mediante un objeto material, las hay que participan de la división de aquel objeto, y son por lo tanto accidentalmente divisibles, como el color y las demás cualidades esparcidas por todas sus partes. En cambio, entre las cosas que forman el elemento esencial de un objeto, las hay que no pueden ser en modo alguno divididas, como el alma y el entendimiento.

PROPOSICIÓN XII. — La fuerza que ocupa todas las partes de un objeto corporal es finita, pues que también es finito aquel objeto.

PROPOSICIÓN XIII. — Ninguna de las diversas clases de cambio y mudanza puede ser continua, salvo el movimiento de lugar a lugar, cuando se verifica circularmente.

PROPOSICIÓN XIV. — Llámase locomoción al primero y superior movimiento, en la serie natural de las diversas clases de movimiento. Porque la génesis y la corrupción van precedidas de la transformación, la cual, a su vez, va precedida del acercamiento del agente transformante al objeto que ha de ser transformado. De igual manera, el aumento y la disminución son imposibles sin previos movimientos de génesis y corrupción.

PROPOSICIÓN XV. — El tiempo es un accidente referido y anejo al movimiento, de tal suerte que no puede haber el uno sin el otro. El movimiento sólo es posible en el tiempo, y la idea de tiempo no puede ser concebida sin enlazarla al movimiento; las cosas inmóviles no son referibles al tiempo.

PROPOSICIÓN XVI. — Las formas incorpóreas sólo pueden ser numeradas cuando son fuerzas situadas en un cuerpo; las diversas fuerzas habrán de ser calculadas juntamente con las substancias u objetos en los cuales existen. De aquí que los seres puramente espirituales, que no son corpóreos ni fuerzas situadas en objetos corpóreos, son incalculables e inconmensurables, salvo cuando se las considera como causas y efectos.

PROPOSICIÓN XVII. — Cuando se mueve un objeto, tiene que haber algún agente que lo mueva, desde fuera como en el caso de la piedra lanzada por la mano, o desde dentro, como en las transformaciones de los seres vivos. Los seres vivos llevan en sí mismos, a un tiempo, el movimiento agente y la cosa movida; de donde, cuando se muere un ser vivo y el agente motor o alma a abandonado el cuerpo —es decir, la cosa movida—, permanece éste durante algún tiempo en igual condición que antes, y sin embargo no puede moverse come antes. El agente motor, cuando es inherente a la cosa movida, permanece oculto e imperceptible para los sentidos, lo que dio lugar a la creencia de que el cuerpo del animal se mueve sin auxilio de agente motor alguno. Por consiguiente, cuando afirmamos respecto de una cosa en movimiento que es su propio agente motor, o como suele decirse, que se mueve de sí misma, queremos decir que la fuerza que realmente pone al cuerpo en movimiento existe en el cuerpo mismo.

PROPOSICIÓN XVIII. — Toda cosa que pasa de estado potencial o estado actual supone la existencia de un agente externo que es causa de la

transición; porque si aquél agente existiera en la cosa misma, sin que obstáculo alguno impidiera la transición, la cosa no estaría nunca en estado potencial, y siempre estaría en acto. En cambio si la cosa contiene el tal agente, y hay un obstáculo que impide su acción y eliminamos en un momento dado el obstáculo, entonces, podríamos decir que la causa que desembaraza el obstáculo lo es de la transición de potencialidad a actualidad, y no la fuerza situada en el interior del cuerpo. Presta atención a esto.

PROPOSICIÓN XIX. — Una cosa que debe a ciertas causas su existencia, no encierra en sí nada más que la posibilidad de existir; pues que sólo existe cuando aquellas causas existen, y no existe sin ellas, o si ellas no hubieran determinado su existencia, o si no hubiera habido algún cambio en la relación que implica la existencia de aquella cosa, como consecuencia necesaria de las dichas causas.

PROPOSICIÓN XX. — Lo que tiene en sí mismo la necesidad de existir, no puede tener causa otra alguna de su existencia.

PROPOSICIÓN XXI. — Lo que está compuesto de dos elementos tiene necesariamente, como causa de su presente existencia, la dicha composición. De donde su existencia no está determinada por su propia esencia, sino que depende de la existencia de sus partes componentes y de la combinación de las mismas.

PROPOSICIÓN XXII. — Los objetos materiales están siempre compuestos cuando menos de dos elementos, y sin excepción sujetos a accidentes. Los dos elementos que componen todos los cuerpos son la substancia y la forma. Los accidentes atribuidos a los objetos materiales son cantidad, forma geométrica y posición en el espacio.

PROPOSICIÓN XXIII. — Todo cuanto existe potencialmente y cuya esencia encierra un cierto estado de posibilidad, puede carecer al mismo tiempo de existencia actual.

PROPOSICIÓN XXIV. — Lo que es una cosa en potencia necesariamente es material porque el estado de posibilidad siempre está vinculado a la materia.

PROPOSICIÓN XXV. — Cada substancia compuesta consta de materia y forma y ha menester un agente para existir, una fuerza que ponga en movimiento a la substancia y la capacite para recibir cierta

forma. Llámense motor inmediato a la fuerza que así prepara a la substancia de un cierto ser individual.

Suscitase aquí la necesidad de investigar las propiedades del movimiento, del agente que mueve y de la cosa movida. La opinión de Aristóteles puede manifestarse en la proposición siguiente: La materia no se mueve por sí misma, importante afirmación que lleva a la necesidad de investigar el Primer motor o agente que mueve.

Algunas de las precedentes veinticinco proposiciones pueden ser comprobadas sin más que una pequeña reflexión o aplicando algunas proposiciones susceptibles de prueba, o axiomas o teoremas de casi igual fuerza probatoria, según lo he explicado en otro lugar. Otras, requieren no pocos argumentos y proposiciones, todas las cuales, no obstante, han sido establecidas con pruebas concluyentes, las unas en la Física y sus Comentarios, las otras en la Metafísica y los suyos. Ya he declarado que esta obra no intenta copiar los libros de los filósofos ni esclarecer difíciles problemas, sino tan solo mencionar aquellas proposiciones que guardan íntimo enlace con nuestro asunto y que son necesarias para el fin que nos proponemos.

A las susodichas proposiciones cabe añadir la que enuncia la eternidad del universo, que Aristóteles mantiene como verdadera y aun más aceptable que ninguna otro teoría. Por el momento vamos a admitirla, como hipótesis, con el único propósito de demostrar nuestro sistema. Es la siguiente:

PROPOSICIÓN XXVI. — El movimiento y el tiempo son eternos, constantes y en existencia actual. De acuerdo con esta proposición, Aristóteles se ve obligado a sostener que existe de manera actual un cuerpo en movimiento constante, es a saber, la quintaesencia. Deduce de ahí que los cielos no están sujetos a génesis y a destrucción, porque el movimiento no puede ser engendrado ni destruido. Dice también que todo movimiento ha de ir necesariamente precedido de otro, ya sea de la misma, ya de diferente clase. Es falsa la creencia de que la locomoción de un animal no vaya precedida de otro movimiento; porque el animal se ve inclinado a moverse, luego de haber estado en reposo, por la intención de obtener aquellas cosas que le provocan a moverse. Un cambio de su estado de salud, o cierta imagen, o una nueva idea, pueden producir en él

el deseo de buscar lo que le allega bienestar, o de eludir lo que le produce molestia. Cada una de estas tres causas impulsan al ser vivo y producen diversas especies de movimiento. Afirma también Aristóteles que todo cuanto ha sido creado tiene que haber existido en potencia antes de que fuera creado en acto, y, mediante ciertas deducciones que se desprenden de esta afirmación, procura establecer su principio, diciendo: La cosa que se mueve es finita, y su curso finito; pero repite el movimiento en su órbita un número infinito de veces. Sólo puede acaecer esto cuando el movimiento es circular, según se estableció en la proposición XIII. Síguese de aquí la existencia de un infinito número de cosas que no coexisten, sino que se suceden unas a otras.

Aristóteles ha intentado reiteradamente fundamentar esta proposición; pero estimo que no considera concluyentes sus pruebas, y que su teoría le parece tan sólo la más probable y aceptable. Empero, sus secuaces y los comentaristas de sus libros, la dieron por plenamente demostrada. Por su parte los Motacálimes tratan de probar que la proposición no puede ser verdadera, pues que, a su parecer, no cabe concebir de qué manera puedan venir a la existencia sucesivamente infinitas cosas. Sin embargo, a mí me parece la proposición admisible, aunque no probada, como afirman los comentaristas de Aristóteles, ni tampoco imposible, como sostienen los Motocálimes. No intentamos exponer aquí las pruebas que nos ofrece Aristóteles, ni manifestar nuestras dudas, ni declarar nuestro propio parecer respecto a la creación del universo. Sólo pretendo mencionar aquellas proposiciones que nos serán precisas para demostrar los tres principios antes establecidos. Y habiendo transcrito y admitido como supuesto las proposiciones de Aristóteles, procedamos ahora a explicar las consecuencias que de ellas se deducen.

CAPÍTULO I

PRUEBAS FILOSÓFICAS DE LA EXISTENCIA, INCORPOREIDAD Y UNIDAD DE LA CAUSA PRIMERA

Según la proposición XXV, ha de haber un agente motor que haya impelido a la substancia de todas las cosas transitorias que existen, capacitándolas para recibir la Forma. La causa del movimiento de aquel agente se halla en la existencia de otro motor de la misma o diferente clase, siendo el término "movimiento" común, en sentido general, a las cuatro categorías de la Proposición IV. Esta serie de movimientos no es infinita (Proposición III); y vemos que sólo puede proseguirse hasta llegar al movimiento de la quintaesencia, en el cual termina. El movimiento de la quintaesencia es el origen de toda fuerza que agita y prepara a cualquier substancia de la tierra para que se combine con una cierta forma, con la cual se enlaza a través de una cadena de movimientos intermedios.

De manera semejante, cabría demostrar que la causa última de todo génesis y destrucción puede irse remontando hasta el movimiento de la esfera. Pero, a su vez, este movimiento tiene que haber sido efectuado por un agente (Proposición XVII) que resida ora dentro, oro fuera de la misma esfera; siendo imposible la existencia de un tercer caso. Si el motor es exterior a la esfera, tendrá que ser corpóreo o incorpóreo; si es incorpóreo, no podrá decirse que el agente es exterior a la esfera, sino solamente distinto de ella, porque de un objeto incorpóreo sólo en metáfora puede decirse que reside fuera de un objeto corpóreo. En el segundo caso, si el agente reside en la esfera, tendrá que ser, o bien una fuerza distribuida por el conjunto de ella, de manera que cada parte de la esfera encierre una parte de la fuerza, como en el caso del calor y el fuego, o una fuerza indivisible, como el alma y el entendimiento (Proposiciones X y XI). El agente que pone en movimiento a la esfera tendrá que ser, en resumen, una de estas cuatro cosas: Un objeto corporal exterior a la esfera; un objeto incorpóreo separado de ella; una fuerza esparcida por el conjunto de la esfera; o una fuerza indivisible inherente a ella.

Es imposible, como se explicará, el caso primero de que el agente motor de la esfera sea un objeto corporal exterior a la misma. Pues que si el agente motor fuese corpóreo, tendría que moverse mientras pone en movimiento al otro objeto (Proposición IX): de igual manera, el sexto elemento habría de moverse participando el suyo a otro cuerpo, y tendríamos un séptimo elemento; y así, se necesitaría que hubiera un número infinito de cuerpos antes de que pudiera ser puesta en movimiento la esfera. Lo cual es contrario a la proposición II.

El tercer caso, según el cual el objeto motor sería una fuerza distribuida por todo el cuerpo movido, es igualmente imposible. Porque la esfera es corpórea, y tiene por consiguiente que ser finita (Proposición I); también la fuerza que ésta contiene tendría que ser finita (Proposición XII), puesto que cada parte de la esfera contendría una parte de la fuerza (Proposición XI): Por consiguiente, ésta no puede producir un movimiento infinito, según afirmamos que lo hace conforme a la Proposición XXVI, la cual admitimos provisionalmente.

El cuarto caso es igualmente imposible, según el cual la esfera se pone en movimiento por la acción de una fuerza indivisible inherente a ella, al igual que el alma reside en el cuerpo. Porque esta fuerza, aunque indivisible, no podría ser causa por sí sola de un movimiento infinito, ya que, si así fuera, el primer motor estaría afectado de un movimiento accidental. (Proposición VI). Pero las cosas que se mueven accidentalmente tienen que volver al reposo (Proposición VIII), y entonces también la cosa movida quedaría en reposo.

Por consiguiente, el movimiento de ese supuesto primer motor, tiene que deberse a una causa que no forme parte de cosas compuestas de dos movimientos, agente que mueve y objeto movido; estando presente esa causa, el motor del conjunto impele al objeto movido, y estando ausente, no tiene lugar movimiento alguno. Por eso los seres vivos no se mueven continuamente, aunque cada uno posea un elemento motor indivisible; porque este elemento no está en movimiento constante, como sucedería si se moviera de por sí. Antes bien, las cosas a que se debe la acción del ser vivo, están separadas del elemento que mueve, y la acción se produce, ora merced al deseo de lo que es agradable, o a la aversión de lo desagradable, o a cierta imagen, o a una idea que el ser que se mueve es capaz de

concebir. El agente motor actúa en presencia de alguna de dichas causas; su movimiento es accidental, y debe, por lo tanto, traducirse en reposo, (Proposición VIII). La esfera no podría moverse **ad infinitum** si el motor de la misma fuera de esta condición. Nuestro contradictor, empero, sostiene que las esferas se mueven constantemente **ad infinitum**; si tal fuera el caso, y ello es posible (Proposición XIII), la causa del movimiento de la esfera tendría que ser, conforme a la clasificación precedente, de la segunda especie, es decir, producido por algo incorpóreo y distinto de la esfera.

De tal suerte puede considerarse demostrado que la causa eficiente del movimiento de la esfera, de ser éste eterno, no es corpórea, ni inherente a ningún objeto corpóreo, ni puede moverse por sí misma, ni de manera accidental. Tiene que ser, pues, indivisible e inmutable (Proposiciones VII y V). El Primer motor de la esfera es Dios, alabado sea Su nombre.

Es inadmisible la hipótesis de que existan dos dioses, porque los seres absolutamente incorpóreos no son susceptibles de numeración (Proposición XVI), salvo como causa y efecto. La relación de tiempo no es aplicable a Dios (Proposición XV), porque no pude predicarse de Él el movimiento.

Puede resumirse como sigue el argumento anterior: La esfera no puede moverse **ad infinitum** por sí misma; el Primer motor no es corpóreo, ni es una fuerza que reside en un cuerpo; es Uno, inmutable, y su existencia independiente del tiempo. De tal suerte quedan probados, según los principales filósofos, tres de nuestros postulados.

SEGUNDO ARGUMENTO. — Válense los filósofos de otras pruebas. Si hubiera una cosa compuesta de dos elementos, y se conociera que uno de ellos existe por sí mismo, independiente de aquella cosa, entonces resultaría que el otro elemento existe también por sí mismo con independencia del compuesto. Porque si la naturaleza de ambos elementos fuera tal que sólo pudieran existir juntos, como la materia y la forma, entonces, ninguno de ellos podría tener existencia independiente. Luego de haber explicado esta proposición, Aristóteles continúa diciendo: Advertimos que hay muchos objetos compuestos de **motor** y **movido**, lo cual acaece a los elementos todos intermedios de una serie de cosas que

están en movimiento. Vemos también una cosa que es movida, sin mover a ninguna otra, en el último miembro de la serie; consiguientemente, tiene que haber también un motor que no sea al mismo tiempo movido, y esto es el Primer motor inmóvil que, al no ser susceptible de movimiento, es indivisible, incorpóreo e independiente del tiempo, según se ha probado en el argumento anterior.

TERCER ARGUMENTO. — Reza como sigue: No hay duda de que existen muchas cosas de manera actual, percibidas por los sentidos. Ahora bien., sólo pueden concebirse tres casos: O bien estas cosas carecen de principio y fin, o todas tienen principio y fin, o unas principio y otras fin. El primero de los casos es totalmente inadmisible, pues que claramente percibimos objetos que nacen y se destruyen. También es inadmisible el segundo caso, porque si todas las cosas tuvieran solo existencia temporal, todas serían destruidas, y lo que se enuncia de toda una clase de cosas como posible, necesariamente es actual. De donde todas las cosas tendrían que llegar a término, y entonces nada existiría, pues que no habría en existencia ningún ser capaz de producir alguna cosa. Por consiguiente, si todo fuera transitorio, no existiría nada; pero nosotros vemos que existen cosas, y hallamos que nosotros mismos existimos, por donde concluimos como sigue: Pues hay indudablemente seres que existen temporalmente, tiene que haber también un ser eterno que no esté sujeto a destrucción, y cuya existencia sea real, y no meramente posible.

Se ha argüido más tarde que este ser necesariamente ha de existir de una de estas dos maneras: o por razón de sí mismo, o mediante alguna fuerza externa. En el último caso, serían igualmente posibles su existencia y su inexistencia, que necesariamente habrían de ser debidas a una fuerza exterior, la cual sería entonces, la que poseyera la existencia absoluta. (Proposición XIX). Es por lo tanto, cierto, que si existe según afirma Aristóteles algo producido por una causa eterna y que debe por esta misma razón ser también eterno, tiene también que haber un ser que goce de absoluta existencia, independiente de todo, fuente del existir de todos los seres transitorios o permanentes. Es esta una prueba de cuya corrección no se puede dudar, cuando se conoce el método probatorio. Decimos además que la existencia de algo que goza de un existir independiente no se debe a causa alguna (Proposición X), y que tal ser no

encierra pluralidad de ninguna especie (Proposición XXI); por consiguiente, no puede ser un cuerpo, ni una fuerza inherente a un cuerpo (Proposición XXII). Es, pues, ahora evidente que tiene que haber un Ser con existencia independiente absoluta, cuyo existir no pueda atribuirse a ninguna causa externa y que no encierre diversidad de elementos; de donde, no es posible que sea un ser corpóreo ni una fuerza inherente a un objeto corpóreo: Este ser es Dios.

Sería facilísimo probar que la existencia independiente absoluta no puede ser atribuida a dos seres. Porque, si así fuere, dicha manera de existencia sería una propiedad añadida a la substancia de ambos; ninguno de ellos sería absolutamente independiente por razón de su esencia, sino solo mediante cierta propiedad, común a ambos. Se podría de mil diferentes maneras demostrar que la existencia independiente no puede conciliarse con el principio dualista. Lo mismo daría que imaginásemos dos seres de propiedades semejantes o diferentes. La razón de todo esto debe buscarse en la absoluta sencillez y en la suprema perfección de la esencia de este Ser, único en su especie, que no depende de causa alguna ni tiene nada de común con los demás seres.

CUARTO ARGUMENTO. — Bien conocido es, así mismo, este otro argumento filosófico. Constantemente vemos cosas que pasan de estado potencial a estado actual, pero en todos estos casos existe un agente desligado de la cosa, que efectúa la transición (Proposición XVIII). Es igualmente evidente que el agente, por su parte, ha pasado de potencia a acto. Primero fue posibilidad, o porque había en él algún impedimento que les estorba ser acto, o porque faltaba alguna relación entre él y el objeto de su acción, llegando a convertirse en agente actual tan pronto se presentó dicha relación. En ambos supuestos, se hace precisa la presencia de un agente que quite el estorbo o cree la relación. Lo mismo cabría argumentarse respecto de este último agente. Estas series de causas no pueden remontarse **ad infinitum**; tenemos que llegar finalmente a una causa de la transición, por virtud de la cual un objeto pasa de potencialidad a actualidad; una causa constante y no susceptible de potencialidad alguna. En la esencia de esta causa no hay nada potencial, porque si en su esencia se encerrara alguna posibilidad de existencia, no existiría en modo alguno (Proposición XXIII). No puede ser corpórea,

sino que tiene que ser espiritual (Proposición XXIV): El ser inmaterial que no encierra posibilidad ninguna, que existe siempre de manera actual, por su propia esencia, es Dios. Puesto que es incorpóreo, según se ha demostrado, síguese que es también Uno (Proposición XVI).

Aun cuando admitiéramos la eternidad del universo, podríamos probar por cualquiera de estos métodos la existencia de Dios, Su unidad y Su incorporeidad, y que no reside como fuerza inherente a cuerpo alguno.

También es correcto el siguiente modo de probar la incorporeidad de Dios: Si hubiera dos dioses, necesariamente tendrían en común un elemento por virtud del cual fueran dioses; y otro que les distinguiera como tales dos dioses: este elemento distintivo, o estaría en ambos, siendo diferente de la propiedad común a los dos, en cuyo caso ambos estarían compuestos de diferentes elementos, y ninguno de ellos sería la Causa Primera, ni tendría existencia independiente absoluta, sino que sus existencias dependerían de ciertas causas (Proposición XIX), o el elemento distintivo estaría solo en uno de ellos, en cuyo caso sería éste el único ser con absoluta independencia.

OTRA PRUEBA DE LA UNIDAD DE DIOS. — Se ha demostrado probadamente que el conjunto del universo existente es un cuerpo orgánico, todas cuyas partes guardan armónica relación; también, que las influencias de las esferas superiores penetran la substancia terrenal y la preparan para recibir sus formas. Dedúcese la imposibilidad de que haya una divinidad atareada en informar una parte del mundo, y otra en informar la restante, tratándose de un cuerpo orgánico cuyas partes están todas íntimamente conjugadas. No se podría imaginar una dualidad semejante, ora que una de las divinidades estuviese activa a un tiempo, y la otra en otro, ora que ambas actuaran simultáneamente, sin que nada; se hiciera sin acuerdo de ambas. La primera alternativa es ciertamente absurda por muchas razones. Si una de las divinidades actuara en un momento dado, la otra también podría hacerlo, pues que no hay razón para que la una actuase y la otra no; si, por el contrario, una de las divinidades no pudiese actuar mientras operaba la otra, habría además de ambas divinidades una tercera causa que capacitaría a cada una de ellas para obrar, mientras incapacitaba a la otra.

Es igualmente absurdo afirmar que ambas de común acuerdo pueden traer todas las cosas a la existencia, y que ninguna actúa por sí sola; porque, cuando cierto número de fuerzas han de actuar aunadamente para obtener cierto resultado, ninguna de las fuerzas opera por sí misma ni es causa inmediata de aquel resultado, que depende de la unión de todas ellas, que es su causa inmediata. Además, ha sido probado que la acción de lo absoluto no puede deberse a ninguna causa externa. La unión es también un acto que presupone la causa efectiva de ella, y si esta causa fuera una, sería indudablemente Dios; pero si constara de cierto número de fuerzas separadas, sería menester que hubiese una causa que combinase estas fuerzas, como en el primer caso. Finalmente, habría que llegar a un ser simple que fuera la causa de la existencia del universo, en cuanto éste es un organismo. , Lo mismo da que esta Causa Primera produzca el universo creándolo de la nada, o que el universo coexista con ella. Pruébase así, paladinamente la unidad de Dios, sacándola de que el universo es un todo orgánico.

OTRO ARGUMENTO REFERENTE A LA INCORPOREIDAD DE DIOS. Todo objeto corporal está compuesto de materia y forma (Proposición XXII); todo compuesto de materia y forma ha menester un agente que los combine. Por otra parte, es evidente que el cuerpo es divisible y tiene dimensiones; un cuerpo está, pues, sometido indudablemente a accidentes. Por consiguiente, ninguna cosa corpórea puede formar una unidad, ya porque lo corpóreo es divisible, ya porque es compuesto; quiero decir, que puede ser lógicamente analizado en dos elementos; porque de un cuerpo no se puede decir que es tal cuerpo sino cuando se añade un elemento diferenciador al substratum corporal, y tiene por tanto que encerrar dos elementas; pero ha sido probado que el Absoluto no admite dualismo de ninguna especie.

Y ahora que hemos discutido estas pruebas, vamos a exponer nuestro propio método, cumpliendo lo que habíamos prometido.

CAPÍTULO II

DE QUE EXISTEN INTELIGENCIAS O SERES PURAMENTE ESPIRITUALES

La quintaesencia, es decir, las esferas celestiales, tienen que ser o transitorias o eternas, siendo esto último lo que afirma nuestro contradictor. Si las esferas son transitorias, entonces Dios es su Creador; porque, si todo cuanto existe, viene a existir después, de un período de inexistencia, es evidente por sí mismo que ha de haber un agente que haya efectuado esta transición. Sería absurdo sostener que la transición se produce por sí misma. Si, por el contrario, las esferas celestiales fueran eternas, dotadas de perpetuo y regulado movimiento, la causa del mismo, conforme a las proposiciones en la introducción enumeradas, habría de ser algo que ni fuera cuerpo, ni fuerza inherente a un cuerpo. Y esto es Dios, alabado sea Su nombre.

Hemos probado de tal manera que, ora creamos en que el mundo ha sido hecho de la nada, ora en la eternidad del universo, cabe demostrar con argumentos convincentes la existencia de Dios, quiero decir, de un Ser Absoluto, cuyo existir no puede ser atribuido a causa alguna y que no admite en sí potencialidad, sino sólo acto. La teoría de que Dios es uno e incorpóreo ha sido igualmente establecida de manera probada, independientemente de que el universo sea creado o eterno. Expúsose esto en el tercer argumento demostrativo de la existencia de Dios, y también al describir los métodos de que los filósofos se valen para probar que Dios es incorpóreo y Uno.

Parécenos ahora conveniente continuar exponiendo la teoría de los filósofos y declarar las pruebas con que sostienen que hay seres puramente espirituales, llamados Inteligencias. Luego expondremos esta misma teoría, en relación y armonía con lo que enseña la Escritura respecto a los ángeles, y tras de haber declarado plenamente la materia que ahora nos ocupa, volveremos a la tarea y discutiremos la teoría de la **creatio ex nihilo.** Porque no pueden comprenderse los argumentos favorables a esta teoría sin haberse percatado primero cabalmente de lo

que significa la existencia de las Inteligencias, así como el método de que me valgo para demostrarla.

CAPÍTULO III

DE QUE MANERA ADOPTA EL AUTOR LA DOCTRINA DE ARISTÓTELES

La teoría de Aristóteles, relativa a las causas de movimiento de las esferas, le llevó a sostener que existían Inteligencias, y, aun cuando conste de afirmaciones no probadas, es a mi juicio la más aceptable y sistemática, según lo estableció Alejandro en libro sobre EL ORIGEN DEL UNIVERSO. Algunas de sus enseñanzas coinciden con las de la Escrituras, y aun es mayor la armonía que guardan sus doctrinas con las contenidas en el **Midrachim**. Por esto cito sus opiniones y pruebas y elijo de ellas lo que coincide con las doctrinas de la Escritura y con las enseñanzas de nuestros sabios.

CAPÍTULO IV

DE LA INTERVENCIÓN DE DIOS Y LAS INTELIGENCIAS EN EL MOVIMIENTO DE LAS ESFERAS CELESTES

La declaración de que la esfera celeste tiene alma parecerá razonable a todo el que reflexione sobre ella. Empero a primera vista, pudiera hallarla oscura y discutible; porque creyera que cuando atribuimos un alma a las esferas celestiales, queremos decir algo parecido al alma del hombre, del asno o del buey. Nuestro propósito es solamente significar que la traslación de la esfera nos lleva a sostener la existencia de algún principio inherente a ella que la mueva; y este principio es ciertamente un alma.

Mas, no es porque la esfera tiene un alma por lo que se mueve de la manera como lo hace; porque los seres animados pueden moverse por instinto, mas también por razón. Por instinto quiero decir la intención que el animal tiene de acercarse a lo que le agrada o retirarse de lo que le disgusta; por ejemplo, acercarse al agua porque tiene sed, o apartarse del sol porque le abrasa. Lo mismo da que la cosa realmente exista o que sea sólo imaginaria, pues que la imaginación de algo agradable o desagradable también incita al animal a moverse. La esfera celestial no se mueve de esta manera, con el intento de retirarse de lo que es malo o acercarse a lo que imagina bueno. El movimiento circular de la esfera es debido a la acción de alguna idea; pero como las ideas solo se dan en seres inteligentes, se deduce que la esfera celeste es un ser dotado de Inteligencia.

Fácilmente comprenderemos esto considerando cuán a menudo formamos ideas de ciertas cosas, y, sin embargo, no nos inclinamos a ellas, aunque bien pudiéramos hacerlo; sólo cuando se suscita el deseo de la cosa imaginada, nos movemos con ánimo de obtenerla. De suerte que, tanto el alma, principio de la motilidad, como el entendimiento, fuente de las ideas, no se traducirían en movimiento si no existiera el deseo hacia el objeto imaginado o concebido. Síguese que la esfera celestial tiene que tener un deseo, por haber concebido o percibido un ideal, y haberlo

deseado. Este ideal es Dios, ensalzado sea Su nombre. Cuando decimos que Dios mueve las esferas, lo entendemos en este sentido, que las esferas sienten el deseo de hacerse semejantes al Ideal que han llegado a concebir.

Los antiguos filósofos contaban diez inteligencias, porque enumeraban las esferas que contienen estrellas y la superior que lo abarca todo, aunque algunas incluyen varias órbitas diferentes. Hay en conjunto nueve esferas, es a saber; la que todo lo comprende, la de las estrellas fijas, y las de los siete planetas. A las nueve esferas corresponden nueve Inteligencias, siendo la décima Inteligencia el Entendimiento Activo. Pruébase la existencia del último por la transición de nuestro entendimiento de potencia a acto, y por la misma transición que tiene lugar en el caso de las formas de todos los seres contingentes. Porque todo cuanto pasa de potencia a acto, requiere un agente externo de la misma especie, que efectúe la transición. Así el constructor no edifica su taller con la capacidad del artesano, sino con la del arquitecto que lleva en el pensamiento la forma de un edificio, siendo esta forma la causa de la transición de la idea potencial al edificio real, al imprimirla en los materiales de construcción. Así como lo que da forma a la materia tiene que ser pura forma, así la fuente del intelecto tiene que ser puro intelecto, y esta fuente y origen es el Entendimiento Activo. La relación del último con los elementos y sus partes componentes es la misma que la de las Inteligencias con sus respectivas esferas; y nuestro entendimiento activo, que nace del Entendimiento Activo, y nos capacita para comprenderlo, es análogo al de cada una de las esferas, que nace en la Inteligencia correspondiente a dicha esfera y la capacita para comprender a aquella Inteligencia, y para formarse una idea de ella, y para moverse, con la aspiración de hacerse semejante a ella.

Deduce luego Aristóteles que Dios no actúa por contacto directo. Cuando Él destruye algo con el fuego, son las esferas en movimiento las que mueven al fuego, y las Inteligencias o ángeles, que actúan por influencia directa, las que mueven a las esferas. Dios creó la primera Inteligencia, el motivo actuante de la primera esfera; la Inteligencia que hace moverse a la segunda esfera procede de la Primera, y así sucesivamente. La Inteligencia que pone en movimiento a la esfera inmediata a la tierra es la fuente y origen del Entendimiento Activo,

último en la serie de los seres puramente espirituales. De igual manera, las series de cuerpos materiales comienzan en la esfera suprema y terminan en los elementos y en los cuerpos que de ellos se componen. No es posible que la Inteligencia que mueve a la esfera suprema sea el Ser Absoluto; porque hay un elemento común a todas las Inteligencias, es a saber la propiedad de ser el agente motor de una esfera, y hay otro elemento por el cual cada una de ellas se distingue de las demás; de donde cada una de los-diez Inteligencias encierra dos elementos, y, por consiguiente, la Primera y Única causa tiene que ser distinta de ellas.

Esta es la teoría y opinión de Aristóteles, de las que nos ofrece pruebas, cuando la prueba es posible, en diversas obras de su escuela. En suma, él cree que las esferas son seres animados e inteligentes, capaces de comprender plenamente los **Principia** de su existencia; que hay seres puramente intelectuales —las Inteligencias— que no residen en cuerpos u objetos corporales y que derivan de Dios su existencia; y que estos seres forman el elemento mediador entre Dios v el mundo material. En el Capítulo siguiente declararé hasta dónde la enseñanza de la Escritura armoniza con estas opiniones, y hasta dónde se aleja de ellas.

CAPÍTULO V

COINCIDENCIA DE LA DOCTRINA DE ARISTÓTELES CON LA ESCRITURA

La Escritura sostiene que las esferas son seres animados e inteligentes, y no, como se inclinan a creer las personas ignorantes, masas inertes de fuego y tierra. Están dotadas de vida, y sirven al Señor, a quien prodigan su alabanza y glorifican, como cuando se dice "los cielos publican la gloria de Dios'" (PS. XIX, 2).

Ciertamente los cielos alaban a Dios y declaran sus maravillas, sin palabras de lengua y labio. Cuando el hombre proclama con palabras la alabanza de Dios, no hace otra cosa que decir las ideas que ha concebido, pero son éstas ideas las que formulan la verdadera alabanza. No necesito extenderme demostrando que tal es el parecer de nuestros Sabios. Considera no más la forma como dan la bendición que se recita mirando la luna nueva, y las ideas que reiteradamente se hallan en las plegarias del **Midrach**, en el siguiente y en otros pasajes: "Y las cohortes de los cielos Te adoran"(NEH. IX, 6). "Y los cielos fueron creados conjuntamente, y los seres que están encima viven para siempre, y nosotros somos mortales". Indican con esto nuestros Sabios su creencia en que las esferas son seres animados, y no materia inerte, como los elementos.

La opinión de Aristóteles concuerda con las palabras de los Profetas, Teólogos y Sabios. Convienen luego los filósofos en que el mundo de aquí abajo está regido por influencias que emanan de las esferas, las cuales conciben y tienen conocimiento de las cosas en que influyen. Esta teoría también se halla en la Escritura: "Y para gobernar en el día y en la noche" (GEN. I,18). La palabra "gobernar" se refiere aquí al poder que las esferas poseen de regir la tierra, además de a la propiedad de prodigar luz y tinieblas. No es posible sostener que quienes gobiernen son ignorantes de la cosa gobernada, si es que tomamos la palabra en su adecuado sentido.

CAPÍTULO VI

QUE QUIERE DECIR LA ESCRITURA POR LA PALABRA "ÁNGEL"

En cuanto a la existencia de los ángeles, no es menester citar aquí pruebas de que las Escrituras aluden reiteradamente a ellos. La palabra ELOHIM significa "jueces", y ha sido aplicada a los ángeles, y al Creador como juez de los ángeles. Cuando Dios dice "yo soy el Señor, tu Dios" el pronombre "tu" se refiere a toda la humanidad; pero en la frase ELOHE HA-ELOHIM se le describe a Dios como Señor de los ángeles, y en la frase ADONE HA-ADONIM, como Señor de las esferas y las estrellas, las cuales imperan sobre el resto de la creación corporal.

Ya hemos dicho antes que los ángeles carecen de cuerpo. Coincide esto con la opinión de Aristóteles, sin otra discrepancia que la de los nombres, pues donde él dice Inteligencias, nosotros decimos Ángeles. Esta doctrina de que existen Inteligencias mediadoras entre la Causa Primera y las demás cosas, forma parte de la Escritura, donde se representa cada acto de Dios ejecutado mediante alguno de sus ángeles. Pero "ángel" quiere decir "mensajero"; de donde se llama así a todo aquél a quien se le confía una misión. Hasta los movimientos de los brutos son atribuidos a veces a la acción de un ángel, cuando sirven al designio del Creador, que los dotó con el poder de ejecutar aquél movimiento: "Dios envió Su ángel, y cerró la boca de los leones, para que no me dañaran" (DAN. VI, 22). Llámanse también ángeles a los elementos, a un mensajero enviado por un hombre, como cuando se dice "y Jacob envió ángeles" (GEN. XXXII, 4); a un Profeta, "y Él envió su ángel y nos sacó de Egipto" (NUM. XXX, 16); a las ideas que perciben los Profetas en sus visiones, y a los poderes anímicos del hombre.

Cuando afirmamos que la Escritura enseña que Dios rige el mundo por medio de sus ángeles, queremos decir que los ángeles se identifican con las Inteligencias. En estos casos, en algunos lugares de la Escritura, habla Dios en plural: "Hagamos al hombre a nuestra imagen" (GEN. I, 26); "Descendamos y confundamos sus lenguas" (IB. XI, 7). Nuestros Sabios lo explican diciendo que Dios no hace nada sin contemplar a la

cohorte angélica, y no deja de sorprenderme la coincidencia de esta doctrina con la de Platón: Dios contempla el mundo de las ideas, y así produce los seres vivientes.

Empero estos pasajes no significan que Dios hable, piense o medite, o que Dios consulte y se valga de la opinión de otros seres, como se inclinan a creer las personas ignorantes. ¡Cómo habían de auxiliar al Señor aquéllos a quienes Él ha creado! Se quiere únicamente decir que todas las partes del universo, incluso los miembros de los animales en su forma tangible, son la obra de los ángeles; pues que las fuerzas naturales y los ángeles son una y la misma cosa.

¡Cuán dañina y malévola es la ceguera de la ignorancia! Decís a una persona, que se cuenta entre los Sabios de Israel, que el Todopoderoso envía Su ángel para que penetre en el vientre de la mujer y forme un ser, y aquél se complace y satisface del relato; lo creerá a pies juntillas y aun le parecerá una muestra del poder, majestad y sabiduría de Dios. Aún estando convencido de que el ángel está hecho de fuego ardiente, y de que es tan grande como la tercera parte del universo, no hará objeciones al milagro divino. Pero decidle que Dios dio a la semilla el poder informativo que engendra y moldea los miembros, y que este poder se llama "ángel", o que todas las formas se producen por el influjo del Entendimiento Activo, que es otro nombre del ángel, del príncipe del mundo a que frecuentemente aluden los Sabios, y os mandará con cajas destempladas; porque no acierta a comprender la verdadera grandeza y poder de las fuerzas creadoras que actúan en el cuerpo sin que las perciban nuestros sentidos. Nuestros Sabios han declarado ya, para quien quiera entenderlo, que todas las fuerzas que moran en un cuerpo son ángeles, cuánto más los poderes activos del universo.

En el MIDRACH-KOHELETH, sobre el ECCLES. X, 7, se halla el siguiente pasaje: "Cuando el hombre duerme, su alma habla al ángel, el ángel al querubín'". El lector entendido verá en esto una clara prueba de que también se llama ángel a la facultad imaginativa, y querubín a la inteligencia del hombre. ¡Cuán hermoso para quien lo comprende! ¡Cuán absurdo para el que lo ignora!

Ya hemos dicho que las formas en que los ángeles se manifiestan pertenecen a la visión profética. Algunos Profetas los ven con forma de

hombre; otros, con apariencia terrible y espantosa. El BERECHIT RABBA (Cap. I) dice: "Antes de que hayan ejecutado su tarea, los ángeles se llaman hombres; cuando la han llevado a cabo, son ángeles". Advierte cuán paladinamente enseñan nuestros Sabios que la palabra ángel no significa sino cierta acción, y que la aparición del mismo forma parte de la visión profética, dependiendo de la capacidad de la persona que la percibe.

No hay en la opinión de Aristóteles sobre el particular nada que contradiga la enseñanza de la Escritura. Toda la diferencia estriba en que él cree que estos seres son eternos, que coexisten con la Causa Primera, como efecto necesario de ella, y nosotros sostenemos que tienen principio, que Dios ha creado las inteligencias y otorgando a las esferas la facultad que poseen de aspirar a convertirse en imagen y semejanza de las Inteligencias; que al crear unas y otras, las dotó con sus poderes dirigentes. En esto discrepamos de Aristóteles.

CAPÍTULO VII

DE LA HOMONIMIA DE LA PALABRA "ÁNGEL"

Ya hemos dicho que ángel es palabra homónima, y se emplea para los seres intelectivos, las esferas y los elementos, pues que todos ellos están atareados en la ejecución del mandamiento divino. Mas no imagines que las Inteligencias y las esferas son como las otras fuerzas que residen en cuerpos y actúan como leyes naturales sin conciencia de lo que hacen. Antes bien, aquéllas son conscientes de sus acciones, y seleccionan mediante su libre voluntad los objetos en que ejercen su influencia, aunque no de la misma manera con que nosotros ejercitamos nuestro libre albedrío y nos imponemos a los seres y cosas de ca-rácter contingente. Lo que nosotros obramos perte-nece a la esfera de ínfima calidad, y nuestras acciones e influjos van precedidos de inacción; en cambio, las Inteligencias y las esferas ejecutan siempre el bien, nada contienen que no sea bondad y perfección, como se verá luego, y están continuamente activas, desde el principio de la creación.

CAPÍTULO VIII

DE LA MÚSICA DE LAS ESFERAS

Es antigua creencia, común a los filósofos y a otras gentes, la de que el movimiento de las esferas produce potentes y pavorosos sonidos. Los pitagóricos creían que esos sonidos eran agradables, y como notas y melodías musicales, aunque más sonoros. Ellos explicaron la razón de que no percibamos tan tremendos sonidos. La creencia de los pitagóricos fue aceptada por nuestro pueblo, pues que los Sabios de Israel, en cuestiones astronómicas, abandonaron sus propias teorías a favor de las ajenas. No hay ningún mal en ello; porque en materias de carácter especulativo cada cual se atiene a los resultados de su propio estudio, y acepta lo que le parece que ha sido establecido de manera probada.

CAPÍTULO IX

DEL NÚMERO DE ESFERAS CELESTIALES

No se conocía bien en tiempos de Aristóteles el número de las esferas. Los que hoy en día cuentan nueve esferas, consideran que alguna contiene diversos círculos de rotación, cosa que no ignora todo el que posee conocimientos astronómicos. Otros cuentan, como si fueran una sola todas las esferas en donde están los círculos en que las estrellas se mueven; y como otra distinta la que comprende al universo entero, de ahí que sostengan que en realidad sólo hay dos esferas, conforme al lugar de la Escritura que dice: "He aquí que el cielo y el cielo de los cielos, es del Señor" (DEUT. X, 14).

Discrepaban los antiguos astrónomos respecto a si las esferas de Mercurio y Venus eran superiores o inferiores a la del sol, porque no se había podido hallar prueba alguna de la posición de aquéllas. Más tarde, Ptolomeo sostuvo que eran inferiores a la del sol. Recientemente, algunos sabios andaluces sostienen lo contrario.

Ibn Aflá de Sevilla, a cuyo hijo he conocido, escribió un famoso libro sobre la materia. También el filósofo Abu-Bekr ibn-Alzaig, uno de cuyos discípulos ha estudiado conmigo, trató el asunto y presentó ciertas pruebas -que hemos copiado- de la improbabilidad de que Venus y Mercurio estén por encima del sol. En suma, como quiera que ello fuere, los antiguos; solían poner a Venus y Mercurio más altos que el sol, y contaban con ello cinco esferas; La de la luna, que es sin duda la más próxima a nosotros; la del sol, que desde luego está más alta que la de la luna; luego, la de los cinco planetas, la esfera de de las estrellas fijas, y la suprema esfera que no contiene estrella alguna. Por consiguiente hay cuatro esferas que contienen figuras estelares, a las que los antiguos dieron ciertos nombres en sus famosas obras, y son las esferas de las estrellas fijas, de los cinco planetas, del sol y de la luna. Por encima de todas hay una esfera vacía y sin estrellas. El número tiene para mí grandísima importancia, por lo que seguidamente voy a decir.

CAPÍTULO X

DE LAS CUATRO MANERAS DE MANIFESTARSE EL INFLUJO DE LAS ESFERAS CELESTES EN LA TIERRA

Sabido es que los filósofos sostienen que el orden del mundo sublunar, compuesto de seres perecederos, depende de las fuerzas que emanan de las esferas celestiales. También lo dicen nuestros Sabios. Aunque los influjos de las esferas se extienden a todos los seres, hay además un particular influjo de una estrella para cada especie, hecho que también se ha observado al tratar de las diversas fuerzas de un cuerpo orgánico, porque el conjunto del universo es como un organismo viviente, según declaramos antes.

Hablan los filósofos del peculiar influjo de la luna sobre el elemento agua. Pruébase por el ascenso y descenso de las aguas, coincidente con el creciente y decreciente de la luna. El influjo de los rayos del sol en el fuego puede observarse en el enfriamiento y calentamiento de la tierra, según que el sol se acerque o se retire o se oculte. Todo esto es tan claro que no necesita ser explicado. Me ha parecido que las cuatro esferas estelares que influyen en el nacimiento de todos los seres terrenos deben ejercer su influencia, cada una sobre cada uno de los cuatro elementos, siendo la causa de sus movimientos y mudanzas. Así la esfera lunar mueve al agua, la solar al fuego, la planetaria a aire, y la de las estrellas fijas a la tierra.

Hay cuatro causas de movimiento de cada esfera. Su forma esférica, su alma, su entendimiento en virtud del cual es capaz de concebir ideas y la Inteligencia a quien desea asemejarse la esfera. La explicación de ello es como sigue: La esfera no podría estar continuamente en movimiento si no tuviera la forma peculiar que tiene; la continuidad del movimiento sólo es posible cuando es circular. Las esferas tienen que tener un alma; porque sólo los seres animados se mueven libremente. Su movimiento no consiste en la inclinación al eludir el daño y a buscar el provecho, sino en que las esferas se forman idea de un cierto ser al que anhelan aproximarse; ahora bien, para formarse una idea de este ser,

precisa que posean entendimiento. En fin, es menester, que haya algo a que corresponda aquella Idea ejemplar a que desean asemejarse las esferas. Tales son las cuatro causas de su movimiento. Las cuatro fuerzas principales que directamente derivan de las esferas celestes son: la naturaleza de los minerales, las propiedades de las plantas, las facultades del animal, y en entendimiento del hombre.

Vale la pena de que fijemos nuestra atención en el número cuatro, que quizás parezca extraño. En el MIDRACH TANHUMA se halla el siguiente pasaje: "¿Cuántos peldaños había en la escala de Jacob? —cuatro". Al describir Zacarías la visión alegórica de los "cuatro corros que salían de entre dos montañas, que eran montañas de bronce", explica: Son los cua-tro espíritus de los cielos que salen de donde están, delante del Señor de toda la tierra" (ZAC. VI, 5). Por estos cuatro espíritus se figuran las cuatro causas que producen todos los cambios del universo. El dicho de nuestros Sabios, de que el ángel es tan dilatado como la tercera parte del universo, con las palabras del BERECHIT RABBA (Cap. X), que el ángel es la cuarta parte del mundo, claramente lo hemos explicado en nuestro mayor libro sobre la Santa Ley. El conjunto de la creación consta de tres partes: l. —Las Inteligencias puras o ángeles; 2. —Los cuerpos de las esferas; 3. —La materia prima, o los cuerpos que están debajo de las esferas y sometidos a constante mudanza. De tal suerte pueden entenderlos oscuros dichos de los profetas quienes lo deseen, despertándose del sueño de olvido, liberándose del mar de la ignorancia y remontándose hacia los seres superiores. Pero los que prefieran nadar en las aguas tenebrosas y descender, no necesitan esforzar el cuerpo y el corazón; les basta con renunciar al movimiento, y descenderán conforme a una ley de la naturaleza. Para mientes en todo lo que te he dicho.

CAPÍTULO XI

DE CÓMO SE ENCADENAN Y DESCIENDEN LOS INFLUJOS DIVINOS

El simple matemático que leyera y estudiara estas discusiones astronómicas creería que la forma y nú-mero de las esferas pertenece a los hechos que han sido establecidos de manera probada. No es así; ni la ciencia astronómica se preocupa de demostrarlo, aunque encierra otras materias susceptibles de prueba; por ejemplo, se ha probado que el paso del sol se inclina contra el Ecuador, de lo cual no puede dudarse.

Cuando advertimos que las estrellas fijas se mueven uniformemente de la misma manera, sin la menor diferencia, concluimos que están todas en una sola esfera. No es, empero, imposible, que cada estrella tenga la suya propia, con un centro separado, y que sin embargo se muevan para nosotros de la misma manera. Si se aceptara esta teoría había que suponer un número de Inteligencias igual al de estrellas, sobre lo cual la Escritura dice: ¿Hay número para contar sus ejércitos?" (JOB. XXV, 3); porque llama ejércitos de Dios a las Inteligencias, cuerpos celestiales y fuerzas de la naturaleza. Pero sí se sabe las especies de estrellas que hay, y ello justifica que contemos colectivamente como una sola esfera a las de todas las estrellas fijas, de igual suerte que consideramos como una esfera las de los cinco planetas, con las numerosas que contienen. Al adoptar este número, pretendemos clasificar las influencias que podemos descubrir en el universo, conforme a su carácter genérico, sin pretender fijar el número exacto de Inteligencias y esferas. Sólo aspiramos a enseñar lo siguiente: En primer lugar, que la creación consta de tres partes, (1) las Inteligencias puras; (2) los cuerpos de las esferas, y (3) el mundo de los seres terrenales y perecederos, que todos ellos están compuestos de una misma substancia. En segundo lugar, queremos explicar que los poderes rectores del mundo emanan del Creador, a través de las Inteligencias que los transmiten conforme a su propio orden; las Inteligencias comunican a las esferas el bien y la luz que les ha sido concedido, y las esferas transmiten fuerzas y propiedades a los seres del mundo transitorio y perecedero.

Ya hemos dicho que todas estas teorías no contradicen la enseñanza de nuestros Profetas y Sabios. Nuestra nación era sabia y perfecta; pero cuando los perversos bárbaros nos privaron de nuestro patrimonio, pusieron término a nuestra ciencia y literatura, mataron a nuestros Sabios, y nos hicimos ignorantes.

Estamos mezclados con otras gentes y hemos aprendido sus opiniones y seguido sus maneras e imitado sus actos. Habiéndonos educado entre personas ilustradas en la filosofía, propendemos a considerar que las opiniones filosóficas son extrañas a nuestra religión, y no es así.

Y pues que reiteradamente hemos hablado de los influjos que emanan de Dios y de las Inteligencias, procederemos a explicar qué entendemos por influjo, después de lo cual pasaremos a discutir la teoría de la creación.

CAPÍTULO XII

EN QUÉ CONSISTE EL INFLUJO DIVINO Y EL DE LAS ESFERAS

No cabe duda de que cuando acaece algo, tiene que haber una causa eficiente que produce lo que antes no existía. Demuestra la física que un cuerpo no puede actuar sobre otro sin ponerse en contacto directo con él, o indirecto, a través de un elemento mediador. Por ejemplo, un objeto que se ha calentado, tiene que haber estado en contacto con el fuego, o bien el aire que rodea al cuerpo estuvo en contacto con el fuego y le comunicó su virtud. El imán atrae al hierro desde lejos, mediante cierta fuerza que se comunica al ambiente que rodea al hierro. No actúa el imán desde cualquier distancia, ni el fuego tampoco, antes bien ambos sólo actúan hasta donde logran afectar al aire o al ambiente que hay entre el objeto y el imán o el fuego. De igual suerte hallamos que las causas de todos los cambios del universo son diferentes combinaciones de los elementos que actúan unas sobre otros, según que los cuerpos se acercan o se separan.

Hay, empero, mudanzas que no guardan relación con las combinaciones de los elementos y que atañen sólo a la forma de las cosas. Menester es que obedezcan también a una causa eficiente; tiene que haber una fuerza que produzca las varias formas, y esta causa es incorpórea. Todas las combinaciones de los elementos están sujetas a disminución o aumento que se efectúa gradualmente. No acaece así con las formas, que no cambian gradualmente y son, por lo tanto, inmóviles; aparecen y desaparecen de súbito, como indicando que no son el resultado de la combinación de elementos corporales. Esta combinación no hace sino preparar la materia, haciéndola apta para recibir la forma.

La causa eficiente que produce, una forma es indivisible, por ser de la misma especie que la cosa producida. Tiene que ser otra forma abstracta. La acción de este agente incorpóreo no puede depender de una cierta relación con el producto corpóreo; siendo incorpórea, no puede acercarse al objeto ni alejarse de él; ni puede el cuerpo aproximarse o distanciarse tampoco del agente incorpóreo, porque no hay relación de distancia entre seres corpóreos y los que no lo son. Esta clase de acciones

no dependen del contacto, del choque ni de la distancia. Se les llama "influencia" o "emanación" por vía de semejanza al manantial de agua.

Siendo Dios incorpóreo, y siendo todos los seres obra suya, en cuanto causa eficiente, decimos que el universo ha sido creado por emanación o influjo divino, y que todos los cambios del mundo emanan de Él. En el mismo sentido decimos que da lugar a que la sabiduría emane de Él y descienda sobre los Profetas. En tales casos sólo pretendernos expresar que un Ser incorpóreo, a cuya acción llamamos "influjo", ha producido cierto efecto. La palabra influjo se ha estimado aplicable al Creador, por la semejanza de sus operaciones con las de la fuente. No hay manera mejor de describir la acción de un ser incorpóreo. Difícil es formarse idea de la acción de la forma o idea del ser incorpóreo, en cuanto tal.

Como sólo podemos imaginar cuerpos y fuerzas inherentes a ellos, así también la imaginación sólo comprende las acciones cuando el agente está cerca, a cierta distancia o en un sitio determinado. Por eso hay personas que, al percatarse de que Dios es incorpóreo, y que no se aproxima al objeto sobre el cual obra, pretenden que da órdenes a los ángeles. De tal suerte, esas personas imaginan a los ángeles como cuerpos, y algunas creen, además que Dios les manda con palabras formadas, como las nuestras, de letras y sonidos. Todo lo cual es parte de la imaginación de donde vienen directa o indirectamente todas las expresiones erróneas.

Pero en este capítulo solo pretendemos explicar el término "influencia" aplicado a la acción de Dios y de las Inteligencias o ángeles. Aplícase también a la acción de las esferas sobre la tierra, aunque esferas y estrellas, en cuanto seres corpóreos, sólo actúan a cierta distancia, ora del centro, ora entro sí, circunstancia que ha llevado a la astrología. En cuanto a la afirmación de que la Escritura aplica a Dios la noción de "influjo" o "emanación", compárese aquello de "ellos me han buscado a Mí, fuente de las aguas vivas" (JER. II, 13). Y en otro lugar "porque contigo está la fuente de la vida" (PS. XXXVI, 10), esto es, la influencia divina que da el ser a las cosas. Las palabras categóricas del versículo, "en Tu luz vemos luz", expresan exactamente lo que decimos, esto es, que por el influjo del entendimiento, que emana de Dios, alcanzamos la sabiduría.

Nuestro entendimiento nos guía y capacita para comprender al Entendimiento Activo.

CAPÍTULO XIII

DIVERSAS TEORÍAS ACERCA DEL PRINCIPIO DEL UNVERSO

Hay tres diferentes teorías acerca de si el universo es o no eterno.

PRIMERA TEORÍA. — Los que seguimos la Ley de Moisés sostenemos que el universo, esto es, todo menos Dios, ha sido traído por Él a la existencia, desde la inexistencia. Al principio sólo había Dios, y ninguna otra cosa, ni ángeles, ni esferas, ni las cosas en ellas contenidas. Él produjo todo, de la nada, tal como ahora es, por Su voluntad y deseo. Hasta el tiempo se cuenta entre las cosas creadas, porque el tiempo depende del movimiento, de un accidente de las cosas queso mueven, y las cosas han sido creadas. Decimos que Dios **existía antes** de la creación del universo, aunque el verbo existir implica la noción de tiempo; también creemos que hubo un lapso infinito antes de que fuera creado el universo; pero, al hablar así, no empleamos la palabra tiempo en su verdadero sentido. Queremos decir algo indefinible, análogo o semejante al tiempo.

Muchos sabios ignoran lo que realmente es el tiempo, y aun hubo hombres como Galeno que se preguntaban perplejos si existía o no existía en realidad. El tiempo es un accidente del movimiento, que a su vez es un accidente de la cosa que se mueve; además, no es una propiedad fija; antes bien, su condición esencial es no permanecer en el mismo estado durante dos momentos consecutivos. De ahí procede la ignorancia acerca de la naturaleza del tiempo. Para nosotros el tiempo es cosa creada; apareció a la existencia de la misma forma que los demás accidentes y que las substancias que constituyen el substratum de los accidentes. Por eso, porque el tiempo es cosa creada, no se puede decir que Dios produjo el universo "en el principio". Medítalo bien; porque el que no comprende esto, no puede luego refutar poderosas objeciones que se suscitan contra la teoría de la **creatio ex nihilo**. Si admites que el tiempo existía antes de la creación, te verás obligado a aceptar la eternidad del universo.

Esta es la primera teoría, principio fundamental de la Ley de Moisés, el inmediato en importancia después del principio de la unidad de Dios.

No sigas ninguna otra. Abraham nuestro padre fue el primero que la enseñó, habiéndola establecido por medio de la indagación filosófica.

SEGUNDA TEORÍA. — Es la de los filósofos, según cuyas creencias y las enseñanzas de las obras que nos han llegado, es imposible sostener que Dios produzca nada de la nada, o convierta algo en nada. Sostienen que hay una cierta substancia que ha coexistido con Dios desde la eternidad, de tal manera que ni Dios existiría sin esa materia, ni la materia sin Dios. Mas no pretenden que la substancia sea del mismo rango que Dios, pues que Dios es la causa de la existencia, estando la materia con respecto a Él en condición parecida a la arcilla respecto del alfarero, o al hierro respecto del herrero. Los que esto afirman dicen que los cielos son transitorios, que vinieron a la existencia, pero no saliendo de la nada, y que pueden dejar de existir, aunque no reduciéndose a la nada. Son transitorios a la manera de los seres vivos, que se forman de una substancia existente, y en ella se desintegran de nuevo, sin que la substancia deje de existir. El proceso de la génesis y destrucción de los cielos se parece al de los seres terrenales.

Aristóteles dice con Platón que los cielos son perecederos. Sólo las personas ignorantes pueden afirmar que Platón coincide con nuestras creencias. Porque nosotros creemos que los cielos no han sido creados de la nada absoluta, y Platón pretende que fueron formados de algo.

TERCERA TEORÍA. — Es la de Aristóteles, sus discípulos y comentadores. Coincide con la segunda teoría en que los cuerpos corpóreos no pueden ser producidos sin la preexistencia de una substancia corporal. Pero van más lejos en sus deducciones, y pretenden que los cielos son indestructibles, porque el universo en su conjunto nunca ha sido diferente de lo que es ni cambia jamás. El mundo sublunar, que encierra los seres perecederos, ha sido siempre el mismo, porque la materia prima es en sí misma eterna y su única mudanza consiste en cambiar sucesivamente de formas. Pretende también Aristóteles que es imposible que Dios cambie de voluntad y conciba algún nuevo deseo; que Dios produjo el universo por su voluntad, pero no de la nada. Como es tan imposible que Dios cambie de voluntad y deseo como que no exista o que haya mudanza en Su esencia, Aristóteles deduce que el universo ha sido siempre el mismo en lo pasado, y será eternamente lo mismo que es.

Esas son todas las opiniones de los que consideran que está demostrada y probada la existencia de una Primera Causa del universo. No valdría la pena de mencionar la opinión de los que no reconocen la exis-tencia de Dios e imaginan que el actual estado de co-sas procede de la azariega combinación y separación de los elementos, y que el universo carece de Rector. Tampoco valdrá la pena de analizar la segunda teoría, de los que sostienen que los cielos son perecederos, pues que al mismo tiempo creen en la eternidad del universo, una vez admitido lo cual da lo mismo que creamos en el carácter transitorio de los cielos y en que sólo la substancia es eterna, o en que también los cielos son indestructibles, conforme al parecer de Aristóteles.

Y luego de haber descrito las diferentes teorías, procederemos a explicar la manera como Aristóteles demuestra la suya y las razones que le indujeron a adoptarla.

CAPÍTULO XIV

ALGUNOS MÉTODOS CON QUE LOS FILÓSOFOS PRETENDEN PROBAR LA ETERNIDAD DEL UNIVERSO

No es menester repetir en cada capítulo que escribo este tratado con perfecto conocimiento de lo que he estudiado y que, por consiguiente, no necesito transcribir las palabras exactas de los filósofos; bastará con que ofrezca un resumen de sus opiniones. Empero, quiero exponer los métodos de que se valen, de la misma manera que lo hice con los de los Motacálimes. Solo me atendré a la opinión de Aristóteles, y cuando la encuentre dudosa o no bien fundada, la objetaré con el grandísimo respeto que guardo a todos cuantos contradicen nuestros fundamentales principios. Y procedo a exponer los métodos de los filósofos.

PRIMER MÉTODO. — Según Aristóteles, el movimiento por excelencia es eterno. Porque si tuviese un principio, tendría que haber habido algún movimiento cuando vino a la existencia, pues que la transición de potencia a acto y de inexistencia a existencia implica siempre movimiento. Sostiene también que el tiempo es eterno. No hay movimiento si no es en el tiempo, y a su vez el tiempo sólo puede ser percibido por el movimiento, según ha sido demostrado probadamente. Con este argumento demuestra Aristóteles la eternidad del universo.

SEGUNDO MÉTODO. — La Substancia Primera común a los cuatro elementos, es eterna. Si hubiera tenido principio, procedería de otra substancia. Por otra parte, habría sido informada, pues que el venir a la existencia no es otra cosa que recibir la Forma. Pero por "Substancia Primera" queremos decir la substancia amorfa que no puede haber salido de otra substancia y tiene que ser sin principio ni fin; de donde se deduce que el universo es eterno.

TERCER MÉTODO. — La substancia de las esferas no contiene elementos opuestos; porque el movimiento circular no presenta las direcciones contrarias que se advierten en el rectilíneo. Toda destrucción procede de los elementos contrarios. Las esferas no los tienen, luego son

indestructibles, y si son indestructibles, carecen de principio. Síguesela eternidad del universo.

CUARTO MÉTODO. — Cuando no existía el universo su existencia era o posible, o necesaria, o imposible. Si era necesaria, el universo no podría haber sido nunca inexistente; si era imposible, el universo no habría existido nunca; si era posible plantéase la cuestión de saber qué era el substratum de dicha posibilidad; porque tenía que existir algo de que fuera predicado la posibilidad. El argumento es de peso en favor de la eternidad del universo.

Tales son los principales métodos en las propiedades de la Naturaleza, con los cuales prueba Aristóteles su eternidad. Hay otros que se apoyan en las ideas que nos formamos de Dios, y filósofos posteriores a Aristóteles los dedujeron de la doctrina de su maestro. He aquí algunos.

QUINTO MÉTODO. — Si Dios produjo el universo de la nada, tuvo que ser un agente potencial antes de que lo fuera en acto, y habría pasado de potencia a acto, proceso que requeriría un agente. El argumento es igualmente manantial de grandes dudas, y precisa examinarlo con mucho rigor y cuidado.

SEXTO MÉTODO. — Como Dios no es susceptible de accidentes que puedan producir mudanza en Su voluntad, ni está afectado por impedimentos ocasionales, no cabe imaginar que Dios haya sido activo en un momento dado e inactivo en otro. Al contrario, Dios siempre es activo, y de la misma manera, y siempre permanece con existencia actual.

SÉPTIMO MÉTODO. — Las acciones de Dios son perfectas; en modo alguno pueden ser defectuosas, ni contener algo de inútil o superfluo. Este universo es tan cabal, que no puede ser mejorado y tiene que ser permanente porque es el fruto de la sabiduría de Dios, la cual no solo está siempre presente en Su esencia, sino que se identifica con ella.

Todos estos métodos se basan en los anteriores y pueden ser referidos a alguno de ellos. Suscitan la siguiente objeción contra la **creatio ex nihilo**: ¿Cómo pudo Dios haber estado inactivo alguna vez sin crear nada en el infinito pasado? ¿Cómo pudo transcurrir el infinito período que precedió a la creación, sin que produjera nada, de suerte que comenzó, como si dijéramos el otro día, a crear el universo? Si dijeres que Dios había creado antes muchos universos sucesivos, tantos como granos de

mostaza caben en la suprema: esfera, y que cada uno de estos universos duró incontable número de años, todo ello sería igual que si Dios hubiera comenzado ayer la creación, comparándola a la existencia infinita de Dios. Lo mismo da que hayan transcurrido miles de siglos, que un solo instante, desde el principio de la creación.

OCTAVO MÉTODO. — Todos los pueblos han creído ciertamente en la permanencia y estabilidad de los cielos, y, pensando que eran eternos, los proclamaron morada de Dios y de los seres espirituales o ángeles. Esta atribución de los cielos a Dios expresa la universal creencia en su indestructibilidad.

CAPÍTULO XV

DE QUE ARISTÓTELES NO CONSIDERABA PLENAMENTE PROBADA LA ETERNIDAD DE LA CRECIÓN

No pretendía Aristóteles haber probado que el universo es eterno. En su FISICA, VIII, cap. 1, dice: "Todos los físicos que nos precedieron creían que el movimiento es eterno, salvo Platón que sostenía que era transitorio; según el cual, también los cielos son perecederos". Si Aristóteles hubiera estimado concluyentes las pruebas de su teoría, no habría considerado necesario apoyarlas en citas de físicos anteriores ni le hubiera parecido imprescindible poner de relieve la locura y necedad de sus contradictores. En otro lugar, en el libro DE LOS CIELOS Y EL MUNDO, prosigue diciendo: "Nuestra teoría será la más plausible y aceptable a juicio de los filósofos; y lo será mayormente cuando hayamos escuchando los argumentos de nuestros adversarios".

Ahora bien, yo pregunto a los que imaginan que se ha dado una prueba real de la eternidad del universo: ¿Podrían creer Aristóteles, o algún otro, que un teorema no sería aceptable, a pesar de haberlo plenamente demostrado, sin refutar previamente los argumentos de sus contradictores? Debemos parar mientes además en que Aristóteles dice que su teoría es una **opinión**, y en que no habla de pruebas, sino de **argumentos**. Y no hemos de pensar que el gran filósofo ignorara la diferencia que hay entre un argumento y una prueba; entre las meras opiniones, más o menos favorablemente acogidas, y las verdades susceptibles de ser demostradas.

Tengo el convencimiento de que no es susceptible de prueba lo que Aristóteles dice acerca de la eternidad del universo, de la causa de que haya diversos movimientos de las esferas, y de las jerarquías de Inteligencias, y creo además que Aristóteles nunca intentó demostrarlo. He aquí sus palabras: "Hay cosas respecto de las cuales somos incapaces de razonar, o que nos parecen demasiado elevadas. Es tan difícil decir por qué esas cosas tienen tales o cuales propiedades como decidir si el universo es o no eterno". Hasta aquí Aristóteles.

Hemos mencionado todo eso porque sabemos que la mayoría de los sedicentes discípulos del Sabio, aun estando en ayunas de toda ciencia, aceptan la teoría de la eternidad del universo a cuenta de la autoridad de famosos eruditos. Rechazan las palabras de los Profetas porque éstos no emplean métodos científicos y se limitan a comunicar su verdad tal como la recibieron por inspiración divina. En sucesivos capítulos expondremos la teoría de la creación, según la enseñanza de la Escritura.

CAPÍTULO XVI

DE POR QUÉ ACEPTAMOS QUE EL MUNDO HA SIDO CREADO DE LA NADA

En este capítulo comenzaré declarando mi parecer acerca del problema, y luego lo apoyaré con argumentos diferentes de los de los Motacálimes, quienes creyeron haber probado la **creatio ex nihilo.** Yo no quiero engañarme a mí mismo considerando que son pruebas los meros métodos dialécticos. Antes que esto, preferiría admitir como axiomático lo que no puedo demostrar, o aceptar uno de los términos del dilema por autoridad.

Pretendo poner de relieve que la teoría de la creación, tal como la enseña la Escritura, no encierra nada que no sea posible; y que, en cambio, todos los argumentos filosóficos que parecen desmentirla contienen puntos flacos que los invalidan y desvirtúan. Estoy convencido de la absoluta corrección de mi método, pues en principio considero admisibles las dos teorías, la de la eternidad y la de la creación, y acepto la última, sobre la autoridad de la Profecía que puede enseñar cosas que transcienden a los alcances de la especulación filosófica. Cuando haya demostrado la admisibilidad de nuestra teoría, probaré con razonamientos filosóficos que la doctrina de la creación es más aceptable que la de la eternidad del universo; y aunque ambas opiniones encierran puntos que están expuestos a la crítica, creo probar que son mucho más poderosas las razones que contradicen el parecer de nuestros adversarios.

CAPÍTULO XVII

DE QUE LAS LEYES NATURALES RIGEN PARA LAS COSAS CREADAS, PERO NO PUEDEN REGULAR EL ACTO CREADOR QUE LAS PRODUJO

Todo lo que se produce, pasa de la inexistencia a la existencia. Aun en el caso de que la substancia de una cosa fuera ya existente y que sólo haya experimentado cambie de forma, las propiedades que manifiesta al término del proceso de génesis y desarrollo son distintas de las que tenía antes de comenzar la transición por virtud de la cual pasa de potencia a acto. Considera el **ovum** humano cuando está todavía encerrado en las venas de la mujer: Su naturaleza es diferente de la que adopta en el momento de la concepción, al encontrarse con el semen del varón e iniciar su desarrollo; las propiedades del semen son también diferentes de las que presenta el ser vivo una vez nacido y plenamente desarrollado. No cabe inferir de la naturaleza que una cosa posee, luego de haber pasado por todas las etapas de crecimiento, cuál fuera la condición de la misma al iniciarse el proceso. En gran error y confusión incurrirás si intentas demostrar la naturaleza de una cosa durante su existencia potencial, por medio de las propiedades de su existencia actual; habrías de rechazar evidentes verdades y de admitir falsas opiniones. Si a un hombre que nunca conoció a mujer ni hembra alguna le dijeran que el hombre comienza a existir en el vientre de un individuo de su especie, de una hembra, no lo creería y trataría de refutar lo que le dijeran, y procuraría demostrar su imposibilidad por referencia a las propiedades de la persona adulta, de esta manera: Cuando alguno deja de respirar por breves instantes, muere y pierde la capacidad de moverse, ¿cómo imaginar que alguien haya podido estar encerrado durante varios meses en una bolsa situada en el interior de un cuerpo, y haya conservado la vida y el movimiento? Si alguien se traga un pájaro vivo, morirá éste al instante, antes de llegar al estómago o a los intestinos; si no tomáramos manjares y bebidas por la boca, pereceríamos al cabo de breves días, ¿cómo puede, pues, nadie permanecer vivo varios meses sin tomar alimento? Este

sistema de razonamiento nos llevaría a la conclusión de que el hombre no pudo nacer y desarrollarse de la manera como lo hace.

Si los filósofos pararan mientes en este ejemplo y reflexionaran sobre él verían que reproduce exactamente la discusión entre Aristóteles y nosotros. Los que seguimos a Moisés nuestro Maestro, y a Abraham, nuestro Padre, creemos que el universo ha sido producido y se ha desarrollado de cierta manera, y que ha sido creado con cierto orden. Los aristotélicos nos contradicen, entresacando sus objeciones de las propiedades que las cosas del universo poseen cuando han llegado a su existencia actual y alcanzado su pleno desarrollo. Nosotros admitimos que existen esas propiedades, pero sostenemos que no son las que convenían al momento en que las cosas fueron producidas, ya que las propiedades mismas vinieron a la existencia, desde la absoluta inexistencia. Por tanto, los argumentos de los filósofos no pueden ser objeción a nuestras creencias y sólo tienen valor probatorio para contradecir a los que quieren demostrar la creación apoyándose en la naturaleza actual de las cosas existentes. Pero éste no es mi sistema. Por otra parte, no deseamos demostrar la creación, sino sólo su posibilidad, que no puede ser refutada con argumentos entresacados de la naturaleza del universo presente y que nosotros no contradecimos. Demostrada la admisibilidad de la creación, pasaremos a probar su superioridad. En suma, los aristotélicos no pueden buscar argumento alguno en la naturaleza del universo para negar la admisibilidad de la **creatio ex nihilo**, y habrán de acudir a la idea que nuestro pensamiento se ha formado de Dios. Sus pruebas comprenden tres métodos, ya antes mencionados, que se fundan en esa manera de concebir a Dios. En el próximo capítulo expondré los puntos débiles de semejantes argumentos, y probaré que no pueden en realidad probar nada.

CAPÍTULO XVIII

CÓMO INTENTAN LOS FILÓSOFOS PROBAR LA ETERNIDAD DEL UNIVERSO

El primer método es como sigue: Sostienen los filósofos que si la Divinidad produjera una cosa solamente en un tiempo determinado, acaecería en Dios una transición de potencialidad a actualidad, con todas las consecuencias lógicas que de ello derivan. Paréceme, facilísimo refutar este argumento, pues que sólo puede aplicarse a cuerpos compuestos de substancia — que es el elemento susceptible de cambio— y forma; porque cuando cuerpos de este linaje permanecen sin actuar durante algún tiempo, y luego obran por virtud de su forma, indudablemente hay en ellos algo en potencia que pasa al acto, cuya transición ha de ser necesariamente efectuada por algún agente exterior a ellos. Pero lo que es incorpóreo y carece de substancia no encierra nada que sea meramente posible, antes bien todo su ser está siempre en acto.

El argumento no es aplicable a los seres incorpóreos, a los cuales no les es imposible actuar en un momento y no en otro, sin que ello implique mudanza ni transición de potencia a acto. Porque no hay relación ni comparanza posible entre los seres corpóreos y los incorpóreos, ora obren, ora permanezcan inactivos. Sólo por homonimia se usa la palabra "acción" para referirse a las ideas que residen en los cuerpos o para tratar de seres absolutamente espirituales. La transición de potencialidad a actualidad es necesaria solamente en el caso de fuerzas que residen en cuerpos. De tal manera refutamos la poderosa objeción que suscitan los que creen en la eternidad del universo: Pues que nosotros sustentamos que Dios ni es corpóreo, ni es una fuerza apegada a un cuerpo, tampoco estamos obligados lógicamente a sostener que la creación (sea debida a un cambio que se opere en el Creador mismo, después de un período de inactividad.

El segundo método se funda en la teoría de que la esencia de Dios carece de toda suerte de apetencias, cambios, e impedimentos. Replico lo siguiente: La verdadera esencia de la voluntad de un ser no es otra cosa

que la facultad de concebir un deseo en un momento dado, y de no concebirlo en otro. Cuando se trata de seres corporales la voluntad que aspira a ciertos objetos externos, se muda según los impedimentos y las circunstancias; pero la voluntad de un Ser absolutamente espiritual que no depende de causas externas es inmutable, y el hecho de que el tal ser desee una cosa en un momento dado, no implica mudanza en Su esencia, ni dependencia respecto de causas exteriores en virtud de las cuales cambie de deseo. Y con esto queda aclarado que el término "voluntad" se usa de manera homónima para aplicarlo a Dios y al hombre, cuando no hay comparación posible entre la voluntad divina y la humana. Queda refutada la objeción e inconmovible nuestra doctrina, que es lo que yo me proponía establecer.

El tercer método reza como sigue: Todo lo que la sabiduría de Dios considera necesario producir, se produce **eo ipso**; pero esta sabiduría, por ser Su esencia, es eterna, y lo que de ella resulta tiene que ser también eterno. El argumento se nos antoja endeble. Así como no alcanzamos el por qué la sabiduría de Dios ha producido nueve esferas, y no más ni menos, o por qué ha fijado el número y tamaño de las estrellas tales como son, así tampoco podemos comprender por qué Su sabiduría produjo en un momento dado el universo, trayéndolo de la inexistencia a la existencia. Sabemos que todas las cosas deben el existir a Su eterna y constante sabiduría, pero estamos completamente en ayunas de las maneras y métodos que ella emplea, pues que, según nuestro parecer de que Dios no tiene atributos, Su voluntad se identifica con Su sabiduría, y todos Sus atributos son una y la misma cosa, es a saber: Su esencia. Aún habrá más que decir sobre la materia en el lugar en que tratamos de la Providencia. Baste lo dicho para probar que la objeción carece de fundamento.

Y habiendo demostrado que nuestra teoría es aceptable, y que no es imposible, procederé en sucesivos capítulos a probar la mayor excelencia de la misma, preferible a la teoría de los filósofos, y a declarar los absurdos que encierra la doctrina de Aristóteles.

CAPÍTULO XIX

DE LA EXISTENCIA DE UN DESIGNIO EN LA NATURALEZA

Todos cuantos siguen y defienden la teoría de Aristóteles sostienen que el universo es inseparable de Dios. El es la causa, y el universo, Su efecto; un efecto necesario. Les lleva esto a la conclusión de que en la naturaleza todo permanece constante, de que nada cambia en esencia, lo cual equivale a decir que el universo no es el resultado de un designio, elección o deseo inexistente hasta que Dios lo concibiera.

Empero, nosotros sostenemos que el universo procede de un designio, y no de la mera necesidad. El que eligió crear cosas podría también transformarlas, si mudase su designio. No quiere esto decir que todo designio esté sujeto a mudanza; porque hay cosas imposibles y cuya naturaleza no puede ser alterada, como se explicará. Sólo pretendo en este capítulo demostrar con argumentos casi tan rigurosos como las pruebas reales, que el universo da testimonio de que obedece a un designio; pero no quiero incurrir en el error en que tanto sobresalieron los Motacálimes de ignorar que existe una naturaleza de las cosas o afirmar que hay átomos y creación sucesiva de accidentes, y todo lo demás que ellos dicen.

Antes de argumentar quiero establecer los siguientes hechos: La materia es común a cosas diferentes entre sí; tiene que haber, o bien una causa externa que dota a una parte de la materia, con una propiedad, y a otra con otra, o bien tantas causas diferentes como distintas formas de materia común a todas las cosas. Así lo admiten también los que afirman la eternidad del universo. Y después de haber establecido estas premisas, dialoguemos con nuestro adversario aristotélico.

Yo. — Has demostrado que todas los cosas del mundo sublunar poseen una substancia común; ¿por qué, si es así, varían las especies de cosas? ¿Por qué se diferencian entre sí los **individuos** de cada especie? Aristotélico. — Porque es distinta la composición de las cosas que se han formado de esa substancia.

Yo. — Pues que la combinación de los elementos prepara y capacita a las substancias para recibir formas diversas, ¿qué es lo que preparó a la substancia primera y determinó que una parte de ella recibiera la forma de fuego, otra la forma de tierra, y en las partes intermedias las formas de agua y aire, siendo así que hay una substancia común a todos ellas? ¿Merced a qué portento la substancia de tierra se hizo más apta para recibir la forma de tierra, y la de fuego la forma de fuego? Aristotélico. — La diferencia de los elementos procede de su diferente situación. La porción más próxima a la circundante esfera se rarifica más y es más rápida en sus movimientos, acercándose así a la naturaleza de aquella esfera y haciéndose apta para recibir la forma del fuego. La más apartada substancia, más densa y más sólida y opaca, se hace tierra. A parejas causas obedece la formación del agua y del aire. Es la diferencia del lugar dentro de la esfera del universo la que determina la diferencia de formas, esto es, la predisposición de la substancia a ser informada de diferente manera.

Yo. — La substancia de los cielos, —de la circundante esfera—, ¿es la misma que la de los elementos?Aristotélico. — No. Distinta es la substancia y diferentes las formas. La palabra "cuerpo" se visa por homonimia para referirse a los cielos según han probado los modernos filósofos.

Ahora podemos plantear a Aristóteles la siguiente pregunta: Hay una substancia común a todas las esferas, pero cada una tiene su peculiar forma propia. ¿Quién determinó y predispuso a las esferas para que recibieran diferentes formas? ¿Hay por encima y más allá de ellas algún ser capaz de determinarlas, si no es Dios? Menester es confesar la gran profundidad y extraordinaria agudeza que desplegó Aristóteles cuando estos interrogantes le conturbaban, esforzándose por demostrar que todo el orden del mundo es el resultado necesario de las leyes de la naturaleza. Pero no logró su propósito.

Los diferentes movimientos de las esferas y la posición fija que las estrellas ocupan en las mismas son la mejor prueba de la existencia de un designio en el universo. Por esto los Profetas señalan al cielo para demostrar que tiene que haber un ser divino. Así Abraham, como es bien sabido, meditaba en las estrellas. Isaías nos exhorta a que aprendamos de

las estrellas la existencia de Dios, diciendo "levanta tus ojos a lo alto y contempla al que ha creado todas esas cosas" (XL, 26). Y Jeremías llamaba a Dios "el Artífice de los cielos". Y el príncipe de los Profetas (Moisés), exclama: "El que cabalga sobre los cielos" (DEUT. XXXIII, 26).

Y con esto volvemos al punto de partida, a preguntarnos, pues que la substancia de todas las cosas es una y la misma, ¿a qué obedece que una porción de la naturaleza se diferencie de la otra? Tiene que haber existido un agente capaz de determinar la diferencia. El análisis nos lleva a examinar estas dos cuestiones: 1°. — ¿Es necesario o no afirmar que la variedad del universo procede de un Designio, y no de las leyes fijas de la naturaleza? Y 2°. — Si afirmamos que todo procede de un Designio, ¿se sigue de ello que el universo ha sido creado después de no haber existido, o no se sigue de ello que hubo **creatio ex nihilo**? En cuyo último caso el ser determinante habría: actuado siempre como lo hace y el universo sería eterno Examinaremos ambas cuestiones y las aclararemos hasta donde sea menester en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XX

DE LO QUE OPINA ARISTÓTELES ACERCA DE LA EXISTENCIA DE UN DESIGNIO EN LA NATURALEZA

Opina Aristóteles que nada de cuanto en la naturaleza se produce, es hijo del azar, argumentándolo así: Lo que nace del azar no se repite constante y frecuentemente, mientras que todas las obras de la naturaleza reaparecen, ora constantemente, ora al menos con cierta frecuencia. El calor del fuego y el descenso de una piedra son propiedades constantes; la forma y la vida de los individuos suelen ser iguales en la mayoría de los casos. Si no son azariegas las partes el universo, ¿cómo puede ser considerado su conjunto hijo del azar? Luego el universo no procede de la casualidad. He aquí en resumen la objeción que, levanta Aristóteles contra uno de los más antiguos filósofo; que sostenía que el universo vino a la existencia por sí mismo, sin causa alguna: Hay quienes afirman que los cielos y el conjunto del universo nacieron espontáneamente. Los tales admiten que animales y plantas no son productos del azar, sino efectos de cierta causa, ora sea la causa de la naturaleza o la razón, o ambas. Por ejemplo, no creen que todas las cosas nazcan casualmente y se formen de cualquier simiente o semen, sino que sólo de la semilla de la oliva puede producirse el olivo, y que sólo de un semen humano puede desarrollarse un hombre. Y sin embargo imaginan que los cielos y que los seres divinos vinieron espontáneamente a la existencia, sin que actuara alguna causa semejante a las que producen animales y plantas". Y Aristóteles procede seguidamente a refutar con toda amplitud tan absurdas teoría.

Empero yo no creo que la manera como Aristóteles refuta el origen espontáneo de las cosas implique que él admite la existencia de un Designio o Voluntad. Porque es imposible reconciliar, pues que son diametralmente opuestas, la doctrina de una causalidad necesaria y la de una creación por obra y gracia del deseo y voluntad del Creador.

La existencia necesaria que Aristóteles afirma, ha de entenderse en este sentido, que debe haber una causa para cada cosa, la cual la produce, juntamente con sus propiedades; esta causa procede de otra, y la segunda de una tercera, y así sucesivamente, hasta terminar en la Causa Primera de

donde deriva la existencia universal, pues que es imposible que la serie causal continúe hasta lo infinito. Empero, Aristóteles no quiere decir que la existencia del universo sea efecto necesario del Creador, es decir, de la Primera Causa, al igual que la sombra es causada por el cuerpo, o el color por el fuego, o la luz por el sol. Sólo pueden atribuirle estas ideas los que no acertaron a entender sus palabras. En el caso que tratamos emplea la palabra "necesario" en el mismo sentido que cuando 'nosotros decimos que la existencia del **intellectus** implica necesariamente la del **intellectum**, pues que el primero es causa eficiente del segundo en cuanto **intellectum.** Dice Aristóteles que la Causa Primera se complace, satisface y deleita en lo que necesariamente deriva de Ella su existencia, y que sería imposible que la causa primera deseara que el universo fuera diferente de lo que es. Pero nosotros no decimos que esto sea un "Designio" ni creemos que tenga nada de común con el Designio.

Y pasemos a examinar las opiniones de los modernos filósofos.

CAPÍTULO XXI

DE LA TEORÍA QUE SOSTIENE QUE EL UNIVERSO ES EL RESULTADO NECESARIO DE LA CAUSA PRIMERA

Algunos de los filósofos partidarios de la teoría de la eternidad del universo sostienen que Dios lo produce y, que, con Su voluntad, idea y determina la existencia y forma del mismo; rechazan, empero, la teoría de que este acto tuviera lugar en un momento dado, y afirman que la causación divina ha sido siempre como es. En lo que atañe a Dios, no hoy en ningún sentido momentos de inacción o de potencialidad. No es Él, anterior a Su obra, sino agente eterno y actual de ella No se puede admitir mudanza en Su acción ni en Su voluntad. Los tales filósofos han renunciado a la expresión "resultado necesario", pero conservan la misma doctrina, acaso por eludir expresiones más o menos discutibles.

Cuando nosotros hablamos del "Designio" queremos decir otra cosa, es a saber, que el universo no es "el resultado necesario de la existencia de Dios", a la manera como el efecto procede de la causa eficiente. El efecto no puede ser separado de la causa; ni puede cambiar a menos que la causa cambie, ora totalmente, ora cuando menos en cierto aspecto. Si aceptamos esta explicación, fácilmente veremos cuán absurdo es decir que el universo está con respecto a Dios en la misma relación que el efecto con la causa eficiente y afirmar al mismo tiempo que el universo es el resultado de la acción y determinación de Dios.

En suma, según Aristóteles, todo cuanto no es Dios, es el resultado necesario de aquel Ser; empero nosotros creemos que Dios ha creado el universo por obra y gracia de Su designio y voluntad, de suerte que la creación no existió antes, habiendo venido por voluntad de Dios a la existencia. Y seguidamente demostraremos la superioridad de nuestra teoría, de la creatio ex nihilo.

CAPÍTULO XXII

DE POR QUÉ NO ES CIERTA LA TEORÍA DE LA ETERNIDAD DEL UNIVERSO

Afirman Aristóteles y todos los filósofos el axioma de que un elemento simple solo puede producir una cosa simple. De acuerdo con este principio sostiene Aristóteles que la emanación de Dios tiene que ser una Inteligencia simple, y no otra cosa.

Afirma en un segundo axioma: Las cosas no se producen a la buena ventura. Tiene que haber alguna relación entre la causa y el efecto. Así los accidentes no son producidos indistintamente: La cualidad no puede ser el origen de la cantidad, ni la cantidad de la cualidad; no puede salir una forma de la materia, ni materia de la forma.

Dice un tercer axioma: Un agente singular que actúe con voluntad y designio, y no meramente por virtud de las leyes de la naturaleza, puede producir objetos diferentes.

Reza como sigue un cuarto axioma: El objeto cuyos diversos elementos están solamente yuxtapuestos, es más un compuesto que un objeto, cuyos diferentes elementos tienen que haberse combinado. Los huesos, la carne, las venas, son más simples que la mano y que el pie, que son combinaciones de carne, huesos y venas. Esto es clarísimo y no requiere mayores explicaciones.

Planteados esos axiomas, pregunto lo siguiente: Aristóteles sostienen que la primera Inteligencia es la causa de la segunda, la segunda de la tercera, y así hasta el fin de la serie. Ahora bien, la primera Inteligencia es indudablemente simple. ¿Cómo, pues, pueden proceder de aquella Inteligencia, las formas compuestas de las cosas, por virtud de sus leyes naturales, según afirma Aristóteles?

En cambio, todas estas dificultades desaparecen si sostenemos la existencia: de un designio y determinación del Creador, conforme a los caminos de Su inescrutable sabiduría. Las dificultades aparecen cuando consideramos que el universo es, no el resultado de una voluntad libre, sino el efecto de las leyes fijas de la naturaleza: Teoría que, por otra parte,

no concuerda con el orden existente de las cosas, ni lo explica suficientemente, ni parece probab1e. Porque según ésta teoría, Dios, cuya perfección reconocen todas las personas que piensan, guarda una relación tal con el universo, que no podría cambiar de él una tilde. Si se lo propusiera, no podría alargar el ala de una mosca ni reducir el número de patas de un gusano. A juicio de Aristóteles, Dios ni siquiera lo intenta, pues que es absolutamente imposible que Él desee introducir cambio alguno en el orden de las cosas existentes; si pudiera, no por ello aumentaría Su perfección; antes bien, desde cierto punto de vista, la disminuiría.

Ya sé que muchos críticos parciales atribuirán mi disentimiento a que no entiendo cabalmente la teoría de Aristóteles, o a cierta oposición interesada; pero yo me resisto a renunciar al fruto de mis propias meditaciones, por mezquinas y pobres que mis capacidades, sean. Convencido de que el problema de que si los cielos son o no eternos no puede ser resuelto de manera probada, ni por la afirmativa, ni por la negativa, expongo las objeciones que cada uno de los pareceres contrarios suscita, y pruebo luego que teoría de la eternidad del universo es susceptible de Más poderosas objeciones y más propensa a envilecer la idea que tenernos de Dios. Otro argumento que pudiera aducirse es que la teoría de la creación fue sustentada por nuestro padre Abraham y por Maestro Moisés.

CAPÍTULO XXIII

DE LA PREPARACIÓN INTELECTUAL Y MORAL QUE ESTE LINAJE DE ESPECULACIONES RECLAMA

La comparación de las objeciones que se levantan frente a ambas teorías contrarias no será merecedora de confianza a menos de que se estudien ambas con el mismo interés. Cegaríaste a la luz de la verdad si te predispusieras en favor de una de ellas, ora influido por la educación que recibiste, ora buscando algún interés. Porque por mucha que sea tu aversión a una doctrina; no puedes rechazar lo que es susceptible de ser demostrado. Empero, el tema que nos ocupa es de los que pueden ser libremente discutidos y aceptados.

Te capacitarás para resolver la duda, hasta donde fuere preciso, liberándote de tus pasiones, ignorando los hábitos adquiridos y siguiendo las luces de la razón. Has de cumplir bastantes requisitos. Primeramente, ponderar tu propia capacidad mental y tus naturales talentos, lo que harás al estudiar las ciencias matemáticas y al adquirir cabal conocimiento de la lógica. En segundo lugar, necesitarás ilustrarte en la Ciencia de la naturaleza, a fin de poder entender las objeciones que te formulen. En tercer lugar, tienes que ser moralmente bueno, porque la persona voluptuosa, pasional, e irrefrenada, permite que la cólera se desborde de sus justos límites unas veces cediendo a la naturaleza y otras a la costumbre, y se descarría, y tropieza en el camino, persiguiendo la teoría que se acomoda mejor a sus inclinaciones. Sólo la demostración con prueba debiera poseer la virtud de hacerte renunciar a la teoría de la Creación; pero semejante prueba no existe en la naturaleza.

CAPÍTULO XXIV

DE QUE ES DIFÍCIL DE ALCANZAR PARA EL HOMBRE EL CONOMICIENTO DE LAS COSAS CELESTES

Sabes de la astronomía todo aquello que estudiaste a mi lado y aprendiste del libro del ALMAGESTO. No tuvimos tiempo ni ocasión de llevar más adelante nuestros estudios. La teoría de que las esferas se mueven con regularidad y de que los pretendidos cursos de las estrellas coinciden con la observación, se basa, como sabes, en dos hipótesis: Hemos de admitir o los epiciclos, o las esferas excéntricas, o una combinación de ambas teorías. Cada una de estas dos hipótesis ofrece sus irregularidades y es totalmente contraria o los resultados de la ciencia de la naturaleza.

La teoría conforme a la cual Aristóteles explica los fenómenos del mundo sublunar, está de acuerdo con las deducciones de la lógica; porque aquí conocemos 1a relación de causalidad que se advierte entre los fenómenos, y comprobamos cuán lejos llega la investigación, siendo clara e inteligible la manera de conducirse la naturaleza. Pero de las cosas que hay en los cielos, el hombre apenas conoce unos cuantos cálculos matemáticos. Repito las palabras del poeta "los cielos son del Señor, pero Él ha dado la tierra en heredad a los hijos del hombre" (PS. CXV, 16); como si dijera que sólo Dios tiene verdadero y cabal conocimiento de las cielos, de su naturaleza, esencia, forma, movimientos y causas; pero concedió al hombre la facultad de conocer las cosas que hay debajo del cielo, donde está el mundo del hombre, su hogar, en donde ha sido colocado y del que forma parte. Así es en verdad. Los ciclos están demasiado lejos de nosotros, en lugar y rango exaltadísimo. Las facultades humanas son asaz deficientes para comprender ni siquiera la prueba genérica que los cielos encierran de que existe un Dios que los puso en movimiento. Ignorancia y acaso cierto género de locura es fatigar nuestros pensamientos en busca de cosas que están más allá de nuestro alcance, sin que poseamos instrumentos para acercarnos a ellas. Tenemos que contentarnos con lo que podemos alcanzar y todo aquello que

trasciende a las posibilidades de la lógica debemos dejarlo a aquél que ha sido dotado con la excepcional y divina influencia que revelan las palabras: "Boca a boca yo en verdad hablo con Él" (NUM. XII, 8).

Y no puedo decir nada más sobre esta cuestión. Quizás haya quien sea capaz de establecer de manera probada lo que a mí se me antoja dudoso. Mi gran amor a la verdad me fuerza a declarar el embarazo en que me hallo tratando de estas cosas, y a confesar que no he oído ni sé de nadie que haya establecido estas doctrinas de manera probada.

CAPÍTULO XXV

INDISCUTIBLES PRUEBAS DE LA ESCRITURA SOBRE LA CREACION DEL UNIVERSO

No rechazamos la teoría de la eternidad del universo por la sola razón de que ciertas expresiones de la Escritura confirmen que ha sido creado. No menos numerosos son los pasajes en que se representa a Dios como ser corporal; y si la eternidad del universo fuese una doctrina probada, no habría sido imposible ni difícil encontrar una interpretación conveniente de los lugares en que se habla de la Creación, como hemos hecho con los que aluden a la corporeidad divina. No aceptamos la teoría de la eternidad del universo porque no ha sido probada. Un mero argumento no basta para rechazar el sentido literal del texto bíblico y para buscar una explicación figurada, cuando la teoría contraria puede apoyarse en argumentos igualmente buenos o mejores.

En segundo lugar, nuestra creencia en la incorporeidad de Dios no contradice ninguno de los fundamentales principios de nuestra religión ni los dichos de ningún Profeta. Empero, si aceptáramos la eternidad del universo, tal como la enseña Aristóteles, como resultado necesario de las leyes fijas de la naturaleza, nos pondríamos en contradicción con los principios religiosos, habríamos de perder la fe en toda clase de maravillas y signos, y renunciar a todas las esperanzas y temores que se desprenden de la Escritura, o menos que también hubiéramos de explicar en sentido figurado los milagros. Así lo han hecho los alegoristas, entre los mahometanos, y han llegado a disparatadas conclusiones.

Si aceptarnos la Creación, los milagros son posibles, la revelación es posible, y se desvanecen todas las dificultades y dudas. Podrían preguntarnos que por qué ha inspirado Dios a cierta persona y no a otra, por qué ha revelado Su ley a una particular nación y en un momento singular, por qué ha ordenado esto y prohibido lo otro, y muchas cosas más. Contestamos que así lo quiso Él, o que así lo decidió Su sabiduría. De igual suerte que ha creado el mundo conforme a Su voluntad, en cierto momento y con cierta forma, y no entendemos por qué Su voluntad y Su

sabiduría decidieron que así fuera, así tampoco sabemos por qué Su voluntad y sabiduría determinaron las cosas que se mencionan en las susodichas preguntas.

Rechazamos la teoría de la eternidad del universo, porque carece de toda prueba concluyente, que tal es la verdadera razón de que los más nobles entendimientos emplearan antaño y hayan de emplear mañana su ingenio y sus días en investigar acerca de su origen. Si, lo que no sucede, Aristóteles hubiese logrado probar su teoría, declaramos que sería preciso rechazar todas las enseñanzas, de la Escritura, y que nos veríamos obligados a aceptar otras opiniones. De ahí depende todo. Adviértelo bien.

CAPÍTULO XXVI

DE UN PASAJE DEL PIRKE DI-RABBI ELIEZER REFERENTE A LA CREACIÓN

En los famosos capítulos de Rabbi Eliezer, hallo que Eliezer el Grande dice algo más extraordinario que cuanto he visto en las declaraciones de todos los creyentes de la ley mosaica. Me refiero al párrafo que reza: ¿De dónde fueron creados los cielos? Tomó Él una parte de la luz de Su túnica, la extendió como una tela, y así los cielos fueron dilatándose sin cesar". "¿De dónde fue creada la tierra? Tomó el de la nieve que hay bajo el trono de su gloria, y arrojola, según las palabras: El dijo a la nieve, sé tierra" (JOB. XXXVII, G) . Sorprendido me pregunto cuál era la creencia de aquél Sabio. ¿Por ventura pensaba en que no podía producirse nada de la nada, y en que debió haber existido una substancia de que fueron hechas todas las cosas? ¿Y acaso por esta razón se pregunta de dónde fueron creados el cielo y la tierra?

Confieso que es éste un pasaje que siembra grandísima confusión en las ideas de todas las personas inteligentes y religiosas, y que no soy capaz de aclararlo como quisiera. Lo cito con el fin de que no te dejes descarriar por él. R. Eliezer nos enseñó algo importantísimo, que la substancia de los cielos es distinta de la tierra; que hay dos diferentes substancias; una de ellas se nos describe diciendo que pertenece a Dios, que es la luz de su túnica, y la otra, la substancia terrenal, diciendo que está muy alejada de Su luz y esplendor, como nieve bajo el trono de Su gloria. Es éste uno de los misterios de la Ley, En el BERECHIT RABBA Cap. XII se halla el siguiente pasaje: "R. Eliezer dice que las cosas que hay en el cielo han sido creadas del cielo, y las cosas de la tierra, de la tierra". Considera con cuánto ingenio declaró este Sabio que todas las cosas de la tierra poseen una substancia común, y los cielos y cuantas cosas hay en ellos, una substancia diferentes de la primera. También explica en los Capítulos, ampliando lo anterior, la superioridad de la substancia celeste y su mayor acercamiento a Dios, así como la inferioridad y colocación de la substancia terrenal. Presta atención a esto.

CAPÍTULO XXVII

DE QUE LA RELIGIÓN NO ENSEÑA LA FUTURA RUINA DEL UNIVERSO

Ya dijimos que la Creación es principio fundamental de nuestra fe; no así que el universo haya de ser reducido a la nada. No es contrario a los dogmas de nuestra religión afirmar que el universo seguirá existiendo por siempre jamás. Pudiera objetarse que todo lo que ha sido creado es susceptible de ser destruido y que, habiendo tenido principio el universo, tiene que tener fin. El axioma no es aplicable a nuestra teoría. No sostenemos nosotros que el universo vino a la existencia, al igual que las casas naturales, por operación y como resultado de las leyes de la naturaleza. Porque todo cuanto debe su existencia a leyes físicas está sujeto a destrucción y ruina, conforme a las mismas leyes.

Según nuestra teoría, que se enseña en la Escritura, la existencia o inexistencia de las cosas depende tan solo de la voluntad de Dios, y no de leyes inmutables, por donde no se sigue que Dios tenga que destruir el universo luego de haberlo hecho de la nada. No sabemos que ningún profeta o Sabio haya afirmado la futura destrucción y aniquilación del trono de gloria; antes al contrario, la Escritura nos habla de su perdurable existencia. Somos del perecer que las almas de los justos han sido creadas, pero también creemos que son inmortales. Y no falta quien sostenga, conforme al sentido literal del MIDRACHIM, que también los cuerpos de los justos gozarán de perdurable felicidad. Empero, los que ateniéndose a la letra de las Escrituras y discrepando de nosotros, afirman la destrucción ultérrima del universo, como parte de su fe, son libres de hacerlo.

CAPÍTULO XXVIII

DE QUE LA ESCRITURA ENSEÑA LA INDESTRUCTIBILIDAD DEL UNIVERSO

Dicen algunos que el rey Salomón creía en la eternidad del universo. Parécenos asaz extraño que pueda aceptar semejante teoría quien profesa la Ley de Moisés. Hay empero en el libro de la Ley algunos pasajes que envuelven la indestructibilidad de los cielos, de donde algunas personas pueden haber inferido con error la eternidad de los mismos. Refiérense, por ejemplo, a la indestructibilidad las palabras: "Y la tierra permanece por siempre jamás". También David habla paladinamente de que son incorruptibles los cielos y perpetuas e inmutables sus leyes y las de todos los seres celestiales, como cuando dice: "Alabado sea el Señor de los cielos. Porque Él ordenó, y fueron creados. También Él los ha establecido por siempre jamás; y el decreto que Él hizo no pasará" (PS. CXLVIII, 1-6); como si dijera, nunca habrá cambio en los decretos que Dios hizo, ni en las fuentes de donde proceden las propiedades de los cielos y de la tierra, las cuales menciona antes el salmista. Pero con toda precisión establece que los cielos y la tierra han sido creados.

También Salomón declara que las obras de Dios, el universo y todo cuanto encierra, permanecen para siempre, con sus propiedades, aun cuando hayan sido creados; porque dice, "cuanto Dios hace, será para siempre; nada le puede ser añadido ni quitado" (ECCLES. III, 14). El hecho de que las obras de Dios, por ser perfectas no admiten añadidura ni mengua, había sido ya mencionado por Moisés, el más sabio de los hombres, en las palabras: "La roca, Su obra es perfecta" (DEUT. XXII, 14). Todas Sus obras y creaciones son perfectísimas, y no encierran defecto alguno, ni cosa superflua o innecesaria. Es igualmente perfecto todo cuanto Dios ha decretado para las cosas creadas, y cuanto a través de ellas ejecuta, pues que es el fruto de Su sabiduría, como se explicará en ciertos capítulos del presente Tratado.

CAPÍTULO XXIX

ESCLARECIMIENTO DE ALGUNAS FRASES DE LA ESCRITURA QUE ENVUELVEN LA DESTRUCCIÓN DEL CIELO Y DE LA TIERRA

Si oímos hablar a una persona cuyo lenguaje no comprendemos, sabremos sin duda que habla, pero no el sentido de sus palabras. Incluso pudiera acaecer que oyéramos sonidos que significan en la lengua del que habla todo lo contrario y opuesto a lo que quieren decir en nuestro lenguaje, por lo que llegaríamos a imaginar las cosas más disparatadas. Suponed, por ejemplo, que un árabe oye al hebreo la palabra ABA, e interpreta, como en árabe, que un hombre desprecia o rechaza algo, siendo así que en hebreo quiere decir que está satisfecho y complacido. Lo mismo acaece de ordinario a los lectores de los Profetas, que no entienden algunas de sus palabras en el sentido que los pronunció el Profeta. No olvidemos que cada uno de ellos tiene su peculiar manera de decir, como si dijéramos su propio lenguaje, con arreglo al cual ha de interpretarse y entenderse la profecía que le ha sido comunicada.

Luego de hecha esta observación preliminar, comprenderás la metáfora que suele usar Isaías, y también, aunque con menor frecuencia, otros Profetas, para describir la ruina de un reino y la destrucción de un gran pueblo con frases como las siguientes: "Han caído las estrellas", "se han volcado los cielos", "se ha oscurecido el sol", "la tierra está desolada y estremecida", y otras metáforas por el estilo.

A veces, los Profetas emplean la palabra "humanidad", en vez de "el pueblo de cierto lugar" cuya destrucción predicen; así Isaías, hablando de la ruina de Israel, dice: "Y el Señor apartará lejos al hombre" (ISA. VI, 12).

Y como he hablado en general del lenguaje de los Profetas, quiero comprobar y probar ahora lo que afirmo. Cuando Isaías recibe la misión divina de profetizar la ruina del imperio de Babilonia, la muerte de Senaquerib y la de Nabuconodosor, que se alzó después de Senaquerib, comienza a describir de la siguiente manera la caída y fin del dominio de

ambos: "Porque las estrellas del cielo y sus constelaciones no darán su luz; el sol se oscurece en su ocaso, y la luna no hará que brille su luz (XIII, 10); y también: "Por eso sacudiré los cielos y arrancaré de su lugar a la tierra, en la ira del Señor de los ejércitos" (XIII, 13). No pienso que haya nadie tan ciego y mentecato, tan apegado a la letra de las frases retóricas, que afirme que la caída del reino de Babilonia haya de conmover y mudar la naturaleza de las estrellas del cielo, o de la luz del sol y la luna, o que la tierra haya de ser desencajada de su centro. Todo ello es mera descripción de la derrota de un país cuyos habitantes, indudablemente, imaginan que toda luz se oscurece y que toda dulzura se amarga: La tierra entera se les antoja, estrecha para ellos, y ven vacilar y mudarse ante sus ojos los cielos.

Al final de la misma profecía, cuando Isaías pinta la manera como Dios castigará a Senaquerib, destruirá su poderoso imperio y le reducirá a desgracia, emplea la siguiente figura (XXIV, 23): "Entonces la luna será confundida, y el sol avergonzado, cuando reine el Señor de los ejércitos". Jonatán hijo de Uziel, explica bellamente este versículo diciendo que cuando Senaquerib haya de afrontar su destino, a causa de Jerusalém, los idólatras comprenderán que ello es obra de Dios, y desfallecerán, y serán confundidos. Razón por la cual traduce el verso así: "Los que adoran a la luna se avergonzarán, y los que se inclinan ante el sol serán humillados, cuando se revele el reino de Dios". Pinta luego el Profeta el cuadro de la paz de los hijos de Israel, tras la muerte de Senaquerib, la fertilidad y labranza de su tierra, y el creciente poderío de su reino, merced a Hezekiá, y se vale para ello de la imagen del creciente del sol y de la luna. Así como hablando de la derrota, dice que el sol y la luna menguarán y se oscurecerán, así también figura que se engrandecerá su luz para expresar la victoria. Todo esto es evidente y claro de por sí; y no habría menester hablar de ello tan dilatadamente si el vulgo, y aun personas tenidas por ilustradas y selectas, no citaran estos pasajes sin atender a su sentido y propósito, para sostener que en ellos se habla de la futura destrucción de los cielos. Creen que la Escritura pinta aquí lo que habrá de acontecer a los cielos, al igual como nos informa de la manera como vinieron a la existencia.

Son frecuentes estas figuras en Isaías, pero también se hallan en otros Profetas. Al describir la destrucción de Jerusalén, por causa de

nuestros pecados, dice Jeremías (IV, 23); "Yo contemplé la tierra, y he aquí que estaba informe y vacía‖. Ezequiel (XXXII, 7-3) predice la destrucción del reino de Egipto muerte de Faraón, por obra de Nabucodonosor, en estos términos: "Y cuando te haya muerto, cubriré los cielos, y entenebreceré sus estrellas; y velaré el sol con una nube, y la luna no dará su luz. Todos los brillantes luminares del cielo se oscurecerán, y pondré tinieblas sobre la tierra, dice el Señor".

Queda claramente establecida la opinión que tenemos, para fundamentar la cual hemos citado estos pasajes: Que ningún Profeta o Sabio anunció jamás la destrucción del universo, ni mudanza de su actual condición, ni cambio permanente de ninguna de sus propiedades. Empero, cuando digo que no anuncian "cambio permanente de ninguna de sus propiedades", me propongo exceptuar los milagros. Porque aunque la varita se cambió en serpiente, el agua en sangre, la noble y pura mano en mano de leproso, sin que existiera causa natural alguna que produjera éstos o parecidos fenómenos, todos cambios no fueron **permanentes**, ni llegaron a convertirse en propiedad física. Antes bien, el universo continuó su curso regular. Tal es mi parecer; ésta debe ser nuestra creencia. Sin embargo, los Sabios dijeron extrañas cosas acerca de los milagros, que se encuentran en el BERECHIT RABBA y en el MIDRACH KOHELETH, esto es, que los milagros son en cierto modo una cosa natural; pues dicen que, cuando Dios creó el universo con sus actuales propiedades físicas hizo que fuera parte de estas propiedades la posibilidad de producirse ciertos milagros en determinados momentos, y que la señal del Profeta consiste en que Dios le dice que lo manifieste cuando se va a operar cierta cosa, la cual en realidad se efectúa conforme a las leyes de la naturaleza.

De tal modo hemos declarado y explicado nuestro parecer, que se conforma a medias con la teoría de Aristóteles. Porque nosotros creemos que este universo permanece siempre con las mismas propiedades con que el Creador le dotara, y que ninguna de estas propiedades será cambiada nunca, salvo por vía milagrosa y en casos singulares, siquiera el Creador tenga el poder de cambiar el conjunto del universo, de aniquilarlo, y de quitarle todas sus propiedades. Pero el universo tuvo principio, porque cuando nada había aún en existencia, salvo Dios, Su sabiduría decretó que

brotara el universo a la existencia en cierto instante, y que no fuera aniquilado ni mudado respecto de ninguna de sus propiedades, sino en determinados instantes, algunos de los cuales nos son conocidos, mientras que otros pertenecen al futuro y los ignoramos. Tal es nuestra opinión y el fundamento de nuestra fe. La de Aristóteles afirma que el universo, siendo permanente e indestructible, es eterno y sin principio. Ya hemos manifestado que esta teoría se basa en la hipótesis de que es el universo resultado necesario de una relación causal, lo que encierra buen acopio de blasfemia. Y habiendo llegado tan lejos en nuestra indagación, quiero en el próximo capítulo hacer algunas observaciones a párrafos de los primeros versículos del Génesis; porque es fundamental designio de este Tratado esclarecer hasta donde sea posible el relato que la Escritura da de la Creación, y la descripción del Carro Celestial (MA ASE MERCABA). Empero, antes haremos con carácter general dos observaciones.

Primera, que el relato de la Creación, según la Escritura, no pretende, como suele creerse, ser en todas sus partes literal. Porque si así fuera los Sabios no habrían guardado en secreto su explicación ni habrían utilizado el lenguaje figurado para ocultar su verdadero sentido, ni se habrían opuesto a que se discutiese en presencia del vulgo. Parécenos justo examinar los textos de la Escritura a la luz del entendimiento, luego de haber adquirido el conocimiento de la ciencia probatoria y del verdadero significado oculto de las profecías. Mas, sí alguno ha obtenido cierto conocimiento de esta materia, no está obligado a predicarlo, según establecí en el Comentario del MICHNA (HAGIGA, II, 7). Forma parte del plan divino que todo el que haya obtenido alguna perfección la transmita a otras personas, según se verá en el capítulo sobre la profecía. Es, por eso, imposible que un hombre instruido posea conocimiento de estos problemas, ora por su propia indagación, ora merced a la enseñanza de su maestro, y no lo comunique en parte a otros. Empero no debe hacerlo con palabras claras, sino a manera de indicaciones y estímulos. Al tratar de estos misterios suelo yo citar lo que contiene la idea principal, dejando el resto para los que son dignos de merecerlo.

La segunda observación es que los Profetas usan términos homónimos y palabras que no han de ser entendidas en su ordinario sentido, sino por ejemplo, cuando se dice "Una varita de almendro" quiere

decirse, "yo me apresuraré" (JER. I, 11-12), como se enseñará en el capítulo sobre la profecía. También Zacarías (VI, l), adopta este método y dice: "Y las montañas eran montañas de bronce" y lo que sigue.

Y después de hechas estas dos observaciones, procederé a explicar en el capítulo inmediato lo que he prometido.

CAPÍTULO XXX

INTERPRETACION FILOSOFICA DEL GENESIS

No es lo mismo decir "lo primero" que "el principio". El principio existe en la cosa de que es principio, y coexiste en ella; no necesita precederla; por ejemplo, el corazón que es principio del ser viviente, o el elemento que es principio de aquello que en él se sustenta. También la palabra "lo primero" se aplica a cosas semejantes, pero sólo para indicar precedencia en el tiempo, y no en el sentido de que la cosa que precede sea "principio" o causa de la cosa que sigue. Decimos que Fulano fue el primer habitante del tal casa, y que después vino Sutano; pero ello no implica que el primero fuera la causa de que el segundo viniera a habitar la casa. En hebreo se usa TEHILLA para significar "lo primero", como cuando Dios habló primero (TEHILLA) a Oseas (OS. I, 1); y para expresar la idea de "el principio" se uso RECHIT, que deriva de ROCH, "cabeza", parte principal de una cosa viva.

El universo no ha sido creado de un elemento que le precediera en el tiempo; puesto que el tiempo mismo forma parte de la Creación. Esto explica que la Escritura emplee la palabra BERECHIT, en un principio, en donde la preposición BETH significa "en". La verdadera explicación del primer versículo del Génesis, reza como sigue: "Al crear un principio, Dios creó los seres de lo alto y las cosas de aquí abajo". Esta interpretación está de acuerdo con la teoría de que el mundo ha sido creado.

Parece a primera vista que algunos de nuestros Sabios han sostenido la opinión de que el tiempo existía antes de que fuera creado el mundo; pero cabe dudar de que fuera esa su verdadera creencia. Los que tal han afirmado, se dejaron llevar del dicho de uno de nuestros Sabios acerca de los términos "un día", y un "segundo día". Tomándolos literalmente, se preguntan: ¿Qué determinó "el primer día", pues que no había esfera rotatoria ni sol? Y continúan diciendo: La Escritura usa el término un día; R. Jehudá, hijo de R. Simón, declara: "De aquí aprendemos que han existido previamente a la Creación las divisiones del tiempo". Y R. Abahú

dice: "Esto nos enseña que Dios construyó los mundos y los destruyó de nuevo", explicación que es todavía peor que la primera. Reparo en la dificultad que descubren estos dos Rabbis en la declaración de que el tiempo existía antes de que el sol fuera creado. Pronto resolveremos esta dificultad, a menos que los susodichos Rabibis quieran deducir de los textos de la Escritura que las divisiones del tiempo tienen que haber existido antes de la Creación, adoptando de tal suerte la teoría de la eternidad del universo. Ya te he dicho que el fundamento de nuestra fe es la creencia en que Dios ha creado el universo de la nada, en que el tiempo no existía previa mente, sino que fue creado; pues que depende de movimiento de la esfera que, a su vez, ha sido creada.

Has de saber que la partícula ET en la frase ET HA-CHAMAYIM VE-ET HA-AREZ (los cielos y la tierra), significa "juntamente con". Según nuestros Sabios Dios ha creado juntamente con los cielos todo cuanto ellos contienen, y con la tierra cuanto ella encierra. Por consiguiente, las cosas fueron creadas todas juntas, pero fueron siendo separadas sucesivamente a la manera como cuando sembramos varias simientes al mismo tiempo, que las unas brotan en un día, las otras en dos las otras al cabo de tres, aun cuando fueron sembradas juntas. En el BERECHIT RABBA, hablando de la luz que fue creada el primer día, según el relato de las Escrituras, dicen nuestros Sabios: "Estas luminarias —que se mencionan en el cuarto día— son las mismas que fueron creadas el primer día, las cuales no fueron establecidas en sus lugares asignados hasta el cuarto día". Con lo cual queda aclarado el significado del primer versículo del Génesis.

CAPÍTULO XXXI

DE QUE LA INSTITUCIÓN DEL SABBATH SIRVE (1) PARA ENSEÑAR LA TEORIA DE LA CREACIÓN, Y (2) PARA PROMOVER LA FELICIDAD DEL HOMBRE

Las leyes relativas al sábado son severísimas, siendo el mandamiento del SABBATH el tercero de los concernientes a la existencia y unidad de Dios; porque el que ordena no adorar a ningún otro ser es mera explicación del primero. Dícesenos en la Ley que honremos dicho día; a fin de confirmar con ello el principio de la Creación, que se propagará por el mundo cuando todos los pueblos guarden el sábado en el mismo día. Dos diferentes razones se dan para justificar este mandamiento; pues que tiene doble designio. Dios nos manda que no trabajemos y que descansemos el día de SABBATH, primero para que podamos confirmar la verdadera teoría, la de la Creación, que de manera clara y súbita nos lleva a la existencia de Dios, y, segundo, para que recordemos cuán grandes fueron Sus mercedes al liberarnos de la carga de la esclavitud en Egipto. El SABBATH es una doble bendición: Nos ofrece ideas claras y correctas, y contribuye al bienestar de nuestros cuerpos.

CAPÍTULO XXXII

TRES MANERAS DE ENTENDER LA PROFECIA

Hemos enseñado que los que afirman que existe Dios, y que Su existencia ha sido probada, se clasifican en tres grupos, según la opinión que tengan acerca de la eternidad o transitoriedad del universo. Así también, hay tres maneras diferentes de entender la profecía. No te daré a conocer la opinión de los ateos, los cuales, pues que no creen que haya Dios, mucho menos han de creer que haya Profecía; me contentaré con discutir las diversas opiniones que acerca de la Profecía tienen los que creen en Dios.

Algunas gentes ignorantes piensan como sigue: Dios elige una persona que le place, le infunde espíritu de Profecía y le confía una misión. Nada importa que la persona sea sabia o necia, vieja o joven, con tal que sea hasta cierto punto moralmente buena. Pues los que así opinan no han llegado hasta el extremo de sustentar que Dios pueda infundir al malo Su espíritu, antes bien, consideran que eso es imposible, a no ser que Dios le haya hecho previamente enderezar sus caminos.

Sostienen los filósofos que la Profecía es una cierta facultad del hombre, un estado de perfección, que puede adquirirse por el estudio. Toda la raza humana posee dicha facultad, aun cuando no haya alcanzado su pleno desarrollo en cada uno de los individuos, ora a causa de alguna defectuosa constitución, ora por virtud de algún agente exterior. Sólo en algunos individuos ha alcanzado la Profecía su estado de perfección. Imposible es que la persona ignorante pueda ser profeta; o que la persona que no es Profeta al atardecer se halle profetizando súbitamente a la mañana siguiente, sin buscarlo. Empero, el perfecto, intelectual y moralmente, si también perfecciona su facultad imaginativa y se prepara en la manera que se dirá, puede llegar a ser Profeta, pues que se trata de una facultad natural del hombre.

La tercera opinión es la que enseña la Escritura, formando uno de los principios de nuestra religión. Coincide, con el parecer de los filósofos, salvo en un punto; porque nosotros creemos que puede acaecer

que una persona no llegue a ser realmente Profeta, a pesar de poseer la facultad profética y de haber seguido la preparación adecuada. Hay que contar con la voluntad de Dios.

En lo que atañe al principio de que la perfección de las facultades morales y racionales es condición indispensable para la Profecía, los Sabios han dicho: "El espíritu profético sólo reposa sobre el sabio, fuerte y rico". Ya hemos explicado el sentido de estas palabras en el comentario al MISHNA y en nuestra obra más grande. Dijimos allí que los Hijos de los Profetas se afanaban constantemente en alcanzar la preparación necesaria. Empero, abundan en la Escritura los pasajes, así como en los escritos de los Sabios, donde se sustenta el principio de que depende de la voluntad de Dios la elección de la persona y del momento, a los fines de la Profecía; y que Él sólo elige al mejor y al más sabio. Afirmamos que los necios e ignorantes no son aptos para merecer tan alta distinción, y tan imposible es para ellos la Profecía, como para un asno o una rana; porque este don del cielo requiere estudio y afán, siquiera una vez creada la posibilidad profética dependa de la voluntad de Dios que se traduzca o no en realidad.

No debemos engañarnos al socaire de fragmentos proféticos como el siguiente: "Yo derramaré mi espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos e hijas profetizarán"; pues esta paladinamente declarado lo que quiere decir en este lugar la palabra profecía, esto es, "vuestros ancianos soñarán sueños y vuestros jóvenes verán visiones". Porque también se llaman Profetas o videntes a los que revelan algo oculto, por barruntos, conjeturas o lógicas deducciones.

En cuanto a la revelación que tuvo lugar en el Monte Sinaí, dícese que todos vieron un gran fuego y oyeron espantosos truenos, pero que únicamente los que estaban debidamente cualificados recibieron la inspiración profética, cada cual conforme a su capacidad. Por eso se dice, "ascended al Señor, tú y Aaron, y Nadab y Abihu". Moisés se levantó al más alto grado de Profecía, según las palabras, "y solo Moisés se acercará al Señor". Aaron estaba debajo de él, y Nadab y Abihu por debajo de Aaron, y los setenta ancianos por debajo de Nadab y Abihu, y el resto por debajo de los ancianos, cada cual según su grado de perfección.

CAPÍTULO XXXIII

DE LA MAYOR EXCELENCIA PROFÉTICA DE MOISÉS EN EL SINAI

Paréceme evidente que Moisés tuvo en la revelación del Monte Sinaí una experiencia asaz diferente de la de todos los demás israelitas, porque solo a él se dirigió Dios, que por eso los Diez Mandamientos están expresados en segunda persona de singular. Luego, Moisés descendió a la falda del monte y comunicó a sus compatriotas lo que había oído. Además, las palabras, "para que el pueblo oiga cuando te hablo" (EX. XIX, 9), muestra que Dios habló a Moisés, y que el pueblo sólo oyó una voz poderosa, mas no claras palabras. A esta percepción de un poderoso sonido se refieren las Escrituras en el pasaje "cuando oigáis el sonido" (DEUT. V, 20).

Sólo Moisés oyó las palabras, que luego transmitió al pueblo. Encuéntrase, no obstante en el MIDRACHIM, y también en el TALMUD, una opinión asaz frecuente entre nuestros Sabios, según la cual los israelitas oyeron el primero y segundo Mandamiento, esto es, aprendieron la verdad de los dos principios que ambos Mandamientos encierran, de la misma manera que Moisés, mas no por mediación de éste. Porque a estos dos principios, que son la existencia y la unidad de Dios, se puede llegar por medio de la razón, y todo cuanto puede ser establecido mediante prueba, lo sabe por igual el Profeta y la persona común, sin que aquél tenga ventaja alguna a este respecto. Pero el resto de los Mandamientos lo son de carácter ético y autoritario, y no encierran verdades al alcance del entendimiento. No obstante, nosotros deducimos que los israelitas escucharon en aquella ocasión un cierto sonido que Moisés entendió que proclamaba los dos primeros Mandamientos, y por mediación de Moisés los entendieron los demás israelitas, cuando aquél los repitió con sonidos articulados e inteligibles delante del pueblo. Este parecer sustentan nuestros Sabios en el versículo "Dios ha hablado una vez; y yo lo he oído dos veces" (PS. LXII, 11). ,y al comienzo del MIDRACH HAZITIL se dice que los israelitas no oyeron directamente

ningún Manda-miento de Dios; "Una voz sonora y no se oyó de nue-vo" (DEUT. V, 19). Después de haber oído este gran ruido, apoderose de ellos el terror que describe la Es-critura, y dijeron, "he aquí que el Señor Nuestro Dios se nos ha manifestado, y ahora moriremos" y lo que sigue. Entonces Moisés, el más, distinguido de todos los hombres, vino segunda vez, recibió sucesivamente los otros Mandamientos, y descendió a la falda del monte para proclamarlos ante el pueblo, mientras proseguía el poderoso fenómeno; y los israelitas vie-ron fuego, oyeron sonidos de truenos y relámpagos durante la tormenta; pero la voz de Dios, esto es, la voz que fue creada para este propósito y que se entendió que encerraba los Mandamientos, sólo se oyó una vez, según lo declara la Ley y ha sido paladinamente afirmado por nuestros Sabios en diversos lugares.

Precisa advertir, empero, que el pueblo no comprendió la voz con el mismo grado de comprensión que Moisés. Onkelos hace los mismos distingos que yo. Ya sabes que, según el TALMUD, Onkelos recibió sus excelentes interpretaciones directamente de R. Eliezer y de R. Joshua, los más Sabios de Israel adviértelo; así, y recuérdalo porque no es posible que persona alguna exponga la revelación del Monte Sinaí más cabalmente que ellos lo hicieron, pues que se trata de uno de los secretos de la Ley. Difícil es concebir con arreglo a verdad aquellos acontecimientos, que no habían pasado nunca antes, ni se verá jamás nada parecido a ellos. Para mientes en esto.

CAPÍTULO XXXIV

ACLARACIÓN DE LAS PALABRAS "HE AQUÍ YO ENVIARE UN ÁNGEL DELANTE DE TI"

Las palabras de Éxodo, XXIII, 20, significan lo mismo que el pasaje del Deuteronomio en que se representa a Dios dirigiéndose a Moisés en la revelación del Monte Sinaí, "yo les levantaré un Profeta de entre sus hermanos" (DEUT. XVIII, 18). Con ello Dios informa a los israelitas que levantará de entre ellos un Profeta al que se le aparecerá un ángel para hablarle, ordenarle y exhortarle, y les precabe de que no sean rebeldes contra el ángel, cuya palabra les comunicará el Profeta, diciéndoles expresamente, "y a él oiréis" (DEUT. XVIII; 15).

El principal objeto de todo ello es ilustrar a los israelitas de que la gran visión y revelación del Monte Sinaí no continuaría de manera eterna, ni se repetiría jamás. El fuego y la nube no reposarán de manera continua sobre el Tabernáculo, como ahora; empero, se os conquistarán para vosotros ciudades, se os asegurará paz en la tierra, y cuando sea menester informaros, os será enviado un ángel que hable a vuestros Profetas, el cual os enseñará lo que hay que hacer y lo que hay que evitar. De donde queda establecido lo que yo constantemente he proclamado, que todos los Profetas, excepción hecha de Moisés, reciben la Profecía por mediación de un ángel.

CAPÍTULO XXXV

EN QUE SE DISTINGUEN LOS PORTENTOS OBRADOS POR MOISÉS DE LOS DEMÁS PROFETAS

Cuanto aquí digo acerca de la Profecía, concierne sólo a los Profetas que fueron antes y después de Moisés; pero en lo que atañe a la Profecía de Moisés, nada diré en esta obra, pues que a mi parecer se le aplica la denominación de Profeta de manera homónima a como cuando se dice de los demás hombres. Igual distingo debe hacerse entre las maravillas que obró Moisés y las que hicieron otros Profetas, porque las señales de aquél no eran de la misma clase que los milagros y portentos de los otros. Ya se dice, "y no se levantó nunca profeta en Israel como Moisés, que haya conocido al Señor cara a cara" (DEUT. XXXIV, 10). Es, por lo tanto, clarísimo que su percepción profética estaba por encima de la que alcanzaron los demás Profetas de Israel que son un reino de sacerdotes y una nación santa", y "en medio de los cuales está el Señor"; no precisa decir cuán por encima estaba de todos los Profetas de las demás naciones.

Las maravillas de Moisés se distinguen de las de los demás en que las de éstos fueron obradas en presencia de escaso número de individuos. Por eso la Escritura declara que ningún Profeta hará como Moisés signos públicos, en presencia de amigos y enemigos, de secuaces y de adversarios. No debe descarriarnos el relato según el cual la luz del sol se detuvo unas horas por milagro de Josué, pues aunque se dice "a la vista de Israel" (JOS. X. 12), no se dice "a la vista de todo Israel", como cuando los milagros de Moisés. De igual manera, el portento de Elías en el Monte Carmelo fue contemplado por algunos individuos del pueblo.

Si te percatas de la grandeza y especial don profético de Moisés, parejos de su aptitud para producir milagros, comprenderás que cuanto hablo en los siguientes capítulos que tratan de la Profecía se refiere a los demás Profetas, los cuales no alcanzaron el excelso grado de Moisés. Esto es lo que quería explicar en el presente capítulo.

CAPÍTULO XXXVI

DE LAS FACULTADES MENTALES, FÍSICAS Y MORALES DE LOS PROFETAS

En realidad de verdad la Profecía es una emanación que el Ser divino proyecta a través y por mediación del Entendimiento Activo, primeramente sobre la facultad racional del hombre, y luego sobre su imaginación, y constituye el más alto grado de perfección humana, que estriba en el acabadísimo desarrollo de la facultad imaginativa.

Es la profecía un poder que no se puede encontrar en persona alguna, ni nadie lo puede adquirir sólo, mediante el cultivo de sus facultades mental y moral, sin alcanzar al mismo tiempo la mayor excelencia natural de la imaginación.

Ya sabes que el pleno desarrollo de una facultad del cuerpo, tal como la imaginativa, depende de la condición del órgano por medio del cual opera. Cuando algún órgano es defectuoso, el adecuado adiestramiento y ejercicio puede a lo más restablecer hasta cierto punto su salud, pero no puede conseguir que el órgano sea perfecto.

Entre las funciones de la facultad imaginativa están, bien los sabes, la de retener las impresiones de los sentidos, la de combinarlas y, sobre todo, la de formar imágenes. Esta principal y más alta función se cumple estando en reposo los sentidos, pues entonces recibe hasta cierto punto inspiración divina, en la medida en que está predispuesta para ello. Tal es la naturaleza de los sueños que luego se contrastan con la realidad, y también de la Profecía, los cuales se distinguen de ésta por la cantidad, mas no por la calidad. Dicen nuestros Sabios que el sueño es una sesentava parte de Profecía; comparación que no podría hacerse entre cosas de diferente especie, como no podemos decir que la perfección del hombre es tantas veces la del caballo. Hállase en el BERECHIT RABBA XVII el siguiente aforismo de nuestros Sabios; "el ensueño es como el fruto, desprendido en agraz, de la Profecía". Excelente comparación, porque el fruto verde, desprendido del árbol, es ya en cierto modo el fruto, siquiera desprendido antes de alcanzar plena sazón. Así también la acción

de la facultad imaginativa durante el sueño es igual que la que recibe la Profecía, sólo que en el primer caso es fruto en agraz, y en el segundo, fruto maduro y sazonado.

Pero ¿para qué citar palabras de los Sabios, cuando podemos transcribir un pasaje de la Escritura que dice: "Si hubiera entre vosotros Profetas, Yo, el Señor, me daré a conocer a él en visión, o le hablaré en un sueño"? (NUM. XII, 6) ¿Dícenos aquí el Señor que la verdadera esencia de la Profecía consiste en una percepción a la que se llega durante el sueño o la visión; la facultad imaginativa adquiere tal eficacia, que ve las cosas como si vinieran de fuera, y las per-cibe como a través de los sentidos corporales. Estas dos maneras de Profecía, visión y ensueño, encierran todos los grados de la misma.

Y después, de estas primeras observaciones, habrás de comprender que para llegar a ser Profeta tiene que satisfacer el hombre las siguientes condiciones: La substancia de su cerebro ha de ser perfectísima, en grado de pureza material, composición de sus diferentes partes, tamaño colocación; ninguna parte del cuerpo ha de sufrir enfermedad ni flaqueza; habrá de haber estudiado y adquirido sabiduría, de modo que su facultad racional actualice cuanto lleva en potencia; su entendimiento ha de ser lo más desarrollado y perfecto que cabe en ser humano; sus pasiones, puras y equilibradas, sus deseos, orientados hacia el conocimiento de las leyes y causa ocultas que operan en el universo; sus pensamientos ocupados en altísimas cuestiones; su atención dirigida hacia el conocimiento de Dios, hacia el examen de Sus obras y de lo que debe creerse acerca de ellas. Deben estar ausentes de su ánimo los bajos deseos y apetitos, el ansia de placeres de comer, beber o cohabitar; en una palabra, todos los placeres relacionados con el sentido del tacto.

Es menester, además, que desarraigue de su corazón todo pensamiento o deseo de vano poder y dominio; esto es, el ansia de victoria, de que haya gran número de gentes que le sigan, de adquirir honores y criados que le sirvan. Ha de conducirse respecto del pueblo, tratando a la multitud conforme a lo que verdaderamente vale; hay quienes son como ganado domesticado, otros como bestias feroces. El hombre que satisface todas las dichas condiciones, en cuanto ha desarrollado plenamente y puesto en acción su facultad imaginativa, influido con arreglo al grado de su ejercicio mental por el Entendimiento

Activo, no percibirá sin duda nada más que cosas extraordinarias y divinas, y no verá sino a Dios y a sus ángeles. Su conocimiento encierra sólo la realidad, y su pensamiento se dirige únicamente a los principios generales que tienden a mejorar el trato social entre hombre y hombre.

Hemos pintado, así tres clases de perfección: La perfección mental, que se adquiere por el estudio, la perfección de la naturaleza imaginativa, y la perfección moral que se alcanza suprimiendo toda preocupación de placeres corporales y toda especie de locura o mala ambición. Sabido es que los Sabios poseen en diferentes grados estas cualidades, conforme a lo cual varía también el grado de la facultad profética.

Bien sabes que las facultades del cuerpo están unas veces en saludable condición, y otras enflaquecidas, fatigadas o corrompidas. Ciertamente la imaginación es una facultad corporal. Por eso los Profetas pierden el don profético cuando están compungidos, encolerizados o presa de grandísima emoción. Dicen los Sabios que la Inspiración no desciende sobre el Profeta triste o lánguido. Así se explica que Jacob no recibiera revelación alguna durante la época de tristeza, cuando tenía la imaginación ocupada con la pérdida de José. Lo mismo acaeció a Moisés cuando estaba deprimido por muchedumbre de penas, desde que comenzaron a murmurar de él los israelitas, escuchando las falsas informaciones de los espías, hasta que murieron los guerreros de aquella generación. No recibió mensaje alguno de Dios, como solía hacerlo, y eso que su inspiración profética no le venía a través de la imaginación, sino por mediación directa del entendimiento.

Se sabe también de personas que profetizaron durante cierto tiempo, y luego dejaron de hacerlo por completo, por haber acaecido algo que interrumpió su Profecía. Esto misma circunstancia, el prevalecimiento de la tristeza y de la amargura, es la causa indudable de que se haya interrumpido la Profecía de Israel durante la época del destierro; porque ¿puede haber tristeza mayor que el destierro: Ser esclavo a quien se compra por dinero para servir a ignorantes y voluptuosos amos, no poder nada contra ellos, en quienes se juntan a un tiempo la falta de verdadero conocimiento y el vigor de todos los deseos animales? Tan penosa condición y estado nos había sido profetizado en las palabras: "Correrán de un lado para otro en busca de la palabra Dios, y no la encontrarán"

(AMOS, VIII, 12); "su rey y sus príncipes están entre las naciones; ya no hay ley; sus Profetas no tienen visiones del Señor" (LAMB, II, 9). Y así acaece en verdad, siendo la clarísima causa de ello que se han perdido los requisitos previos de la Profecía. En la era mesiánica —quiera Dios que comience pronto— de nuevo brotará entre nosotros la Profecía, como nos ha sido prometido por el Señor.

CAPÍTULO XXXVII

TRATA DE LA INFLUENCIA DIVINA, POR MEDIACIÓN DEL ENTENDIMIENTO ACTIVO, EN LAS FACULTADES MENTAL E IMAGINATIVA DELHOMBRE

Precisa considerar la naturaleza de la influencia divina que nos capacita para pensar y nos otorga los diversos grados de inteligencia. Porque cada persona puede alcanzar influencia en el grado y medida exacta de su condición intelectual. Hay quien es escaso en perfección, y hay quien la tiene tan abundante que por mediación de él se perfeccionan los otros.

Lo mismo puede observarse en el conjunto del universo. Hay seres tan perfectos que aciertan a gobernar a otros seres, pero los hay cuya sola perfección consiste en gobernarse a sí mismos, sin influir en los demás.

La Influencia del Entendimiento Activo alcanza en algunos casos a las facultades lógica e imaginativa únicamente; unas veces a causa de que aquella influencia es escasa; otras por razón de algún defecto constitutivo de la facultad imaginativa que estorbe la recepción de la misma: Tal es la condición de los Sabios y filósofos.

Empero, si la imaginación es perfectísima, la influencia del Entendimiento Activo, según la hemos explicado nosotros y otros filósofos, alcanza por igual a la razón y a la imaginación, según acaece a los Profetas.

Pero también sucede a veces que la tal influencia llega sólo a la imaginación, por insuficiencia y escasez de la facultad lógica, ora a causa de natural defecto, ora por haber abandonado su adiestramiento. Así acaece a los gobernantes, legisladores, adivinos, encantadores y soñadores de sueños verdaderos, o a los que obran portentos merced a secretas artes y extraños medios, aunque no sean sabios. Todas los cuales, pertenecen al tercer e inferior grado. Algunas personas como éstas perciben mientras estén despiertos escenas, ensueños y confusas imágenes. Créense entonces inspirados, se maravillan de lo que ven, y piensan que han adquirido sabiduría sin estudio. Incurren en graves

errores acerca de importantes principios filosóficos y contemplan una extraña mezcla de cosas verdaderas e imaginadas. Todo ello es el fruto de una poderosa imaginación, acompañada de endeble facultad lógica, que no se ha desarrollado ni pasado de potencia a acto.

CAPÍTULO XXXVIII

DEL ALTO GRADO DE PERFECCIÓN QUE ALCANZAN LA INTUICIÓN Y EL VALOR EN LOS PROFETAS

La fuerza psíquica que se llama "valor" paréceme ser de naturaleza análoga a la fuerza física de la repulsión. La energía varía como todas las fuerzas, y unas veces es grande y otras pequeña. Hay hombres capaces de acometer a un león, y otros a quienes espanta una mosca. El valor requiere cierta disposición natural en el hombre, pero es susceptible de aumento o disminución según el uso que de la inclinación natural se haga.

Lo mismo acontece a la facultad intuitiva, que todos poseen en diferentes grados. El poder de intuición del hombre es más fuerte cuando se aplica a las cosas en que se ha ocupado mucho su pensamiento. Hay personas de tan robusta y sana imaginación e intuición que cuando suponen que una cosa existe, luego la realidad confirma total o parcialmente sus sospechas. Las causas de la presunción lógica son muy diversas, y se componen de múltiples circunstancias precedentes, sucesivas y presentes; pero el entendimiento puede merced a la intuición pasar por encima de todas ellas, y sacar consecuencias ciertas de manera poco menos que instantánea. Esta misma facultad permite a ciertas personas predecir importantes acontecimientos venideros. El Profeta tiene que tener ambas fuerzas, valor e intuición, altamente desarrolladas y su vigor se aumentará cuando reciba la influencia del Entendimiento Activo. Tan grande era el valor de Moisés que osó con una varita en la mano dirigirse al gran rey, anheloso por librar de la servidumbre a su pueblo.

Los verdaderos Profetas conciben ideas provenientes de datos y premisas que la razón humana por sí sola no alcanza a comprender. Dicen, así, cosas que los hombres no podrían decir si sólo tuvieran la razón e imaginación normales. El Profeta predice un acontecimiento futuro con tal claridad como si ya hubiera percibido las cosas con los sentidos, y concibe ideas que la realidad confirma y que se le aparecen tan claras como si las dedujera por medio de silogismos.

Así deben creerlo los que se decidan a aceptar la verdad. Todas las cosas guardan relación entre sí, y el conocimiento de una nos lleva al conocimiento de otras. Lo que hemos dicho de los poderes extraordinarios de nuestra facultad imaginativa se aplica especialmente al entendimiento, que directamente recibe la influencia del Entendimiento Activo, el cual lo hace pasar de potencia a acto. Es a través del entendimiento como la influencia divina llega a la imaginación. ¿Cómo, pues, podría llegar ésta a tal grado de perfección que lograse representar cosas que no habían percibido los sentidos, si negáramos al entendimiento el don de comprender por manera distinta de la usual, sin necesidad de premisas ni deducciones?

Tales son las verdaderas características de la Profecía y las disciplinas a que debe consagrarse exclu-sivamente el Profeta. Hablo aquí de los verdaderos Profetas, excluyendo a los de la tercera clase, quiero decir, las personas de incipientes facultades lógicas y carentes de sabiduría, que sólo están dotadas de poder imaginativo e inventivo, propensas a groseras interpretaciones y a incurrir en peligrosos errores, muchas de las cuales, creyéndose sabias, perecieron a manos de sus desvaríos.

CAPÍTULO XXXIX

DE QUE MOISÉS PROMULGÓ LA INMUTABLE LEY Y LOS DEMÁS PROFETAS SE LIMITAN A ENSEÑARLA Y EXPLICARLA, Y DE QUE LA LEY ES LLEVADERA PARA EL HOMBRE

Hemos dado la definición de Profecía, puesto de relieve sus verdaderos caracteres, y enseñado que la Profecía de Moisés, nuestro Maestro, era distinta de la de los demás Profetas. Sólo esta distinción le calificó para la función de proclamar la Ley, misión sin paralelo en la historia desde Adán hasta Moisés y entre los Profetas que le sucedieron. Es principio de nuestra religión que nunca será revelada otra ley. Por donde sostenemos nosotros que nunca hubo, ni habrá, otra Ley divina que la de Moisés, nuestro Maestro.

Hubo Profetas antes de Moisés, como los patriarcas CHEM, EBER, NOE, MATUSALEM y ENOCH, pero ninguno de ellos dijo a los hombres que Dios le había enviado y encomendado que les transmitiera cierto mensaje. Abraham instruyó a sus semejantes, pero no dijo que Dios le hubiera enviado con el mandato de que hicieran o dejaran de hacer tales o cuales cosas. Abraham enseñaba, pues, por argumentos filosóficos, que hay un Dios, el cual ha creado todas las cosas que existen además de Él, y que no se debe adorar a las constelaciones ni a ninguna de las cosas que hay en el aire.

La historia de los Profetas que vivieron después de Moisés, que te es bien conocida, dice que cumplieron la función de advertir y exhortar al pueblo para que guardase la Ley, amenazando con grandes males a quienes descuidaran de hacerlo, y anunciando grandes bienes y venturas para los que se sometieran a su guía. Natural es que así acontezca, porque la Ley está hecha de "estatutos y juicios justos" (DEUT. IV, 8), donde "justo" quiere decir equilibrado. Los Estatutos de la Ley no imponen cargas insoportables, ni se refieren al eremita o al peregrino; tampoco son tan laxos que permitan la glotonería o la lujuria o estorben, como las leyes de los gentiles, el desarrollo de las facultades morales e intelectuales del hombre. Por todo lo cual se dice que "la Ley de Dios es perfecta, que

alivia al corazón" (PS. XIX, 8). Hay personas que imaginan que la Ley ordena grandísimas fatigas y desmesurados sacrificios. Si meditaran debidamente, se percatarían de su error.

Sólo esta Ley se llama divina; las otras, tales como las constituciones políticas de los griegos o las necedades de los Sabeos, fueron obra de caudillos humanos, mas no de Profetas, como he explicado en varias ocasiones.

CAPÍTULO XL

TRATA DE CÓMO SE PRUEBA LA VERDADERA PROFECÍA

Ya se ha explicado cumplidamente que el hombre es por naturaleza un ser social, que por virtud de su natural inclinación busca formar comunidades. Diferénciase el hombre de los otros seres vivos en que estos no sienten el estímulo de asociarse. Es el hombre, como sabes, la más alta idea de la Creación, que por eso encierra mayor número de elementos constitutivos. Tal es la causa de que la raza humana contenga tanta y tan grave variedad de individuos, al punto que no podemos descubrir dos personas exactamente iguales en alguna cualidad moral o en algún rasgo o aspecto externo. No existe esta variedad entre los individuos de las demás especies vivientes, entre las cuales las diferencias son limitadas. Sólo el hombre constituye una excepción; dos personas pueden ser tan diferentes una de otra, en cualquier respecto, que se diría pertenecer a dos especies diferentes. Mientras el uno es cruel, tan cruel que asesina en su ira a los niños, otro es tan delicado y tierno de corazón que no osa matar a una mosca o a un gusano.

Esta gran variedad y la necesidad de que haya vida social, representan los elementos esenciales de la naturaleza humana. Pero el bienestar de la sociedad reclamas que haya un jefe capaz de regular las acciones del hombre. La variedad natural tiene que ser compensada por la uniformidad legislativa y por la firmeza del orden social. Por eso sustento yo la doctrina de que la Ley, aunque no sea producto de la naturaleza, no es algo totalmente ajeno a ella. Siendo voluntad de Dios que nuestra raza exista y esté permanentemente consolidada, lo ha otorgado, en su Sabiduría, tales propiedades que permitan a los hombres adquirir la capacidad de gobernar a otros. Hay personas —Profetas y legisladores— a quienes se les inspiran teorías legislativas; otras, poseen el poder de poner en vigor los preceptos de las primeras, y de obligar al pueblo a que las obedezca, y actúe conforme a ellas: Estos son los reyes y príncipes, que aceptan el código de los legisladores o de los Profetas.

Como hay quienes se hacen pasar por Profetas sin serlo, o se adornan con Profecías ajenas, quiero explicarte de manera cabal e indudable la prueba que te permita distinguir la legislación humana de la Ley divina, y de las enseñanzas plagiadas a los Profetas. Cuando se trata de leyes cuyos legisladores proclaman habérselas sacado de su entendimiento, no son menester pruebas, porque la confesión de parta hace innecesario el testimonio. Sólo deseo instruirte acerca de las leyes que pretenden ser proféticas Cuando las leyes aspiran únicamente a regular las relaciones de los hombres y a consolidar su felicidad, conforme al criterio del que las concibió, tales leyes son políticas y sus autores pertenecen a la tercera clase de que se habló antes, de los que se distinguen por el desarrollo exclusivo de sus facultades imaginativas. Hallarás también leyes que en todos sus preceptos aspiran a mejorar los intereses materiales del hombre, mas también a conservar su religión, a engendrar correctas ideas acerca de Dios y de los ángeles, y a llevar al pueblo al justo conocimiento del universo, mediante la educación e instrucción; esta enseñanza viene de Dios y estas leyes son divinas.

Queda ahora el problema planteado en estos términos: La persona que proclama estas leyes, ¿es el pretendido sabio que las recibió por inspiración profética, o es un plagiario, que las robó a los Profetas verdaderos? Para contestar, precisa percatarse los méritos de la persona, obtener un escrupuloso relato de sus acciones, y parar miente en su carácter. La mejor Prueba de la condición profética de un hombre es verle huir, abstenerse y menospreciar los placeres corporales, singularmente los del tacto, sentido que, según Aristóteles es una desgracia para nosotros; y sobre todo, ver que se frena y priva del trato sexual.

Dios se vale de esto para exponer los falsos Profetas a la vergüenza pública, a fin de que los que de veras buscan la verdad puedan hallarla, y no yerren y se descarríen. Zedekiá, hijo de Maasiá, y Ahab, hijo Kolaiá se jactaban de haber recibido el don de Profecía. Lograron persuadir al pueblo a que les siguiera, hablando como si fueran Profetas, pero no dejaban entre tanto de buscar bajos placeres y trato sensual, cometiendo adulterio con las mujeres de sus compañeros y secuaces.

CAPÍTULO XLI

QUÉ SE ENTIENDE POR "VISIÓN"

No necesito explicar lo que es un ensueño, mas sí quiero esclarecer el significado de la palabra MARE, visión, que se halla en el pasaje: "En una visión me hago conocer a ti" (NUM. XII, 6).

Es algo terrible y espantable lo que el Profeta siente, en estado de vigilia, según lo declara Daniel: "Y yo vi esta gran visión, y no quedaron fuerzas en mí" (DAN. X, 8). Hablole el ángel en visión profética y "le hincó de rodillas". En tales circunstancias, cesan de actuar los sentidos, y el Entendimiento Activo influye las facultades racionales, y a través de ellas la imaginación, que llega a ser perfecta y activa. A veces comienza la Profecía con una visión; el Profeta tiembla y se estremece, y se afecta grandemente a consecuencia de la acción perfecta de la facultad imaginativa; y después de eso prosigue la Profecía. Así le acaeció a Abraham, cuya Profecía comienza: "La palabra del Señor vino a Abraham en una visión" (GEN. XV, 1); después de esto, "cayó sobre Abraham un profundo sueño"; y finalmente, "el dijo a Abraham", y lo que sigue. Cuando los Profetas hablan de haber recibido una profecía, dicen que fue por mediación de un ángel, y aun del mismo Dios; pero en este segundo caso es como si la hubieran recibido también por el ángel. Por eso nuestros Sabios explican las palabras, "y el Señor le dijo", entendiendo que Dios habló a través de un ángel. Has de saber que cuantas veces la Escritura refiere que el Señor o su ángel habla, el acontecimiento tiene lugar en un sueño o en una visión profética.

La Escritura relata cuatro diferentes maneras de hacerse la comunicación divina al Profeta. (1) El Profeta refiere haber oído las palabras del ángel en el ensueño o en una visión; (2) relata las palabras del ángel sin mencionar si las percibió en visión o en sueño; (3) el Profeta no habla para nada del ángel, y dice que Dios le habló, pero declarando que ha recibido el mensaje en visión o en sueño, y (4) presenta su profecía manifestando que Dios le habló o le dijo tal o cual cosa, o pronunció tales

o cuales palabras, pero sin explicar si ha recibido el mensaje en visión o en sueño, porque da por supuesto que todo el mundo sabe la manera de verificarse la revelación o la profecía.

Ejemplo de la primera forma es el siguiente: "Y el ángel del Señor me dijo en un sueño: Jacob" (GEN. XXXI, 11); de la segunda forma: "Y Elohim (un ángel) dijo a Jacob, levántate y sube a Bethel" (GEN. XXXV, 1); ejemplo de la tercera forma es el siguiente: "La palabra del Señor vino en una visión a Abraham (GEN. XV, 1); ejemplo de la cuarta forma es, "y el Señor dijo a Abraham (ibid, XVIII, 13).

Todos los pasajes de la Escritura presentan la Profecía con arreglo a una de esas cuatro formas; pero la frase, "y Elohim vino a tal persona en un sueño nocturno", no indica necesariamente que tiene lugar una Profecía, y la persona a que se alude en estos casos no es un Profeta, siquiera Dios le haya llamado la atención acerca de cierta cosa, durante la noche. Porque así como Dios puede incitar a una persona a que salve o pierda a otra, así también puede, conforme a Su voluntad, suscitar ciertas cosas en el pensamiento del hombre, durante el sueño de la noche. Es indudable que el Sirio Laban era un hombre perverso e idólatra; lo mismo digo de Abimelech, y sin embargo a ambos se les apareció un ángel en sueños. Y no por eso fueron Profetas.

CAPÍTULO XLII

DE QUE LOS PROFETAS SÓLO RECIBEN COMUNICACIÓN DIRECTA EN SUEÑOS O EN VISIONES

Ya se ha declarado que la aparición o discurso de un ángel, cuando se alude a ello en la Escritura, ha tenido lugar en visión o en sueño; no importa que se haga o no constar así, según hemos dicho. La cosa es realmente importante. En algunos casos el relato comienza manifestando que el Profeta vio a un ángel; en otros, se empieza hablando de un ser humano que luego se manifiesta ser un ángel. En tales visiones el Profeta, o ve a Dios que le habla, o ve a un ángel, u oye a alguien que, le habla sin verlo, o ve un hombre que le habla y luego averigua que se trataba de un ángel. En este último caso de Profecías, el Profeta cuenta haber visto a un hombre que hacía o decía algo, y sólo después descubre su condición angélica.

Fue adoptado este importante principio por uno de nuestros más notables Sabios, R. Hiya el Grande (BERECHIT RABBA, XLVIII), al exponer el pasaje de la Escritura que comienza, "y el Señor se apareció a él en la llanura de Mamre" (GEN. XVIII). Abraham vio primero tres hombres; corrió a hablarle, y el Rabbi Hiya sostiene que las palabras de Abraham, "Señor mío, si ahora he hallado gracia ante Tus ojos, no quieras alejarte de Tu siervo", fueron pronunciadas por él en visión profética, dirigiéndose a uno de los hombres. Lo mismo entiendo yo que acaeció cuando se dice hablando de Jacob, "y un hombre luchó con él hasta que rayaba el alba" (GEN. XXXII, 25); lo cual acaeció en visión profética, pues que se declaró al fin (versículo 31) que era un ángel. Pienso también que era una visión profética lo que percibió Josué cuando "levantó sus ojos y vio, y he aquí que un hombre estaba delante de él" (JOS. V, 13); pues que luego se declara (versículo 14) que era "el príncipe de las huestes del Señor".

Ya hemos enseñado (capítulo VI) que la palabra ángel es homónima y se refiere también al Profeta, como cuando ce dice: "Y Él envió un ángel, y nos sacó de Egipto" (NUM. XX, 16).

No imagines que pueda ser visto un ángel, u oída su palabra, como no sea en visión o en sueño profético, conforme al principio establecido de que "yo me hago conocer a él en una visión, y le hablo en un sueño" (NUM. XII, 6). Los ejemplos citados pueden servir para aclarar otros muchísimos pasajes que me callo. De la regla que hemos sentado según la cual la profecía requiere una preparación adecuada, y de la interpretación del homónimo "ángel", podrás deducir que Hagar, la mujer egipcia, no era profetisa. Tampoco lo eran Manoá y su esposa, porque el discurso que oyeron o imaginaron haber oído era como el BAT-KOL o eco profético a que con tanta frecuencia aluden nuestros Sabios, como experiencia que alcanzan las personas no preparadas para la Profecía. El doble sentido de la palabra ángel confunde y desorienta. Pero este es el método que permite resolver las dificultades de ciertos pasajes de la Escritura.

CAPÍTULO XLIII

TRATA DE LAS ALEGORÍAS DE LOS PROFETAS

Ya hemos enseñado que los Profetas profetizan a veces en alegorías; emplean las palabras en sentido figurado, dándonos en la misma Profecía el sentido que tiene la alegoría. A veces, en sueños, creemos que estamos despiertos y relatamos a otras personas, un sueño que explica el significado del mismo. Llaman los Sabios a esto "sueño interpretado en sueños". En otras ocasiones, descubrimos el sentido de lo soñado, después de despertarnos. Lo mismo acontece a las Profecías alegóricas. Algunas se interpretan en la visión profética, como se relata en Zacarías, después de haber descrito una visión alegórica, "y el ángel que habló conmigo, volvió de nuevo, y me despabiló, como a hombre que despierta de su sueño, y me dijo: ¿Qué ves?", y lo que sigue (ZAC. VI, 1-2), después de lo cual sigue la explicación de la alegoría (versículo 6, sqq.).

Otro ejemplo nos ofrece Daniel. Dícese primeramente en su libro: "Daniel tuvo un sueño y hubo visiones de su cabeza, sobre su lecho" (DAN. VII, 1). Se da después el conjunto de la alegoría, y Daniel solloza porque no sabe interpretarla. Pide una aclaración al ángel, y la recibe durante una visión profética.

Hay otras alegorías proféticas cuyo sentido no se alcanza durante la visión, entendiéndolo el Profeta cuando despierta de su sueño.

Has de saber además que las cosas que los Profetas ven alegóricamente representan determinadas ideas, así los candelabros, los caballos y las montañas de Zacarías (IV, 2; VI, 1- 7), los cerrojos de Ezequiel (II, 9), el muro hecho a plomada de Amós (VII, 7), los animales de Daniel (VII y VIII), a la olla hirviente de Jeremías (I, 13) y otros. Enseñáse también que los Profetas muestran cosas que no ilustran el objeto de la visión, el cual se indica más bien por el nombre, según su etimología y homonimia. Así la facultad imaginativa forma la semblanza de una cosa, cuyo nombre tiene doble significado, uno de los cuales se refiere a cierta cosa diferente de la imagen. Lo cual es una manera de alegoría.

Todavía más extraña es la otra manera que los Profetas, tienen de llamar la atención sobre cierto objeto, presentándonos otro cuyo nombre ni etimológica ni homónimamente guarda relación alguna con el primero, siquiera ambos contengan las mismas letras, en orden diferente. En estos casos el Profeta tienen que cambiar el orden de las letras como en HABAL y BAHAL. Hallamos de esta manera extrañas cosas y misterios (SODOT) en las palabras NEBOCHET, KALA, REGEL, EGEL y HACHMAL del MERCABA, y en otras que aparecen en diferentes pasajes. Después de lo dicho averiguarás los misterios que hay en el sentido de dichas expresiones, si las examinas cuidadosamente.

CAPÍTULO XLIV

DE LOS DIFERENTES MODOS COMO LOS PROFETAS RECIBEN MENSAJES DIVINOS

Reiteradamente hemos dicho que la Profecía se da en visión o en sueño. Decimos ahora que cuando el Profeta recibe la inspiración, puede ver también una alegoría, o puede percibir en visión que Dios le habla, como en Isaías. (VI, 8), "y yo oí la voz del Señor que decía", o bien oye a un ángel que le habla, o también puede acaecer que lo vea. Son innúmeros los ejemplos de todo ello. A veces el Profeta ve a un hombre que le habla, como en Ezequiel (XL, 3-4), "y he aquí un hombre, cuyo aspecto era como de oriámbar y el hombre me dijo". En otros casos el Profeta no ve figura alguna y sólo oye en la visión profética las palabras que se le dirigen: "Hubo silencio, y escuché una voz" (en el discurso de Elifaz, JOB. IV, 16). El ser a quien Ezequiel percibió en su visión no era el mismo que le hablaba.

Después de estas indicaciones sobre las diferentes clases de Profecía, tal como se desprenden de la Escritura, digo que el Profeta puede percibir lo que oye con la máxima intensidad, así como quien oye en sueños un trueno, o se da cuenta de una tormenta o de un terremoto, lo que acaece con mucha frecuencia. El Profeta puede también oír la Profecía pronunciada en lenguaje corriente, como en el relato del Profeta Samuel, cuando le llamaron en una visión profética, y creía que era el sacerdote Elí que le hablaba. Y esto sucedió tres veces consecutivas. El texto lo explica diciendo que Samuel creía natural que Elí le hubiera llamado, porque todavía ignoraba que Dios se dirigía al Profeta de esta manera, secreto que aun no le había sido revelado.

CAPÍTULO XLV

DE LOS DIVERSOS GRADOS DE PROFECÍA

Luego de haber explicado que la Profecía está de acuerdo con la razón y la Escritura, procederemos a describir los diferentes grados de Profecía, en visión o en sueño. No todos los grados que voy a enumerar califican a una persona apta para el oficio de Profeta. El primero y el segundo grados son solamente pel-daños que llevan a la Profecía. Puede también acaecer que un Profeta se manifieste una vez de una forma y otra de otra forma diferente, de los grados que voy a enumerar, y que su inspiración sea unas veces más alta que otros. No es imposible que el Profeta alcance el grado supremo solo una vez en su vida, y que luego no pueda llegar tan alto, y aun que venga paulatinamente a perder por completo su facultad; ordinariamente, los Profetas tienen que dejar de profetizar durante una época más o menos larga antes de su muerte. Y pasemos a enumerar los grados proféticos.

1. El primer grado consiste en el auxilio divino que se da a una persona, incitándola y alentándola para hacer algo grande, ora liberar a un grupo o congregación de hombres buenos de las manos de malhechores, ora salvar a cierta noble persona; ya traer la felicidad a mucha gente del pueblo. El Profeta halla en sí mismo la causa que le impele a ejecutar tales proezas. Este grado de influencia divina se llama "el espíritu del Señor", y la persona influida puede con justicia decir que el espíritu del Señor ha descendido sobre él, le ha envuelto, o se ha posado en él, o que el Señor le acompaña, y otras expresiones del mismo linaje. Esta era la facultad que poseía Moisés desde que llegó a la virilidad. Ella le impulsó a matar al egipcio, a impedir que dos hombres que reñían se hiriesen, y era tan poderosa que no podía sufrir que en su presencia se hiciera injusticia sin afanarse por remediarla. No quiere esto decir que el espíritu del Señor desciende sobre todo el que recibe su asistencia para llevar a cabo determinada empresa, ya para adquirir una propiedad, ya para lograr alguna ventaja de índole personal, lo cual no significa que el Señor le acompañe o que sus acciones hayan sido inspiradas por el espíritu santo,

pues estas expresiones se reservan para el que acomete y lleva a término algo bueno y grande.

2.El segundo grado consiste en que una persona siente que algo desciende sobre él y le inspira nuevo valor y aliento para hablar pensar. Discurre acerca de cosas científicas, o compone himnos, o exhorta a sus conciudadanos, o discute problemas políticos y teológicos, todo lo cual lo hace despierto y con posesión cabal de sus sentidos. Se dice de la tal persona que habla por el espíritu santo. Así compuso David sus Salmos, y Salomón el libro de los Proverbios, el Eclesiastés y el Cántico. Aludiendo a ese espíritu santo dice David: "El espíritu del Señor habló en mí, y en mi lengua está su palabra" (II SAM. XXIII, 2). No cabe dudar de que esto es un grado de Profecía inferior al de que se dice "en un sueño yo le hablaré". Tal es la razón de que el pueblo de Israel deseara colocar el Libro de Daniel entre los Hagiógrafos, y no entre los Profetas. Ya te he indicado que la Profecía revelada a Daniel y a Salomón, aun cuando ambos vieron un ángel en sueños, no se considera que sea una Profecía perfecta, sino sólo un sueño que contiene información correcta. Pertenecían ambos al tipo de hombres de que te hablé inspirados por el RUA HA-KODECH o "espíritu santo". Así también, al ordenar las Santas Escrituras, no se hace distinción entre los libros de los Proverbios, Eclesiastés, Daniel, Salmos, Ruth y Esther, que todos ellos son escritos por inspiración divina. Aplícase el nombre Profetas a sus autores en el sentido más lato de la palabra.

3. La tercera clase es la inferior de los efectivos Profetas, de aquellos que comienzan su discurso con la frase "y la palabra del Señor vino a mí" u otra similar. El Profeta ve una alegoría en un sueño, cumpliéndose las condiciones de que te he hablado propias de la auténtica Profecía, y durante el sueño se le manifiesta la interpretación de la alegoría. A este género pertenecen la mayor parte de las de Zacarías.

4. El Profeta oye en sueño algo claro y distinto, sin ver al que le habla. Tal acaeció a Samuel al comienzo de su misión profética, según ha sido explicado en el capítulo XLIV.

5. Un ángel le habla en un sueño. Aplícase esto a casi todos los Profetas: "Y el ángel de Dios me dijo en un sueño de la noche". (GEN. XXXI, 2)

6. Una persona se dirige al profeta, en sueños, como en las Profecías de Ezequiel: "Y el hombre me habló, Hijo del hombre" (EZEQ. XL, 4).

7.Parécele al Profeta como si Dios le hablara en un sueño. Así dice Isaías, "y yo vi al Señor, y oí su voz" (ISA. VI, 1, 8).

8.Preséntasele al Profeta algo en forma de visión profética (esto es, estando despierto); percibe figuras alegóricas como las que vio Abraham, en pleno día, según claramente se dice en el Génesis, XV, 9, 10.

9.El Profeta oye palabras en la visión profética, como se relata de Abraham, "y he aquí vino a él la palabra diciendo, éste no será tu heredero" (IBID. XV, 4).

10.El Profeta ve a un hombre que le habla en la visión profética. Así Abraham en la llanura de Mamre (IBID. XVIII, 1) y Josué en Jericó (JOS. V, 13). 11. —El Profeta ve un ángel que le habla en visión, como cuando el ángel se dirigió a Abraham en el sacrificio de Isaac (GEN. XXII, 15). Sostengo yo que —si exceptuarnos a Moisés— éste es el supremo grado de Profecía que se puede alcanzar según la Escritura, siendo menester que el Profeta haya logrado desarrollar plenamente sus facultades racionales.

No me parece probable que haya Profeta capaz de percibir que Dios le habla durante la visión profética. No llega tan lejos la facultad imaginativa, y no sabemos que el caso se relata en la Escritura hablando de los Profetas corrientes, antes bien se dice de manera expresa: "En una **visión** me duré a conocer, y en un **sueño** le hablaré". Según esta segunda explicación los grados de profecía se reducirían a ocho, siendo el más alto el de la visión profética, el cual comprendería todas las clases de visión, incluso el caso en que se aparece un hombre para hablar al Profeta.

Acaso formularías la siguiente pregunta: Entre los diferentes grados de Profecía, hay alguno en que los Profetas, como Isaías, parecen haber oído que Dios se dirigía a ellos, ¿cómo puede esto conciliarse con el principio de que a todos los Profetas se les habló por meditación de un ángel salvo a Moisés nuestro Maestro, del cual dice la Escritura, "boca a boca Yo le hablé" (NUM. XII, 8)? Replico que el ángel o mediador es en este caso la facultad imaginativa que en el sueño profético oye, a Dios que le habla; pero Moisés oyó que la voz se le dirigía "desde lo alto de la cobertura del arca, de entre los dos querubines" (EX. XXV, 22), sin que mediara la

facultad imaginativa. En el MICHNE-TORA hemos declarado las características de esta clase de Profecía y el sentido de las palabras "boca a boca Yo le hablé". Estúdialo allí, y yo no habré menester repetir lo que ya he dicho.

CAPÍTULO XLVI

INTERPRETACIÓN DE LOS ACTOS ALEGÓRICOS DE LOS PROFETAS

Podemos tomar a un individuo como ejemplo de todos los de su especie, y de sus propiedades deducir las de todos ellos. Así también la forma de un relato profético sirve de modelo para todos los demás. Luego de dicho esto, quiero que te percates de que una persona puede soñar a veces que ha ido a cierto país, se ha casado y establecido durante algún tiempo y que tuvo un hijo a quien llamó de tal o cual manera, sin que nada de ello haya acaecido en la realidad. De igual manera se ven ciertos objetos en las alegorías proféticas, se llevan a cabo determinados actos o se ejecutan cosas o emprenden viajes, sin que todo ello pase de ser visión profética, y no realidad que se perciba por los sentidos corporales. Algunos de los relatos cuentan estos incidentes, sin decir si son o no parte de la visión, aunque no es menester repetirlo en cada caso.

Así, el Profeta narra: "Y el Señor me dijo", y no precisa aclarar que fue en un sueño: El lector corriente cree que los actos, viajes, preguntas y respuestas del Profeta tuvieron lugar en el mundo real y fueron percibidos por los sentidos, y no que son mera parte integrante de la visión profética. A manera de ejemplo referiré aquí un caso que no deja lugar a la menor duda. Es el siguiente pasaje de Ezequiel (VIII, 1, 3): "Senteme en mi casa, y los ancianos de Judá delante de mí, y el espíritu me levantó entre la tierra y el cielo y me llevó en visiones de Dios a Jerusalén". Lo mismo esto que lo que sigue pertenece a la visión profética: "Y tomarás contigo un azulejo", "yaz tú también sobre el lado izquierdo", "toma trigo y cebada", "y haz pase sobre tu cabeza y tu barba" (capítulos IV y V). Fue durante la visión profética cuando Ezequiel vio e hizo todo lo que en la Profecía se relata. No permita Dios que creamos que quiere poner a sus Profetas en ridículo, hacerles motivo de burla a los ojos del ignorante y ordenarles efectuar acciones estúpidas. Una vez declarado que todas estas cosas son alegóricas, no cabe duda de que los acontecimientos que se relatan no tuvieron existencia real salvo en el pensamiento de aquellos de

quien el Profeta dice: "Y la visión de cada uno fue a ellos como palabras de un libro sellado" (ISA. XXIX, 11). Y los ejemplos citados sirvan para ilustrar otros del mismo linaje que abundan en la Escritura y que no quiero recordar aquí.

CAPÍTULO XLVII

DEL ESTILO FIGURADO EN LOS ESCRITOS DE LOS PROFETAS

Es sin duda cierto y evidente que las más de las Profecías son dadas en imágenes, porque la imaginación es el órgano de la Profecía. Paréceme, por ello, necesario decir algunas palabras sobre las figuras, hipérboles y exageraciones que se hallan en la Escritura, las cuales darían lugar a extrañas ideas si se tomasen al pie de la letra. Nuestros Sabios dicen claramente que la Escritura se vale de lenguaje hiperbólico y exagerado, y citan como ejemplo de ello: "Ciudades amuralladas y fortificadas, que se alzan hasta el cielo" (DEUT. I, 28); "porque el pájaro del cielo lleva la voz" (ECCLES. X, 20); "alto como los cedros" (AMOS II, 9). Ejemplos por el estilo abundan en el lenguaje de todos los Profetas, y cuanto dicen es hiperbólico y exagerado, y no preciso y exacto.

En algunos casos se ve de manera evidente y paladina, que ninguna persona puede dudar, el lenguaje figurado de la Escritura, como cuando se dice: "Las montañas y colinas romperán a cantar, y todos los árboles del bosque os aplaudirán con sus manos" (ISA. LV, 12). Nadie dudará que la bendición, "quiera el Señor abrirte su gran tesoro, que son los cielos", debe tomarse en sentido figurado, pues que Dios no tiene tesoro alguno donde guarde la lluvia. Lo mismo ocurre cuando se dice: "Abrió Él las puertas del cielo y llovió sobre ellos Maná que comieran" (PS. LXXVIII, 23-24). Nadie habrá tan necio que imagine que hay una puerta o cancela en el cielo, y todos entienden que se trata de un símil o expresión figurada.

Conforme a los pasajes que he citado empleando tu razón, discernir el sentido de otras expresiones alegóricas, figuradas o hiperbólicas. Entonces averiguarás que las Profecías todas enseñan y contienen principios racionales de fe, agradables a los ojos de Dios, que se complace en la verdad y aborrece la mentira. Tu corazón y tu pensamiento no estarán turbados y confundidos al extremo de imaginar que la Ley es improbable y falsa, siendo como es perfectamente verdadera cuando se la comprende como Dios manda. Así, dice la Escritura: "Tus testimonios son por siempre jamás derechura" (PS. CXIX). Si adoptas este método no

incurrirás en el error de imaginar que existen cosas que Dios no ha creado, o de aceptar principios que pudieran llevarte al ateísmo o a envilecer la noción que tienes de Dios, como cuando le adscribes corporeidad, atributos o pasiones, ni creerás que son falsas las palabras de los Profetas: Porque la causa de toda esta flaqueza es la ignorancia de lo que te he explicado. Todas estas cosas pertenecen por igual a los misterios de la Ley; y aunque las he tratado de manera general, pueden ser entendidas al detalle, siguiendo las indicaciones que más arriba he consignado.

CAPÍTULO XLVIII

DE QUE LA ESCRITURA ATRIBUYE A DIOS, EN CUANTO CAUSA PRIMERA DE TODAS LAS COSAS, LOS FENÓMENOS QUE DIRECTAMENTE PRODUCEN LAS CAUSAS NATURALES

Es evidente que cuanto acaece tiene que tener una causa inmediata, la cual a su vez tiene su causa, y así sucesivamente, hasta llegar a la Causa Primera que es la voluntad y decreto de Dios. Por eso los Profetas suelen omitirlas causas intermedias y atribuyen la producción de cada cosa particular directamente a Dios, diciendo que Dios la hizo. El método es bien conocido por todos cuantos buscan la verdad lo han explicado. Es creencia común a todos los de nuestra religión.

Lo que yo deseo es dejar sentado en este capítulo lo siguiente: Conforme a la hipótesis y teoría que hemos admitido, es Dios el que dio voluntad a los animales mudos, libre voluntad o albedrío al ser humano, y propiedades naturales a todas las cosas; y como los accidentes proceden de alguna fuerza natural, según ha explicado Aristóteles, y son casi todos el resultado de la acción combinada de la naturaleza, el deseo y el albedrío, puede por consiguiente decirse que cada una de las cosas procedentes de una de estas causas ha sido hecha por mandamiento de Dios que dispuso que así se hiciera o que así fuera.

Te ofreceré ejemplos que te guíen en la interpretación de los pasajes que no menciono. En lo que atañe a fenómenos que se producen regularmente, por acción de causas naturales, como el derretirse la nieve cuando se caldea la atmósfera, el rugir del mar cuando la tormenta se desata, citaré estos pasajes, "y Él envió su espada y los derritió" (PS. CXLVII, 18); "y El dijo, y un huracán se levantó, y enhestó sus olas" (IBID. CVII, 25); "yo ordenaré a las nubes que no lluevan" (ISA. V, 6).

Los acontecimientos que se deben a la libre voluntad del hombre, tales como la guerra, el señorío de unos pueblos sobre otros, el propósito de dañar una persona a otra o de lastimarla, se adscriben a Dios cuando hablando de Nabucodonosor y su ejército, se dice: "Yo he mandado a mis santos, y he convocado también a mis héroes, para mi ira" (ISA. XIII, 3);

y refiriéndose a la victoria de los persas sobre los caldeos, "yo enviaré al babilonio aventadores que lo avienten" (JER. LI, 2).

Puede ilustrar el caso de la voluntad de un animal o su deseo y naturales apetencias, considerados como causa de algún acontecimiento, el pasaje siguiente: "Y Dios habló al pez, y éste devolvió a Jonás" (II, 11). El acto se atribuye a Dios en cuanto fue Él quien dio la voluntad al pez, y no porque lo convirtiera en profeta o lo dotara de espíritu profético.

Habrás echado de ver que el proveimiento de una causa, de cualquier manera que tenga lugar, por substancia, accidente, albedrío o voluntad, se expresa siempre empleando una de las cinco palabras "mandar", "decir", "hablar", "enviar" o "llamar". Repara en ello y aplícalo en cada caso conforme al sentido del texto. Despejarás así no pocas dificultades, y se te manifestarán como verdaderos, pasajes que te parecían apartados de la verdad. Y así acaba el tratado de la Profecía, sus alegorías y su lenguaje. Es todo lo que pensaba decir. Y ahora, comenzaremos a tratar de otros asuntos, si nos acompaña la ayuda del Altísimo.

LIBRO TERCERO

DE LA PROVIDENCIA

Los Filósofos y los Profetas

Interpretación del MERCABA. —La Providencia Divina. —El bien y el mal. —La ley Moral. —Verdadero Culto de Dios.

INTRODUCCIÓN

Varias veces hemos dicho que nuestro primordial objeto consiste en explicar, hasta donde sea posible, el relato bíblico de la Creación (MA ASE BERECHIT) y la descripción del Carro Divino (MA ASE MERCABA), de manera adecuada a la preparación de aquellos para quienes ha sido escrito este libro.

Bien sabes que nuestros Sabios censuran a los que revelan estos misterios, y ensalzan a los que los guardan en secreto, a pesar de que son perfectamente claros para el filósofo. La persona a quien la Providencia haya favorecido con una razón capaz de entender los misterios, tiene prohibido por la Ley enseñarlos, como no sea de viva voz, y a condición de que el discípulo posea ciertas cualidades y méritos, y aún, entonces, sólo los títulos de las secciones le está permitido comunicar. Esta ha sido la causa de que haya desaparecido por completo de nuestra nación el conocimiento de tal misterio.

Pero, por otra parte, si me abstuviera de escribir lo que sé, sería inevitable que a mi muerte pereciera conmigo mi conocimiento, con lo cual causaría yo gravísimo perjuicio a todos cuantos se hallan confusos y descarriados en torno a estos problemas teológicos. Sería culpado de esconder la verdad a quienes debe ser comunicada, privando de su hacienda, al heredero. De suerte que es uno y otro caso podrían censurarme por mi proceder.

Es contrario a la ley y a la razón el explicar paladinamente los pasajes místicos de la Biblia, además, el conocimiento que de ellos tengo se funda en el razonamiento y no en la inspiración, siendo por lo tanto falible. El auxilio divino y el correcto pensamiento me han instruido en el método adecuado, que consiste en explicar las palabras del profeta Ezequiel de tal manera que los que lean mi interpretación verán que nada he añadido al sentido del texto, sino que lo he traducido de uno a otro lenguaje. Reflexionando sobre mi libro, aquéllos para quienes lo he escrito podrán alcanzar una perfecta y clara visión intima de todo cuanto he logrado decifrar y entender. Esto es lo más que puede hacerse al tratar

un asunto de manera que, sin explicarlo totalmente, se ayude a todos los que desean entenderlo. Y después de esas observaciones, a manera de introducción, te ruego que estudies atentamente los capítulos que siguen, los cuales versan sobre un asunto grande, importante y sublime, que es el broche de donde todo pende y la columna sobre la que todo descansa.

CAPÍTULO I

LAS CUATRO "FACES" SON ROSTROS HUMANOS DE RASGOS DIFERENTES

Es bien sabido que algunos hombres tienen rostros que se asemejan más o menos a los de los animales; así hay quien tiene cara de león, y quien de toro, y quien de otras bestias. Por las expresiones del libro de Ezequiel, I, 10, que dicen: "Y las figuras de sus rostros eran "rostro de hombre" y "rostro de león" a la parte derecha en los cuatro; y a la izquierda "rostro de buey" en los cuatro; así mismo había en los cuatro "rostro de águila", describe el Profeta un rostro humano que tiende a las formas de las especies mencionadas. Por dice el Profeta en el versículo 5: "Y en medio de ella, figura de cuatro animales. Y ésta era su apariencia; había en ellos semejanza de hombre". Los cuatro animales de la alegoría son los HAYYOT cuyo sentido explicaremos.

CAPÍTULO II

*ACLARACIÓN DEL SIGNIFICADO DE LOS **HAYYOT** Y LOS **OFANNIM***

Dice el Profeta que vio cuatro HAYYOT o figuras de animales, cada una de las cuales tenía cuatro rostros, cuatro alas y cuatro manos, pero cuyo conjunto adoptaba forma de hombre (EZEQ. I, 5). Los cuatro HAYYOT están íntimamente unidos, sin dejar espacio o hueco entre ellos, "con las alas se juntaban el uno al otro" (IBID., 9). "Pero, aunque estaban de aquella manera juntos, sus rostros y alas se distanciaban por arriba" (IBID., versículo 11). Repara bien en esto de que los rostros y las alas estaban separados, pero sólo en lo alto. Luego establece el Profeta que eran transparentes, "y centelleaban como bronce bruñido" (IBID.). Añade también que eran luminosos: "su parecer era como de carbones de fuego, como hachones en llama" (IBID., 13). Todo esto se dice respecto a la forma, figura, rostro, alas, manos y pies de los HAYYOT.

Luego, el Profeta comienza a describir sus movimientos y dice que son uniformes, sin curvatura, desviación ni vuelta. Cada uno de los HAYYOT se mueve en derecho de su rostro (versículo 9); pero, como cada uno de ellos tiene diversos rostros me pregunto, ¿en dirección de cuál? En una palabra, los cuatro HAYYOT se mueven en la misma dirección. Luego se dice "que los animales corrían y tornaban a semejanza de resplandor de relámpago (versículo 14), siendo RAZO el infinitivo de RUZ, "correr" y CHOB el infinitivo que sustituye, a CHUB, "volver o tornar". Jonatán hijo de Uzziel, traduce la frase RAZO VACHOB de la siguiente manera: "Ellos se mueven alrededor del mundo y vuelven a una, y son tan rápidos que parecen relámpagos": El rápido movimiento y giro de un HAYYA, no lo efectúa por su propia iniciativa, sino mediante algo exterior a él, es a saber, la Voluntad divina; porque "hacia cualquier lado que la voluntad divina decrete que el HAYYA se mueva, hacia allí se mueve", de la manera rápida que se ha dicho, corriendo y tornando

(versículo 20) [Aclaramos que HAYYA es el singular de HAYYOT, o animal simbólico de la Profecía de Ezequiel].

Por otra parte, se ve que ha sido determinado y prefijado el sentido en que Dios desea que se mueva un HAYYA, el cual cumple el movimiento que de largo tiempo le ha sido señalado, sin haber cambiado jamás. Por eso el Profeta, explicando y concluyendo al mismo tiempo que la descripción de los HAYYOT dice "hacia donde quiera que el espíritu era que anduviesen, andaban" (versículo, 20).

Viene luego la descripción de otra parte, y el Profeta relata que vio debajo de los HAYYOT, pero junto a ellos, un cuerpo, unido a la tierra y formado igualmente de cuatro cuerpos, y con cuatro rostros; pero no les atribuye forma determinada, ni de hombre ni de cosa viviente. Se dice de estos cuatro cuerpos que eran grandes, tremendos y terribles, y no se aclara su forma, ni se añade otra cosa sino que estaban cubiertos de ojos. Son estos los cuerpos llamados OFANNIM, que quiere decir "ruedas'".

Estas cuatro OFANNIM tiene la misma forma, "y las cuatro tenían una misma semejanza" "y el parecer de las ruedas y su obra semejábase al color del topacio: Como rueda en medio de rueda" (versículo 16). Pinta la Profecía el cuerpo de los OFANNIM cubierto de ojos, aunque también es posible que quiera decir de diferentes colores, pues que la palabra AYIN significa a la vez ojo y color, como en la frase "y era el Maná como semilla de culantro, y su color como de bedelio" (NUM. XI, 7). O acaso signifique un cuerpo lleno de apariencias de muchas cosas, que en este sentido se usa la palabra AYIN en la sentencias de nuestros Sabios.

Esto en cuanto a la forma de los OFANNIM o ruedas de la visión de Ezequiel. Descríbese su movimiento diciendo que es sin curva ni desviación, recto, sin mudanza; "cuando andaban se movían sobre sus cuatro costados y no se volvían (EZEQ. I, 17). Lo mismo que los HAYYOT, los cuatro OFANNIM no tenían movimiento alguno de su propia iniciativa, siendo impulsados por otros seres, lo cual se dice con insistencia dos veces. Los HAYYOT son los agentes motores de los OFFANIM. La relación que hay entre un OFAN y un HAYYA puede ser comparada a la de un cuerpo inerte atado a la mano o al pie de un animal vivo, que a donde quiera que se mueva este, allí se mueve también la madera o la piedra atada al miembro del animal. Cuando se mueve el

HAYYA, síguele necesariamente el OFAN, porque están unidos, lo cual se expresa en las frases "hacia donde era el espíritu que anduviesen, las ruedas también se levantaban tras ellos; porque el espíritu de los animales estaba en las ruedas" (vers. 20).

Después de haber completado el relato de los HAYYOT, con su forma y movimiento, y el de los OFANNIM, que están debajo de aquellos, unidos y obligados a moverse cuando el HAYYOT se mueve, el Profeta comienza a describir el tercer objeto que percibió en su visión, y nos da a conocer lo que hay por encima del HAYYOT: El firmamento "a manera de cristal maravilloso extendido sobre sus cabezas", y por encima del firmamento, el trono "que parecía de piedra de zafiro"; y por encima del trono "había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él". Este es en conjunto el relato de lo que el Profeta percibió al principio en el río Chebar.

CAPÍTULO III

*NUEVA EXPLICACIÓN DE LOS **HAYYOT** Y LOS **OFANNIM**, SEGÚN SE DESPRENDE DEL CAPÍTULO X DE EZEQUIEL*

Cuando Ezequiel trae de nuevo a la memoria la forma del MERCABA, que describió al comienzo de su libro, preséntasele otra vez la misma visión, y en ella es transportado a Jerusalem. Aclara en esta ocasión lo que había quedado oscuro en la primera, sustituyendo el término HAYYOT por el de "querubín", con lo cual da a entender que los animales alegóricos de la primera visión eran como querubines, con semejanza de ángeles: "este era el animal que vi debajo del Dios de Israel en el río Chebar; y conocí que eran querubines" (Cap. X, 20). Y así, describe las mismas formas y movimientos, y declara que los HAYYOT y los querubines son una y la misma cosa. Aclárase también en esta segunda descripción que los OFANNIM son esféricos, porque el Profeta dice, "en cuanto a los OFANNIM, les fue gritado en mi oído: oh esfera" (vers. 13). Ilústrase aquí un tercer punto concerniente a los OFANNIM, donde se dice "y las ruedas estaban llenas de ojos alrededor" (X, 12), lo cual no se había mencionado antes. Háblase también en esta segunda descripción de la "carne y las costillas, y las manos y las alas" de los OFANNIM, lo cual no se había dicho antes, y sí sólo que eran cuerpos. No se les atribuye empero forma. En este segundo relato se asigna cada OFAN a un querube, "una rueda por un querube, y otra por otro". Por último, se describe a los cuatro HAYYOT como si fueran uno solo: "Este es el animal que yo vi debajo del Dios de Israel cabe el río Chebar" (vers. 20). También a los OFANNIM, aun siendo cuatro, se les llama "una rueda sobre la tierra" (vers. 15), porque se entrecruzan y "todas cuatro tienen una semejanza". Tal es la nueva aclaración que se da en la segunda visión profética a la forma de los HAYYOT y de los OFANNIM.

CAPÍTULO IV

DE QUE EN EL ***TARGUM*** *DE JONATAN SE TRADUCE* ***OFAN*** *POR* ***GILGAL****, "ESFERA"*

Bueno es llamarte la atención sobre una idea que ha expresado Jonatán, hijo de Uzziel. Viendo que el Profeta, refiriéndose a las ruedas u OFANNIM, dice aquello de "en cuanto a los OFANNIM, les fue gritado en mi oído, oh esfera", afirma que por las tales ruedas se significan los cielos, y traduce OFAN por GILGAL, que quiere decir esfera, y OFANNIM por GILGELAYA o esferas. No me cabe la menor duda de que le confirmaron en este parecer las palabras del Profeta en que dice que las ruedas eran del color del TARCHICH (I, 16), o topacio que, como se sabe, es el que se atribuye al cielo.

No te extrañe que mencione la explicación de Jonatán hijo de Uzziel, aun siendo diferente de la mía. ¿Cómo no ha de haber discrepancias en tan profundos problemas? Bueno es que conozcas los dos pareceres y elijas el que te acomode, pues solo Dios sabe cuál de los dos concuerda mejor con lo que quiso decir el Profeta.

CAPÍTULO V

ACLARACIÓN DE LOS ELEMENTOS DE LA VISIÓN DE EZEQUIEL

Precisa advertir que aquí se emplea el plural de MAROT ELOHIM, "visiones de Dios", y no el singular MARE, "visión", porque eran varias cosas de diversas especies las que percibió el Profeta. Vio tres géneros de cosas: Los OFANNIM o ruedas, los HAYYOT o animales alegóricos, y el hombre que estaba por encima de los HAYYOT. Comienza a describir cada una de las visiones, con la expresión VAERE "y yo contemplé".

En lo que atañe a los HAYYOT, empieza, "y yo miré, y contemplé un torbellino de viento" (EZEQ. I, 4). La descripción de los OFANNIM se inicia: "Ahora yo contemplé los HAYYOT y he aquí un OFAN sobre la tierra" (vers. 15). La visión de lo que hay por encima de los HAYYOT en orden y rango, comienza: "Y yo contemplé un como color de ámbar, que parecía fuego dentro de la figura, en contorno, por el aspecto de sus lomos hacia arriba" (vers. 27).

En suma Ezequiel vio: Los HAYYOT, las ruedas u OFANNIM, y el hombre que estaba por encima de las ruedas, que simboliza las Inteligencias.

CAPÍTULO VI

DE LAS DIFERENCIAS QUE SE ADVIERTEN ENTRE LA VISIÓN DE EZEQUIEL Y LA DE ISAÍAS (VI)

El sublime y gran asunto que Ezequiel, movido por impulso profético, comienza a enseñarnos en la descripción del MERCABA, es en rasgos generales el mismo que enseñó Isaías, con menor detalle, porque no lo necesitaban aquéllos a quienes se dirigía. Dice Isaías: "Vi al Señor sentado sobre un trono, alto y sublime, y su cohorte henchía el templo, y encima de Él estaban serafines: Cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, y con dos sus pies, y con dos volaban" (ISA. VI).

Así lo han declarado nuestros Sabios, llamando sobre ello nuestra atención y diciendo que la visión de Ezequiel es la misma que la de Isaías. Para ilustrar su parecer recurren al siguiente símil: Dos hombres vieron a un rey cabalgando; era el uno un ciudadano, y el otro un campesino. El primero, comprendiendo que sus vecinos sabían la manera de cabalgar un rey, se limita a decirles que lo vio; empero el aldeano, deseando comunicar a sus amigos cosas que ellos ignoraban, relata por menudo la manera como cabalgaba el rey, su acompañamiento, los ministros que ejecutaban sus órdenes y mandatos, etc. La generación del destierro de Babilonia necesitaba que se le dieran todos los detalles. También es posible que Isaías fuese más perfecto Profeta que Ezequiel, de manera que le pareciese cosa común que no precisaba explicar prolijamente lo que a Ezequiel le llenó de asombro y espanto.

CAPÍTULO VII

DE LAS DIFERENTES MANERAS CÓMO EL PROFETA PERCIBIÓ LAS TRES PARTES DEL ***MERCABA***

Debes reparar en que la descripción de la primera visión de los HAYYOT nos los pinta con alas, y al mismo tiempo con manos de hombre, mientras que en la segunda visión, en que la palabra "querubín" sustituye al término HAYYOT, comienza la visión percibiendo sólo las alas, y más tarde ve las manos de hombre: "Y apareció en los querubines la figura de una mano humana debajo de las alas" (X, 8). En este lugar se emplea la palabra TABNIT, forma, en lugar de DEMUT, semejanza; y se ponen las manos debajo de las alas.

Repara en que el Profeta dice respecto de los OFANNIM o ruedas: LE-UMMATAM, "enfrente de ellas", aunque no les atribuye forma alguna. Más adelante añade: "Cual aparece el arco del cielo que está en la nube el día que llueve, así era la apariencia del resplandor que le circundaba. Y parecía la semblanza de la gloria del Señor" (I, 28). Bien conocida es la substancia y verdadera esencia del arco que aquí se describe. En este caso el símil y la comparación son verdaderamente extraordinarios y sin duda forman parte de la Profecía. Nótalo bien.

También es digno de notar que la semejanza del hombre que está encima del trono se divide en dos partes, siendo la superior como el color del HACHMAL o zafiro, y la parte inferior como de fuego. Respecto de la palabra HACHMAL, ha sido explicado que se compone de dos HACH y MAL que significan respectivamente "rapidez" y "pausa". Hanse juntado los dos términos para indicar figuradamente la naturaleza de las dos partes, la superior y la inferior. Una segunda explicación se nos ocurre, que HACHMAL encierra las dos ideas de palabra y silencio, conforme al dicho de los Sabios: "A veces callan, y a veces hablan", derivando de tal manera la palabra HACH de la misma raíz que HEHECHETHI, "yo he estado silencioso" (ISA. XLII, 14); por donde HACHMAL, indica "palabra sin sonido". No hay duda de que la expresión: "a veces callan y a veces hablan'" se refiere a los objetos creados. Considera ahora cuán

claramente dan a entender esas palabras que la apariencia de hombre que había sobre el trono no representa a Dios, el Cual estaba por encima del conjunto del MERCABA, sino a una parte de la Creación. Habla así mismo el Profeta de que "aquello es la semblanza de la gloria del Señor"; pero la gloria del Señor, no es el Señor mismo, como se ha mostrado en varias ocasiones. Todas las imágenes de esta visión aluden a la gloria del Señor, al MERCABA, y no a El que cabalga sobre el carro divino; porque Dios no puede ser comparado a cosa alguna. Adviértelo bien.

Te he dado en este capítulo los encabezamientos que te pueden ayudar a comprender este asunto, pero a ti te toca llenar los capítulos así titulados. Y no esperes que después de esto te diga una sola palabra más acerca de lo mismo, explícita ni implícitamente, pues ya se ha dicho todo lo que cabe decir, aunque no sin dificultad y forcejeo. Y ahora, comenzaré a tratar algunos otros asuntos que tengo la esperanza de aclarar en este Tratado.

CAPÍTULO VIII

DE QUE EL HOMBRE TIENE EL PODER DE GOBERNAR SUS NECESIDADES CORPORALES Y SUS DESEOS DE COSAS TERRENAS

Los cuerpos perecederos están sujetos a destrucción, sólo por razón, de su substancia o materia, mas no por razón de su forma, la esencia de la cual es indestructible. En este sentido, son permanentes.

¡Cuánta sabiduría encierra el ejemplo de que se vale el rey Salomón cuando compara la materia a la esposa infiel; porque nunca se la halla sin forma, y por eso es como aquella esposa, que nunca está soltera y sin marido; y, sin embargo, constantemente busca a otro hombre que reemplace al esposo, y lo atrae y lo sujeta de mil maneras hasta conseguir que obtenga de ella lo mismo que había obtenido el esposo. Así acaece también a la materia, que, cualquiera que fuere la forma que posea, se inclina siempre a recibir otra nueva y nunca cesa de mover y mudar y rechazar la que tiene y de buscar forma nueva. Adviértese claramente que de la materia procede toda corrupción, destrucción o defecto.

Las faltas y pecados del hombre débense a la substancia del cuerpo y no a su forma; en cambio, todas las perfecciones se deben exclusivamente a la forma. Así el conocimiento de Dios, la concepción de las ideas, el dominio de pasiones y deseos, la facultad de distinguir lo que debe preferirse y lo que debe rechazarse, todo eso, el hombre lo debe a su forma o Idea.

Es imposible, con arreglo a lo que ha decretado la sabiduría de Dios, que exista substancia sin forma o que haya alguna de las formas corporales sin substancia, por eso fue necesario que la nobilísima forma del hombre, imagen y semejanza de Dios, en la manera que se ha explicado, se uniera a la substancia del polvo y las tinieblas, fuente de donde brotan todos los defectos y menguas. Pero el Creador dio al hombre poder, gobierno y dominio sobre la substancia. La Idea puede someter a la materia, rehusar la realización de sus deseos, reducirlos a justa y propia medida. La jerarquía del hombre varía según el ejercicio que hace de este poder.

Algunas personas se afanan por elegir siempre lo mejor, procurando perpetuarse conforme a la dirección de su parte más noble, de su forma; ocupan su mente en forjar ideas, en adquirir verdadero conocimiento acerca de algo, en unirse con el entendimiento divino que a través de ellas fluye y que es el manantial de donde procede su forma. Consideran vergonzosas las apetencias y comercio con el cuerpo, al que desgraciada y forzosamente hay que prestar atención, sobre todo en lo que atañe al sentido del tacto que es, a juicio de Aristóteles, la desventura del hombre, y la causa de la gula, la sed y la sensualidad. Las personas inteligentes deben reducir hasta donde sean posibles estas apetencias, precaverse de ellas, apenarse cuando hayan de satisfacerlas, abstenerse de mentarlas en sus conversaciones. El hombre debe enseñorearse de sus deseos, someterlos, y concederles sólo lo indispensable. Su aspiración ha de ser formar ideas, y no otra cosa; y la más sublime y mejor de todas es la idea que el hombre se forma de Dios, de sus ángeles y de la Creación, según su capacidad. Los que así obran permanecen siempre con Dios, y de ellos se dice, "sois Príncipes, y herederos del Altísimo" (PS. LXXXII, G). Tal es la verdadera tarea del hombre.

Hay, empero, un enjambre de seres humanos que, en su necedad, se apartan de Dios. Descuidan el cultivo del pensamiento y la contemplación de las ideas y estiman que su tarea consiste en cultivar el sentido del tacto, y sólo piensan y razonan para comer y amar.

El hombre que posee un cuerpo robusto y sano procura no turbar su equilibrio y lo cuida como quien posee un don divino. Una buena naturaleza facilita el señorío del alma sobre el cuerpo; pero tampoco es imposible vencer con el ejercicio a la naturaleza deficiente. Por eso el rey Salomón y otros escribieron preceptos morales, y los mandamientos y las exhortaciones del Pentateuco se encaminan a que el hombre se sobreponga a los deseos del cuerpo. Los que quieran ser hombres, y no brutos con mera apariencia de hombres, deben esforzarse continuamente por reducir las necesidades y pasiones corporales, tales como comer, amar, beber, encolerizarse y todas cuantas nacen de la lujuria y del deseo, avergonzándose de ellas y refrenándolas. En cuanto al comer y beber, pues que son indispensables, se atendrán a lo útil y necesario para alimentarse, no buscando en ello motivo de placeres. Del comercio sexual

no necesito decir aquí nada, pues que ya esclarecí la materia en el comentario sobre el ABOT (1-17) diciendo lo que enseña la Ley, que es la más pura sabiduría. Dicen nuestros sabios que el Profeta Elías es llamado santo porque nunca pensó en la carne, y por eso nunca se mancilló de semen.

Bien conocido es el adagio de nuestros Sabios: Los pensamientos del pecado son más peligrosos que el pecado mismo; porque el hombre peca sólo con su naturaleza animal, mientras que, cuando piensa en el pecado, vincula a él su forma espiritual, y peca con la más noble porción de su ser. Este elemento específicamente humano, que es el pensamiento, con todas sus propiedades y poderes, debe ocuparse solamente en obra pertinente, afanándose por unirse a los seres superiores, y no por descender y llegar a las más bajas criaturas. Los que utilizan la facultad de pensar y hablar en servicio de un sentido que tan poco nos honra, y piensan más de lo que fuera menester en el vino y en el amor, o les dedican canciones y alabanzas, emplean un don divino para rebelarse contra Él que se lo dio y para transgredir Sus mandamientos.

La lengua hebrea no tiene palabra especial para nombrar los órganos masculinos y femeninos de la generación, ni para el acto mismo, ni para sus poluciones. Sólo les atribuye expresiones figuradas y dichas como de paso, dando a entender que no se debe hablar de estas cosas, y que por eso no tienen nombres adecuados. Debiéramos silenciarlas, y cuando hayamos de mencionarlas por necesidad, hagámoslo valiéndonos de rodeos y expresiones que suelen usarse en otro sentido.

Nos hemos desviado de la cuestión e introducido algunos temas de carácter moral y religioso, aunque no pertenecen por completo a la materia del presente Tratado, pero a ello nos llevó el hilo del discurso.

CAPÍTULO IX

DE QUE EL ELEMENTO MATERIAL ESTORBA AL HOMBRE EL LOGRO DE SU PERFECCIÓN

El cuerpo humano es como una gran pantalla o divisoria que le estorba la percepción perfecta de las ideas abstractas, y ello aun siendo el cuerpo tan puro y excelso como la substancia de las esferas; cuanto más en el caso de que se trate de un cuerpo opaco y oscuro. Por mucho que retorzamos y esforcemos la mente para comprender el Ser Divino o alguna de sus ideas, tropezamos siempre con una pantalla que nos oculta y aleja.

Por eso los Profetas suelen hablar de las "nubes y tinieblas que rodean a Dios" (PS. XCVII, 2), con lo cual quieren decir que la dificultad consiste en la bastedad de nuestra substancia, y no que Dios sea corporal, aunque invisible porque le rodeen densas nubes, vapores, oscuridades o nieblas.

CAPÍTULO X

DE QUE DIOS NO HA CREADO EL MAL

Los llamados males sólo lo son de manera relativa, y la maldad respecto de cierta cosa existente, encierra la inexistencia o de aquella cosa o de alguna de sus buenas cualidades. Por eso se ha establecido en términos generales la proposición siguiente: "Todos los males son privaciones". Así, la muerte es un mal para el hombre; la muerte es la inexistencia. La enfermedad, la pobreza y la ignorancia son males, es decir, privaciones de ciertas propiedades. Si examinas uno por uno los casos a que se aplica esta proposición genérica hallarás que no hay un solo caso en que no sea cierta, salvo el parecer de los que no distinguen entre propiedades positivas o negativas, o entre dos términos opuestos, o ignoran la naturaleza de las cosas; por ejemplo, no saben que la salud, en cuanto significa equilibrio, es un término relativo. La ausencia de esa relación es, en general, la enfermedad, y cuando se trata de algún animal la muerte es la ausencia de la vida. De igual manera, la destrucción de las demás cosas no es sino la ausencia de su forma o idea.

Después de lo cual, tendrás que reconocer que no puede decirse de Dios que haya creado directamente el mal, o que tenga la intención de producirlo. Es imposible; sus obras son todos perfectas y buenas. Dios sólo produce la existencia, y todo lo existente es bueno; en cambio los males son de carácter negativo e irreal. Sólo puede decirse de Dios que ha creado el mal en cuanto produce el elemento corpóreo, tal como es en la realidad, siempre vinculado a negaciones, y fuente por ello de toda destrucción y de todo mal. Los seres que no poseen elemento corpóreo no están sujetos a destrucción o daño; por consiguiente la verdadera obra de Dios es toda buena, pues que es existencia.

El libro que alumbró las tinieblas del mundo, dice: "Y Dios vio todo lo que había hecho, y he aquí que todo era muy bueno"' (GEN. I, 31). Incluso la existencia de este elemento corporal, a pesar de su baja y vil condición, fuente de mal y muerte, es también buena para que permanezca el universo y continúe el orden de las cosas, de manera que

pueda una suceder a la otra. Por eso el Rabbi Meir explica aquello de "y he aquí que todo era muy bueno" (TOB ME' OD), diciendo que hasta la muerte es buena, según lo hemos observado en este capítulo. Recuérdalo y medita sobre ello y comprenderás lo que los Profetas y Sabios enseñaron acerca de la perfecta bondad de todas las obras directas de Dios. En el BERECHIT RABBA (cap. I) se halla la misma idea expresada así: "Ningún mal desciende de lo alto".

CAPÍTULO XI

DE QUE EL HOMBRE ES LA CAUSA DE SUS PROPIOS INFORTUNIOS

Todos los grandes males que se causan unos hombres a otros, por virtud de ciertas intenciones, deseos, pareceres o principios religiosos, débense por igual a la inexistencia pues que nacen de la ignorancia, que es carencia de sabiduría. Cada cual, en proporción a su ignorancia, se infringe grandes males a sí mismo, y a los demás miembros de la especie. Si los hombres fueran sabios, no se dañarían entre sí; porque el conocimiento de la verdad aleja el odio y las querellas e impide los mutuos agravios. Una sociedad de este linaje nos ha sido prometida por el Profeta, diciendo: "Y el lobo morará con el cordero, y la vaca y el oso pacerán juntos, etc." (ISA. XI, 6, seqq.).

CAPÍTULO XII

DE LAS TRES CLASES DE MALES QUE HAY EN EL MUNDO

Suelen pensar los hombres que en el mundo abundan más los males que los bienes. Muchos dichos y refranes de todas las naciones insisten en esta preocupación, que el bien sólo se halla excepcionalmente, mientras que los males son numerosos y duraderos. Y no sólo el vulgo, sino también los Sabios lo creen así. Al-Razi escribió una conocida obra sobre Teología donde entre otras muchas locuras y necedades dice haber descubierto que existe mayor cantidad de mal que de bien en el mundo. Para robustecer su opinión enumera de uno en uno todos los males posibles, contradiciendo a los que sostienen el justo parecer: que los beneficios concedidos, por Dios evidencian su bondad infinito, que Dios es la bondad perfecta, y que todo cuanto de Él procede es absolutamente bueno. El origen de este error se halla en que aquél hombre ignorante, y los partidarios que tiene entre el vulgo, juzgan el conjunto del universo con arreglo al caso de una persona singular. Porque el hombre ignorante cree que el universo existe sólo para él. Por donde, si acaece algo contrario a lo que espera y desea, concluye inmediatamente que todo el universo es malo. Empero, si tomase en cuenta el conjunto, se formase una idea de él y se percatase de cuan insignificante porción es dentro del universo, creo que descubriría la verdad.

Gran beneficio es que el hombre conozca su verdadera jerarquía y no imagine erróneamente que el universo existe solamente para él. Nosotros creemos y sostenemos que existe porque así lo quiso el Creador; que la humanidad es todavía de vil condición y rango si se la compara con las supremas regiones del universo, con las esferas y con las estrellas, y no decimos con las ángeles, porque aquí es la comparación imposible, siquiera sea el hombre el más alto de los seres terrenales es decir, de los formados con los cuatro elementos. No obstante, la existencia del hombre es un gran don, y su perfección y rango en la naturaleza una merced divina. Los numerosos males a que se hallan expuestas las personas individuales débense a defectos que existen a causa de ellas mismas. Nos

lamentamos y procuramos aliviar nuestras faltas, sufrimos a causa de daños que, en ejercicio de nuestro propio albedrío, nos infligimos, y luego echamos la culpa a Dios. Salomón lo explica con estas palabras: "La locura del hombre pervirtió su camino, y su corazón se queja de Dios" (PROV. XIX, 3).

Los males que pueden acaecer al hombre son de tres clases:

(1) La primera clase de males es la que viene al hombre de estar sujeto a génesis y destrucción, o de poseer un cuerpo. A causa de su condición corporal acaece que algunas personas sufren deformidades o parálisis de algunos órganos. Ya hemos explicado que, conforme a la sabiduría divina, la génesis sólo puede producirse por medio de la destrucción, y que las especies no existirían permanentemente si no tuviera lugar la destrucción de sus individuos. Adviértese a las claras, así, la verdadera bondad, beneficencia y clemencia de Dios. El que cree que tiene carne y huesos independientes de toda influencia externa y de los accidentes de la materia, quiere sin saberlo conciliar dos cosas contradictorias, estar a un tiempo mismo sujeto y no sujeto a mudanza. Si el hombre no fuera susceptible de cambiar, no habría generación; habría un sólo ser, mas no múltiples individuos que forman una especie. Imposible es, por consiguiente, que el hombre se vea libre de esta clase de males. No obstante, advertirás que los males de esta clase que acaecen al hombre son escasos y raros; porque hallarás países que no sufrieron inundaciones ni fuegos durante miles de años; que hay millares de hombres en perfecta salud, mientras que las deformidades individuales son casos raros y no frecuentes, siendo la mayoría perfectamente normales.

(2) Comprende la segunda clase de males los que las gentes se causan unas a otras, como cuando abusan de su fuerza. Son más frecuentes esto; males que los de la primera clase, y proceden de nosotros mismos. Con todo, no están universalmente difundidos en ningún país del mundo. Rara vez acaece que un hombre conciba asesinar a su vecino o robarle su propiedad durante la noche. Afligen a mayor número de personas esta clase de males cuando se desencadenan grandes guerras; pero tampoco éstas son frecuentes, si se tiene en cuenta el conjunto de la tierra habitada y la sucesión de los tiempos.

(3) Comprende los males que uno se causa a sí mismo, por su manera de obrar. Estos son los más abundantes y numerosos, y también de los que más se quejan los hombres, siendo en cambio muy pocos los que no atentan contra sí mismos. Proceden de los vicios humanos, tales como los excesos de comida, bebida o sensualidad, que se traducen en enfermedades y aflicciones del Cuerpo y del alma. Los sufrimientos que le sobrevienen al cuerpo a causa de esta clase de males son bien conocidos; los del alma, son dobles: Primero, los que proceden del dolor corporal, en cuanto el alma reside necesariamente en el cuerpo; segundo, los que nacen del hábito de desear cosas innecesarias para la preservación del individuo y de la especie. El deseo no tiene límites, y, en cambio, las cosas son pocas y limitadas; deseas tener ánforas de plata, pero más ricas y preciadas son todavía las de oro; otros, anhelan tenerlas de zafiro, o quizás de esmeraldas y rubíes, o de alguna substancia inimaginable. Los ignorantes y mal pensados se turban y adolecen continuamente porque no pueden alcanzar las cosas superfluas que otras personas poseen, exponiéndose a grandes peligros, ora cruzando el mar, ora sirviendo a príncipes, en su afán de obtener lo innecesario, y cuando tropiezan con las consecuencias de su mal proceder, se lamentan y censuran los decretos y juicios de Dios.

El error de la ignorancia llega tan lejos que declara insuficiente el poder de Dios, porque ha dado a este universo las propiedades a que el necio achaca los males que padece, y porque Dios no ayuda a las personas mal inclinadas para que obtengan lo que buscan, y no satisface todos los malos deseos de las almas, los cuales son como hemos dicho ilimitado. Empero el virtuoso y sabio ve y comprende la sabiduría que Dios ha desplegado en el universo, y dice con David, "todos los senderos del Señor son misericordia y verdad para el que guarda Su alianza y Sus testimonios" (PS. XXV, 10).

CAPÍTULO XIII

DE CUÁL ES EL VERDADERO DESIGNIO DEL UNIVERSO

Las personas inteligentes suelen quedarse perplejas y confusas cuando indagan el designio y finalidad de la Creación. Quiero mostrarte lo absurdo del tema, según una de las diferentes teorías antes mencionadas. El agente que obra con intención ha de tener un objeto en el que se concentra su actividad. Esto es evidente y no ha menester prueba filosófica. Es también clarísimo que lo que se produce con intención tiene que haber pasado de la no existencia a la existencia. Por último, el común consenso afirma que el ser dotado de existencia absoluta, que nunca ha sido ni será inexistente, no tiene necesidad de agente que lo produzca. Todo lo cual ha sido explicado antes. La pregunta: "¿Cuál es el designio de todo esto?", no puede ser planteada respecto de una cosa que no sea producto de un agente; por consiguiente, no cabe interrogar cuál sea el propósito y designio de la existencia de Dios que no ha sido creado. Búscase la finalidad de todo cuanto ha sido intencionalmente producido por una causa inteligente; pero no es necesario buscar causa final alguna para lo que no tiene principio. Después de estos esclarecimientos comprenderás que no hay ocasión ni pretexto para indagar la causa final de todo el universo; ora conforme a la teoría de la Creación, ora conforme a la enseñanza de Aristóteles que cree en la eternidad del universo. ¿Cuál es la causa final de que existan los cielos? ¿Por qué es limitada su medida y su número? ¿Por qué y para qué existen las especies de animales y plantas? Aristóteles considera que todo ello es el resultado de un orden permanente de las cosas.

La filosofía natural investiga el objeto de cuanto hoy en la naturaleza, pero no trata de la causa última de que hablamos en este capítulo. Reconoce la filosofía natural que en la naturaleza todo tiene su objeto o causa final, que es la más importante de las cuatro maneras de causas, aun cuando no siempre se adivine fácilmente en la mayor parte de las especies. Aristóteles reitera una y otra vez que la naturaleza no

produce nada en vano, pues que toda acción natural tiene un designio, y dice que las plantas existen para los animales, y que otras partes del universo tienen tal o cual propósito. La existencia de causa final en los diversos departamentos de la naturaleza ha obligado a los filósofos a reconocer y afirmar la existencia de una causa primera distinta de la naturaleza; Aristóteles la llama la causa intelectual y divina, que crea una cosa con el designio de otra. Los que conocen la verdad aceptarán que la mejor prueba de la Creación es el hecho de que todo en la naturaleza sirve a un propósito, de suerte que cada cosa existe en beneficio de otra. Numerosos ejemplos demuestran la existencia de un designio en la naturaleza; pero este designio es inimaginable si no afirmamos que la naturaleza ha sido creada. Aristóteles que, por el contrario, sostiene la eternidad del universo, no necesita preguntarse cuál es el propósito de la existencia del hombre, pues que con arreglo a su opinión todo individuo existe para la perfección de su forma específica. Cada cosa individual alcanza su plena y completa perfección cuando se perfecciona y cumple las acciones que su forma produce. El propósito ultérrimo de las especies es perpetuar su forma o idea, merced a la reiterada sucesión de génesis y muerte, de modo que siempre haya un ser capaz de la máxima perfección posible. Conforme al parecer de Aristóteles no hay ocasión para preguntarse cuál es el objeto del universo.

Pero los que aceptan nuestra teoría de la Creación salida de la nada, sostienen que es necesario inquirir el propósito de que el universo haya sido creado, y algunos concluyen que lo fue para que existiera el hombre, para que pudiera servir a Dios. Creen los tales que todo se ha hecho por causa del hombre, incluso los movimientos de las esferas, y abona su parecer el sentido literal de ciertos pasajes de los libros de los Profetas, como cuando se dice: "Él formó la tierra para que fuese habitada" (ISA. XLV, 18).

Empero nosotros nos mantenemos firmes en nuestra creencia de que el universo ha sido creado conforme a la Voluntad divina, y no buscamos ninguna otra finalidad o designio. Así como no nos preguntamos el para qué de la existencia de Dios, así tampoco inquirimos cuál sea el designio o propósito de Su voluntad, causa de que todas las cosas existan con sus

propiedades presentes, ora hayan sido creadas, ora hayan de serlo en lo futuro.

No debes incurrir en el error de pensar que las esferas y los ángeles fueron creados por causa nuestra. Compara tu propia esencia con la de las, esferas, estrellas e Inteligencias, y comprenderás la verdad, y te percatarás de que el hombre es superior a todas las cosas formadas de materia terrenal, pero no superior a los demás seres, antes bien es de vilísima condición si se le compara con los esferas, y todavía más si con las Inteligencias celestiales. El libro de Job lo enseña: He aquí que en sus siervos, no confía y notó necedad en sus mensajeros.

¿Cuánto más en los que habitan mansiones de lodo, cuyo fundamento está en el polvo, y que serán quebrantados de la polilla?" (JOB. IV, 18-19). Los siervos a que se refiere son los ángeles; mientras que por el término, "sus mensajeros" se alude sin duda a las esferas. La frase "he aquí que en sus ciervos no confía" se refiere a los ángeles en cuanto no poseen existencia eterna, pues que tuvieron un principio; y aun, con arreglo a la opinión de los que afirman la eternidad del universo, la existencia de los ángeles depende y es inferior a la absoluta existencia de Dios. Las palabras "cuánto más a los que habitan en casa de lodo" se refieren al hombre, y significan: "Cuánto más abominable y corruptible es el hombre, entremezclado de corporeidad y de polvo".

Esta debe ser nuestra correcta opinión, si es que tenemos cabal conocimiento de nuestro ser y comprendemos la verdadera naturaleza de todas las cosas. Debemos, asegurarnos, y no turbar nuestro pensamiento indagando una causa final para cosas que carecen de ella, o que no tienen otra causa final que su propia existencia, la cual depende de la Voluntad de Dios, o, si lo preferís, de la Divina Sabiduría.

CAPÍTULO XIV

DE SI ES VOLUNTAD DEL CREADOR QUE LAS ESFERAS CELESTES REGULEN LOS NEGOCIOS HUMANOS

Pura apreciar con justeza lo que somos y valemos, es bueno reflexionar sobre las investigaciones que se han hecho para medir el tamaño y distancias de las esferas y estrellas. Estas distancias se han establecido de manera precisa en radios terrestres, y son bien conocidas, puesto que lo es la circunferencia y el radio de la tierra. Ha sido probado que la distancia que hay entre el centro de la tierra y la superficie exterior de la esfera de Saturno es el camino que se recorrería, a jornadas, en muchos miles de años solares. Supón que una jornada de camino es de ocho leguas, y considera la grandeza y enormidad de las distancias estelares; o dicho con las palabras de la Escritura: "¿No está Dios en lo alto de los cielos?". "Y he aquí cuán altas están las estrellas". (JOB. XXII, 12); como si dijera, aprende de la altura de los cielos cuán lejos estamos de, comprender a Dios, porque es infinita la distancia que hay entre nosotros y los cuerpos que nos rodean, los cuales se nos ocultan en cuanto a su esencia, y más, aún en cuanto a sus acciones. ¡Cuánto más incomprensible e inalcanzable es su Hacedor que es incorpóreo!

CAPÍTULO XV

DE QUÉ SE DEBE ENTENDER POR OMNIPOTENCIA DIVINA

No atribuimos a Dios el poder de hacer lo imposible. Ningún hombre que haya pensado, pone en entredicho la veracidad de esta máxima; sólo la ignoran los que no tienen idea de la lógica. Discrepan, empero, los pareceres de los filósofos respecto a la existencia de cualquier cosa particular, pues algunos de ellos la consideran imposible, y sostienen que Dios no puede producir lo particular, mientras otros piensan que ello es posible, y que Dios puede crearlo si así le place.

Por ejemplo, todos los filósofos estiman que es imposible que un substratum tenga a un mismo tiempo dos propiedades opuestas, o que puedan intercambiarse los elementos integrantes de una cosa, substancia y accidente, de modo que la substancia se haga accidente y el accidente substancia, o que una substancia material carezca de accidente. Es igualmente imposible que Dios pueda producir un ser como Él mismo, o aniquilarse, o corporeizarse, o transformarse. Dios no deja de ser omnipotente porque Su poder no se aplique a ejecutar imposibilidades.

Pero hay una clase de filósofos, los Mutazilá, para quienes es posible que existan accidentes con independencia de una substancia, cosa que otros consideran imposible. Así también, a nosotros nos parece que es posible crear cosas corporales, sin que procedan de una substancia, y otros filósofos lo estiman imposible. También acaece que una cosa nos parece físicamente posible, y luego no falta quien nos diga que nuestro parecer es hijo de la imaginación y no del raciocinio. Todo esto requiere ser investigado, mas no es tema del presente capítulo.

Hemos mostrado que, conforme a cada una de las diferentes teorías, hay cosas imposibles, cuya existencia no se puede admitir, y cuya creación no cae dentro del poder de Dios, sin que por eso, se menoscabe Su omnipotencia. Por ejemplo, afirmar que Dios no pueda mudar su propia naturaleza eterna, ni implica flaqueza en Dios ni límite a Su infinito poder. Lo imposible, sigue siendo imposible, y no depende de la acción de un agente. Ahora se ve claramente que sólo hay discrepancia de

pareceres respecto a si una cosa pertenece a la categoría de lo posible o de lo imposible.

CAPÍTULO XVI

DE LA OMNISCIENCIA, DE DIOS

Algunos filósofos han publicado muy perversas ideas respecto de la omnisciencia de Dios, y de si comprende a todas las cosas que no sean Él; y se han descarriado de tal manera que ni ellos ni los que siguen sus opiniones podrán enderezarse de nuevo. Luego te diré las dudas que les llevaron a pronunciar tan perversas afirmaciones, y te mostraré lo que enseña nuestra religión, harto diferente de los erróneos y malignos principios que tienen algunos filósofos acerca de la omnisciencia de Dios.

La primera razón que les indujo a adoptar su teoría es ésta: Que a simple vista parece como si se observara falta de sistema en el desarrollo de los negocios humanos. Algunos hombres piadosos viven miserable y penosa existencia, mientras los malvados gozan feliz y placentera vida. Dijeron entonces los filósofos que, o Dios es ignorante de las cosas individuales y particulares que acaecen en la tierra, o no las percibe y conoce. Estos son todos los casos posibles. Si percibe y conoce todas las cosas individuales, una de estas tres cosas ha de acaecer necesariamente.
(1) Dios ordena y administra bien, perfecta e impecablemente los negocios humanos; (2) Dios tropieza con algún obstáculo insuperable, y es demasiado débil e impotente para administrar los negocios humanos; (3) Dios lo sabe todo y puede ordenarlo y administrarlo, pero lo deja y abandona, como cosa demasiado baja y vil, por estar enojado.

Luego de haber enumerado los diferentes casos posibles, los filósofos deciden que dos de ellos son inadmisibles respecto de Dios, es a saber, la falta de poder o la ausencia de voluntad; porque implicarían mala disposición o flaqueza, ninguna de las cuales pueden serle en modo alguno atribuidas. Por consiguiente, queda la sola alternativa de que o Dios ignora los asuntos humanos, o los conoce y maneja bien. Pues que los acontecimientos no obedecen, por lo que se ve, a un orden cierto y justo, concluyen que Dios los ignora y que, por tanto, no es omnisciente. Tal es el argumento que lleva a los filósofos a pronunciar tan blasfemas palabras. En el tratado DE LA PROVIDENCIA que escribió Alejandro de

Afrodisia las encontrarás, así como las fuentes que te he declarado, de su error.

Y luego de haber echado tales fundamentos, que arruinan y destruyen todos los buenos principios y la majestad del verdadero conocimiento, tratan de sacudirse el oprobio declarando que, por múltiples razones es imposible que Dios tenga conocimiento de las cosas terrenales, pues que los miembros o individuos de las especies sólo pueden ser percibidos por los sentidos, y no por la razón; pero Dios no percibe de manera sensorial, y sólo conoce las especies. Otros filósofos van más lejos y sostienen que Dios no conoce nada fuera de Sí mismo, porque creen que no puede tener más de un conocimiento.

Algunos de, los grandes filósofos que vivieron antes de Aristóteles convienen con nosotros en que Dios conoce todas las cosas y en que nada se le oculta. También se refiere a ellos Alejandro en el mencionado Tratado, aunque discrepa de ellos, y dice que la principal objeción que se levanta contra la teoría de la omnisciencia está fundada en el hecho de que nosotros vemos claramente que acontecen males a los hombres buenos, y que los malos gozan de felicidad.

En suma, advertirás que si estos filósofos vieran que los negocios humanos acaecían conforme a la norma del bien establecida por el vulgo, no se aventurarían a hablar de tal manera. Lo hacen, porque, al examinar lo que acontece a los buenos y a los malos, lo consideran en contradicción con las normas que esperaban hallar, y proclaman como el necio de nuestro pueblo: "El camino del Señor no es justo" (EZEQ. XXXIII, 17).

Después de haber mostrado que el conocimiento y la Providencia guardan relación uno con otra, procederé a exponer las opiniones de los pensadores acerca de la Providencia, y luego trataré de desvanecer sus dudas acerca de si Dios conoce los seres individuales.

CAPÍTULO XVII

DE LA PROVIDENCIA

Hay cuatro diferentes teorías acerca de la Providencia divina, tan antiguas que se conocen desde la época de los Profetas, cuando fue revelada la verdadera Ley para alumbrar estás oscuras regiones.

PRIMERA TEORÍA. — No hay Providencia en el universo. Los cielos y cuanto contienen son hijos de la casualidad y del accidente. No existe ningún ser que regule y gobierne y atienda al mundo. Esta es la teoría de Epicuro, el cual afirma también que el universo está formado de átomos combinados al azar, cuyas diversas formas proceden del mero accidente, Aristóteles ha demostrado lo absurdo de esta teoría, y probado que, por el contrario, hay un Ser que pone norma y orden en el universo.

SEGUNDA TEORÍA. — Hay una parte del universo que existe merced a la Providencia, dirigida y ordena-da por ella, y otra parte abandonada a la casualidad y al azar. Esta es la doctrina de Aristóteles sobre la Providencia, el cual sostiene que Dios dirige las esferas y cuanto ellas contienen, siendo ésta la causa de que cada uno de los individuos de las esferas permanezca siempre con igual forma. Lo mismo ha expresado Alejandro en sus escritos, diciendo que la Providencia divina desciende hasta la esfera de la luna y en ella termina. Dedúcese esta teoría de la de la eternidad del universo. Cree Alejandro que la Providencia se conforma a la naturaleza del universo, por lo que en el caso de las esferas, la Providencia les otorga permanencia y constancia, pues que cada ser individual goza de existencia permanente. Los otros seres derivan su existencia de la de las esferas, y son constantes en las especies, pero no en los individuos.

Todos los movimientos que efectúan los individuos de cada especie acaecen de manera accidental, y no conforme a regla u orden, como por ejemplo: cuando se desata una tormenta o huracán, indefectiblemente caen las hojas del árbol, se quiebran las ramas de otro, rueda una piedra del montón de ellas, levántase una tolvanera sobre las hierbas y los arranca, y agita el mar, hundiendo las embarcaciones con todo o parte de

lo que llevan. Aristóteles no advierte diferencia alguna entre el caer de una hoja o el rodar de una piedra, y la muerte de las buenas y nobles gentes que iban a bordo de la embarcación.

En suma, el parecer de Aristóteles es éste: Todo se produce como resultado de una ordenación constante, infinita e invariable en sus propiedades; los seres celestiales y las cosas prosiguen su marcha conforme a cierta norma, y sólo rara y excepcionalmente se desvían de ella; todo lo cual es el resultado de la Divina Providencia; pero lo que no es constante y no se desarrolla conforme a una norma, como por ejemplo los incidentes que acaecen en la existencia de los individuos de cada especie de plantas o animales, sean estos racionales o irracionales, se debe al azar y a la casualidad, y no guarda relación con la divina Providencia. Tal es el parecer de los que se desvían de nuestra ley y dicen: "Dios se ha olvidado de la tierra" (EZEQ. IX, 9).

TERCERA TEORÍA. — Es el reverso de la segunda y sostiene que en el universo nada sucede al azar, ora se trate de las especies, ora de los individuos. Es evidente que el que rige una cosa debe tener conocimiento de lo que rige. Aceptan esta teoría los Achariyá, entre los mahometanos, a pesar de los evidentes absurdos que encierra. Admiten que Aristóteles tenía razón al afirmar que es idéntico el caso del viento para arrancar las hojas de los árboles o para provocar el naufragio de los hombres; pero sostienen al mismo tiempo que el viento no sopla al azar, sino que Dios lo mueve, y que por consiguiente no es el viento el que provoca la caída de las hojas, las cuales caen conforme el decreto de Dios: Es Dios el que determina que se desprendan en un momento y lugar señalado.

Viéronse los Achariyá obligados a sostener la predestinación del movimiento y el reposo de los seres vivos, y creyeron que no está en mano del hombre hacer o dejar de hacer tal o cual cosa. Y lo extraño es que afirmen que la voluntad de Dios determinó enviar Profetas a los hombres, para mandarles, prohíbirles, prometerles y amenazarles, a pesar de que no tienen poder alguno sobre sus actos. Según esta teoría, las acciones de Dios carecen de designio. Tales absurdos admiten los Achariyá, con tal de salvar su doctrina. Vemos a una persona que nació ciega o leprosa, que no pudo haber merecido castigo por pecados previos —dicen—, tal es la voluntad de Dios; cuando un devoto y piadoso varón

padece tortura y sacrificio, también es esa la voluntad de Dios, y no cabe atribuirle injusticia, porque según ellos, es propio que Dios aflija al inocente y conceda mercedes al pecador. Bien conocida es su opinión en estas materias.

CUARTA TEORÍA. —– El hombre posee una voluntad libre; por eso la ley contiene mandamientos y prohibiciones, y anuncia premios y castigos. Todos los actos de Dios proceden de Su Sabiduría; no hay injusticia en Él, y no aflige al bueno: Profesan esta doctrina los Mutazilá, aun cuando no creen que la voluntad del hombre sea absolutamente libre. Sostienen también que Dios tiene conocimiento de la caída de la hoja, y aun de la muerte de la hormiga, y que Su Providencia se extiende a todas las cosas. También esta teoría ofrece contradicciones y absurdos.

No me parece bien censurar a ninguno de los secuaces de las tres últimas teorías enunciadas acerca de la Providencia, pues que las aceptaron movidos por graves consideraciones. Aristóteles se dejó guiar por lo que parece ser la naturaleza de las cosas; los Achariyá se negaban a creer que Dios pudiera ignorar algo; los Mutaziléz se resistían a pensar que Dios hiciese la injusticia o cometiera error; pero todos ellos se contradecían, porque por una parte, creían que Dios lo sabe todo, y por otra que el hombre es libre. Basta una leve reflexión para descubrir lo que hay de contradictorio en ambas afirmaciones.

QUINTA TEORÍA. — Es la nuestra y la de nuestra ley. Quiero primero declararte lo que nuestros Sabios enseñaron sobre el asunto, y lo que dicen nuestros libros proféticos. La teoría de la perfecta libertad del hombre es uno de los principios fundamentales de la ley de nuestro Maestro Moisés y de los que le siguen. El hombre obra lo que puede obrar, por su naturaleza, elección y voluntad; y su acción no se debe a ninguna facultad creada para este fin, pues todas las especies irracionales se mueven también por su propia voluntad. Así lo quiso Dios, el Cual dotó a todas las criaturas vivientes de iniciativa para moverse libremente, y al hombre de voluntad para obrar conforme a su elección y albedrío dentro de los límites de sus capacidades. En nuestra nación no hay nadie que contradiga este principio, gracias a Dios.

He aquí otro fundamental principio que enseña la ley de Moisés: La injusticia no puede ser atribuida a Dios en manera alguna; todos los males y aflicciones, así como todos los bienes y venturas del hombre, ora sean

de la persona individual, ora de la comunidad, son distribuida; conforme a justicia; son el resultado de un riguroso y estricto juicio que no admite error alguno. Hasta cuando una persona sufre el dolor de una espina que se le clavó en la mano y aunque se la arranque inmediatamente y desaparezca el sufrimiento, debe considerarse que éste le ha sido infligido por algún pecado, y que hasta el mínimo goce es premio de alguna buena acción. Todo acaece conforme a la más estricta justicia, según dice la Escritura: "Porque todos Sus caminos son rectitud", (DEUT. XXXII, 4); sólo que nosotros ignoramos la manera como se produce esta rectitud.

En suma, las teorías que te he explicado son: Todo, en los tornadizos negocios humanos; procede del azar, según Aristóteles; de la sola voluntad divina, según los Achariyá; de la sabiduría divina, según los Mutazilá; de los merecimientos del hombre según nuestra creencia. En la Ley se establece paladinamente que todo se hace conforme a justicia y nuestros Sabios suelen expresar la misma idea, diciendo sin rebozos: "No hay muerte sin pecado, ni pena sin transgresión" (B.T. Chabbath, 55a). Pero los Sabios contienen una doctrina adicional que no se halla en la Ley; me refiero a la doctrina de las "aflicciones de amor", según la cual es posible que una persona sufra sin haber cometido previamente pecado, a fin de acrecentar su recompensa futura. Sostuvieron esta opinión los Mutazilá, pero no sabemos que se apoye en ningún texto de la Escritura. Tampoco sabemos que nuestra Ley se refiera a los seres irracionales, ni hable de que puedan recibir recompensa. Los Sabios mencionados en el TALMUD no dan noticia de ello; solamente algunos de los últimos Geonim la aceptaron complacidos, cuando supieron de ella por la secta de los Mutazilá.

Mi opinión sobre la Providencia divina es más razonable que las antes mencionadas. Yo creo que en el mundo inferior o sublunar, la Divina Providencia no se extiende a todos los individuos de todas las especies, sino solamente a los hombres. No creo yo que la hoja caiga por intervención de la Providencia divina, ni que una araña cace a una mosca por especial decreto y voluntad de Dios en aquel momento; ni tampoco es por voluntad directa de Dios por lo que un pez atrapa y se engulle a un cierto gusano en la superficie del agua. En todos estos casos mi parecer es que la acción acaece por puro azar, como enseñaba Aristóteles.

La divina Providencia es una manifestación de la inteligencia divina, y los seres inteligentes y capaces de comprender las cosas asequibles a la razón son los que se benefician y son regidos por la Providencia divina, la cual examina todos sus actos, con el fin de premiarlos o castigarlos. Acaso naufrague por casualidad el navío con todo cuanto contiene, como en el ejemplo antes mencionado; pero no se debe al azar, a mi juicio, el hecho de que los hombres estuvieren a bordo de la embarcación, sino a lo voluntad divina que actúa conforme a justicia y rectitud, con métodos que nuestro pensamiento no alcanza a comprender.

Me inclino a creer en esta teoría porque nunca he tropezado en las Escrituras y libros proféticos con casos en que la Providencia de Dios actúe con relación a seres que no sean humanos. Incluso los Profetas se sorprenden de que Dios se ocupe del hombre, tan insignificante o indigno les parece, de merecer la atención de su Creador; ¿cómo habían de considerar que las demás criaturas vivientes fueran objetos propios de la Providencia divina?: "¿Qué es el hombre, para que Tú tomes conocimiento de él?" (PS. CXLIV, 3).

Claramente se expresa en muchos pasajes escriturales que Dios se cuida de todos los hombres y rige sus actos: "Porque tus ojos están abiertos sobre todos los caminos de los hijos de los hombres, para dar a cada cual conforme a su conducta" (JER. XXXII, 19). Hallanse en las Escrituras ejemplos de que, Dios gobierna a los hombres y pesa sus acciones. Todo cuanto se dice en la historia de Abraham, Isaac y Jacob es una prueba perfecta de que la divina Providencia se extiende a todos y a cada uno de los hombres.

Pero la condición de los seres individuales de las demás especies vivientes es, sin duda, la que ha sido explicada por Aristóteles. Por esta razón se nos autoriza, y aun se nos ordena, sacrificar animales. El profeta Habakuk coincide con el filósofo griego. Contemplando las victorias de Nabucodonosor, acompañadas de tremendas hecatombes humanas, exclama: "Oh Dios, es como si los hombres hubieran sido abandonados y menospreciados, y carecieran de amparo, como peces del mar o como gusanos de la tierra", con lo cual da a entender que estas especies no gozan de la protección de la Providencia.

No contradicen nuestra opinión ciertos pasajes de la Escritura como el siguiente: "El dio pasto a los animales" (PS. CXLVII, 9); "los cachorros del león rugen por su presa, y buscan su carne, por gracia de Dios" (PS. CIV, 21); porque estos pasajes se refieren a la acción de la Providencia con respecto a las especies, y no a cada uno de los animales. También Alejandro, hablando en nombre de Aristóteles, dice que la naturaleza prepara el sustento de los animales con el fin de que no perezca la especie. Nuestros Sabios han decretado que la ley prohíbe causar daño al animal, conforme a las palabras, "¿por qué has golpeado a tu asno"? (NUM. XXII, 32). Pero el objeto de esta regla es la perfección del hombre, procurando que no adquiera hábitos de crueldad y no se acostumbre a causar daños innecesarios, antes bien debemos ser piadosos y tiernos con todas las criaturas vivientes y no matar animales por pura crueldad o para buscar deleite o placer.

No cabe objetar lo antedicho preguntando: ¿Por qué Dios ha seleccionado a la humanidad como objeto de su especial Providencia? Tanto valdría preguntar por qué sólo el hombre ha sido dotado de inteligencia. Sólo cabría responder, conforme a las tres teorías antes mencionadas, que tal es la voluntad de Dios, o que así lo ha decretado Su Sabiduría, o que así lo han ordenado las leyes de la naturaleza.

Percátate bien de que mi teoría no supone que Dios ignore cosa o flaqueza alguna. Lo que yo digo es que la Divina Providencia concierne y está íntimamente unida a la inteligencia, porque la Providencia sólo puede proceder de un ser que posea una Inteligencia perfectísima. Por donde las criaturas que reciben el influjo intelectual de Dios se hacen receptivas a la acción providencial en la misma proporción y medida en que actúa en ellas el entendimiento. Esta doctrina está de acuerdo con la razón y con la enseñanza de la Escritura, mientras que las otras antes mencionadas o exageran o disminuyen la Providencia divina. Si lo primero, llevan a grandísima confusión y desembocan en el mayor de los absurdos, negando la razón y contradiciendo lo que perciben nuestros sentidos; si lo segundo, la Divina Providencia no llega hasta el hombre, se iguala a éste con los demás animales, se adquieren malas ideas acerca de Dios, se turba el orden social, y se sacude y destruye toda virtud moral o intelectual de la criatura humana.

CAPÍTULO XVIII

DE QUE TODOS LOS MIEMBROS DE LA HUMANIDAD GOZAN DE LA INFLUENCIA PROVIDENCIAL DE DIOS EN LA MEDIDA DE SU PERFECCIÓN INTELECTUAL

Es cosa establecida que las especies sólo existen en nuestro pensamiento. Las especies y géneros son meramente ideas de nuestra mente, mientras que todas las cosas que tienen existencia real son individuos o agregados de seres individuales. Una vez concedido esto, habrá que admitir también que la acción del influjo divino, el cual llega a la humanidad a través del entendimiento del hombre, es idéntico al grado de inteligencia real con que Zeid, Amr, Kaled y Bekr, por ejemplo, han sido dotados. De donde cuanto mayor sea la participación que el hombre alcance de la influencio divina, por razón de su predisposición física y del cultivo de la misma, tanto mayor será también y del efecto de la Providencia, pues que ésta es proporcional al entendimiento con que cada cual ha sido dotado.

La Divina Providencia no se comunica por igual a todos los hombres. Cuánto mayor perfección alcancen, mayores beneficios le vendrán de 1a Providencia de Dios. Las mercedes son grandísimas en el caso de los Profetas, y varían según el grado de la facultad profética. Cuando se trata de hombres buenos y piadosos, las mercedes divinas les alcanzan en la medida de su piedad y rectitud. Así también las personas desobedientes e ignorantes carecen de influjo divino, y su condición es inferior y su jerarquía se iguala a la de los seres irracionales: "Y ellos son comparables a las bestias" (PS. XLIX, 21).

Esta creencia en que Dios se cuida del ser humano conforme a sus merecimientos, es uno de los principios en que estriba la Ley. Así Dios dijo a Abraham, "yo soy tu escudo" (GEN. XV, I); a Isaac, yo estaré contigo y te bendeciré" (IBID. XXVI, 3); a Jacob, "estoy a tu lado y te ampararé" (IBID. XXVIII, 15), a Moisés, jefe de los Profetas, "ciertamente estaré contigo y seré piedra de toque para ti" (EX. III, 12); a Josué, "como estuve con Moisés, así estaré contigo" (JOS. I, 5). Y es claro

que en todos estos casos la acción de la Providencia fue proporcional o la perfección de cada hombre. Los que se acercan a Él están más amparados, y "Él cuidará los pasos de sus santos"; pero los que se, alejan de Dios se exponen a toda suerte de azares, nada puede ampararles, y son como los que andan en tinieblas que tienen la certidumbre de tropezar y caer.

Los filósofos han discurrido también acerca de la Providencia. Abu-nasr, en su introducción al COMENTARIO A LA ETICA NICOMAQUEA DE ARISTÓTELES, dice lo que sigue: "Los que aciertan a elevar sus almas de virtud en virtud, obtienen, conforme enseñó Platón, en altísimo grado la protección divina".

Y una vez que has visto claro la idea de la Providencia, estarás en condiciones de entender lo que nuestros correligionarios enseñan acerca de la omnisciencia de Dios.

CAPÍTULO XIX

DE QUE ES UN ERROR CREER QUE DIOS NO SE CUIDA DEL HOMBRE

Es sin duda una idea innata la de que Dios debe ser perfecto en todo, y que no puede ser deficiente en nada. Alcanza casi la jerarquía de idea innata de que la ignorancia de algo es defecto, y de que Dios nada puede ignorar. Pero algunos pensadores sostienen altiva y orgullosamente que Dios conoce algunas cosas e ignora un cierto orden de ellas. Discurren así porque creen haber descubierto que reina el desorden en los negocios humanos, los cuales son en su mayor parte resultado, no ya de propiedades físicas, sino de la libre voluntad y de la razón.

Ya los Profetas habían declarado la prueba que las personas ignorantes ofrecen para sostener su creencia de que Dios ignora las acciones humanas: El hecho de que se ve a los malos gozar de felicidad, paz y sosiego. Por eso también algunas personas rectas y piadosos piensan que para nada sirve ser bueno y padecer, por causa del bien, la animosidad ajena. Pero los Profetas refieren al mismo tiempo cuánto se afanaron por indagar este contrasentido aparente, y explican de qué manera se convencieron de que en todos estos casos sólo se debe tomar en cuenta el fin, y no únicamente los comienzos.

Así, David enseña cuán difundido estaba en su tiempo el parecer de que Dios no se cuido del hombre, siendo muchas las personas que, a causa de tan errónea opinión, incurrían en el pecado y esclavizaban al prójimo: "Por poco resbalaron mis pasos viendo la prosperidad de los impíos. Logran con creces los antojos del corazón, y dicen: ¿Cómo sabe Dios? ¿Y qué conocimiento hay en lo alto?". (PS. LXXIII). Y añade: "Asesinan a la viuda y al extranjero y al huérfano. Y dicen que el Señor no lo verá. Entended, oh vosotros, gentes embrutecidas y necias. ¿Cómo no ha de oír el que hizo el oído? ¿Cómo no ha de ver el que hizo el ojo? ¿Cómo no ha de hacer justicia el que castiga a las naciones y da entendimiento al hombre?

Hace muchos años que unos médicos de nuestra religión me manifestaron su sorpresa por las palabras de David; porque pudiera seguirse de sus argumentos que el que hizo la boca y los pulmones podría gritar, y lo mismo de todos los órganos de nuestro cuerpo. Los que estudiéis este tratado os percataréis de cuán groseramente tergiversaban el sentido de los argumentos de David, cuyo verdadero significado es el que sigue: "El que hace un ánfora, tiene que tener en su pensamiento la idea de aquél objeto y de su utilidad". Si el herrero no tuviera noticia de lo que es coser, sería incapaz de dar la forma adecuada y conveniente a la aguja. Y lo mismo puede decirse de toda suerte de instrumentos. Cuando algún filósofo piensa que Dios, cuya percepción es puramente intelectual, no tiene conocimiento alguno de los seres individuales que sólo son perceptibles por los sentidos, David redarguye comenzando por la existencia de los sentidos mismos, y dice: "Si Dios desconociera por completo el sentido de la vista, ¿cómo habría podido producir el órgano que ve?". "Si miramos la forma, partes y funciones del ojo y su adaptación a la función de ver, ¿puede ninguna persona inteligente imaginar que órgano tan perfecto sea mero producto de la casualidad? Ciertamente no; aquí advertimos la existencia necesaria de un designio en la naturaleza; pero como la naturaleza no es un ser inteligente capaz de gobernar el universo, deducimos que debe haber un ser intelectual que ha dotado a cada cosa con sus propiedades naturales. Si esa Inteligencia fuese incapaz de percibir o conocer algo de las acciones que efectúan los seres terrenales, ¿cómo habría creado, o conforme a la otra teoría, cómo habría dado lugar a que emanaran de Sí mismo propiedades, determinantes de aquellas acciones de las que se supone que permanece completamente ignorante? Correctamente llama David a los que así piensan brutos y necios".

Es antiquísima la creencia de los ignorantes según la cual Dios no tiene noticia de los negocios humanos, pues que son inciertos, desordenados e injustos. Lo imaginan así simplemente porque las cosas no acaecen conforme al gusto y antojo de cada persona que piensa, y viendo que no son como ellos desearían, afirman "que el Señor no nos ve" (EZEQ. VIII, 12).

CAPÍTULO XX

DEL CONOCIMIENTO HUMANO Y DEL CONOCIMIENTO DIVINO

Todos convienen en que Dios no puede adquirir conocimiento en un momento dado, que Su conocimiento es eterno y constante, y que es imposible que encierre pluralidad, aun los que admiten la existencia de atributos divinos. Su conocimiento no cambia como el nuestro al mudarse los objetos cognoscibles.

Decimos también que los diversos acontecimientos Le son conocidos antes de que acaezcan. Siempre los conoció y conoce, y por eso no adquiere nunca ningún conocimiento flamante. Esta teoría implica que el conocimiento divino se extiende también a las cosas inexistibles y abarca lo infinito. Empero los filósofos afirman que el objeto de conocimiento no puede ser una cosa inexistente, y que el conocer no puede comprender lo que es infinito; de donde deducen que no siendo susceptible de aumento el conocimiento de Dios, es imposible que tenga noticia de ningún ser contingente y transitorio. Dios sólo conoce lo constante e inmutable. Otros filósofos suscitan la siguiente objeción: Dios no conoce ni siquiera las cosas permanentes; porque Su conocimiento encerraría entonces pluralidad, según el número de objetos conocidos, pues que el conocimiento de cada cosa se distingue por alguna peculiaridad o nota que la caracteriza. De donde Dios sólo conoce Su propia esencia. La causa de los errores de estas escuelas deriva de creer que el conocimiento divino es semejante al conocimiento humano. Más censurables nos parecen a este respecto los filósofos que las demás personas, porque ellos demostraron que no hay pluralidad en Dios, y que en Él no hay atributo que no sea idéntico a Su esencia; el conocimiento y la esencia de Dios son una misma cosa. Demostraron también que nuestro entendimiento es insuficiente e incapaz de alcanzar una idea verdadera de la esencia divina: ¿Cómo, pues, imaginan comprender el conocimiento de Dios, que es idéntico a Su esencia, siendo así que la incapacidad de alcanzar Su esencia nos impide entender la manera como Él conoce los

objetos? Porque el conocimiento de Dios no es de la misma clase que el nuestro, sino totalmente distinto, y no admite comparación o analogía.

La homonimia del término "conocimiento" engaña a la gente. Las palabras son las mismas, pero designan cosas diferentes, y por eso llegan a la absurda conclusión de que el conocimiento de Dios requiere las mismas condiciones que el nuestro. Considera de cuántas maneras se diferencia de la nuestra Su manera de conocer, según las enseñanzas de cualquier religión revelada: Su conocimiento es uno, y, en cambio, comprende muchos objetos diversos; se extiende a las cosas inexistentes; abarca lo infinito; permanece inmutable, a pesar de aplicarse también a las cosas que se mudan; en fin, según las enseñanzas de la Ley, el conocimiento de Dios no determina las eventualidades que puedan acaecer en lo futuro, a pesar de ser cierto y eterno. Ahora bien, yo me pregunto ¿qué hay de común entre nuestro conocimiento y el de Dios, como no sea que los nombramos con un mismo vocablo?

Los Profetas lo han expresado paladinamente: "Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice el Señor. Como son más altos los cielos que la tierra, así mis pensamientos y mis caminos son más altos que los vuestros" (ISA. L.V, 8- 9).

CAPÍTULO XXI

DE QUE ES PERFECTO EL CONOCIMIENTO QUE EL CREADOR TIENE DE SU OBRA

Hay gran diferencia entre el conocimiento que de una cosa tiene el que la hace, y el que de ella adquieren las demás personas. Un artesano hace una caja en donde se mueven las pesas por la corriente del agua, y así indica el número de horas que han transcurrido del día y de la noche. Todo acaece con arregla a sus cálculos. Pero otra persona que observa el instrumento y que no ha seguido la fabricación de la obra, lo conoce de manera reciente; y cuanto más lo mire y observe más cabal será su conocimiento, el cual irá aumentando hasta llegar comprender plenamente la maquinaria. Si supusiéramos que el instrumento tenía un número infinito de movimientos, nunca llegaría a conocerlo por completo. Lo mismo acontece con cualquier objeto, cuando comparamos el conocimiento que Dios tiene de él con el que adquirimos nosotros. Todo nuestro saber deriva de la observación, por lo que es imposible que conozcamos lo que ha de acontecer en lo futuro o que es infinito.

Nuestro conocimiento es adquirido y aumenta a medida que vamos teniendo noticia de las cosas. El conocimiento de Dios no deriva de las cosas conocidas, sino que las causa y precede. Los que de veras buscan la verdad han de creer que nada está escondido a los ojos de Dios; que todas las cosas se revelan a Su conocimiento, el cual es idéntico a Su esencia; y que nosotros no podemos comprenderlo, pues que no poseemos la inteligencia capaz de adquirir aquél conocimiento divino. Esa inteligencia no existe más que en Dios, y es a un tiempo Su propia esencia.

CAPÍTULO XXII

DE LO QUE ENSEÑA LIBRO DE JOB ACERCA DE LA PROVIDENCIA

El extraño y maravilloso LIBRO DE JOB se ocupa del mismo asunto sobre el cual estamos discurriendo. Trátase de una ficción imaginada con el propósito de explicar las diversas opiniones que la gente sustenta acerca de la Providencia divina. Ya sabes que algunos Sabios dicen a las claras que Job no ha existido, que nunca fue creado, que es una pura ficción poética, y los que creen en su existencia y en el carácter histórico de su libro, se declaran incapaces de precisar la época en que vivió. Unos dicen que es contemporáneo de los patriarcas; otros, que de Moisés; otros, que vivió en los días de David, y no falta quienes crean que fijé uno de los que regresaron del destierro de Babilonia.

Pero haya existido o no, lo que de él se cuenta es una experiencia que a menudo acaece, fuente de perplejidad para los pensadores, que ha inspirado las opiniones antes mencionadas sobre la omnisciencia y providencia de Dios. La perplejidad nace al darse cuenta de que la persona perfecta y sencilla, recta en su proceder, afanosa por abstenerse del pecado, se ve afligida por sucesivas desventuras, es a saber, por la pérdida de las propiedad, la muerte de los hijos, las dolencias y enfermedades del cuerpo a pesar de no haber cometido pecado. Empero esta ficción se distingue de las otras en que encierra profundas ideas y grandes misterios, disipa las dudas y revela las más importantes verdades.

Job y sus amigos creían que Dios mismo era el autor directo de cuanto acaecía, y que el Adversario no era sino causa intermedia para la ejecución de males y desventuras. Importa aclarar que el relato no dice que Job fuera Sabio, ni lo presenta como persona cultivada e inteligente, aunque sí dotado de rectitud y de virtudes. Si hubiera sido Sabio no habría tenido dudas acerca de los causas de sus sufrimientos, como luego se verá. Enuméranse sus desventuras en el mismo orden en que las estiman los hombres. Hay quienes no se desalientan por perder la propiedad, teniéndola en poco, pero se aterrorizan cuando les amenazan con la

muerte de sus hijos. Hay otros que soportan sin desmayo esta desgracia, pero no hay nadie dotado de sensación que sea capaz de sufrir y soportar impasible los dolores corporales. Solemos los hombres ensalzar a Dios y alabarle, y llamarle justo y benévolo en las horas prósperas y felices, o cuando sólo padecemos males moderados y llevaderos.

Otra cosa es cuando nos acaecen pesadumbres como las que se describen en el Libro de Job; entonces, unos niegan a Dios y afirman que no hay orden en el universo, con sólo que vean en peligro su propiedad; otros, conservan la fe en la Justicia y el orden universal, aun cuando sufran menoscabo en sus propiedades, pero ceden a la aflicción si pierden a los hijos; otros permanecen firmes en su fe aun habiendo perdido a los hijos, pero no hay nadie que pueda soportar pacientemente el mal que le sobreviene en su propia persona, y entonces todos murmuran y se quejan de injusticia, ora con el corazón, ora con la lengua.

CAPÍTULO XXIII

DE CÓMO DISCUTIERON JOB Y SUS AMIGOS LAS DIVERSAS TEORÍAS QUE HAY ACERCA DE LA PROVIDENCIA

Job y sus amigos eran del común parecer de que Dios conocía su desgracia y era el causante de su sufrimiento. Creían también que Dios no se equivoca y que no le puede ser atribuida injusticia. Veras reiteradamente expuestas estas ideas en las palabras de Job. Los argumentos se repiten, se cruzan y entremezclan, interrumpiéndose de vez en cuando para describir los agudos sufrimientos y pesadumbres de Job, los cuales le sobrevinieron a pesar de su estricta rectitud, o para informarnos acerca de su caridad; humanitaria inclinación y buenas obras. Así mismo, las réplicas de los amigos se interrumpen para dar paso a exhortaciones de paciencia, a palabras de consuelo, y a otros discursos inspirados en el deseo de lograr que se olvide de sus penas. Le dicen que guarde silencio; que no de rienda suelta a la lengua, como si estuviera disputando con otro hombre; que debe calladamente someterse a los juicios de Dios. Job les responde que la intensidad de sus pesadumbres no le permite sobrellevarlas con paciencia, ni recoger sus pensamientos, ni hablar como debiera. Los amigos, le redarguyen que el que obra bien será recompensado, y el que obra mal, castigado. Cuando vemos a una persona perversa y rebelde en la prosperidad, debemos afirmar que algún cambio se avecina, que morirá o que grandes aflicciones caerán sobre él y sobre su casa. Cuando encontramos a un devoto de Dios en la desgracia, no debemos dudar de que Dios sanará sus heridas. Esta idea se repite frecuentemente en los discursos de los tres amigos, Elifaz, Bildad y Zofar, todos los cuales convienen en el mismo parecer.

Pero el objeto de este capítulo no es describir aquello en que convienen, sino definir las diferentes características de cada uno de ellos y esclarecer sus opiniones acerca del problema de por qué el hombre sencillo y justo se ve afligido con las más grandes y agudas penas, en lo que Job advierte una prueba de que, para Dios, que desprecia a la humanidad, iguales son el justo y el malvado.

Explica Job que no hay esperanza para después de la muerte pues que la causa de la desventura del justo no es otra cosa que el entero abandono en que le tiene Dios. Se pregunta por qué Dios no habrá abandonado de una vez al conjunto de la Creación, y por qué no habrá dejado de crear hombres, pues que después de haberle hecho, le olvida por completo. Y exclama en su pasmo: "¿No me fundiste como leche y como queso me cuajaste?" (JOB X, 10). Este es uno de los diversos criterios que los pensadores enseñan acerca de lo Providencia.

Nuestros Sabios (B.T. BABA B. 16a) condenan este juicio de Job y expresan su sentimiento en palabras como los siguientes: "Polvo debiera haber llenado la boca de Job". Empero, cuando Dios dijo a Elifaz y a sus compañeros: "Vosotros no me habéis hablado lo recto, y mi siervo Job sí" (XLII, 7), nuestros Sabios afirman que la causa de esta reprimenda es que "al hombre no se le castiga por lo que pronuncia en su dolor"; y que Dios olvidaba el pecado de Job y sus palabras porque las había pronunciado a impulsos de la intensidad de sus sufrimientos. Pero esta interpretación no conviene al conjunto de la alegoría. Justifícase el sentido de las palabras atribuidas a Dios porque Job abandonó su antigua opinión errónea, y comprobó su falsedad. Tan pronto como hubo alcanzado un verdadero conocimiento de Dios, confesó que sin duda este conocimiento encierra la verdadera felicidad, que ninguna pena del mundo puede turbar. Mientras el conocimiento que Job tenia de Dios se basaba en la tradición, y no en la propia indagación, creía que los bienes imaginarios, como las riquezas, la salud y los hijos eran los supremos bienes que puede alcanzar el hombre; de ahí su perplejidad y las opiniones que antes hemos mencionado; de ahí también el sentido de sus palabras: "De oídas te había oído; pero ahora mis ojos te ven. Por eso me aborrezco y me arrepiento en el polvo y en la ceniza" (XLII, 5-6); y es a raíz de esta declaración, que revela la percepción de la verdad, cuando el Señor dice hablando de Job: "Porque no habéis hablado por mí lo recto y mi siervo Job sí".

La opinión que Elifaz manifiesta respecto a los sufrimientos de Job es semejante a uno de los crite-rios corrientes acerca de la Providencia. Sostiene que el destino de Job está de acuerdo con la estricta justicia; que es responsable de sus pecados, y que éstos han determinado su destino. Elifaz nunca renunció a creer que el destino del hombre es sazón de

justicia, siquiera nosotros, en nuestra cortedad, no sepamos las causas del castigo, ni la manera como opera la justicia divina.

Bildad, el Chuhita, defiende la teoría de la recompensa y la compensación, y dice que, si Job es inocente y sin pecado, sus terribles desventuras tienen que ser fuente de grandes recompensas; que le sobrevendrán grandes mercedes, y que el dolor de hogaño será causa de grandes venturas y bendiciones en el mundo futuro.

Zofar, el Naamazita, sostiene que la Voluntad Divina es fuente de todo cuanto acaece, que no se debe buscar otra causa de Sus acciones, ni cabe preguntar por qué Dios ha hecho esto o lo otro. Lo que Dios hace no es explicable ni por vía de justicia ni como fruto de Su sabiduría. Repara en cuán bien el LIBRO DE JOB discurre acerca del problema que trae confundidos a tantas, gentes y que les inspira alguna de las teorías que antes te he explicado acerca de la Providencia divina. En el citado libro se mencionan todas las teorías posibles. El parecer atribuido a Job es la teoría de Aristóteles: Elifaz sostiene la doctrina que enseño la Escritura; Bildad coincide con la opinión de los Mutazilá y Zofar con la de los Achariya. Tales eran las antiguas opiniones acerca de la Providencia; posteriormente, se dio a conocer una nueva teoría, la que se atribuye a Elihu; por esta razón el Libro de Job la ensalza más que a las otras y la presenta como más reciente y más sabia. A primera vista nos sorprende hallar que Elihu nada añade a las palabras de Elifaz, Bildad, Zofar, y que se limita a repetir con otras expresiones las mismas ideas; pero después de madura reflexión advertimos que la nueva idea que introduce Elihu y que constituye el principal objeto de su discurso encierra conceptos, nuevos. La novedad consiste en la intercesión angélica. Describe luego el método de la profecía diciendo: "Seguramente de una, y aun de dos maneras, habla Dios, pero el hombre no entiende: En sueño y en visión nocturna, cuando se adormece el hombre sobre su lecho" (XXXIII, 14-15). Luego, sostiene e ilustra su parecer describiendo múltiples fenómenos naturales, tales como el trueno, el relámpago, la lluvia y los vientos con los que se entremezclan los diversos acaecimientos de la vida.

Elihu sabe extraer así mismo, la enseñanza de las diversas especies de animales, y dice: "El nos enseña por las bestias de la tierra y nos hace sabios por las aves del cielo" (XXXV, 11). Insiste prolijamente en

describir la naturaleza de Leviatán, en quien coinciden diversas peculiaridades físicas que se dan por separado en los animales, en los que andan, en los que nadan y en los que vuelan. Todo ello sirve para imprimir en nuestro pensamiento la idea de que somos incapaces de entender la manera como vinieron a existir todas esas criaturas transitorias, y de imaginar cómo empezaron a formarse sus propiedades, pues que estos seres no se pueden comparar a las cosas que nuestra industria produce. Mucho menos cabría comparar la manera como Dios gobierna y administra a sus criaturas, con el modo de dirigir nosotros nuestras cosas. Esto debe bastarnos, convencidos de que nada se le oculta a Dios, como dice Elihu: "Porque sus ojos están sobre los caminos del hombre, y ve todos sus pasos. No hay tinieblas ni sombra de muerte en donde se oculten los que obran iniquidad" (XXXIV, 21-22).

Las palabras gobernar o administrar no tienen el mismo sentido cuando se aplican a Dios que cuando a nosotros. Al decir que Dios gobierna a sus criaturas, no significamos lo mismo que cuando nosotros regimos a otros seres. Así como las obras de la naturaleza se diferencian de las producciones del arte e industria humanos, así también es distinta la Providencia o gobierno con que Dios dirige las energías naturales, y no cabe compararla con el gobierno, Providencia e intención que ponemos nosotros en nuestra cosas. Y a enseñar esta lección se encamina principalmente el LIBRO DE JOB, el cual establece este principio de fe, y nos recomienda sacar de la naturaleza pruebas para que no incurramos en el error de imaginar que la intención, conocimiento, providencia y regla de Dios son similares a los del hombre. Cuando nos hayamos percatado de esta verdad, fácilmente sobrellevaremos todo cuanto nos acaezca; la desventura no suscitará dudas en nuestro corazón acerca de Dios, de si Él conoce o no nuestros negocios, de si cuida de nosotros o nos abandona. Antes bien, el infausto destino contribuirá a encender y avivar nuestro amor de Dios, como se dice al fin de esta profecía: "Por lo tanto me aborrezco y me arrepiento por el polvo y la ceniza", y como nuestros Sabios explican: "Los hombres piadosos lo hacen todo por amor y se regocijan en sus aflicciones" (B.T. CHABB, 88b).

CAPÍTULO XXIV

DE LAS TENTACIONES Y PRUEBAS

La doctrina de las pruebas suscita grandes objeciones; en realidad se trata de un tema más susceptible de disputa que ningún otro de los que enseña la Escritura, la cual habla seis veces del asunto. Existe la creencia general de que las pruebas consisten en aflicciones y desventuras que Dios envía al hombre, no como castigo de sus pasados pecados, sino como oportunidad de muy grandes mercedes.

La enseñanza de nuestros Sabios, aunque en algunos lugares aprueba esta creencia, en general le es adversa; porque dicen: "No hay muerte sin pecado, ni pena sin transgresión". Las pruebas de que habla la Escritura en seis pasajes, parecen más bien haber sido experimentos o pruebas con que Dios deseaba conocer el fervor y devoción de un hombre o de un pueblo, como en el sacrificio de Abraham o en la lluvia de Maná en el desierto, donde dice: "Que te sustentó con Maná en el desierto, afligiéndote y probándote para hacerte bien a la postre" (DEUT. VIII, 16); como si dijera: Dios te ha probado primero con las penalidades del desierto, a fin de acrecentar tu ventura cuando entrases en la tierra de Canaán, porque la transición de la pena a la dicha acrecienta el gozo de ésta. Es también conocido que los israelitas no habrían sido capaces de conquistar la tierra prometida y de vencer a sus moradores, si previamente no se hubieran endurecido con las fatigas del desierto.

El relato de Abraham se propone en primer lugar mostrarnos hasta donde llegaba su temor de Dios, y en segundo lugar enseñarnos la profunda fe con que los profetas creen en las verdades que Dios les envía por vía de inspiración.

Es así como debernos comprender los relatos referentes a las pruebas y tentaciones; y no imaginar que Dios quiera examinarnos o probarnos para averiguar lo que de antemano conoce. Está Él muy por encima de lo que imaginan ignorantes y necios, en la maldad de sus pensamientos.

CAPÍTULO XXV

DE QUE LAS OBRAS DE DIOS NO CARECEN DE FINALIDAD

Clasifícanse los actos humanos en cuatro grupos: Indeterminados, intranscendentes vanos y buenos. Una acción es vana cuando no logra su objeto, a causa de algún impedimento como cuando se dice: "Has trabajado en vano". Es indeterminada cuando carece de propósito; intrascendente, cuando persigue algún objeto trivial e innecesario. A veces la calidad de la acción depende de la intención de quien la ejecuta; porque muchas cosas son útiles a juicio de una persona y superfluas a juicio de otras; por ejemplo, el ejercicio físico puede ser en algunos casos útil para conservar la salud, en opinión de los médicos; los eruditos y Sabios consideran útil la escritura, mientras que los ignorantes la estiman inútil o intranscendente. Son útiles o buenas las acciones que sirven a un propósito y lo alcanzan.

Ninguna persona inteligente osará afirmar que las acciones de Dios puedan ser vanas, indeterminadas o intranscendentes. Sostienen los filósofos que nado acaece en vano en la naturaleza, y que todo cuanto no es producto de la industria humana sirve para algún fin, aunque a veces lo ignoremos.

Descúbrese a primera vista y sin necesidad de mayores reflexiones el absurdo que hay en imaginar que las acciones de Dios puedan ser triviales, como sostienen los que creen que los monos han sido hechos para pasatiempo del hombre. Las opiniones de tal linaje provienen de la ignorancia que se tiene acerca de la naturaleza de los seres perecederos.

Los que afirman que las abras de Dios no sirven a propósito alguno buscan a voces fundamento para lo que creen, examinando el conjunto de los seres existentes, y se preguntan para qué sirve el universo. La respuesta no puede ser otra que "para lo que quiso Dios". Hay en la Biblia algunos pasajes que a primera vista pudieran ser interpretados en el mismo sentido, como cuando se dice: "El Señor ha hecho lo que le plugo" (PS. CXXXV, 6). El sentido de éste y otros versículos similares es que "lo que Dios desea necesariamente se hace por virtud de ese mismo deseo;

que nada hay que pueda estorbar el cumplimiento y ejecución de Su voluntad".

Cuando Dios desea producir su óptima obra, no hay obstáculo ni impedimento alguno que se interponga entre Él y Su Creación. Tal es la creencia que sostienen las gentes religiosas y los filósofos y en la que nosotros comulgamos. Porque aunque entendemos que Dios creó el universo de la nada, la mayoría de nuestros Sabios lo han creído en el sentido de que la Creación no es meramente resultado de la voluntad divina, sino también de la divina sabiduría, cuyos caminos no podemos alcanzar a comprender. "El hizo todas las cosas hermosas en su razón" (ECCLES. III, 2), el significado de cuyas palabras esclarecen nuestros sabios para evitar la discutible opinión de que Dios hace las cosas sin propósito deliberado alguno. Nada de cuanto Él hace puede ser trivial vano o sin finalidad, pues que es el resultado de Su grandísima sabiduría, por lo cual se dice: "Oh señor, cuán múltiples son tus obras. En sabiduría las hiciste todas; la tierra está llena de Tus dones" (PS. CIV, 24). "El Señor, fundó la tierra merced a Su sabiduría" (PROV. III, 19).

Has de saber que las dificultades que confunden en la cuestión de si el universo o alguna de sus partes carece de propósito nace de dos causas: La primera, que el hombre tiene equivocada idea de sí mismo, y cree que el conjunto del mundo existe por causa de él. La segunda, que ignora las cosas de la naturaleza del mundo sublunar y la intención o designio que el Creador tuviera al dar existencia a todos los seres que pueden existir, porque la existencia es sin duda alguna un bien. Tradúcense ambas causas en muchedumbre de confusión y de dudas que llevan a algunos a imaginar que determinados obras de Dios son triviales, vanas o carentes de propósito deliberado.

CAPÍTULO XXVI

DE QUE LOS PRECEPTOS DIVINOS DE LA LEY SE INSPIRAN EN ALGUN DESIGNIO

Los teólogos están también divididos respecto a si los mandamientos que Dios nos dio proceden de Su sabiduría y voluntad, o sólo de la última. No falta teólogo que sostenga la carencia de finalidad de los mandamientos, diciendo que han sido dictados únicamente por la voluntad de Dios. Otros, sostenemos que los mandamientos y prohibiciones fueron dictados por Su sabiduría, sirviendo a un designio; por donde cada precepto tiene su razón, y nos han sido todos ellos prescritos porque son útiles, siquiera en algunos casos los caminos de la sabiduría divina sean incomprensibles para el hombre. Este parecer manifiesta paladinamente la Escritura cuando dice: "Los juicios del Señor son verdaderos y rectos al mismo tiempo" (PS. XIX, 10).

Oportunísimo ejemplo de lo que digo nos ofrecen los minuciosos preceptos relativos a los sacrificios. Luego veremos que la ley de los sacrificios ha sido de grandísima utilidad; pero no podemos decir la razón de que en unos casos la ofrenda haya de ser un cordero, y en otros un carnero, ni por qué, haya que ofrendar un número fijo de ellos. A mi juicio carecen de seso los que se torturan indagando la causa de estas minuciosas reglas, aumentando más que resolviendo las dificultades. La reiterada afirmación de nuestros Sabios de que no hay precepto sin fundamento, y la tradición de que Salomón los sabía todos, se refieren. al propósito general que persiguen los preceptos, y no a cada uno de los detalles.

Como quiera que fuere, me ha parecido bien clasificar los seiscientos trece preceptos en clases, cada una de las cuales encierra muchos semejantes o que guardan entre sí ciertas relaciones características. Explicaré primero la razón que justifica cada categoría de preceptos, y luego, a manera de ejemplo, buscaré el por qué de algunos mandamientos de cada clase.

Confieso que hay algunos, muy pocos, cuya razón no he sido todavía capaz de descubrir. Primeramente dedicaré algunos capítulos a explicar

con carácter general las razones de los preceptos de la Ley, y a exponer los principios que constituyen el fundamento de mi teoría.

CAPÍTULO XXVII

DE QUE LOS PRECEPTOS DIVINOS PERSIGUEN ASEGURAR EL BIENESTAR DEL CUERPO Y DEL ALMA DEL HOMBRE

El designio general de la Ley es doble: Asegurar por una parte la felicidad del alma, y por otra, el bienestar del cuerpo. Promuévese la felicidad del alma gracias a las correctas opiniones y doctrinas que comunica la Ley al pueblo, según su capacidad. Algunas de estas doctrinas se comunican en forma llana y sencilla, otras, en alegoría; porque ésas son manjar demasiado fuerte para que la común capacidad del vulgo las asimile.

Consolídase el bienestar del cuerpo mediante la adecuada ordenación de las relaciones conforme a las cuales vivimos unos con otros. De dos maneras puede alcanzarse esto: la primera, alejando la violencia de nuestro medio, esto es, logrando que cada cual haga, no lo que le place, puede y desea, sino lo que contribuye a la común felicidad; la segundo, enseñando a cada cual las normas morales susceptibles de producir un buen orden social. Porque ha sido hallado que el hombre goza de una doble perfección: La una es la perfección del cuerpo, y la otra la del alma. Consiste la primera en la salud que sólo es posible cuando el hombre puede suplir sus necesidades a medida que se presentan, alimento, abrigo, baño, vestido, y cosas del mismo linaje. Pero el hombre no podría a solas procurarse todo esto; es imposible que un hombre aislado alcance bienestar y comodidad, lo cual sólo es hacedero viviendo en sociedad, pues que, como bien sabes, el hombre es por naturaleza sociable.

La segunda perfección consiste en que llegue a ser de hecho inteligente. Esta segunda perfección ciertamente no incluye cualquier acción o conducta, sino sólo conocimiento, al cual se llega reflexionando e indagando. Y es claro que esta segunda y superior categoría de Perfección sólo puede ser alcanzada cuando ha sido satisfecha la primera; porque la persona; que padece hambre, sed, calor o frío en demasía, no puede concebir una idea, ni cuando se la comunican otros, ni menos aún

cuando ha de alcanzarla por propio razonamiento. La verdadera Ley, que es una, y fuera de la cual no hay otra ley, de nuestro Maestro Moisés, aspira a otorgarnos esta doble manera de perfección.

CAPÍTULO XXVIII

DE QUE EL DESIGNIO DE LA LEY ES PATENTE EN ALGUNOS PRECEPTOS Y A DURAS PENAS ALCANZABLE POR REFLEXION EN OTROS

Menester es grabar en el pensamiento que la Escritura sólo enseña los aspectos fundamentales de aquellos principios verdaderos que llevan a la perfección humana, y que sólo en términos generales pide que tengamos fe en ellos. Así, la Escritura enseña la existencia, la unidad, la omnisciencia, la omnipotencia, la voluntad, y la eternidad de Dios; pero todo ello en forma de conclusiones finales, siquiera no puedan ser plena y cabalmente comprendidas, sino después de haber adquirido muchas clases de conocimiento. Luego, la Escritura exige que creamos en ciertas verdades indispensables para regular las relaciones de la sociedad; a este género pertenece la creencia de que Dios se disgusta con el que le desobedece, porque esta creencia despierta en nuestro ánimo el temor de quebrantar la voluntad divina. Hay otras verdades, relativas al conjunto del universo, que forman la materia de diversas ciencias especulativas y nos proporcionan medios de comprobar los principios antes mencionados en sus conclusiones definitivas; pero la Escritura no prescribe claramente que hayamos de creer en estas ciencias, como en aquellas verdades, siquiera estén implicadas en el mandamiento de "amar al Señor" (DEUT. XI, 13); porque este amor sólo es posible cuando comprendemos la naturaleza real de las cosas y descubrimos la sabiduría que Dios ha desplegado en ellas.

Encamínanse todas estas preliminares a lo siguiente: La razón de un precepto, o de una prohibición, aparece patente, y su utilidad es paladina, cuando directamente procura acabar con la injusticia o enseñar las normas de conducta que se traducen en el bienestar de la sociedad, o comunicar una verdad en la que se debe creer, ora por el propio mérito de ella, ora por ser indispensable para desarraigar la injusticia y para enseñar las buenas normas, morales de conducta.

CAPÍTULO XXIX

DE LOS SABEOS Y DEL CULTO DE LAS ESTRELLAS.

Es sabido que el patriarca Abraham se educó en la religión y creencia de los Sabeos, de que no hay otra divinidad que las estrellas obras de los tales existen ahora en traducciones arábigas, y también en sus antiguas crónicas. Dicen claramente que el sol gobierna al mundo, tanto al de arriba como al de abajo. En estos libros y crónicas se nos refiere la historia del patriarca Abraham de la siguiente manera: Abraham fue criado en Kuza; cuando discrepó del parecer de la gente y declaró que hay un Artífice del sol, opusiéronle ciertos argumentos que evidencian y manifiestan la acción que el sol ejerce sobre el universo. "Tenéis razón,", dijo Abraham; "el sol actúa como la segur en la mano del leñador". En suma, el rey de los Sabeos lo redujo a prisión, donde continuó durante muchos días discutiendo con ellos. Al cabo, temió el rey que Abraham le corrompiera el reino y alejara al pueblo de su antigua religión, por lo que decidió expulsarlo y desterrarlo a Siria, luego de haberle privado de sus propiedades. Tal es el relato que aparece en un libro llamado LA AGRICULTURA NABATEANA.

Entre los turcos al norte y los indios al sur quedan aún restos de los Sabeos, que un día poblaron la tierra, y entre los de ellos que fueron hábiles para pensar, y entre los filósofos de aquellos tiempos, sólo se concebía la idea de que Dios era el espíritu de las esferas, que eran su cuerpo. Abu-becr al-Zaig lo menciona en su COMENTARIO AL LIBRO DE LA FÍSICA.

Así pues, los Sabeos todos creían en la eternidad del universo, y en que los cielos eran Dios. Según ellos, Adán fue un ser nacido de varón y hembra, como el resto de la humanidad, distinguiéndose de sus congéneres por haber sido el Profeta que la luna envió, para que convocara a los hombres en torno al culto lunar, y escribió varios tratados acerca de la agricultura. Relatan además los Sabeos, entre otras fábulas, que Noé fue agricultor, y que no le complacía el culto de los ídolos, por lo que le censuran y echan en cara que no adorara a ninguna imagen. Dicen

que de la zona tórrida, cerca de la India, adentrándose mucho en la región de Babilonia, Adán trajo cosas maravillosas, tales como el árbol del oro, y el árbol de la piedra, una de cuyas frescas hojas podía resistir la prueba del fuego. Cuentan también que había un árbol capaz de cobijar a su sombra a diez mil hombres, aunque sólo tenía la altura de uno de ellos. Historias por el estilo abundan a maravilla en los libros de los Sabeos, y no deja de asombrarme que personas que piensan en la eternidad del universo hayan creído en cosas que la naturaleza no puede producir, según sabe bien todo el que ha estudiado la ciencia natural.

Cuando apareció Abraham, "columna del mundo", no tardó en convencerse de que hay un Ser Divino y espiritual, que no es ni cuerpo, ni fuerza residente en un cuerpo, autor de las esferas y de las estrellas; y comprendió lo absurdo de las leyendas en que había sido educado. Comenzó, por ello, a combatir la creencia de los Sabeos y a declarar la falsedad de sus opiniones, y a proclamar públicamente contra ellos "el nombre de Dios, Señor del universo" (GEN. XXI, 33), cuya proclamación encerraba al mismo tiempo las ideas de la existencia de Dios y de la Creación del Mundo.

Conforme a las teorías de los Sabeos, se erigían imágenes a las estrellas, ídolos de oro al sol, de plata a la luna, y asignaban a los metales y climas el influjo de los planetas, diciendo que cada planeta es el dios de cierta región del mundo. Construyeron templos donde colocar las imágenes y afirmaban que las estrellas hacían descender su influjo sobre las imágenes, capacitándolas para que hablaran, comprendieran e inspiraran a los seres humanos y les dijeran lo que les convenía. La misma virtud concedían a los árboles que habían sido asignados a cada una de las estrellas.

Ahora bien, la Ley reiteradamente declara que su principal designio es promover la destrucción de la idolatría y cuanto a ella atañe, hasta su nombre y sus prácticas, tales como consultar a los espíritus familiares, hacer atravesar a criaturas por el fuego como hacen los brujos, observar las nubes, adivinar, encantar, ejercer maleficios o hacer preguntas a los muertos. La Ley nos prohíbe imitar a los gentiles en toda esta serie de prácticas. Refiriéndose a estas ideas idolátricas los verdaderos Profetas exclaman, "ellos andaban tras de cosas vanas y sin provecho". Utilísimos

son los preceptos que nos liberan de tamaño error y nos reintegran a la verdadera fe de que Dios, Creador de todas las cosas, rige el universo, de que hay que servirle, amarle y temerle sólo a Él y no a otras criaturas imaginarias. Conforme a esta fe, nos acercamos al Dios verdadero y obtenemos su favor sin necesidad de recurrir a fatigosos procedimientos; porque lo único que se requiere es amarle y temerle, que es a donde se encamina todo el servicio de Dios.

CAPÍTULO XXX

DE QUE UNO DE LOS PROPÓSITOS DE LA LEY MOSAICA ES CONTRADECIR LA IDOLATRIA

Indagando en estas viejas y necias doctrinas, hallamos que estaba difundidísima la creencia de que se podía conseguir poblar la tierra y fertilizar el suelo mediante el culto de las estrellas. Los hombres piadosos, sabios, temerosos del pecado, que había entre ellos, reconocían al pueblo, y le enseñaban que la agricultura, de la que dependía la conservación de la humanidad, sería perfecta y satisfaría las necesidades del hombre, si éste adoraba al sol y a los estrellas. Empero, si provocaba su hostilidad, serían despobladas y asoladas las ciudades. En los libros de los Sabeos que yo he leído traducidos al arábigo, se dice que Marte, airado, había reducido los países a desiertos y yermos, convirtiéndolos en morada de demonios, sin árboles y sin agua. Los sacerdotes idólatras predicaban al pueblo congregado en sus templos que, mediante ciertas prácticas religiosas, se podía provocar la lluvia, obligar a los árboles a rendir buen fruto, y fertilizar y poblar las tierras.

Cuando se habían difundido semejantes ideas, y cuando las tenían por verdaderas, Dios, en su gran misericordia, quiso apartar el error de nuestras almas, y proteger nuestros cuerpos de pesadumbre, manifestando su deseo de que los hombres no siguiéramos practicando acciones inútiles y vanas, y nos dio la Ley, por mediación de Moisés, nuestro Maestro que en nombre de Dios nos dijo que el culto de las estrellas y de otros seres corpóreos daría lugar a que cesara la lluvia; se asolara la tierra y no, produjera, y se marchitara el fruto de los árboles; que sobrevinieran calamidades al pueblo, que se deformaran sus cuerpos y se acortara el plazo de su vida. Esto enseña la Escritura, a fin de que el hombre abandone la idolatría, volviendo del revés las predicaciones de los sacerdotes idólatras; porque el principal objeto de la Ley es desplazar la idolatría y aniquilar hasta sus menores vestigios.

CAPÍTULO XXXI

DE QUE, LA LEY PROMUEVE LA FELICIDAD DEL HOMBRE ENSEÑANDO LA VERDAD, LA MORALIDAD Y LA SOCIABILIDAD

Hay personas que, no acertando fácilmente a descubrir la razón de algún precepto, tienen a bien afirmar que todos los demás preceptos y prohibiciones carecen de fundamento racional. Esas personas de flaco entendimiento imaginan que el hombre es más perfecto, que el Creador; porque el hombre dice y hace lo que su razón le aconseja, mientras que Dios nos ordena practicar lo inútil y nos prohíbe obrar acciones inocentes.

Lejos de nosotros semejante necedad. Al contrario, el único objeto de la Ley es beneficiar al hombre. Así lo aclara el pasaje de la Escritura que dice, "y mandónos Jehová que ejecutáramos estos preceptos, y qué temiésemos a nuestro Dios, para que nos fuera bien todos los días, y para darnos vida, como hoy" (DEUT. VI, 24). El verdadero objeto de los seiscientos trece preceptos es inculcar alguna verdad, desvanecer alguna opinión errónea, consolidar el trato social, disminuir el mal, educarnos en buenas maneras y advertirnos contra las malas costumbres. Todo lo cual depende de tres cosas: La opinión, la moral, y la conducta social. Estos tres principios bastan para encontrar la razón de todos y cada uno de los preceptos divinos.

CAPÍTULO XXXII

POR QUÉ DIOS DIO LEYES PARA CONTRADECIR LA IDOLATRÍA EN VEZ DE ARRANCARLA DIRECTAMENTE DE RAIZ

Al reflexionar acerca de las obras divinas, o sobre la historia y proceder de la naturaleza, penetramos la prudencia y sabiduría que Dios ha desplegado al crear los animales, desenvolviendo gradualmente sus miembros, y descubrimos así mismo Su sabiduría y sistema en el sucesivo y gradual desarrollo de cada individuo. De igual manera, muchos preceptos de nuestra Ley son el resultado de un proceso semejante adoptado por el mismo Ser Supremo. Es, por ejemplo, imposible saltar de un extremo a otro; conviene a la naturaleza humana el no desprenderse súbitamente de sus hábitos y costumbres. Ordenóse a los israelitas que se consagraran al servicio de Dios (DEUT. XI, 13); pero la costumbre que privaba de manera general entre los hombres todos, y el culto en que se habían criado los israelitas, consistían en sacrificar animales en aquellos templos poblados de imágenes, inclinándose ante ellas y sahumándolas con incienso. En aquellos días eran personas religiosas y ascéticas las que se consagraban al servicio de los templos erigidos a las estrellas, según hemos explicado. Armoniza con la sabiduría y plan de Dios, tal como lo vemos desplegarse en el conjunto de la Creación; el no ordenarnos interrumpir de manera súbita estas clases de servicios religiosos, porque un mandamiento de tal naturaleza habría, causado entonces la misma impresión que si un Profeta nos convocara hoy al servicio de Dios y nos dijera en Su nombre que no debemos rezar, ni ayunar, ni demandar Su ayuda en épocas de tribulación, sino servirle únicamente en pensamiento, y no con obras religiosas. Por eso, Dios permitió que continuara esa clase de servicios, recabando para Sí el culto que antes se ofrendaba a los seres creados o a cosas imaginarias y fantásticos, y nos ordenó que Le sirviéramos de aquella misma manera, edificando un templo: "Y Me harán un santuario" (EX. XXV, 8); erigiéndole un altar, "y un altar de tierra Me construirás'" (IBID. XX, 21); ofreciéndole sacrificios, inclinándonos ante Él y quemándole incienso (LEV. I, 2).

Así, el plan divino logró borrar las huellas de la idolatría y establecer el firmísimo principio de la fe, existencia y unidad de Dios, alcanzando tan buenos frutos sin confundir ni desorientar a las almas, como habría acaecido si ordenara abolir el servicio a que estaban tradicionalmente habituadas.

La Ley hace señalada diferencia entre los sacrificios y las plegarias, pues que los sacrificios no sirven al fin primordial que se propone, razón por la cual no los prescribe con carácter obligatorio, como lo eran antes. No se nos ordena que sacrifiquemos en todo lugar y ocasión, ni que levantemos en cada esquina un templo, ni que permitamos instituirse sacerdotes a todos cuantos lo deseen; antes bien, todo esto nos está prohibido. Sólo se nos indica que levantemos un templo, "en el lugar que el Señor escogerá" (DEUT. XII, 26); en ningún otro sitio se permite el sacrificio (IBID. V, 13); y sólo los miembros de un determinado linaje pueden oficiar como sacerdotes. Sirven todas estas restricciones para reducir el culto y mantenerlo dentro de los límites que Dios juzgó prudente, en vez de abolirlo por completo. En cambio, la súplica y la oración pueden ofrecerse en cualquier lugar y ocasión, y por cualquier persona. Lo mismo acaece con el precepto del **zizit** (NUM. XV, 38) del **mezuzá** (DEUT. VI, 9; XI, 20); del **tefillin** (EX. XIII, 9, 16), y otras formas parecidas de servicio divino.

A causa de este principio que acabo de explicarte, vemos a los Profetas censurar frecuentemente a sus conciudadanos porque eran excesivamente celosos y se ejercitaban demasiado en la ofrenda de sacrificios, con lo que los Profetas claramente dan a entender que no le hacen falta a Dios y que no son una forma esencial del culto. Isaías exclama: "¿Para qué me sirven la multitud de vuestros sacrificios?, dice el Señor" (ISA. I, 2); Jeremías declara: "Porque no hablé yo con vuestros padres, ni les mandé el día que los saqué de la tierra de Egipto, acerca de holocaustos y de víctimas; más esto les ordené: Escuchad mi voz, y seré a vosotros por Dios, y vosotros me seréis por pueblo" (JER, VII, 22, 23).

El principal objeto de la Ley es enseñar verdades, entre ellas la creación de la nada. Sabido es que la ley del Sábado (**Sabbath**) tiene por objeto confirmar y establecer este principio, según dije en otro lugar. Además, la Ley aspira a suprimir injusticias de entre los humanos. Así,

hemos demostrado que los primeros estatutos no se refieren a los holocaustos y sacrificios, que a la verdad carecen de importancia. La misma idea hallamos en el salmista, donde dice: "Escucha, oh pueblo mío, y Yo hablaré; oh Israel, Yo testificaré delante de ti, que Yo soy Dios, tu Dios. No te reprenderé por tus sacrificios y holocaustos, que sin cesar me fueron ofrecidos. No sacaré, ningún recental de tu casa, ni el macho cabrío de tus rediles".

CAPÍTULO XXXIII

DE QUE OTRO DE LOS FINES DE LA LEY ES ADIESTRAR AL HOMBRE EN EL DOMINIO DE SUS APETITOS Y DESEOS

Propónese también la ley conseguir que el hombre desprecie, rechace y amengüe sus deseos, hasta donde sea posible, no debiendo ceder a ellos sino cuando sea absolutamente necesario.

Sabido es que la intemperancia en el comer, en el beber y en el trato sexual, que es a lo que la gente con más pasión se entrega, estorba la ulterior perfección del hombre, turba el orden social del país y perjudica a la economía familiar. La causa de ello procede de que el ignorante considera que el placer físico es un motivo digno de ser apetecido por sí mismo. Dios, en Su sabiduría, nos ha dado preceptos que compensen a esos estímulos y nos impidan consagrarles toda nuestra atención, prohibiéndonos aquello que nos lleva solamente al irrefrenado deseo y a la desmedida concupiscencia.

La cortesía es otra de las virtudes que la ley promueve. El hombre debe prestar oído a las palabras del prójimo, y no ha de ser obstinado, sino mostrarse inclinado a ceder ante el deseo de su compañero, a responder cuando le llame, a obrar conforme apetece y a hacer lo que le place. Por eso la Ley ordena, "circuncidad el prepucio de vuestro corazón, y no endurezcáis más vuestra cerviz" (DEUT. X, 16). Propónese la Ley que sus seguidores sean puros y santos, enseñándoles a prescindir de la sensualidad. Llámase también santificación a la ausencia del vino, cuando, aludiendo al Nazarita, se dice: "Santa será" (NUM. VI, 5).

Inclúyese entre los fines de la Ley la limpieza del vestido y el aseo del cuerpo, lavándose, limpiándose el sudor y el polvo, por la pureza misma de la acción, más llevando el corazón libre de malos hábitos y de viles principios. Sería malísimo para el hombre que se contentase con la pureza que viene de lavarse el cuerpo y de limpiarse la ropa, si al mismo tiempo fuera voluptuoso y sin freno en la concupiscencia o en la gula. Es contrario al espíritu de la Ley ofrecer un exterior limpio y tener el corazón mancillado de pasiones y placeres corporales. Los que lavan el cuerpo y

limpian la túnica, mientras permanecen mancillados en sus actos y principios, son como aquellos de que habla el rey Salomón, "una generación limpia ante sus propios ojos, pero que no se ha lavado de su inmundicia; una generación que mira con altivez y cuyos párpados se alzan" etc. (PROV. XXX, 12-13). Medita bien en los principios que te he mencionado en este capítulo, como causas finales de la Ley; porque hay muchos preceptos de los cuales no podrás dar razón sin conocer bien estos fundamentos, como se explicará luego.

CAPÍTULO XXXIV

DE QUE LA LEY SE FUNDA EN LA ORDINARLA CONDICION DEL HOMBRE

Bueno es también advertir que la Ley no atiende a circunstancias excepcionales ni se funda en condiciones que rara vez acaecen. Todo cuanto enseña, sea de índole intelectual, moral o práctica, se basa, no en la excepción, sino en lo que puede ser regla, e ignora el perjuicio inferido a la persona singular por el cumplimiento de cierta máxima o principio divino.

Síguese de aquí que los estatutos no pueden, como las medicinas, variar según las diferentes condiciones de personas y tiempos, en cuyo caso serían imperfectas, y sus preceptos indeterminados. Los estatutos y juicios han de ser por el contrario definidos, incondicionados, genéricos, según las palabras divinas, "una misma ley y un mismo derecho tendréis vosotros y el peregrino que con vosotros mora" (NUM. XV, 16); las leyes miran a todas las personas y a todos los tiempos.

Y después de todas estas observaciones hechas a manera de introducción, procedamos ahora a exponer lo que nos proponemos explicar acerca de cada grupo de preceptos.

CAPÍTULO XXXV

DIVISIÓN DE LOS PRECEPTOS EN CATORCE CATEGORÍAS

Me ha parecido bien dividir los preceptos en catorce categorías.

La primera comprende los fundamentales principios tales como los hemos enumerado en el HILKOT YESODE HA-TORA. El arrepentimiento y los ayunos corresponden a esta categoría.

Comprende la segunda los preceptos que atañen a la prohibición de la idolatría, según los hemos descrito en el HILKOT ABODAZARA. Las leyes relativas a los vestidos de lino y lana, a los frutos de los árboles durante los tres primeros años después de su plantación y a las diversas simientes en una viña, están contenidos también en esta categoría.

Forman la tercera categoría los preceptos referentes al mejoramiento de la condición moral de la humanidad, y se mencionan en el HILKOT DEOT.

La cuarta incluye estatutos referentes a la caridad, préstamos, mercedes y acciones semejantes, objetos votivos, servidumbre y cuanto se enumera en la sección ZERA'IM.

La quinta categoría contiene lo relativo a la prohibición de violencias, daños, y desmanes, y sus preceptos están contenidos en nuestro libro en la sección NEZIKIN.

Forman la sexta categoría los preceptos referentes a multas, castigos de robo y asaltos, falsos testimonios, y la mayoría de las leyes que se contienen en el CHOFETIM.

La séptima comprende las leyes que regulan los negocios y transacciones, arrendamientos, compras, ventas, fideicomisos, y lo semejante, incluyendo la herencia. Hemos descrito en los preceptos en las secciones KINYAM y MICHPATIM.

La octava abarca lo relativo a ciertas festividades como el SABBATH y los días sagrados, y han sido enumerados en la sección ZEMANNIM.

La novena categoría encierra las leyes generales concernientes a los ritos y ceremonias religiosas, plegarias, lectura de CHEMA y las otras

reglas que se dan en la sección de AHABA.

Forman la décima sección los preceptos que tratan del Santuario, sus vasos y sus ministros, y están contenidos en la sección ABODA.

La clase undécima incluye los preceptos referentes a los sacrificios. La mayoría de estas leyes han sido enunciadas en las secciones ABODA y KORBANOT.

La clase duodécima comprende las leyes que tratan de lo limpio y de lo impuro, cuya utilidad se explicará luego.

La clase décimo tercera abarca los preceptos relativos a los manjares prohibidos, los votos y la templanza, y los hemos explicado en el HILKOT MAAKALOT ASUROT. La finalidad de estas leyes es frenar los excesos del deseo y del apetito.

La clase décimo cuarta comprende los preceptos relativos a las prohibiciones de trato sexual, y han sido expuestos en la sección NACHIM y en la HILKOT ISSURE-BIA, y su propósito es tirar de la rienda a la lujuria. Pertenecen a esta clase las leyes de la circuncisión.

Es bien sabido que los preceptos de cada categoría se dividen en dos grupos, según se refieran al trato del hombre con Dios, o a las relaciones de los hombres entre sí.

Y ahora estudiaré algunos preceptos de cada clase, declarando la razón y utilidad de aquellos que pudieran parecer vanos o inútiles con excepción de algunos cuantos que confieso no haber podido averiguar a dónde se encaminan.

CAPITULO XXXVI

PRIMERA CATEGORÍA: CONOCER, AMAR Y TEMER A DIOS

Es clarísima la razón a que obedecen todos los preceptos de la primera clase; estúdialos de uno en uno y averiguarás cuán correcta es la lección que enseñan. Exhórtannos los preceptos y algunos de ellos nos mandan aprender y enseñar, y su utilidad es tanta que sin sabiduría no puede haber acto bueno ni conocimiento verdadero.

Es así mismo útil la ley que prescribe honrar a los maestros de ella, porque si el pueblo no los considerase como gentes grandes y honorables, no les seguiría como guías de sus acciones y principios.

Nos pide la Ley que seamos humildes y modestos en presencia de sus maestros. Esta categoría de preceptos incluye el mandamiento que prohíbe jurar el nombre de Dios en vano. Todo esto se encamina a la honra y glorificación de Dios y al cumplimiento de actos que nos llevan a creer en Su grandeza.

Imagina el vulgo que sus pesadumbres son meros accidentes, por lo cual continúa aferrado a sus malos principios e injustas acciones y no se decide a abandonar los caminos tortuosos; por esta razón Dios nos manda que oremos, que le llamemos en la hora de la tribulación. Es claro que el arrepentimiento pertenece a esta clase de preceptos, porque creyendo en los frutos del arrepentimiento, nos mejoramos, volvemos al buen camino y nos hacemos más perfectos que antes de haber pecado.

CAPÍTULO XXXVII

SEGUNDA TEORÍA: LEYES CONTRA LA IDOLATRÍA

Los preceptos de la segunda categoría son los que hemos enumerado en la sección que trata de la idolatría, y todos ellos, sin duda alguna, tienden a salvar al hombre de aquel error y de las prácticas que entraña: Observar los tiempos, hechizos, brujería, encantamiento, consulta con los espíritus familiares, y otras cosas por el estilo. Si lees los libros a que en otro lugar he aludido, hallarás que la brujería formaba parte de las costumbres de los Sabeos, Kasidimes, Caldeos, y, en altísimo grado, de las de los Egipcios y Canaanitas.

Abarca la brujería muchas cosas que pueden ser divididas en tres grupos: Brujería relacionada con objetos naturales, plantas, animales o minerales; brujería que depende para su ejecución de determinado tiempo, y brujería que consiste en ciertas acciones humanas, tales como danza, risa, salto con una pierna, yacimiento en el suelo, prendimiento de una cosa, sahumerio con determinada substancia o pronunciamiento de palabras inteligibles o ininteligibles.

Es grandísimo el número de cosas estúpidas de este linaje, y en casi todas ellas se requiere que el agente sea una mujer. La brujería guarda íntima relación con la astrología; los que la practican atribuyen cada planta animal o mineral a cierta estrella, y creen que el encantamiento es una forma del culto ofrecido a los astros, los cuales se complacen con aquellos ritos, palabras y ofrendas de incienso, y atienden a los deseos de los oficiantes.

Es médula de toda la Ley llegar a la abolición de la idolatría y a su total desarraigo, extirpando la creencia de que pueda una estrella entrometerse en los negocios humanos, buenos o malos. La Ley se vale de poderosos medios, tales como la alianza, el testimonio, los votos, las bendiciones y maldiciones, a fin de dar al traste con esta dañina opinión. Ordénasenos que nos abstengamos de tomar porción alguna del ídolo y sacar beneficio de ella; y Dios nos dice que si el dinero recibido de los ídolos se junta con la propiedad de una persona, le allegará ruina y

pérdida, advertencia que está contenida en las palabras, "y no introducirás en tu casa abominación, para que no seas anatema como lo es ella" (DEUT. VII, 26). Cuando examines los preceptos todos referentes a la idolatría, verás su razón y su utilidad, que es arrancarnos una mala creencia y alejarnos hasta donde sea posible de sus prácticas.

Se prohíben singularmente las que eran más comunes y usadas entre los gentiles tales como comer el fruto de un árbol durante los tres primeros años, mezclar las especies sembradas en una viña, y otras. Me sorprende lo que dice Rabbi Jochiyá, cuyo dicho ha sido adoptado con fuerza legal de obligar, referente a las semillas mezcladas en una viña, esto es, que sólo se transgrede la Ley cuando se siembran simultáneamente trigo, cebada y granuja de la uva. Indudablemente la fuente de todas estas costumbres procede de los Amoristas. No debe caberte duda de que la prohibición de usar trajes de lana y lino, de aprovechar el fruto de un árbol en los tres primeros años, y de mezclar diversas especies, ha sido expresamente dictada contra la idolatría, y que, vedándonos adoptar maneras de los gentiles, la Ley contribuye a quitar de en medio toda tentación que directa o indirectamente lleve a la idolatría.

CAPÍTULO XXXVIII

TERCERA CATEGORÍA: PRECEPTOS MORALES

Es palmaria su utilidad. Estas leyes son normas de conducta que regulan las relaciones sociales de los hombres. Has de saber que, a veces, se prescriben actos que pueden parecer arbitrarios y sin finalidad, pero que son no obstante medios para adquirir algún principio moral. Hablaremos de cada uno en el lugar adecuado. De todos los preceptos que se mencionan en el HILKOT DEOT claramente se dice que se proponen inculcar buenos principios morales.

CAPÍTULO XXXIX

CUARTA CATEGORÍA: LEYES RELATIVAS A LA CARIDAD

Cuando examines estos preceptos fácilmente descubrirás el fin de cada uno de ellos. Nos enseñan a compartir las penas del pobre y del enfermo y a prestar ayuda al necesitado, a no ofender los sentimientos de los desvalidos y a no humillar a los indefensos y desamparados. En la Ley tropezamos a menudo con la frase, "el Levita, el extranjero, el huérfano y la viuda", porque al que sirve al templo se le cuenta entre los pobres, pues que no tiene propiedad suya.

Fue ordenado el segundo diezmo para que se emplease en alimentos en Jerusalem, obligando de esta manera al propietario a consagrar una parte de lo suyo a la caridad. Como no podía emplearlo de otra manera que en forma de alimento o comida, podría haberse inclinado fácilmente a ir abandonando de manera paulatina el cumplimiento del precepto. Esta ley congregaba juntas a las multitudes en un lugar y afianzaba los vínculos de amor y fraternidad entre los hijos de los hombres.

La prescripción de recitar una parte de la Ley cuando se traen las primicias al templo, intenta fomentar la humildad, porque el primiciador tiene que llevar la canasta con los frutos de la ofrenda al hombro, y proclamar la bondad y amorosa benevolencia de Dios. Esta ceremonia enseña al hombre que es esencial al servicio divino recordar en los días de prosperidad las épocas de tribulación y la historia de la pasada miseria.

Los preceptos enumerados en las leyes relativas al año de la remisión y del jubileo, indican la compasión que debemos al prójimo y se inspiran en el deseo de promover el bienestar de la humanidad, según aquello de "el séptimo año dejarás vacante tu tierra y la exonerarás para que coman los pobres de tu pueblo; y de lo que quedare comerán las bestias del campo; así harás de tu viña y de tu olivar" (EX. XXIII, 11). Además, con el descanso y barbecho aumentará la productividad del suelo.

Otros preceptos de esta categoría ordenan ser amable con el siervo y con el pobre, renunciar a todas las pretensiones de créditos en el año de la

exoneración, y soltar las cadenas del esclavo en el séptimo año. Hay preceptos de esta clase que se encaminan a asegurar al pueblo una fuente permanente de mantenimiento y socorro, proveyendo a que la tierra "no sea vendida nunca para siempre" (LEV. XXV, 23). De esta manera, la propiedad permanece siempre intacta para los herederos, y el propietario sólo puede gozar del producto de la tierra.

Así también los preceptos comprendidos en las "leyes sobre valoraciones" y sobre "las cosas votivas" se basan en el principio de la caridad; unas, prescriben lo que se debe dar a los sacerdotes; otras, lo que precisa consagrar a la reparación del templo.

Los preceptos comprendidos en las "leyes relativas a los esclavos" (HILKOT ABADIM) prescriben únicamente actos de piedad, misericordia y amabilidad para con el pobre. El esclavo sólo puede ser corregido con varita o caña, según hemos declarado en el MICHNE TORA. Además, si el amo golpea demasiado duro al esclavo y lo mata, se le castiga con pena de muerte, como si se tratase de un crimen ordinario. La finalidad de esta ley es la misericordia: "No entregarás a su amo el siervo que hubiera huido" (DEUT. XXIII, 15). Si esto debemos al hombre de más vil condición, ¿cuánto más no estaremos obligados a socorrer al que nació libre? Empero, al ayudar a nuestros prójimos perseguidos, no debemos olvidar que la misericordia con el pecador puede ser a veces crueldad con las demás criaturas. Sin duda a esto hacen referencia los "estatutos y derechos justos", que dice el Deuteronomio IV, 8. De otra manera proceden los necios que consideran digna de todo encomio a la persona que protege y ayuda al prójimo, sin distinguir entre el opresor y el oprimido.

Y con esto queda demostrada y aclarada la razón y utilidad de los preceptos de esta categoría.

CAPÍTULO XL

QUINTA CATEGORÍA: REPARACIÓN DE PERJUICIOS Y DEBER DE PREVENIR EL PECADO

Aspiran las leyes de esta categoría quinta a suprimir entuertos y a impedir perjuicios. Habiéndonos recomendado que no causemos perjuicios, somos responsables de los que se infieran por razón de nuestra propiedad o de nuestras obras, en tanto y cuánto sea posible precaberse y cuidarse de no causar mal a otro.

Por eso, se nos hace responsables del daño que cause nuestro ganado, pues que tenemos el deber de guardarlo. Lo mismo acaece con el fuego y con los pozos, que siendo obras del hombre, debemos cuidar de que no infieran perjuicio prójimo. Pondré de relieve la equidad y justicia de algunos preceptos de esta clase.

Cuando la Ley ordena (EX. XXI, 28-29) sacrificar el animal que haya matado a un hombre, no es porque pretenda castigar al animal, como insinúan los heterodoxos, antes bien la inmolación es una pena que se impone, por su descuido, al dueño del animal. Por eso se prohíbe la utilización y aprovechamiento de su carne. Así el dueño tendrá todo el cuidado posible en la guarda de sus bestias.

Incluye esta clase de preceptos el que nos ordena matar a la persona que persigue a otra, esto es, impedir que se cometa un crimen. Sólo en dos casos está autorizado el homicidio, es a saber, cuando una persona va tras otra con ánimo de matarla o de cometer fornicación.

Es clarísimo el objeto que persigue la ley según la cual debe repararse a su dueño la propiedad perdida (DEUT. XXII, 1-3). En primer lugar, devolver lo suyo a quien le pertenece es hermoso rasgo del carácter de un hombre. En segundo lugar, el beneficio es mutuo; porque si el que se encuentra algo no devolviera la propiedad perdida al prójimo, nadie se la devolvería a él cuando perdiere lo suyo, por la misma razón que el que no honra a sus padres no puede esperar ser honrado de sus hijos.

CAPÍTULO XLI

SEXTA CATEGORÍA: PENAS Y CASTIGOS

Comprende esta sexta categoría las diferentes maneras de castigar al pecador. Todos universalmente reconocen la utilidad de estas leyes, y yo sólo me atendré a desmenuzar uno de sus aspectos.

El castigo del que delinque contra el prójimo consiste por regla general en que se le haga exactamente lo que él ha hecho: Si ha injuriado personalmente, debe sufrir de la misma manera; si ha perjudicado al vecino en su propiedad, debe ser castigado con pérdida de la suya. Pero la persona cuya propiedad ha sido perjudicada debe estar dispuesta a renunciar en todo o en parte a su derecho. Solamente no cabe ser indulgente para con el asesino, a causa de la magnitud de su crimen, que no consiente rescate ni rendición. Si la víctima viviere y en plena conciencia solicitare el perdón de su homicida, no debería ser obedecida. Hay que tomar vida por vida, estimando por igual la del niño y la del adulto, la del esclavo y el hombre libre, la del sabio y el necio. Porque no hay pecado mayor que éste.

Y el que mutilare un miembro de su prójimo, habrá de perder también el suyo: "Rotura por rotura, ojo por ojo, diente por diente: Según la lesión que habrá hecho a otro, así se hará a él" (LEV. XXIV, 20).

La ley concerniente al falso testimonio (DEUT. XIX, 19) prescribe que el calumniador sufra la misma pérdida que trataba de infligir a otro. Si quería procurar una sentencia de muerte contra una persona, merecerá la muerte; si procuraba que la víctima pagase de su dinero, será sentenciado a pagar una suma equivalente. Todos estas leyes aspiran a que el castigo equivalga al crimen, y también en este sentido se dice que los estatutos y derechos son "justos" (DEUT. IV, 8).

No se ordena que el salteador pague una multa (LEV. V, 24); el quinto del valor de los objetos robados que se le exige es sólo a manera de ofrenda expiatoria por su perjurio. Ha de hallarse la razón de esta regla en el hecho de que el asalto y robo es de rara ocurrencia. Cométese más frecuentemente el hurto. El asalto rara vez puede efectuarse en lugares

habitados; además, el hurtador toma cosas manifiestas y también cosas ocultas, mientras que el salteador sólo toma las manifiestas; además, contra el salteador podemos precabernos y defendernos, y no contra el hurtador. Por último, el que asalta es persona conocida e identificada, a la que se puede buscar y obligar a que devuelva lo robado, mientras que al hurtador nadie lo conoce. A cuenta de estas circunstancias la ley multa al hurtador y no al salteador.

Depende de las siguientes cuatro condiciones la magnitud del castigo y la intensidad de las penas inflictas al delincuente:

1°. — La magnitud del pecado. Acciones que causan gran daño se castigan severamente, mientras que las acciones poco dañinas se reprimen con mayor indulgencia.

2°. — La frecuencia del crimen. Debe ser más severamente castigado el crimen que más reiteradamente se comete. Los que sólo como caso raro acaecen pueden ser corregidos y suprimidos mediante penas más leves.

3°. — La fuerza de la tentación. Sólo el miedo a severas represiones nos frena de cometer actos grandemente tentadores, ya por la fuerza del deseo, o por la costumbre, o porque nos sintamos desgraciados sin ellos.

4°. — La facilidad de hacer la cosa en secreto, de forma que nadie lo advierta y conozca. Actos de este linaje sólo se impiden mediante el temor a terribles y espantosos castigos.

No es menester que pongamos de relieve las lecciones morales que estas leyes encierran, ni que expliquemos la razón de cada uno de sus preceptos.

CAPÍTULO XLII

SÉPTIMA CATEGORÍA: EQUIDAD Y HONESTIDAD

Los preceptos de esta clase son las leyes civiles que se enumeran en la sección que trata de las Sentencias, y en parte de la sección que se refiere a la Propiedad. Definen estas leyes las formas y maneras de equidad en las diversas transacciones que pueden ocurrir entre hombre y hombre. Los que se han asociado para tales transacciones deben procurar mutuamente cada uno por el interés del otro; ninguna de las parte; ha de afanarse por aumentar su propio beneficio y gozar a solas de las ventajas de la transacción.

Fija la Ley los limites de los beneficios que se pueden considerar lícitos. La Ley de arrendamientos, al distinguir las cuatro clases de bailíos, dicta disposiciones cuya justicia salta a la vista: Si uno guarda la propiedad del vecino de balde, sin sacar provecho alguno, sólo el vecino está obligado por razón de la propiedad, y el que la guarda, libre de responsabilidades, y si se infringe algún perjuicio a los bienes gratuitamente guardados, sólo el propietario debe cargar con la pérdida. Si el que toma prestada una cosa la guarda sólo en provecho propio, será responsable de todas las cosas, y no el propietario, y cualquier pérdida que sufra la propiedad debe ir a cargo del arrendatario. Si alguien cobra salario por cuidar una propiedad o paga por el uso de ella, compartiendo con el propietario los beneficios, las pérdidas deben ser compartidas por ambos, y esto se hace de esta manera: Que sólo el arrendatario paga los perjuicios que deriven de su falta de cuidado y precaución, cuando la propiedad ha sido sustraída o perdida; pero el propietario, en cambio, sufre las pérdidas imprevisibles, tales como accidentes que ocurren a los animales, rotura de miembros, muerte de los mismos o sustracción por hombres armados en concepto de botín de guerra.

La Ley ordena ser piadoso y conducirse bien con los asalariados, a causa de su pobreza. Hay que pagarles sin demora sus jornales, y no cometer injusticia con ninguno de sus derechos, debiendo recibir en la medida de su trabajo. Otra disposición beneficiosa para los trabajadores es

ésta: Conforme a los estatutos de la Ley, todo trabajador, y aun los animales de labranza, deben participar en el alimento a cuya producción cooperaron.

La leyes relativas a la propiedad incluyen una serie de estatutos que tratan de la herencia y se basan en el principio de "no retires el bien a aquellas a quienes les es debido" (PROV. III, 27). El propietario no puede a la hora de morir concebir mala voluntad contra sus herederos, ni malbaratar su propiedad, sino que debe dejarla a quien tiene más derecho a ella, esto es, a su pariente más próximo (NUM. XXVII, 11). Es evidente y ha sido claramente establecido que el derecho corresponde en primer lugar al hijo, luego a la hija, después al hermano, y luego a los tíos paternos. De tal suerte nuestra Ley, altamente equitativa, mantiene y vigoriza los vínculos de parentesco y el respeto que se debe a los de la misma sangre, conforme dice el Profeta: "el hombre cruel atormenta a su propia carne" (PROV. XI, 17).

La Ley te dice: "No debes aborrecer al Idumeo, porque es tu hermano" (DEUT. XXIII, 7'). Si hallas atribulada a una persona que en otra ocasión te ha prestado su ayuda o de quien has recibido algún beneficio, aunque luego se portara mal contigo, sólo debes recordar su primera manera de proceder. Y, así, la Ley te dice: "No aborrecerás al egipcio, que peregrino fuiste en su tierra" (IBID.), a pesar de que luego los egipcios oprimieron a los hijos de Israel. Ya ves cuántas lecciones morales se deducen de estos preceptos, de los cuales, los dos últimos que te he mencionado no pertenecen en realidad a la clase séptima; pero la discusión de la preferencia que se debe a los parientes, por razón de la herencia, nos llevó como de la mano a mencionar al egipcio y al idumeo.

CAPÍTULO XLIII

OCTAVA CATEGORÍA: DEL SABBATH Y LAS FESTIVIDADES

Menciónanse los preceptos de la octava categoría en la "sección de las estaciones" (SEFER ZEMANNIM). Sabido es el fin que persigue el Sabbath y no requiere ser explicado. Proporciona al hombre reposo y tranquilidad durante una séptima parte de su vida, además de perpetuar y confirmar la doctrina de la Creación.

Declárase abiertamente la finalidad del Ayuno de la Expiación; pues el Ayuno despierta el arrepentimiento; celébrase el mismo día en que el mayor de los Profetas descendió del Monte Sinaí con las segundas Tablas para anunciar al pueblo el perdón divino por sus grandes pecados; aquel día fue señalado desde entonces para siempre como el indicado para consagrarlo al arrepentimiento y al verdadero culta de Dios. Están prohibidos en ese día todos los goces materiales, y los cuidados y fatigas corporales, debiendo dedicarlo a la confesión. Cada cual confesará sus pecados y se despojará de ellos.

En cuanto a la Pascua, se guarda siete días, por ser el septenario la unidad intermedia entre el día y el mes. También es sabida la gran importancia que este período de siete días tiene en la naturaleza y para el cumplimiento de muchos deberes religiosos. Porque la Ley sigue siempre a la naturaleza, y en algunos menesteres la perfecciona; ya que la naturaleza no es capaz de pensar y premeditar, y en cambio la Ley es el resultado de la sabiduría y guía de Dios, que hizo el entendimiento de todas las criaturas racionales. Pero no es este tema para tratarlo en el presente capítulo.

La Fiesta de las Semanas es el aniversario de la revelación en el Monte Sinaí. Guárdase el Nuevo Año con un día de festividad, y lo es de arrepentimiento, para avivar nuestro recuerdo. La Fiesta de los Tabernáculos, que lo es de regocijo y alegría, se guarda siete días, para que se preste mayor atención a la festividad. La razón de que se celebre en otoño figura en la ley: "Cuando habrás recogido tus labores del campo"

(EX. XXIII, 16), esto es, cuando reposes y te liberes del apremio de las faenas.

Las dos festividades de la Pascua y de los Tabernáculos encierran también ciertas verdades y enseñanzas de carácter moral. La Pascua nos recuerda los milagros que Dios obró en Egipto y perpetúa la memoria de ellos; la Fiesta de los Tabernáculos conmemora las maravillas del desierto. Y la lección moral que se deduce de estas fiestas es que el hombre debe acordarse de sus horas amargas en los días de prosperidad, con lo cual se inclinará a dar gracias a Dios y a llevar humilde y modesta vida.

CAPÍTULO XLIV

NOVENA CATEGORÍA: DE LA PLEGARIA

Enuméranse los preceptos de la novena clase en la Sección que trata del Amor, y la razón de ello es clarísima. Las prescripciones de estas leyes sirven para recordarnos continuamente a Dios y el deber que tenemos de temerle y amarle, de guardar Sus Mandamientos y de creer cuanto las personas religiosas deben creer acerca de EL. Comprende esta categoría las leyes de la Plegaria, de la Lectura del Chema, la Gracia, la Bendición de los sacerdotes, TEFILLIN, MEZUZA, ZIZIT, adquisición de un pergamino de la Ley y lectura del mismo en ciertos momentos. El cumplimiento de estas cosas inculca útiles lecciones en el corazón, todo lo cual se manifiesta tan a las claras que no ha menester ser explicado.

CAPÍTULO XLV

DÉCIMA CATEGORÍA: EL TEMPLO, SUS VASOS Y SUS MINISTROS

Enuméranse estos preceptos en las leyes del templo (HILKOT BET HA-BEHIRA), y en las leyes de los vasos y ministros del templo. Ya hemos declarado en términos generales la finalidad de estas prescripciones.

Sabido es que los idólatras elegían los lugares más encumbrados para construir sus templos y colocar sus imágenes, en lo alto de las montañas. Por eso Abraham escogió el Monte Moriá; que era el más alto de su país, para proclamar allí la unidad de Dios, Decidió que durante sus plegarias se volvería hacia el Poniente, como el lugar más santo, según significan nuestros sabios diciendo: "La gloria de Dios está al Poniente". Pienso que lo hizo así por contradecir el rito entonces corriente del culto al sol. Todas las gentes se volvían entonces al Oriente para adorar al sol, pero Abraham sé volvió al Poniente, en el Monta Moría, lugar del Santuario, dando la espalda al Sol. Sabido es también que los gentiles levantaban templos a las estrellas y ponían en ellos la imagen que acordaban adorar, por considerarla vinculada a cierta estrella o a cierta región de una de las esferas.

Por eso se nos ordenó que construyéramos un templo al nombre de Dios y que pusiéramos en él el arca con las dos tablas de piedra en que habían sido escritos los mandamientos "Yo soy el Señor" y "no tendrás otro Dios delante de ti".

Es evidente que la creencia en los ángeles guarda íntima relación con la fe en Dios, y la creencia en Dios y los ángeles lleva a poner confianza en la Profecía y en la verdad de la Ley. A fin de establecer todo esto sólidamente, Dios mandó a los israelitas que colocaran sobre el arca la figura de dos ángeles. De tal manera inculcaba en el pueblo la creencia en las jerarquías angélicas, que viene en importancia inmediatamente después de la fe en la existencia de Dios, y que lleva a la Profecía y a la Ley, contradiciendo a la idolatría. Si hubiera mandado poner la figura de

un solo querubín, el pueblo podría haberse llamado a engaño, tomándolo por imagen de Dios y adorándolo a la manera de los gentiles; o habría entendido que el ángel representado en la figura era también una divinidad, incurriendo entonces en el dualismo; pero, ordenando poner dos querubines y declarando expresamente que "El Señor es nuestro Dios, el Señor es Uno", Moisés proclamaba con claridad la teoría de la existencia de un cierto número de ángeles, y no daba lugar a error de confundir sus imágenes con las de sendas divinidades.

Púsose luego un candelabro delante de la cortina, como signo de honor y distinción al templo; porque suele impresionar grandemente al hombre el aspecto de una cámara en donde arde una luz continua, oculta detrás de la cortina, y la Ley hace gran hincapié en que debemos tener en gran estima y respeto al santuario, acercándonos a Él y mirándolo henchidos de humildad, misericordia y enternecimiento. Así se expresa en las palabras, y reverenciaréis mi santuario" (LEV. XIX, 30), que para dar mayor vigor y peso a este precepto, ajúntase al Mandamiento que ordena celebrar el sábado.

Los Levitas guardaban y rodeaban constantemente al Santuario, como signo de honor y respeto, prohibiéndose penetrar en él a los laicos, a los mancillados y a las plañideras. A fin de elevar la estimación que merece el Templo, rodeábase de grandes honores a sus ministros, distinguiéndose del resto a los sacerdotes y Levitas. Ordenose que los sacerdotes vistieran con hermosas y preciadas ropas, "sacras túnicas, para la gloria y la belleza" (EX. XXVIII, 2). No se permitía oficiar al sacerdote que tuviera tacha o baldón, y aun al que presentara anormal apariencia; porque la muchedumbre no estima al hombre por su verdadera y eterna forma, sino por la perfección de sus miembros corporales y la belleza de su atuendo, siendo menester que el templo fuera tenido en gran reverencia por todos.

El óleo de la unción (EX. XXX, 22-23) sirve a un doble propósito: Dar al objeto ungido agradable olor, y transmitir la impresión de que se trata de algo grande, santo y distinguido y mejor que los demás objetos de la misma especie, sean seres humanos, vestidos o vasos. Todo ello aspira a producir el debido respeto hacia el Santuario, e, indirectamente, el temor de Dios. Cuando alguien penetra en el templo, invádenle ciertas

emociones que ablandan y humillan a los corazones más obstinados y endurecidos. Es evidente que se asignan diferentes grados de, santidad a los diversos lugares del templo, al Monte del Templo, al lugar de entre los dos muros, al vestíbulo de las mujeres, al Vestíbulo, y, así, sucesivamente, hasta remontarse al Santo de los Santos, con la finalidad de elevar el respeto y reverencia hacia el Templo en el corazón de cada uno de los que a él se acercan. Y quedan así descritas las razones en que se inspiran los preceptos de esta categoría.

CAPÍTULO XLVI

UNDÉCIMA CATEGORÍA: DE LOS SACRIFICIOS

Los preceptos de esta clase se enumeran en la Sección que trata del Servicio Divino (SEFER ABODA), y en la que versa sobre los Sacrificios (SEFER HA-KORBANOT). En un capítulo anterior hemos hablado en términos generales de su utilidad.

La Escritura nos dice, según la versión de Onkelos, que los egipcios adoraban a Aries, por lo que se abstenían de matar ovejas y tenían en menos a los pastores. Algunas sectas de los Sabeos adoraban a los demonios e imaginaban que asumían formas de cabras, por lo que les llamaban (SE IRIM) "cabras'", estando muy difundido este culto. Por esta razón se abstendrán de comer carne de cabra. La mayor parte de los idólatras se oponían al sacrificio del ganado bovino, teniendo en gran estimación a esta especie de animales. Todavía el pueblo de los Hodu(indios) no sacrifica toros ni vacas.

A fin de borrar esos falsos principios, la ley nos ordena ofrecer sacrificios de estas tres clases solamente: "Cuando alguno de vosotros ofreciere ofrendas al Señor, sea ofrenda de ganado vacuno, o lanar, o cabrío" (LEV. I, 2). El mismo acto que los gentiles consideraban grandísimo crimen se convierte ahora en el medio de acercarse a Dios y obtener el perdón de nuestros pecados. De tal manera se curan los males del alma humana, con remedios que ordenan hacer lo contrario.

A las susodichas razones hemos de añadir que estas tres especies de animales son las más fáciles de alcanzar, contrariamente a lo que es costumbre entre los idólatras que sacrifican leones, osos y fieras, según se declara en el libro TOMTOM. Empero, como son muchos los que no pueden procurarse una res para inmolarla, la Ley ordena que se sacrifiquen aves de las especies que más abundan en Palestina, como tórtolas y palomas. Los que sean demasiado pobres para ofrecer un pájaro, pueden ofrendar pan de alguna de las siguientes maneras en uso: Cocido al horno, cocido en sartén o en cazuela. Si el cocimiento del pan representara excesiva faena y molestia, el sacrificador puede traer harina.

Todos estos preceptos son para los que se mostraren deseosos de sacrificar; porque con toda claridad se nos dice que la omisión de los sacrificios no nos será contada en el número de los pecados, "más cuando te abstuvieres de hacer votos, no habrá en ti pecado" (DEUT. XXIII, 22).

A fin de que respetemos los sacrificios de todo cuanto se consagra al nombre de Dios, se nos dice que quien quiera que tomase una parte de una cosa sagrada, para dedicarla a usos comunes, comete transgresión y debe traer una ofrenda expiatoria, devolviendo, además, lo que hubiese tomado aumentado en un quinto de su valor, aun cuando hubiese cometido el pecado por ignorancia. Con el mismo propósito reverencial se ordena que no empleemos en trabajos útiles los animales reservados para fines sagrados, no estando permitido cortarlos ni repartirlos (DEUT. XV, 19).

No cabe duda de que los pecados no se acarrean ni descargan del hombro como si fueran cosas materiales, Las ceremonias de los sacrificios expiatorios tienen carácter simbólico y tienden a impresionar a los hombres, inculcándoles ciertas ideas e induciéndoles al arrepentimiento.

En cuanto a la ofrenda del vino (NUM. XV, 5 seqq.), me hallo en gran confusión para descubrir la causa de que Dios la ordenara, pues que los idólatras ofrecían también vino. Alguien me insinuó lo siguiente: La carne es el mejor alimento para la facultad apetitiva, que procede del hígado; el vino, para la facultad vital, cuyo centro es el corazón; la música, es el más agradable alimento para la facultad psíquica, cuya fuente es el cerebro. Por eso el sacrificio se compone de carne, vino y música.

Es clarísima la utilidad que viene de guardar los festivales. El hombre saca gran provecho de semejantes asambleas; las emociones que allí se sienten, renuevan y afincan el apego a la religión, y avivan el intercambio amistoso y social entre las gentes. Especialísima aspiración de los mandamientos es congregar al pueblo en la Fiesta de los Tabernáculos, según lo que se dice: "Harás congregar el pueblo, varones y mujeres y niños, y los peregrinos que estuvieren en tus ciudades para que oigan y aprendan y teman al Señor nuestro Dios, y cuiden de poner por obra todas las palabras de esta ley" (DEUT. XXXI, 12).

CAPÍTULO XLVII

DUODÉCIMA CATEGORÍA: DE LO LIMPIO Y LO MANCILLADO; Y SOBRE LA PURIFICACIÓN

Son estos preceptos los que se enumeran en la sección que trata de la pureza (SEFER TOHORA). Aunque ya hemos mencionado con carácter general la utilidad de estas leyes, vamos a ofrecer aquí una más amplia explicación, analizando el objeto que persigue toda esta categoría de preceptos y mostrando la razón en que se inspira alguno de los mismos. Sostengo que la Ley de Moisés tiende a facilitar el servicio de Dios y aliviar la carga, de suerte que si alguna persona se quejare de que las disposiciones de la Ley que le causan pena y disgusto, demostrará no haber pensado en las costumbres y doctrinas que privaban en aquellos días. Invitémosle a que considere la diferencia que hay entre que el hombre haya de ofrecer en holocausto a su propio hijo para servir a Dios, y la obligación de nuestra Ley que se limita a quemar una paloma en el altar. Relata la Escritura, "porque aun a sus hijos e hijas quemaban en el fuego a sus dioses" (DEUT. XII, 31). Tal era la manera con que rendían culto a Dios los gentiles, en lugar de lo cual a nosotros se nos pide que echemos a la hoguera sagrada una paloma o un puñado harina.

Y después de haber establecido este principio, repito que la finalidad del Santuario era engendrar en los corazones de cuantos en él penetraren ciertos sentimientos de respeto temor y reverencia conforme al mandamiento, "reverenciaréis mi Santuario" (LEV. XIX, 30). Pero cuando vemos continuadamente un objeto por alto y sublime que sea, debilítase con la costumbre el respeto nos infundía. Considerando lo cual nuestros Sabios dijeron que no debíamos entrar en el Templo cuantas veces quisiéramos, e insistieron con reiteración en que parásemos mientes en las palabras: "No frecuente tu pie la casa de tu amigo" (PROV. XXV, 17). Por esta razón también no se permitía a los impuros que entraran en el Santuario, habiendo tantas clases de impureza, que pocos son los que en cada momento están limpios y capacitados para entrar en aquel sitio.

Todas estas prohibiciones sirven para mantener a la gente alejada del Santuario e impedir que lo frecuenten cuantas veces quisieran. Como es sabido, nuestros Sabios dicen: "Aun la persona limpia no debiera entrar para cumplir el servicio divino, sin haberse bañado antes".

Con tales actos de reverencia hacia el santuario se procura producir constantemente la justa impresión que inclina el ánimo del devoto a la humildad.

CAPÍTULO XLVIII

DÉCIMA TERCERA CATEGORÍA: DE LAS COMIDAS Y BEBIDAS

Son los preceptos de esta categoría los que se enumeran en las leyes "de los alimentos prohibidos" (HILKOT MAAKALOT ASUROT), "de la inmolación de animales para alimento" (HILKOT CHEHITA), y "votos y Nazaritismo" (HILKOT NEDARIM U-NEZIROT).

Sostengo yo que los alimentos prohibidos por la ley son insanos. Entre las prohibiciones alimenticias de todas clases, sólo se duda del carácter dañino del cerdo y del sebo; pero la duda es injustificada. La carne de cerdo no es alimento adecuado para el hombre. Además, la causa principal de que la ley la prohibiera debe hallarse en las sucias y repugnantes costumbres del cerdo y en las substancias de que se alimenta. Con insistencia ordena la Ley que apartemos la vista de la contemplación de objetos repugnantes, ora en el campo, ora en la cabaña; cuanto más en las ciudades y aldeas. Mas, si se permitiera comer carne de cerdo, las calles y las casas se llenarían de inmundicia y rezumaderos, como acaece ahora en el país de los Francos. Un dicho de nuestros Sabios declara: "La boca del cerdo es tan inmunda como el propio estiércol" (B.T. BER. 25, a).

El sebo de los intestinos nos harta, dificulta la digestión, y hace fría y espesa la sangre; es más propio para combustible que para humano alimento.

La sangre y el NEBELA, o carne de animal muerto por sí mismo (LEV. XVII, 12 y DEUT. XIV, 21), son indigestas y perjudiciales como alimento; el TREFA, o animal enfermo (EX. XXII, 30) está en camino de convertirse en NEBELA o animal muerto.

Está prohibido cercenar en vida un miembro a un animal, para comérselo, porque semejante acto provoca y acrecienta la crueldad. Así solían hacerlo los gentiles, lo cual es una especie de culto idolátrico.

El mandamiento relativo a la inmolación de animales se hace preciso porque el alimento natural del hombre se compone de vegetales y de carnes, siendo las mejores las de los animales que se nos autorizo a

usar como alimento, Ningún médico dudará de ello. Empero, si el deseo de procurarse buen alimento impone la necesidad de sacrificar animales, la Ley, por otra parte, ordena que se les de la muerte más fácil y menos cruel. No está permitido atormentar a la víctima, degollándola torpemente, hachándola, o cercenándole miembros en vida.

Está también prohibido matar a un animal con la cría al lado (LEV. XXII, 28), o matar al recental en presencia de su madre, porque es grandísimo el dolor de los animales en estos casos, que el amor y ternura maternales se dan por igual en el hombre y en los demás seres vivientes, ya que no proceden de la razón, sino de la imaginación, y en esto no se diferencian unos de otros. Estas leyes se aplican solamente al toro y al cordero, porque son los únicos de entre los animales domésticos que nos es permitido usar como alimento.

Se nos manda también observar la prohibición que deriva del cumplimiento de nuestros votos y promesas (NUM. XXX). Si hubiéramos dicho: "Nos prohibimos de comer este pan o esta carne", no nos estará permitido gustar de tales alimentos. Este precepto se propone habituarnos a la templaza, a fin de que seamos capaces de gobernar nuestros apetitos de comer y beber. Con areglo a lo cual los Sabios dicen: "Los votos son un valladar de la abstinencia". Como las mujeres, dada su gran excitabilidad y la flaqueza de su entendimiento, fácilmente se inclinan a la ira, causarían gran pesadumbre y desorden en la familia si se les dejara administrar sus propios votos y promesas. Permitiríasele al esposo una clase de alimento, que tendría prohibido la mujer. Por eso la Ley otorga al padre y jefe de la familia el gobierno de los votos de cuantos de él dependen.

La finalidad del nazaritismo (NUM. VI) es mantenernos apartados del vino que ha arruinado a tantas gentes en los antiguos y modernos tiempos. "A muchos fuertes varones asesinó" (PROV. XXVII, 26). "Mas también los sacerdotes y Profetas se descarriaron por causa del vino" (ISA. XXVIII, 7). En la ley referente al Nazarita observamos que incluso está prohibido "comer cualquier cosa hecha de la vid (NUM. VI, 4), como para enseñar que no debemos tomar del vino más que lo que fuere absolutamente necesario. Porque se llama "santo" al que se abstiene de beberlo, y su santidad se iguala a la del sumo sacerdote, en que no se le

permite contaminarse ("no entrará a persona muerta" NUM VI, 6) ni por su padre ni por su madre ni por los demás parientes y allegados: "No se contaminará con ellos cuando murieren; porque consagración de su Dios tiene sobre su cabeza. Todo el tiempo de su nazareato, será santo a Jehová" (NUM. VI, 7-8).

CAPÍTULO XLIX

DÉCIMA CUARTA CATEGORÍA: LEYES REFERENTES AL MATRIMONIO

Comprende los preceptos que se citan en la sección que trata acerca de las mujeres, el comercio sexual y el cubrimiento de las hembras del ganado. Pertenece también a esta categoría la ley de la circuncisión.

Sabido es que el hombre ha menester de sus amigos durante toda la vida. Así lo explica Aristóteles en el noveno libro de su ÉTICA a Nikomaco. El hombre disfruta la compañía de sus amigos en los tiempos de prosperidad y salud; necesita de ellos en las horas aciagas; le acompañan y asisten cuando se hace viejo y le faltan las fuerzas. La amistad es más frecuente e intensa entre padres e hijos y parientes. Sólo suele hallarse la verdadera fraternidad, el perfecto amor, la mutua ayuda, entre los miembros de una familia, sobre todo cuando descienden de un mismo padre o, al menos, de algún lejano antecesor. Por eso uno de los fines de la ley es robustecer los vínculos familiares. En Israel no están toleradas las cortesanas (DEUT. XXIII, 18), porque perturban la pura relación familiar. Los hijos de las tales son extranjeros para todos; nadie sabe de qué familia proceden, ni nadie los considera y reconoce como parientes, lo cual es la mayor desventura que puede acaecer a ningún hijo, y a ningún padre. Otra de las razones que determinaron prohibir la prostitución es la de frenar y reprimir la excesiva y continuada voluptuosidad; porque la lujuria crece más cuanto más variados los objetos de apetencia. La contemplación de lo que uno está habituado a ver mucho tiempo no despierta tan ardientes deseos de gozarlo como las nuevas formas y caracteres. Prohíbese, en fin, este vicio para eliminar causas de contienda y riña. Porque los hombres propenden a disputar cuando concurren en busca de una misma mujer, y a veces se matan, y aún sacrifican a la desventurada. Para remediar y prevenir tan grandes daños, y para que todos los hombres disfruten el don de tener una parentela reconocida, prohíbe la Ley que haya cortesanas (DEUT. XXIII, 17), y sólo permite el trato sexual cuando el hombre ha elegido a una

mujer y se ha casado públicamente con ella; porque no basta elegirla, ya que habría quien introdujera en su casa a una prostituta diciendo que era su esposa.

Puede acaecer que los esposos no acierten a concertar sus voluntades y a vivir con amor y paz, y que no disfruten los beneficios que reporta un hogar. En este caso; se le permite al hombre despedir a la esposa. La Ley establece que el divorcio sólo puede tener lugar mediante documento que de testimonio de lo acaecido, "y él escribirá a la mujer una carta de divorcio" (DEUT. XXIV, l).

El seductor de una virgen está obligado a casarse con ella, como el más conveniente esposo. En ningún otro marido podría tan bien como él sanar su herida y redimirla. Empero, si el padre de la muchacha lo rechazare, tendrá que entregarle una dote (EX. XXII, 15). Si hubiere usado de la violencia, el seductor tendrá que someterse, además, a la pena correspondiente, en virtud de la cual no podrá despedirla en todos los días de su vida" (DEUT. XXII, 29).

La Ley relativa al goce sexual ilícito procura en todas sus partes inculcar la lección de que debemos reducir hasta donde se pueda el comercio sexual, tenerlo en menos, y desearlo únicamente de vez en cuando. Es clarísima la prohibición de la pederastia (LEV. XVIII, 22) y de la bestialidad (IBID. XXIII). Si el acto natural sólo debe ser realizado cuando fuere preciso, ¿cuánto más no restringiría la Ley los actos contra naturaleza y por mero motivo de placer?

Las mujeres emparentadas con un hombre y que no está permitido que contraigan matrimonio con él, han de ser respetadas. El trato sexual con ella se considera como un crimen capital o como un pecado que merece el supremo castigo. Pues que no hay luego medio de legalizar esta clase de relaciones, nadie debe procurarlas ni pensar en ellas. Las personas incluidas en esta prohibición son la madre de la esposa, la abuela, la hija, la nieta, y la cuñada, que son las que siempre están en la casa, cuando el hombre va y viene de sus tareas. También es frecuente que la esposa permanezca en casa del hermano, el padre o el hijo de su esposo. Nos acompañan así mismo con frecuencia nuestras hermanas y tías, y la esposa de nuestro tío, con las cuáles a menudo nos educamos. Estos son los parientes con quienes no podemos contraer matrimonio. La

prohibición sirve además para inculcar la castidad en nuestros corazones. Es infame la licenciosidad entre la raíz y la rama, entre el hombre y su madre o su hija. El trato entre la rama y la raíz está prohibido, lo mismo si el varón es el elemento radical que si es la rama. Por esta razón se prohíbe casarse con la madre de la que fue esposa, o con la mujer del padre o del hijo; porque en todos estos casos hay trato entre una y la misma persona por una parte, y la raíz y la rama por otra.

En cuanto a la circuncisión, pienso que uno de sus propósitos es limitar el trato sexual, y debilitar el órgano generativo hasta donde fuere posible, contribuyendo así a que el hombre se modere y temple. Este precepto concede a todos los miembros de la misma religión, a todos los que creen en la Unidad de Dios, un común signo corporal, de modo que ningún extraño a la comunidad pueda fingir que pertenece a ella. Porque, a veces, la gente lo dice para obtener alguna ventaja, o también para causar algún perjuicio a los judíos. Empero, nadie debiera circuncidarse a sí mismo o a su hijo por otra razón que no fuera la pura fe; porque la circuncisión no es operación tan sencilla como pinchar una pierna o hacer una quemadura en el brazo. Acrecienta la circuncisión el amor y ayuda mutua que se deben las personas que están unidas por el mismo signo, cuando consideran que es símbolo de la alianza con Dios, del pacto de Abraham con el Señor, relativo a la creencia en la unidad de Dios. Así, todo circuncidado penetra en la alianza de Abraham, conforme a las palabras de la Ley, "para serte Dios a ti, y a la simiente que haya después de ti"' (GEN. XVII, 7). Quizás es éste el primero y más importante fin que se propone la circuncisión.

A fin de crear un sentimiento de horror contra los matrimonios ilícitos, se prohíbe que el bastardo case con mujer israelita (DEUT. XXIII, 3); así se enseña al adúltero que su acto allega irreparable perjuicio a su descendencia. En todos los países y lenguas se aplica un nombre ofensivo al hijo de licencioso trato; por eso la Ley ensalza el nombre de los israelitas, conservándolos libres de toda mezcla con bastardos.

En fín, la mayor parte de los "estatutos", cuya razón nos es conocida, sirven como un valladar contra la idolatría. Si conociéramos todos los detalles del culto Sabeo y de sus doctrinas, averiguaríamos la razón y sabiduría de toda la minuciosidad que despliega la Ley al

prescribir el servicio sagrado, al definir las cosas puras e impuras y todo aquello cuya razón no hemos acertado a comprender. He mencionado en estos últimos capítulos algunos de los mandamientos de las catorce categorías, y explicando sus razones y motivos. Repito que no he logrado averiguar la razón concreta de algunos preceptos o de ciertos detalles intranscendentes; pero implícitamente he dado incluso la razón de éstos de manera que cualquier persona inteligente la pudiera fácilmente averiguar.

CAPÍTULO L

SOBRE LOS PASAJES DE LA ESCRITURA CUYO CONTENIDO PARECE CARECER DE FINALIDAD

Hay en la Ley ciertos lugares que, encerrando gran sabiduría, han sido erróneamente entendidos por muchas personas, por lo que necesitan ser explicados. Me refiero a los relatos que pudiera entenderse que carecen de finalidad, como por ejemplo la lista de las diversas familias descendientes de Noé, con sus nombres y los de sus territorios (GEN. X); los hijos de Seir y de Horite (IB1D. XXXVI, 20-30); los reyes que reinaron en Edom (IBID. XXXI, seqq.), y otros.

Se cuenta en los dichos de nuestros Sabios (B.T. SANH. 99, b) que el perverso rey Manases solía celebrar desgraciadas reuniones únicamente para criticar aquellos pasajes de la Ley: "Y tenía reuniones v hacía observaciones blasfemas sobre la Escritura, diciendo: no tendría Moisés otra cosa que escribir más que aquello de que la hija de Lotan era Timna". (GEN. XXXVI, 22). Voy a ofrecer un principio general para justificar esta clase de pasajes bíblicos, y luego analizaré alguno singular, como hice al exponer las razones de los preceptos. Cada relato de la Ley sirve a algún fin relacionado con la enseñanza religiosa: Ora contribuye a establecer un principio de fe, ora a reglamentar nuestros actos, ya, en fin, a impedir que haya injusticia y maldad entre los hombres.

Uno de los principios fundamentales es que el universo ha sido creado de la nada, y que un individuo de la raza humana, Adam, fue creado también. Como entre Adam y Moisés transcurrieron unos dos mil quinientos años, la gente habría dudado de la verdad de lo dicho si no se le procurara alguna información complementaria, diciendo que la raza humana se esparció por todos los rincones de la tierra en diferentes familias y con diversos lenguajes, muy distintos los unos de los otros. Para disipar esta duda, la Ley da la genealogía de las naciones (GEN. V y X), y explica la manera cómo se ramificaron, saliendo de una común raíz. Menciona por sus nombres a los pueblos conocidos, y dice quiénes fueron sus padres y cuándo y dónde vivieron. Explica también la causa

que produjo la dispersión, y el origen de las diferentes lenguas, luego de haber vivido los hombres durante largo tiempo en un mismo lugar y hablado el mismo lenguaje, como era natural que acaeciese tratándose de vástagos de una misma persona (IBID. XI). La narración del Diluvio (IBID. VI-VIII) y la destrucción de Sodoma y Gomorra (IBID. XIX) sirven coma ejemplo de la doctrina de que verdaderamente hay premio para el justo; verdaderamente es Él un Dios que juzga en la tierra" (PS. LVIII, 12). No formamos la misma opinión de las cosas que nos describen los que las vieron que de las que otros nos relatan de oídas. Porque el que ve las cosas las dice con muchos detalles y minuciosidad. El lector entiende que hay muchos cosas superfluas en tales narraciones, pero el testigo de ellas comprende la necesidad de todo cuanto la descripción encierra. Por ejemplo, todos los milagros de Moisés fueron maravillosos, públicos, y acaecieron ante el testimonio del pueblo; pero Dios sabía que el pueblo futuro podría dudar de la exactitud del relato que cuenta tales milagros, y creer que los israelitas estuvieron en el desierto en algún lugar no lejano de país habitado donde el hombre podría vivir conforme de ordinario lo hace; ó que era como los desiertos en que ahora habitan los árabes; o que estuvieron en tierras aptas para arar, sembrar y cosechar, o que se alimentaban de algunas plantas que allí espontáneamente crecían; o que el Maná descendía en aquellos sitios como si fuese un producto natural corriente; o que había pozos y manantiales. A fin de disipar todas estas dudas y de establecer firmemente la exactitud del relato milagroso, la Escritura enumera todas las etapas, de suerte que las generaciones venideras pudieran verlas y aprender así la magnitud del milagro merced al cual seres humanos pudieron vivir cuarenta años en aquellos desiertos.

De parecida forma y manera hay una razón buena para explicar cada pasaje bíblico cuya finalidad no comprendemos. Debiéramos siempre aplicar las palabras de los Sabios: "Nada hay vano para Ti" (DEUT. XXII, XLVII), y, cuando parece serlo, seguramente es defecto nuestro.

CAPÍTULO LIII

DE CÓMO EL HOMBRE PERFECTO ADORA A DIOS

No contiene este capítulo ningún asunto que no haya sido tratado en los precedentes. Es a manera de conclusión y explica, además, cómo adoran a Dios los que alcanzaron un conocimiento verdadero acerca de Él; y les servirá de guía para acercarse a ese culto, que es el supremo fin del hombre, y para mostrarles como Dios les protege en este mundo, hasta que parten de él con rumbo hacia la vida eterna. Comenzaremos el capítulo con una parábola. Hay un rey en un palacio, y sus súbditos viven los unos en el país, los otros en el extranjero. Algunos de los que viven en el país, están vueltos de espaldas al palacio real y miran en dirección contraria; otros se muestran deseosos y celosos de entrar en el palacio, "para inquirir en su templo"', y para ministrar ante el rey, pero todavía no han logrado ver ni siquiera la fachada. Algunos, consiguieron acercarse y van errabundos en derredor, buscando la puerta de entrada; otros, han cruzado ya la cancela y discurren por las antecámaras, otros, en fin, han logrado penetrar en lo más íntimo del palacio, y se hallan con el rey en la misma cámara.

Incluso estos últimos no han visto al rey tan luego entraron en el palacio, ni le han hablado de buenas a primeras; porque, una vez dentro, hubieron menester nuevos afanes hasta que consiguieron presentarse delante del rey, unos a distancia, otros a su vera, oyendo sus palabras o hablándole

Y ahora quiero aclararte el sentido de la parábola. Los súbditos que están en el extranjero son los hombres sin religión, tradicional u obtenida por indagación propia. Así, los Turcos que van errantes por el Norte, y los Kuchitas que viven en el sur, y los que moran entre nosotros y son semejantes a ellos. Yo los considero como seres irracionales, y no como hombres; están por debajo de la humanidad, aunque por encima de los monos, pues que tienen forma y figura del hombre y ciertas facultades mentales superiores a las de los simios.

Los que viven en él país, vueltos de espaldas al palacio del rey, son los que tienen religión, creencias e ideas, pero se apegan a falsas doctrinas, ya sea que las adoptaran por indagación propia, ya que los recibieron de otros que los extraviaron. Por haber equivocado el rumbo, se apartan más del palacio del rey, cuanto más caminan, y son éstos peores que los de la primera clase, tanto que, en ciertas circunstancias, puede ser necesario sacrificarlos para extirpar sus doctrinas, y que no descarríen a otros.

Los que anhelan llegarse al palacio y penetrar en él, aunque nunca lograron verlo, son la muchedumbre del pueblo religioso, que observa los mandamientos divinos, pero es ignorante.

Los que llegan al palacio pero vagan por los alrededores, son los que de manera exclusiva se consagran el estudio de la Ley práctica; los cuales creen tradicionalmente en principios de fe verdaderos, y aprenden el culto ceremonial de Dios, pero no se adiestran en las disciplinas filosóficas ni se afanan por establecer la verdad de su fe, de manera probada.

Los que emprendieron la tarea de indagar acerca de los principios de la religión son los que lograron penetrar en la antecámara. Sin duda pueden ser clasificados en diferentes grados. En fin, los que lograron hallar una prueba para cada cosa que puede ser probada, los que tienen verdadero conocimiento de Dios, hasta donde cabe alcanzarlo, y se hallan cerca de la verdad, en cuanto la verdad es asequible, son los que llegaron a la meta y moran en el palacio en compañía del rey.

Constituyen la clase de los Profetas. Uno de ellos alcanzó tanto conocimiento y centró de tal manera sus pensamientos en la idea de Dios, que de él pudo decirse, "y estuvo con el Señor cuarenta días" (EX. XXXIV, 28); y durante esta sagrada comunión, pudo preguntar a Dios, y responderle, y hablarle, y ver que le hablaba, gozando de la beatitud en tan alto grado que "ni comió pan ni bebió agua"; y todas las groseras funciones corporales, singularmente las relacionadas con el sentido del tacto, permanecieron en suspenso. Algunos Profetas sólo consiguieron verlo; de éstos hubo quienes se acercaron y quienes le contemplaron desde lejos: "El Señor se les ha aparecido en la lejanía" (JER. XXXI, 3).

Ya hemos hablado de los diversos grados de Profetas. Ahora exhortamos a quienes hayan alcanzado el conocimiento de Dios para que concentren en Él sus pensamientos, que este es el culto peculiar de los que lograron entender las supremas verdades, los cuales cuanto más reflexionan sobre Dios y más piensan en Él, con tanto mayor afán se consagran a adorarle. En cambio los que piensan en Dios y pronuncian a menudo su nombre, sin tener de Él otra idea que la que su imaginación les dicta, o alguna teoría de prestado, son como los súbditos de la parábola que permanecían fuera y lejos del palacio real. Ni pronuncian de veras el nombre de Dios, ni de veras piensan en Él, pues lo que imaginan y hablan no corresponde a ningún ser existente, siendo invento de sus imaginaciones, según lo hemos demostrado al tratar de los atributos divinos.

El verdadero culto y adoración de Dios sólo es posible cuando se han concebido previamente nociones correctas a cerca de Él. Una vez que habéis alcanzado el conocimiento de Dios y de Sus obras, por vía de indagación intelectual, comienza el consagrarse a Dios, y el intentar acercarse a Él, robusteciendo la Inteligencia que es el vínculo que a Dios nos une. Por eso dice la Escritura: "a ti te fue mostrado, para que supieses que el Señor es Dios" (DEUT. IV, 35; "aprende, pues, hoy, y medita en tu corazón que el Señor es Dios, arriba en el cielo, y abajo sobre la tierra" (IBID. IV, 39).

De tal suerte la Ley con toda claridad expone que el más alto y excelente culto divino, a que se refiere este capítulo, sólo es posible luego de haber adquirido el conocimiento de Dios; porque se ha dicho aquello de "amar al Señor tu Dios, y servirle con todo tu corazón y con toda tu alma" (DEUT. XI, 13), y como ya hemos enseñado en varias ocasiones, el amor que el hombre tiene a Dios es idéntico al conocimiento que de Él alcanza. El servicio divino que en esas palabras se ordena ha de ir precedido del amor a Dios.

Nuestros Sabios han indicado que se trata de servirle en el corazón, lo cual yo entiendo de la siguiente manera: El hombre concentra sus pensamientos en la Inteligencia Primera y se absorbe en ellos hasta donde sea posible. Por eso David ordena a su hijo Salomón y le exhorta para que afanosamente adquiera estas dos cosas: El verdadero conocimiento de

Dios, y Su servicio, una vez que haya logrado conocerle. Porque le dice: "Oh tú, Salomón, hijo mío, conoce al Dios de mi padre y sírvele con perfecto corazón…; porque si le buscas, le hallarás, pero si le abandonas, te abandonará para siempre" (I CRON. XXVIII, 9).

La exhortación se refiere a la concepción intelectual, y no a las imaginaciones; porque éstas no se llaman "conocimiento", sino "lo que viene al pensamiento" (EZEQ. XX, 32).

Y queda declarado que, luego de adquirido el conocimiento de Dios, debe aspirar el hombre a servirle con dedicación suprema, llenando constantemente el corazón con el hambre de Él. Lo cual se realiza apartándose y recogiéndose. Por eso todo hombre piadoso debiera buscar el apartamiento y la reclusión, no asociándose con los demás sino en los casos en que fuere necesario.

CAPÍTULO LII

DEL TEMOR DE DIOS

Cuando estamos a solas no nos sentamos, movemos y ocupamos de la misma manera que delante de un gran rey. En nuestra propia casa y en compañía de nuestros parientes abrimos la boca como nos place; no así cuando estamos en presencia de la asamblea del rey. Por tanto, si queremos alcanzar la perfección humana y ser verdaderamente hombres de Dios, menester será que despertemos de nuestro sueño y nos percatemos de que el Gran Rey está siempre por encima y junto a nosotros, mayor que cualquier rey de la tierra, que David y Salomón. Y ese Rey, que se apega a nosotros y al mismo tiempo nos circunda, es la Inteligencia, que influye en nosotros y forma el lazo de comunicación de los hombres con Dios. Percibimos a Dios mediante aquella luz que Él hace descender hacia nosotros, por lo cual dice el salmista: "En Tu luz veremos luz" (PS. XXXVI, 9). Así, Dios desciende a mirarnos por mediación de la misma luz, y está siempre con nosotros, contemplándonos y vigilándonos, a través de ella: "¿Puede alguien ocultarse en secretos lugares donde no le vea?" (TER. XXIII, 24).

Cuando el perfecto haya impreso bien esta idea en su alma, se sentirá penetrado del temor de Dios, de humildad, de piedad, de verdadera y no simulada reverencia y respeto para con Dios, de tal manera que su conducía, aun cuando esté a solas con sus mujeres o en el baño, será tan casto como cuando en público trata con la gente. Así se cuenta de nuestros ínclitos Sabios, que eran castos incluso cuando tenían trato sexual con sus mujeres. Dicen ellos también: "¿Quién es casto? El que se conduce en la obscuridad de la noche igual que a la luz del día". Estamos siempre delante de Dios, y vamos y venimos en presencia de Su gloria.

Lo que aquí te comunico es la finalidad de todos los actos religiosos, pues hubo algunos hombres piadosos que alcanzaron la perfección humana por haber ejecutado continua y constantemente todos los detalles y prácticas prescritas en la Ley.

Las verdades que la Ley enseña —el conocimiento de la existencia y unidad de Dios— despiertan en nosotros el amor de Dios. Ya sabes cuán reiteradamente nos exhorta amarle: "Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas" (DEUT. VI, 5). El amor y el temor de Dios se adquieren por dos medios distintos: El amor es fruto de las verdades que nos enseña la Ley; en cambio el temor de Dios se produce merced a las prácticas que la Ley prescribe.

CAPÍTULO LIII

*QUÉ SE ENTIENDE POR **HESED** "AMOR", **MICHPAT** "JUICIO", Y **ZEDAKA** "RECTITUD"*

En nuestros comentarios a los Dichos de los Padres (Cap. V, 7) hemos explicado la palabra HESED en cuanto denota exceso de alguna cualidad moral. Se emplea especialmente para hablar de una benevolencia extraordinaria. La benevolencia amorosa se practica de dos maneras: Primera, cuando mostramos benevolencia con aquellos hacia los cuales no estamos obligados; segunda, cuando somos benévolos con aquellos a quienes se les debe, y esto en medida mayor de la que merecen. Se emplea la palabra HESED para expresar el bien que Dios graciosamente nos concede. "De la amorosa benevolencia del Señor haré memoria" (ISA. LXIII, 7). En este sentido, el acto mismo de la Creación es un acto de amorosa benevolencia por parte de Dios [de gracia]. También dice la Escritura, al enumerar los atributos de Dios: ."Y abundante en su amorosa benevolencia" (EX. XXXIV, 6).

El término ZEDAKA deriva de ZEDEK, "rectitud" y denota la acción de dar a cada uno lo es debido, y mostrar bondad a cada cual conforme a lo que merece. Empero, en la Escritura, no se usa la palabra ZEDAKA en el primer sentido, y no se aplica al pago de lo que se debe a otros. Por ejemplo, cuando alquilamos jornaleros y le pagamos sus jornales, o cuando saldamos una deuda, no cumplirnos un acto de ZEDAKA. Sí lo es el cumplimiento de aquellos deberes morales que nos impone la conciencia con relación a nuestros semejantes, como cuando sanamos la herida del que sufre. Cuando caminamos por la senda de la virtud, pagamos a nuestra facultad intelectual lo que se le debe; y como en este sentido toda virtud es "rectitud", la Escritura emplea también la palabra para calificar la fe que tenemos en Dios: "Y ello será nuestra rectitud" (DEUT. VI, 25).

El nombre MICHPAT "juicio", significa el acto de decidir acerca de una acción conforme a la justicia, que puede exigir, ora merced, ora

castigo.

En suma, la palabra HESED quiere decir caridad; ZEDAKA, bondad, impulsada y movida por la conciencia moral y como medio para perfeccionar el alma, y MICHPAT puede en algunos casos expresar una idea de venganza, y en otros, de clemencia.

Al discutir la impropiedad que hay de admitir atributos de Dios, declaramos que los que menciona la Escritura lo son de las acciones de Dios. Así, se le llama HASID, "bondadoso", por que creó el Universo; ZADDIK, "recto", porque es misericordioso con el débil, en cuanto provee y atiende a todas las cosas vivientes; y CHOFET, "juez" por razón de los bienes relativos y de los relativísimos males que la justicia de Dios decreta, conforme a los dictados de Su sabiduría. Estos tres nombres se hallan en el Pentateuco: "¿No hará lo que es justo el que es juez de toda la tierra?" (GEN. XVIII, 25); "Él es recto y vertical" (DEUT. XXXII, 4); "abundante en Su misericordia" (EX. XXXIV, 6).

Y hemos querido explicar el sentido de, estas tres palabras a fin de preparar al lector para el capítulo siguiente,

CAPÍTULO LIV

SOBRE LA VERDADERA SABIDURÍA Y PERFECCIÓN

Los antiguos y modernos filósofos han enseñado que el hombre puede adquirir cuatro clases de perfección. La primera y más vil, a cuyo logro dedican muchos hombres toda la vida, es la perfección que se cifra en la propiedad: Poseer dinero, ropas, muebles, criados, tierras, y otras cosas del mismo linaje. A esta clase pertenece la posesión del título de gran rey. No hay aquí íntima unión entre la posesión y el poseedor. Cuando una persona dice: "Esta es mi casa, este es mi criado, este es mi dinero, o estas son mis huestes y ejércitos" establece una relación puramente imaginaria, engañado por las grandes ventajas y provechos que saca de poseer tales cosas. Pero si lo examina bien, hollará que se trata de bienes exteriores cuyas cualidades son enteramente independientes de su dueño. Por eso, cuando cesa la relación, el que ha sido gran rey puede hallarse una mañana igualado al más vil de los hombres, sin que hayan experimentado mudanza alguna las cosas que creía poseer. Los filósofos han enseñado que el que cifra todos sus anhelos y afanes en poseer esta clase de perfección, anda detrás de cosas perecederas e imaginarias, que aunque le pertenecieran durante toda la vida, no le harían mejor ni más perfecto.

La segunda clase se refiere más directamente que la primera al cuerpo del hombre y comprende la perfección de la forma, constitución y aspecto del cuerpo humano; el equilibrio de la naturaleza, y el orden y vigor de los miembros. Tampoco esta clase de perfección debe constituir nuestra aspiración suprema; porque es un bien del cuerpo, y el hombre no posee el cuerpo en cuanto hombre, sino en cuanto criatura, compartiendo esta propiedad con los animales inferiores. Aunque una persona poseyera las mayores fuerzas, no sería más poderosa que la mula, ni que el león o el elefante; conseguiría a lo más las fuerzas necesarias para acarrear una pesada carga, romper una gruesa y sólida substancia, o cosas similares, en las que no hay mayor provecho para el cuerpo. En cuanto al alma, ningún beneficio puede venirle de esta clase de perfección.

La tercera se relaciona más con el verdadero hombre que la segunda, y atañe a la condición moral, que es el más alto y excelente grado de la naturaleza humana. La mayoría de los preceptos aspiran a producir esta perfección; pero todavía no es sino el ejercicio preparatorio para otra de más altos quilates, y no debe ser buscada por sí misma. Porque todos los principios morales conciernen a la relación y trato del hombre con su vecino; los principios de la perfección moral nos han sido dados para beneficio de la humanidad. Imagina que una persona estuviese a solas, sin trato con ninguna otra, y, entonces, todos los principios morales serían innecesarios y no le añadirían perfección alguna. Estos principios adquieren valor y utilidad únicamente cuando el hombre se pone en contacto con sus semejantes.

La cuarta clase de perfección es la verdadera y propia del hombre: Poseer y disfrutar las más altas facultades intelectivas, y las nociones que nos llevan a tener ideas metafísicas ciertas acerca de Dios. Alcanzada esta perfección, el hombre ha logrado su objetivo final. Ella le da verdadera perfección de hombre; a é solo le pertenece; le otorga la inmortalidad, y es por razón de ella por lo que se le llama hombre.

Por tanto, tu aspiración debe encaminarse a obtener esta perfección que es exclusivamente tuya, en vez de afanarte y fatigarte por cosas que pertenecen a otro, descuidando y abandonando tu alma hasta que por completo pierde su pureza original, vencida y dominada por los poderes corporales. Exprésase la misma idea en el comienzo de aquellos poemas que representan alegóricamente el estado del alma: "Los hijos de mi madre se irritaron contra mí; me dijeron a guardar mi viña, y mi viña no guardé" (CANT. I, 6). A lo mismo se refiere el siguiente pasaje: "No des a los extraños tu honor, ni al cruel tus años" (PROV. V, 9).

También los Profetas han coincidido en esto con los filósofos. Paladinamente enseñan que no vale la pena de andar tras la perfección en la propiedad, en la salud o en el carácter, ni es ejecutorio que nos honre y gloríe;, que la única perfección digna de ser buscada, la sola que allega gloria y honra, es el conocimiento de Dios, es decir, la verdadera sabiduría. Hablando de aquellas clases de perfección dice Jeremías: "Los cuerpos de los hombres muertos caerán como estiércol sobre la haz del campo, y como manojo tras el segador, que no hay quien lo recoja. Así

dijo el Señor: No se alabe el Sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico en sus riquezas; más alábese en esto el que hubiere de alabar, en entenderme y conocerme" (JER. IX, 22-24). Advierte cómo el Profeta ordena las posesiones según la estimación en que las tiene la multitud. El rico ocupa el primer rango; luego viene el poderoso; después el sabio, esto es, el varón de buenos principias morales.

El Profeta no se conforma con explicar que el conocimiento de Dios es la más alta clase de perfección, y no dice sólo: "Alábese en lo que se hubiere de alabar, en comprenderme y conocerme", ni se detiene aquí; ni añade: "En comprender y conocer que yo soy uno", o, "que no tengo semejante", o "que nadie hay como yo", u otra frase por el estilo. Empero el Profeta dice que el hombre puede gloriarse de conocer a Dios, y sus maneras y atributos, que son Sus acciones: "Porque soy el Señor que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra" (IBID. IX, 24), conforme a lo que nosotros expusimos en la primera parte de este tratado. Lo que se nos dice en este pasaje de la Escritura es que los actos divinos que deben ser conocidos y servirnos como guía para nuestras acciones, son HESED, que es misericordia o amorosa benevolencia, MICHPAT que es rectitud y ZEDAKA que es justicia.

Otra importante lección es la que nos enseña la frase: "en la tierra". He aquí un principio fundamental de la Ley, la cual repugna la teoría de los que audazmente afirman que la Providencia de Dios no se extiende por debajo de la esfera de la luna, y que la tierra, con cuanto contiene, permanece abandonada, que "el Señor se ha olvidado de la tierra" (EZEQ. VIII, 12). Enseña este pasaje lo mismo que ya había enseñado el más grande de todos los Sabios en las palabras, "la tierra es del Señor" (EX. IX, 29), es decir, que su Providencia se extiende a la tierra conforme a la naturaleza de ésta, al igual que dirige los cielos conforme a la naturaleza celestial. En suma, este lugar de la Escritura se propone declarar que la perfección de que puede gloriarse el hombre se alcanza, hasta donde es posible humanamente alcanzable, cuando adquiere el conocimiento de Dios, de Su providencia y de la manera cómo influye en sus criaturas, al producirlas y conservarles la existencia. Y habiendo adquirido este

conocimiento, se determinará a buscar siempre la amorosa benevolencia, la justicia y la rectitud, procurando conducirse como se conduciría Dios.

Y esto es todo lo que he creído conveniente discutir, y lo que me parece útil para los varones como tú. Espero que, con la ayuda de Dios, comprenderás, tras la reflexión debida, todo lo que aquí he tratado. Así nos concediera, a nosotros y a todo Israel con nosotros, lo que nos había prometido; "entonces los ojos de los ciegos serán abiertos y las orejas de los sordos destapadas". (ISA. XXXV, 5); "El pueblo que andaba en tinieblas ha visto la luz; los que moran en sombras de muerte, luz resplandeció sobre ellos" (IBID. IX, 2).

Dios está cerca de todos los que le invocan, si le llaman en verdad y se vuelven a Él. Hállanle todos los que le buscan, si se encaminan constantemente hacia Él sin descarriarse jamás.

Amén.